

Edición anotada de
**Los piratas
en Cartagena**

de **Soledad Acosta de Samper**
Estudio filológico y biobibliográfico



Manuel Felipe Álvarez-Galeano



Edición anotada de

Los piratas en Cartagena

de Soledad Acosta de Samper
Estudio filológico y biobibliográfico

Manuel Felipe Álvarez-Galeano





Edición anotada de *Los piratas en Cartagena* de Soledad Acosta de Samper
Estudio filológico y biobibliográfico

© **Autor**

Manuel Felipe Álvarez-Galeano
Docente investigador de la Universidad Católica de Cuenca-Ecuador

Primera edición: abril de 2026

ISBN: 978-9942-27-401-4

e-ISBN: 978-9942-27-402-1

DOI: <https://doi.org/10.26871/EDUNICA.190>

© **Universidad Católica de Cuenca**

Agustín Borja Pozo

Rector

Vanessa Bermeo Pazmiño

Vicerrectora de docencia

Rafael García Abad

Vicerrector de investigación

Marcelo Aguilera Crespo

Vicerrector general

© **Editorial Universitaria Católica (EDUNICA)**

Larizza Pozo Astudillo

Gerente

Paúl Miño Armijos

Pablo Salazar Luna

Edición y corrección

Alexander Campoverde Jaramillo

Diseño y diagramación

Dirección: Tomás Ordóñez 6-41 y

Presidente Córdova

Teléfono: 099 517 8716

E-mail: edunica@ucacue.edu.ec

Cuenca-Ecuador



Esta obra cumplió con el proceso de
revisión por pares académicos bajo la
modalidad de doble par ciego.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso por escrito de la Universidad Católica de Cuenca, quien se reserva los derechos para la primera edición.

Dedicatoria

*Desde su mundo de luz y silencio, reciban este
humilde regalo, fruto de la lucha que no
pudieron concluir a mi lado:
a la memoria de mi madre,
mi compañera Paula Marcela
y la profesora Beatriz Aguirre.*

*Al generoso apoyo de mi asesor en esta investigación,
el profesor Edwin Carvajal.*

Contenido

13	Salutación	
15	Prólogo	
23	Introducción del editor	
29	Biobibliografía de Soledad Acosta de Samper	
35	Hacia una clasificación estilística de <i>Los piratas en Cartagena</i>	
46	Elementos formales de la obra	
52	Glosario	
55	Los piratas en Cartagena	
57	Carta dedicatoria	
59	Contestación	
71	Cuadro primero: la venganza de un piloto (1544)	
73	I	
74	II	
77	III	

89	Cuadro segundo: el almirante corsario Francisco Drake (1586)
91	I
100	II
105	III
109	IV
116	V
118	Epílogo
129	Cuadro tercero: los filibusteros y Sancho Jimeno (1697)
131	I
133	II
141	III
142	IV
149	V
156	VI
161	VII
166	VIII
169	IX
173	X
181	Epílogo
195	Los piratas en Santa Marta
	Cuadro cuarto: el obispo Piedrahita y el filibustero Morgan
197	I
201	II
205	III
213	Cuadro quinto: la expedición del almirante Vernon (1738)
215	Capítulo I: la oreja del capitán Jenkins
223	Capítulo II: la declaración de guerra (1739)
230	Capítulo III: el ataque a Portobelo

234	Capítulo IV: Albertina de Leyva
243	Capítulo V: en altamar
248	Capítulo VI: en Inglaterra
254	Capítulo VII: se reúnen las escuadras para atacar a Cartagena
260	Capítulo VIII: dentro de las murallas de Cartagena
268	Capítulo IX: el castillo de San Lázaro
273	Capítulo X: el asalto
278	Capítulo XI: el desenlace de todo

299 Reporte y justificación de las modificaciones hechas a la edición príncipe

299	Mayúscula
301	Acento ortográfico
302	Guiones
302	Otras modificaciones
304	Sobre las notas explicativas

305 Reconocimiento estructural de las diferentes ediciones de *Los piratas en Cartagena* de Soledad Acosta de Samper

305	Edición príncipe
309	Edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana
313	Edición de Editorial Bedout
317	Edición de Alfaguara

323 Fuentes bibliográficas

323	De Soledad Acosta de Samper
323	Historia
323	Novelas y otras publicaciones
324	Sobre Soledad Acosta de Samper
330	Bibliografía consultada para el estudio
332	Bibliografía de las notas

333 Anexos

- 334 Anexo 1. Portada de la edición príncipe de 1886
- 334 Anexo 2. Edición de la Biblioteca Popular de Cultura de 1946
- 335 Anexo 3. Edición de Bedout de 1969
- 335 Anexo 4. Ilustración del cuadro 1 de la editorial Bedout
- 336 Anexo 5. Ilustración del cuadro 2 de la editorial Bedout
- 336 Anexo 6. Ilustración del cuadro 3 de la editorial Bedout
- 337 Anexo 7. Ilustración del cuadro 4 de la editorial Bedout
- 337 Anexo 8. Ilustración del cuadro 5 de la editorial Bedout
- 338 Anexo 9. Cubierta de la editorial Alfaguara
- 338 Anexo 10. Ilustración del cuadro segundo de la editorial Alfaguara
- 339 Anexo 11. Cubierta de la compilación sobre Soledad Acosta de
Samper realizada por Carolina Alzate y Monserrat Ordóñez
- 339 Anexo 12. Portada de la biografía del general Joaquín Acosta
- 340 Anexo 13. Portada de la biografía del general Joaquín Acosta
- 340 Anexo 14. *Biografías de hombres ilustres o notables relativas a la
época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de
América denominada actualmente EE. UU. de Colombia* publicado
en 1883
- 341 Anexo 15. *Biografía del general Antonio Nariño* publicada en 1910
- 341 Anexo 16. *La mujer en la sociedad moderna* publicada en 1895
- 342 Anexo 17. *Catecismo de Historia de Colombia* publicado en 1905
- 343 Anexo 18. Homenajes póstumos, recogidos por la editorial
Arboleda y Valencia en 1945, en la obra *Acosta de Samper.
Recuerdos y homenajes a su memoria*

345 Dossier

- 346 Mariamulata en las murallas de Cartagena
- 347 Torre del reloj
- 348 La Catedral
- 348 Calle de la Media Luna
- 350 Convento de San Agustín
- 353 India Catalina
- 354 Castillo de San Felipe
- 356 Zapatos de Blas de Lezo
- 357 Museo de la Inquisición
- 358 Plaza de Bolívar
- 359 Murallas de Cartagena
- 360 Calles históricas de Cartagena

Salutación

La academia, como crisol del pensamiento crítico, tiene la imperiosa disposición de pensar las sociedades como un planisferio de memorias, reconciliaciones y la esperanza permanente del cambio, así como responder a las necesidades de sus tiempos. Esto no exige tomar determinaciones fácticas sobre la historia en sí misma, sino entender que su lado correcto es el más humano, fraterno y comprometido con la realidad; esto, más allá de los mitos y en cercanía con el mandato inexcusable de la verdad.

Ecuador y Colombia, hermanos gemelos y de relaciones entrañables, tienen muchos gestos comunes: el fuego republicano, convenios regionales y el norte de la libertad; sin embargo, también conservan distintos flagelos, como es el pulso de su dolor, sus reivindicaciones, pero también sus ilusiones. Y esto va mucho más allá de todo tipo de contienda o aversión coyuntural: en nuestras independencias, luchas civiles, escenarios migratorios y, a lo largo de casi 400 años, las crudas embestidas de piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros.

Por lo anterior, se expone este libro como una propuesta que busca ponderar el genio, magnificencia y labor de una de las pensadoras y escritoras más importantes del siglo XIX y principios del siglo XX en Latinoamérica: Soledad Acosta de Samper, quien escribe estas crónicas histórico novelescas para describir cómo el Caribe ha resistido a la acritud y los desafíos de bajeles, naves y galeones, consolidando el encargo que tenemos con lo nacional, lo patrio y lo identitario, desde la armonía y la cohesión; todo esto reflejado en páginas memorables de pensadoras y escritoras que fueron y seguirán siendo protagonistas de la historia ecuatoriana.

Es por eso que este trabajo editorial es un compromiso con los saberes, como se ha constatado en el grupo de investigación de Pensamiento Latinoamericano: Decolonialidad, Educación y Sistemas Políticos (PLADESPO), de la carrera de Ciencias Políticas y Gobernanza y la muy recordada y comprometida Facultad de Ciencias Sociales de esta entidad que tan generosamente se me ha comprometido timonear. Celebro este trabajo que, en cerca de 16 años del profesor Manuel Felipe, ha rendido los resultados que hoy pretenden constituirse como un regalo a la hermandad de nuestros pueblos.

Agustín Borja Pozo
Rector de la Universidad Católica de Cuenca

Prólogo

En el terreno fértil del debate académico, donde la solidez de sus ideas se entrelaza profundamente con la calidad humana, tuve la oportunidad de dialogar con Manuel Felipe, editor de la presente entrega. Lo que inició como un intercambio de posturas sobre las problemáticas sociales de nuestra época devino en una amistad marcada por un ideario progresista y una crítica incisiva a las estructuras del poder. Su postura no se agota en la denuncia de las injusticias sociales, sino que se cimienta en una búsqueda constante de respuestas que lo obliga a interrogar el pasado para comprender el presente. Esta forma de concebir el ejercicio académico se refleja con claridad en las páginas de esta edición anotada, en que el análisis literario también se convierte en un acto de conciencia histórica.

El diálogo incitó a entender que el crecimiento no es una acumulación de títulos y publicaciones, sino un ejercicio constante de reflexión comprometida con el desarrollo humano. Esa vocación se manifiesta de manera clara en su trabajo, en el cual

confluyen la filosofía, la literatura y la historia; disciplinas que en esta investigación filológica no funcionan de forma aislada, sino como un andamio teórico que permite comprender la complejidad de las estructuras sociales. Desde esta perspectiva, se gesta el libro que la lectora y el lector tienen ahora en sus manos, el cual se concibe como una edición anotada de la novela *Los piratas en Cartagena*, escrita por la colombiana Soledad Acosta de Samper en 1886. El estado actual del trabajo deviene de una tesis de la carrera de Letras: Filología Hispánica, y, desde entonces, se advertía una investigación cuidadosamente estructurada, sostenida por un diálogo sólido entre fuentes históricas, análisis literario y reflexión crítica.

Un aspecto significativo es la elección de analizar una obra escrita por una mujer del siglo XIX, lo cual no puede entenderse en modo alguno como una decisión neutral; por el contrario, constituye un gesto epistémico que revela la coherencia ética del autor y su sensibilidad frente a los procesos de exclusión que han marcado y configurado el canon literario e histórico no solo en América Latina, sino en el mundo en general. Por ello, la deliberación de estudiar esta obra de Soledad Acosta de Samper, pese a sus dudas iniciales, sitúa el debate en un plano en que convergen género, memoria y construcción de relato nacional.

Más allá de que no se aborda esta edición desde una perspectiva de los estudios de género en su plenitud, la selección de la base literaria de una mujer escritora posee una significación que no puede pasar desapercibida, puesto que no se trata únicamente de rescatar una voz femenina del siglo XIX, sino de visibilizar y reconocer en Soledad una conciencia intelectual que irrumpió en temas que habían sido tratados, estudiados y escritos únicamente por hombres como la historia, la política y las guerras. A esta observación se suma el estudio preliminar de la presente edición, así como la explicación del cotejo.

La figura de Soledad Acosta de Samper se presenta como una de las autoras más importantes de Colombia. Fue una mujer privilegiada por su acceso a la educación y por su cercanía a los círculos letrados e intelectuales; no obstante, es claro que este privilegio no la eximió de enfrentar las tensiones estructurales de una sociedad profundamente patriarcal, que delimitaba con rigor los márgenes de intervención femenina en los espacios públicos entre los cuales se encontraba la literatura.

Es por ello que la obra que se presenta trasciende la categoría de contribución académica para configurarse como un gesto literario de vindicación social. Este empeño restituye la centralidad de la autora cuya voz es considerada una fibra indispensable de tejido cultural de Colombia y el pensamiento latinoamericano. En este proceso, además, la actual edición asume una doble responsabilidad: la fidelidad innegociable al documento original y el compromiso de indagar y explicar de manera detallada los hechos históricos descritos en la obra.

Este trabajo no es un ejercicio accesorio ni meramente filosófico: es, en sí mismo, un proceso cuidadosamente estructurado que restituye capas de sentido, precisando referencias históricas, aclarando contextos políticos y develando detalles que en el texto original el lector podría pasar por alto. Todos estos elementos demuestran un conocimiento profundo del periodo, de las disputas ideológicas y de las corrientes literarias que atraviesan la obra, permitiendo que el texto recupere su identidad histórica sin perder la fluidez narrativa de Soledad Acosta.

El lector descubrirá que la motivación de Soledad para escribir *Los piratas en Cartagena* nace de lo que ella denomina un «embrujo personal», pues son las playas de Cartagena las que le traen recuerdos de su padre, el general Joaquín Acosta, de cuyos labios escuchó por primera vez las historias coloniales, mientras recorría las murallas en su infancia. De ahí que lo que comenzó

como una remembranza postergada y un homenaje a su amigo, el presidente Rafael Núñez, terminara siendo una obra sobre la identidad nacional.

Para el desarrollo de la edición anotada de *Los piratas en Cartagena*, es indispensable una disposición filológica, pues esta entrega organiza el documento en cuadros histórico-novelescos en los que se recrean algunos de los episodios más significativos de la historia del Caribe colombiano. Presenta un reporte cuidadoso de las modificaciones realizadas a la edición príncipe, como ajustes de escritura, acentuaciones, guiones y otros detalles que buscan respetar el estilo original y al mismo tiempo adaptar el texto a usos actuales sin borrar su esencia.

Es por ello que en esta edición no solo se entrega el texto de Soledad, sino que se rodea de un aparato crítico significativo mediante 123 notas explicativas, que actúan como brújulas históricas que permiten al lector habitar los espacios narrados con mayor comprensión. Al final de cada cuadro, estas notas aclaran referencias geográficas, personajes, fuentes, terminologías y episodios históricos; el resultado no es solo la reedición de un texto, sino la construcción de una lectura guiada y crítica para el lector contemporáneo.

Desde las primeras líneas, el lector se sumergirá en paisajes de envidia imperial, guerras casi continuas entre las potencias europeas y los ataques reiterados contra el poderío español que se había instalado en América. Se describe de manera precisa cómo España había despertado el odio en otras naciones, lo que implicó expediciones de piratas, corsarios y filibusteros, especialmente franceses e ingleses, quienes asaltaban las rutas comerciales, saqueaban ciudades y sembraban el terror en las costas americanas, entre las que se encontraba Cartagena.

En el estudio preliminar, se establece una premisa para el lector: *Los piratas en Cartagena* debe abordarse como una historia

novelada decimonónica y no como un catálogo de evidencia historiográfica. Con la agudeza que caracteriza el pensamiento del editor, advierte que el libro no se presenta únicamente como una recreación de acontecimientos que ya se encontraban descritos en manuales históricos, sino que advierte cómo Soledad Acosta, mediante una escritura potenciadora, intenta transformar el dato inerte en una experiencia estética habitada por escenarios en que confluyen voluntades, miedos y heroísmos.

Lo singular de la edición anotada reside, ante todo, en la perspectiva desde la cual la edición se aproxima a la obra. No se limita a asumir el papel historicista que busca reconstruir al detalle el relato, ni el de la criticidad que analiza exclusivamente sus recursos formales, sino que complementa este rol adoptando una posición hermenéutica que le permite reconstruir las coordenadas temporales y espaciales, para evidenciar su coherencia interna y su verosimilitud narrativa. Este aspecto revela que una novela histórica o historia novelada no debe considerarse únicamente como un vehículo factual, sino como un proceso arquitectónico cuidadosamente elaborado y presentado.

Esta distinción es fundamental, pues, a través de las anotaciones, la edición muestra cómo Soledad Acosta recurre a la licencia literaria, no para distorsionar los acontecimientos, sino para conferirles espíritu humano. Demuestra cómo la ficción, lejos de falsear la historia, la observa complementariamente al dotarla de una dimensión emotiva que no suele estar presente en las bases documentales técnicas. En este punto, el estudio que se presenta ilumina con claridad el modo en que la autora convierte episodios consignados en manuales en experiencias narrativas capaces de interpelar la sensibilidad de cada lector o lectora, al mismo tiempo que presenta la realidad histórica de Colombia.

De esta manera, se advierte que la fuerza de *Los piratas en Cartagena* no radica únicamente en el acontecimiento histórico

que relata, sino en la forma estética que lo configura. La prosa de Soledad logra traducir conflictos de soberanía y tensiones transatlánticas en escenas vivas que articulan heroísmo perdido y afirmación identitaria. Es en este punto en que la labor del editor alcanza su máximo esplendor, pues demuestra que la obra no únicamente reconstruye el pasado, sino que, mediante esta, es posible la construcción de mitos nacionales y la elaboración simbólica de la identidad colectiva. Así, este estudio trasciende el comentario erudito para convertirse en una reflexión profunda sobre el modo en el que las naciones narran su propia memoria.

Confieso que me tomó por sorpresa la escritura del prólogo de esta edición anotada, pues la interlocución con Álvarez-Galeano se había centrado hasta entonces en la esfera académica y en la realidad social, sin haber transitado por un trabajo investigativo conjunto. Sin embargo, comprendí pronto la coherencia de su solicitud, pues conocía mi interés por los estudios de género y, por ende, mi crítica a cómo la memoria histórica ha sido construida y en ocasiones restringida. Este hecho revela mucho sobre la edición, pues, si bien su trabajo no se basa estrictamente en un problema de género, el acto de analizar la visión literaria de una mujer del siglo XIX requiere de una mirada sensible a las tensiones de las relaciones de poder y subordinación a las que han estado expuestas las mujeres históricamente. Con esta invitación, no solo se me honró como colega, sino que se demostró un compromiso con el diálogo interdisciplinario en que la literatura, la política, la historia y la reivindicación de la voz femenina se encuentran.

Al culminar este prólogo, no puedo sino expresar mi profunda admiración por el trabajo que se ha realizado en esta edición anotada, pues no solo enriquece el estudio de la novela histórica y la historia novelada, sino que amplía el horizonte desde el cual leemos nuestro propio pasado. Este libro, sin duda, es fruto de un rigor académico sólido y de una coherencia intelectual,

manifestada en la forma en que el investigador se aproxima al mundo, en que, lejos de aceptar sin más las versiones oficiales, las interroga, las contrasta y las somete a un examen metodológico cuidadoso, convencido de que toda narrativa merece ser pensada críticamente.

Invito al lector y a la lectora a recorrer este libro como quien camina por las murallas de Cartagena, con curiosidad, con respeto por el pasado y con la consciencia de que cada relato guarda parte de nuestra identidad colectiva. Acompañar con estas palabras la investigación filológica que ha sido para mí un privilegio académico y humano, pues me ha permitido comprender que la lectura de una obra como *Los piratas en Cartagena* no puede limitarse al disfrute de una aventura histórica, sino que debe invitarnos a pensar en la manera en que contamos nuestra historia como latinoamericanos y el lugar que concedemos a quienes la escriben.

Paola Vallejo Cárdenas
Universidad Católica de Cuenca

Introducción del editor

Tal vez no cuente con la referenciación que merece en muchas compilaciones de historia de la literatura, dado que el canon se limita a reconocer obras escritas por hombres y, por ende, con más amplia recepción o de mayor impacto coyuntural principalmente en los siglos XIX y principios del XX. No obstante, *Doña Solita*, como la llamaba la recordada investigadora Beatriz Aguirre, escribe en un medio y tiempo en que la educación, la política y el arte, por solo mencionar los escenarios que ahora nos convocan, veían la luz limitadamente desde la rúbrica masculina. Tal vez no sea la más célebre de las obras de esta autora, sin embargo, *Los piratas en Cartagena*^{*} representa parte de lo que fuimos o, desde el

* La presente edición anotada es el resultado del cotejo e investigación que nació del trabajo de tesis del pregrado de Letras: Filología Hispánica, de la Universidad de Antioquia, con la tutoría del profesor Edwin Carvajal Córdoba.

paradigma colonialista, se nos impuso ser en otros tiempos. Cubre dos siglos durante los cuales los españoles ubican su imperio en las que son hoy las repúblicas latinoamericanas.

Se inscribe en una época que va desde la fundación de Cartagena en 1533 hasta el siglo XVIII cuando los conflictos entre España y el interior de Europa estallan de manera definitiva en los epicentros urbanos, uno de ellos es dicha ciudad, donde, hacia mediados del siglo XVI, se establece la base del poderío español, luego de que los núcleos se ubicasen en las islas del Caribe. A raíz de los constantes ataques de piratas, corsarios y filibusteros, se vio la necesidad de llevar a cabo un ambicioso proceso de fortificación en Cartagena con la más estratégica planeación para soportarlos. Es posible que la ocupación de la autora en construir una obra que compilase episodios novelescos basados en la documentación histórica se da influida por sus recuerdos infantiles en esta ciudad, tal como se menciona en la carta dedicatoria: «[...] porque en sus playas vaga para mí el recuerdo de mi padre, a cuyo lado visité en la infancia aquellas magníficas murallas; aquellas ruinas asombrosas de una grandeza que aún no ha muerto».

Es un índice que dirige a la motivación de la autora por la escritura de esta obra, mediada por esa admiración a las fortificaciones, cuyos vestigios despiertan asombro ante una majestuosidad que atestigua dos siglos de historias de batallas, exaltación de héroes quienes, abnegados y motivados por una causa que escudan sobre sus propias vidas, defienden la ciudad. Todos los lugares que en la obra son descritos son los mismos que diesen tal deslumbramiento en Acosta y que con gran eficacia evoca para ubicar los personajes y situaciones, cuyo soporte documentado se da con gran acierto y pertinencia.

Afrontamos ahora una obra colmada de aventuras, con un lenguaje accesible y una ordenada secuencia narrativa que cómodamente mantendrá la tensión en un lector que expeditamente

habitará una ciudad cuyo embrujo atrae a los más apasionados por la historia del costado oeste del Atlántico. Se evoca un escenario que, al recorrerlo, eleva a un viaje temporal hacia aquellas plazas por las que siglos atrás pasan los piratas y se libran las próximamente narradas luchas, mientras retumba el sonido de las cornetas convocando a la batalla, y se vislumbran las fragatas y galeones que en bandada vienen desde Europa.

La presente edición está compuesta inicialmente por un apartado biobibliográfico sobre la autora en la que se resaltan su vida y obra con la referencia de sus editores más reconocidos y un cuerpo de artículos que sobre ella se han publicado. El siguiente segmento ofrece un análisis narratológico de carácter meramente estructural y descriptivo en que se analiza el tipo de narrador, el tiempo y el espacio donde suceden las acciones relatadas; todo ello con la pertinente sinopsis de la obra, en la que se da una panorámica de los sucesos como preludio y contextualización de lo que se leerá a continuación. Luego se expone el cuerpo de la obra, a la cual se le ha respetado el vocabulario y redacción, atendiendo a uno de los principales objetivos de la edición: el respeto por el estilo de la autora, dado que ilustra un momento de la literatura y cuyo reconocimiento no debe negarse, ya que es el resultado intelectual y estético de una autora quien, como se enuncia en la biobibliografía, representa la voz que reclama el mandatorio reconocimiento del posicionamiento de la mujer en la sociedad y en la producción literaria colombiana y, más aún, latinoamericana.

Ese mismo respeto por la edición príncipe se da en elementos como la inclusión de las notas de la autora, las cuales se diferencian de las notas explicativas por estar divididas en números cardinales resaltados en negrilla. Se opta por mantener el título que la autora le da al cuadro cuarto: «Los piratas en Santa Marta. El obispo Piedrahita y el filibustero Morgan», a diferencia de las ediciones posteriores a la príncipe que han optado por elidir esta primera

parte del título y encabezarlo: «El obispo Piedrahita y el filibustero Morgan». La diagramación y características tipográficas se han hecho con la mayor semejanza posible a esa primera edición, al igual que las rotulaciones, títulos y orden de las partes del libro.

Con respecto a las notas explicativas, cabe anotar que van al final de cada uno de los cuadros y no se han incluido como notas al pie de página. Estas van especificadas con números en estilo romano y fuente minúscula junto al segmento al que hace referencia. Las notas de la autora se encuentran al pie de página con número arábigo; por tanto, se ha optado por este recurso para mayor practicidad. Son 123 notas que amplían el campo referencial, específicamente en lo que concierne a los espacios geográficos, nombres de los personajes, conceptos, referencias bibliográficas y momentos históricos.

Seguidamente, se encuentra un apartado que reporta y justifica las modificaciones hechas a la edición príncipe, en que se contabilizan las modificaciones y se señalan algunas particularidades referentes a la evolución y transitoriedad de la lengua, a la vez que se trazan límites entre el trabajo de edición y el estilo que en la obra se imprime. Se continúa con un reconocimiento estructural comparativo de las diferentes ediciones de la obra, seguido de un apartado crítico acerca de este análisis. Posteriormente, se tiene una parte referente al tópico de la interpretación, se expone un ensayo que pretende delimitar, argumentar y debatir el estilo; tal análisis se remite al reconocimiento de los indicios que dirigen a posibles géneros a la vez que se toma posición frente a la categorización estilística. Para ello, se analizan varios aspectos como es el de la imagen de la mujer, héroes, antihéroes y otros varios tópicos que dirigen al tema propuesto en el ensayo, la pregunta por el estilo, todo con el pertinente sustento teórico.

La última parte concierne al dossier que, entre otros elementos, incluye: fotografías de los lugares más insignes de Cartagena y

que son evocados en la obra; alcance fotográfico de las ediciones y algunos otros trabajos de la misma autora, cuyas primeras ediciones se conservan. En este mismo segmento se contemplan las imágenes de algunos textos originales que son escritos en 1913 y exaltan la figura de doña Soledad. Cada una de estas partes contiene al final el soporte bibliográfico que da cuenta del sustento investigativo. Finalmente, se puede ver la bibliografía de y sobre Soledad Acosta de Samper.

Con respecto a la bibliografía, se debe aclarar que esta va al final de cada segmento que lo requiera, la más amplia corresponde a las notas explicativas que contienen referencias bibliográficas investigadas, en su mayoría, en Medellín y Cartagena, concernientes a la indagación documental. Se decidió conservar la forma e información de las citas textuales, sobre todo cuando obedecen a datos históricos relevantes; esto, para respetar el criterio de autor. Al final de cada nota se inscriben unas iniciales correspondientes al libro investigado, seguidas de la página; por ejemplo, (EUIEA tomo V, p. 21) para referirse a Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana. Con respecto a la investigación de textos de carácter histórico se resaltan los más útiles y referenciados: *Diccionario de personajes históricos de Cartagena* de Juan Dager Nieto (2001); *Cartagena de Indias, puerto y plaza fuerte* de Juan Enrique Marco Dorta (1960); *Historia General de Cartagena* de Eduardo Lemaitre (1893), y, como referencia básica para los demás apartados y la investigación en general, se reseña: *Las fortificaciones de Cartagena de Indias, estrategia e historia* de Rodolfo Segovia (2009). Estos títulos son investigados en la biblioteca Bartolomé Calvo y el archivo histórico de Cartagena.

Las decisiones textuales y filológicas en esta edición se apoyan en el principio descriptivo, que intenta mostrar la forma gramatical en su tiempo y espacio, aunque con un criterio de actualización, con la debida documentación y reporte, sin el ánimo de

prescribir un modo sobre otro, pues no se trata de un criterio de autoridad idiomática, sino un posicionamiento longitudinal de las formas para que cada lectora o lector las reconozca y las pondere diacrónicamente para ubicar en tiempo y espacio cómo se escribía en el siglo XIX y cómo se escribe en la actualidad. Los fenómenos que subyacen del sistema-lengua, por ende, no muestran el *cómo debería ser* sino el *cómo es*.

Es, pues, una edición que se ofrece con el mayor ánimo de aportar al patrimonio literario de la nación y de América Latina, y comprende a la vez un proyecto investigativo apoyado por el pregrado de Letras: Filología Hispánica de la Universidad de Antioquia, en su versión de tesis, que trae este resultado, una edición que exalta una figura femenina representativa en la literatura colombiana y latinoamericana, con una obra provista de prodigiosas narraciones. De igual manera, es una exaltación a este título que, desde su simple mención en los prólogos de las ediciones, provocó una fascinación que se ha optado por compartir a manera de edición anotada.

Con estas anotaciones, se permite registrar que el presente aporte forma parte del grupo de investigación de Pensamiento Latinoamericano: Decolonialidad, Educación y Sistemas Políticos (PLADESPO), perteneciente a la Carrera de Ciencias Políticas y Gobernanza, de la Facultad de Ciencias Sociales, perteneciente a la Universidad Católica de Cuenca.

Estudio preliminar

Biobibliografía de Soledad Acosta de Samper

Citar la obra de Soledad Acosta de Samper es evocar la autora más importante de la literatura colombiana del siglo XIX, no solo por la extensión de su obra sino por su activa participación en los círculos de pensamiento de la capital colombiana, cuando en los epicentros urbanos se reúnen los más distinguidos y aleccionados humanistas para intercambiar sus ideas y lecturas en las llamadas *tertulias*. «Aldebarán», «Bertilda», «Renato», «Andina» y «Olga», seudónimos con los cuales firma sus escritos, nace en Bogotá el 5 de mayo de 1833, hija del historiador, geógrafo y jefe militar Joaquín Acosta y la norteamericana Caroline Kemble Rou.

Los prólogos que se hacen de su obra dirigen a la consideración de que es una referente, pues, según Alzate (2025), el siglo XIX fue un escenario de disputa editorial en la producción literaria de Colombia y Latinoamérica, donde las autoras acogieron lectoras y lectores en competencia con los autores varones, tal es

el ejemplo de Clorinda Matto de Turner, Juana Manuela Gorriti, Mercedes Cabello de Carbonera, además de Soledad Acosta de Samper. Muestra de ello es que su obra consta de novelas —históricas en su mayoría—, cuadros de costumbres, obras de teatro y algunos poemas, además de una activa participación en los periódicos del país como *El Mosaico* y *La Nación*; además, funda y dirige periódicos como *La Familia* (1884-1885), *El Domingo de la Familia Cristiana* (1889), *El Domingo* (1898) y *Lecturas para el Hogar* (1905).

Su educación es ventajosa, si se compara con la limitación de las mujeres de este país durante aquel siglo, pues tiene la oportunidad de estudiar en Francia desde muy temprana edad, luego de formarse en el colegio de La Merced. Es en ese país donde aprende el francés, que le serviría para su oficio de traductora, tal como lo expone la profesora Beatriz Aguirre (2004), en su artículo «Soledad Acosta de Samper y su papel en la traducción en Colombia en el siglo XIX», publicado por *Ikala: revista de lenguaje y cultura*, de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia.

En las últimas décadas, ha habido quienes han hecho un esfuerzo por dar a conocer la obra de esta autora como impulso a la labor femenina en la literatura, aunque en la década de 1980 no fue muy considerada por la crítica (Alzate, 2025). Como ilustración, se resalta el esfuerzo investigativo y editorial de Monserrat Ordóñez y Carolina Alzate, quienes, con el apoyo del Fondo Cultural Cafetero y la Universidad de los Andes principalmente, editan gran parte de los trabajos de Acosta de Samper; además, elaboran una compilación de textos y análisis de reconocidos escritores y estudiosos, *Soledad Acosta de Samper, escritura, género y nación en el siglo XIX* (ver anexo 11).

No se expone su obra sin dar senda a múltiples discusiones acerca del porqué de su sobresaliente labor. Para comenzar, se debe señalar el hecho de que esta autora crece rodeada de importantes

personalidades en el ámbito político de la nación; ya se hizo mención de su padre, y su esposo José María Samper, célebre político y escritor de la época con quien contrae matrimonio en 1855. Contribuye en la labor literaria de su esposo, a quien acompaña a Lima desde 1862 en la labor editorial del diario *El Comercio*, y posteriormente funda la *Revista americana*. Sin embargo, su prolífico trabajo no debe limitarse a la relación con su esposo, pues es más que evidente su autonomía y soltura en las lides literarias que son independientes de estos vínculos, considerando la persistencia estética y conocimiento de las realidades a las que ella alude con pleno, genuino y soberano desenvolvimiento. Este empeño le da licencia a la escritura y a la difusión de su obra. Si bien su educación es privilegiada en comparación con la mayoría de mujeres de su época, se debe resaltar el hecho de que ella, una vez ubicada en su posición célebre, propende por la defensa de los derechos de la mujer. Por tanto, no es vano que funde el periódico *La Mujer* en 1878.

Este empeño vindicatorio se registra en obras como *Elisa o los corazones solitarios*, publicada con el seudónimo de *Aldebarán* en 1873, representando en sus personajes la frustración femenina frente al paradigma patriarcal, además de las carencias emocionales que rodean la maternidad y la idealización de su figura que no parece rebasar el cuidado de los demás; esto se retrata, de manera semejante, en *Emilia, Matilde y Leonor. Confesiones de tres mujeres* de 1879: diálogo entre mujeres sobre temas tabú que expone las adversidades e insatisfacciones emocionales de ellas frente a las imposiciones morales de la sociedad (Cardona, 2022), en consonancia con Rosario Castellanos en *Álbum de familia*. De otro lado, en *Los piratas en Cartagena*, el relato de la identidad expone a la mujer en función de una causa colectiva, especialmente en la imagen de Albertina, quien es raptada por los ingleses y luego

gestiona información que conllevaría a la defensa española de Cartagena.

Esto se enlaza con la pretensión de incluir su papel dentro de un proyecto nacional, luego de la configuración de esta idea como un deber ser (Alzate, 2025). De igual manera, el limitado acceso educativo de la mujer, además del analfabetismo, determinó condiciones que, infortunadamente, intensificaban la inequidad; sin embargo, el propósito nacional de Acosta de Samper se vincula a finales del siglo XIX con la divulgación de novelas de índole histórica, lo cual fue enlazado con su rol de empresaria editorial, traductora y periodista, además de su escenario familiar: su padre y esposo fueron reconocidos políticos y, si bien esto medió en su lugar en el naciente canon, no fue el factor para ser destacada en el ámbito de las letras (Lesmes-Guerrero, 2025).

Con respecto a las ediciones de la obra que en este caso compete, *Los piratas en Cartagena*, se resalta el estudio del historiador Gustavo Otero Muñoz, citado en las ediciones de la editorial de Bedout (1969) y Alfaguara (2010), quien resalta el interés por las mujeres en la labor literaria partiendo de la figura de Acosta de Samper, contextualizando que, en el punto temporal transitivo entre el periodo de emancipación en la Nueva Granada (hoy, Colombia), se da lugar a un paradigma de participación de ellas, en divergencia con el de la amplitud de la Gran Colombia. Es claro que este modelo es impulsado por la labor literaria de la autora, quien, como ya se ha dicho, impulsa la igualdad de condiciones entre los géneros para la educación, máxime para la literatura, tal como puede verse en la obra que publica en París en 1895, *La mujer en la sociedad moderna* (anexo 16).

La extensión de su obra va desde su bien lograda *Novelas y cuadros de la vida sudamericana*, que publica en 1869 donde incluye varias novelas como *Dolores*, *Teresa la limeña*, *El corazón de la mujer*, entre otras. Posteriormente, pasa a robustecer la tendencia

que la consolidaría, la novela histórica, que inicia con *Biografías de hombres ilustres o notables relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE.UU. de Colombia* publicado en 1883 (ver anexo 14), en que evoca el nombre de los colonizadores que anteceden a la Independencia. Pasa a publicar, luego de su participación en el periódico *La Nación*, *Los piratas en Cartagena*, editado en 1886 por Imprenta La Luz.

Posteriormente, publica una obra tributaria a su padre, *Biografía del general Joaquín Acosta: prócer de la independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo* (1901) (ver anexo 13). Su acervo continúa con *Aventuras de un español entre los indios de las Antillas* (1905) en que expone algunas narraciones concernientes a la conquista y colonización de las Antillas, específicamente Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. El orden cronológico continúa con *Un chistoso de aldea* (1905), compilado en 1983 por Monserrat Ordóñez junto a otras novelas referenciadas anteriormente. Su obra novelística finaliza con *Biografía del general Antonio Nariño* en 1910 (ver anexo 15), que, como su título lo menciona, exalta el nombre del traductor de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* y así finaliza su labor en la novela histórica. Además de esto, es importante enumerar el *Diario íntimo* redactado entre 1853 y 1855.

Continuando con las compilaciones y estudios que se han hecho en relación con su obra, se resalta el aporte de Flor María Rodríguez (2004), cuyo artículo «El realismo de medio siglo en la literatura decimonónica colombiana: José María Samper y Soledad Acosta de Samper» es publicado por la revista *Lingüística y Literatura* de la Universidad de Antioquia, que además publica otros artículos de la profesora Beatriz Aguirre (2000) como es «Soledad Acosta de Samper y su performance narrativo de la nación».

Después de su muerte, el 17 de marzo de 1913, la vida y obra de Soledad Acosta de Samper no son tan reconocidas durante gran parte del siglo XX; pese a esto, ella representa el arquetipo de mujer que se sobrepone a la limitación del trabajo que se somete a las labores domésticas y, aunque ella no ha sido muy referenciada en las antologías latinoamericanas, ya que tal distinción en gran parte se ha hecho a la literatura escrita por hombres, continúa siendo el punto principal de referencia en lo que al concepto de literatura femenina concierne; esto se sustenta con la constante exaltación de la mujer que se hace en sus aproximadamente 20 novelas.

Su significativa presencia en la historia literaria y académica del país motivó la elevación de la voz de personajes emblemáticos, como homenajes póstumos (ver anexo 18): el 18 de marzo de 1913, el presidente de Colombia, Carlos E. Restrepo, suscribe el decreto 273, dirigido a la hija de la autora, Blanca Samper Acosta, en que exalta la vida y obra de su madre, a la vez que rinde condolencias por su fallecimiento, con alcance del ministro de la Instrucción Pública, C. Cuervo Márquez; la Asamblea de Cundinamarca, en nombre de José Vicente Concha (luego presidente entre 1914 y 1918), el 25 de marzo del mismo año; la Asamblea Departamental de Norte de Santander, un día después, con José Joaquín Villamizar a la cabeza. La Academia Nacional de Historia da nota de conmoción, además del aporte poético de Agripina Montes del Valle, quien haría lo propio. En definitiva, se demuestra la importancia de esta autora en su época y que fue retomada décadas después; por ende, se hace necesario poner en valor una de sus obras que más la califican dentro del canon de lo nacional, como se verá a continuación.

Hacia una clasificación estilística de *Los piratas en Cartagena*

Como se introdujo en el anterior párrafo, *Los piratas en Cartagena*, publicada en 1886 por Imprenta La Luz, en Bogotá, es una evidente ilustración y parte relevante del corpus de aquello que cultiva eficientemente Soledad Acosta de Samper, la novela histórica, aunque, de entrada, es aventurado imprimirle tal rúbrica a este libro, entendida como *crónicas histórico-novelescas*. La latente discusión acerca de la concepción de este subgénero literario conlleva a afirmar que toda obra que evoque personajes históricos y sean adaptados con tal pulso estético permiten una contienda entre lo factual y lo verosímil, dando una cercanía con el realismo y, en algunos casos, el costumbrismo, desde sus registros culturales (Lukács, 1936).

En consonancia, vale cuestionarse sobre lo histórico-documental y lo estético-literario. En cualquier definición, lo que puede ser común es el registro axiológico, nacional y moral de otros tiempos. Para esto, se remite la escritura a la competencia histórica en el punto de reconocimiento del individuo como objeto; pero, en el tópico en que es idealizado y propuesto como sujeto pensante, sensible y moldeado por el pensamiento de una entidad humana provista de omnisciencia, se estaría dialogando con el campo literario, específicamente de la concepción canónica de la novela histórica, en la cual el pasado cierto se adapta en un universo en que la realidad se expone como la inteligibilidad de mundos posibles.

Ante esto es necesario considerar que una obra entendida como novela histórica no puede tomarse como base documental, estimando su concentración estética. Bajo esta comprensión, se establecen las competencias histórica y literaria: la primera se ocupa de ubicar y exponer la determinación diacrónica del hombre;

por su parte, la literatura, y en general las artes, relacionan el referente social y el estético, dando así un principio básico para la concepción de novela histórica, o como señala Spang (1995):

El acercamiento artístico-cultural corre a cargo, ante todo, de los literatos, pero también de los cineastas, de coreógrafos y compositores cuyas artes pertenecen igualmente a las llamadas artes en el tiempo y de alguna manera buscan expresiones estéticas que contemplen el transcurso del tiempo y encuentran algún sentido en sus acontecimientos. (p. 64)

Cuando se refiere a la relación entre arte y cultura, alude a la facultad de la literatura, entre otras artes, de adaptar y recrear situaciones y momentos específicos con el influjo estético del autor, dirigiendo el producto de tal relación —o sea la obra literaria— a lo que se llamará por la crítica *estilo*. Este análisis dirige, por tanto, a establecer el vínculo entre lo estético y lo histórico. Para el caso de *Los piratas en Cartagena*, lo entendido desde lo real se remite a los sucesos que son narrados y que están registrados en los manuales de historia, y la parte estimada desde lo artístico es lo que es ideado por la autora y el modo como toma datos documentados para recrearlos y adaptarlos estéticamente; lo que no sería necesariamente una idealización factual, sino la configuración de la ficción y la verosimilitud.

Un nuevo planteamiento surge cuando, desde esta misma consideración, se exponen los nombres de personajes históricos, ya que en este punto juega la connotación y la imagen que estos tienen en el patrimonio, o bien, la valoración que la autora o autor les imprime. Esta obra no es ajena a tal discusión, pues se sabe que Soledad Acosta de Samper, vista su considerable formación, es aleccionada en la materia histórica, mas no por esto publica esta obra con intención de establecerla como fuente documentada. Señalada esta base, es pertinente delimitar, aun dentro de la vida de la autora, la dedicación en Historia y en literatura; es decir,

cuál es la frontera entre la historiadora y la escritora. Esto dirige a la posibilidad relativa y no a la afirmación abrupta del oficio de novelista histórica. Ante esto es pertinente citar lo que señala Spang (1995): «[...] la labor del novelista histórico se sitúa muy cerca de la del historiador, es más, en algunos casos extremos, una serie de historiadores postmodernos ni siquiera reconocen una diferencia entre lo que están haciendo ellos y el quehacer literario» (p. 65).

El punto limítrofe entre el historiador y el literato se mide desde la intención de documentar por parte del primero, y el carácter objetivo del escrito que describe un mundo común; mientras que el segundo lo inventa, lo decora y, si bien se basa en sucesos entendidos oficial o apócrifamente como *reales*, le da valor estético a la sección histórica que recrea. Muchos historiadores, como señala Spang, a propósito de la cita de von Ranke (1884), reconocen que la verdadera historia debe demostrar: «[...] la verdad desnuda sin ningún adorno [...] mostrar solo lo que pasó» (p. 28). En esta medida se da entonces una negación, guiada por una corriente purista de la historiografía, evadiendo de tal modo cualquier reconocimiento estético o literario para la Historia. No es el caso de Soledad Acosta, quien, como se ha explicado, relega su oficio intelectual a la hibridez entre las dos materias, deslindándose del parámetro y sentencia de von Ranke, con una explicación clara respecto a *Los piratas en Cartagena*: son crónicas histórico-novelescas.

Los personajes en esta obra pueden fundarse como arquetipos culturales e identitarios de lo español, otros como antihéroes, tal como puede verse, para el caso de lo primero, con el ejemplo del castellano del fuerte de San Fernando de Bocachica, Sancho Jimeno, quien soporta el ataque del barón de Pointis y defiende con brío la fortaleza que se le ha designado proteger. Este atiende a las características propias del héroe mitológico de las obras épicas:

abnegado, entregado desinteresadamente a su patria, negado a rendirse pese a sus desventajas y dispuesto a entregar su vida por cumplir con los deberes que le han sido encomendados. Contrario a esto, se muestra la imagen del gobernador de Cartagena de ese entonces, Diego de los Ríos, quien es calificado como un paradigma de gobernante despilfarrador de los bienes, envidioso, inútil y ocioso como puede verse en el cuadro tercero «Los filibusteros y Sancho Jimeno»; se entiende como antihéroe, pues sus acciones son antiéticas y además se vale sagazmente de su poder y algunas artimañas para sus cometidos.

Desde este reconocimiento, se define el hecho de que lo real compite con lo ficticio; por ende, en este caso la autora no les adiciona tales cualidades a estos personajes, pues, como se explica en las notas, son caracterizados de tal manera por los historiadores. La recomendación, desde esta medida, es que el lector no se debe limitar a la imagen con la cual son caracterizados los personajes históricos; para tal propósito, es importante la remisión a la investigación documentada, y es este uno de los propósitos para la elaboración de las notas explicativas. Para tal caso, se puede hablar de los objetivos en esta edición que, a más de limitarse a una labor de edición del texto, es la ejecución de un proyecto investigativo, que abarca un trabajo de campo en la ciudad de Cartagena, cuyo objetivo principal es definir el conocimiento que se tiene allí acerca de esta obra y la autora.

Para este fin se buscó un público universitario, especialmente estudiantes de los pregrados de Historia y de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, a quienes se les hizo algunas entrevistas, cuyos resultados arrojan un escaso reconocimiento de la autora y su obra. Ante esto no se entra a discutir acerca de la programación y diseño del pensum, ya que no es el objeto de esta investigación. Según se indagó, los estudios literarios que evoquen temas de la colonia se limitan, según lo entrevistado, a

los temas del Descubrimiento, la Colonia y el estudio básico de la etnografía precolombina.

Una egresada de Historia afirmó, como todos los demás, no conocer la obra, aunque hizo referencia relativa a la vida de Soledad Acosta; reconoció la falencia que en historia literaria se tiene en su pregrado. Cuando a los entrevistados se les hizo mención de los personajes más importantes dentro de la obra, todos (diez en total) tienen solo el referente de Francis Drake, aunque no con mucha profundidad; los demás conocen personajes como Blas de Lezo y Sancho Jimeno, pero más por las calles que han sido nombradas en su honor.

Dentro de la amplia competencia de un filólogo, es imprescindible el diálogo con el texto, para esto se vale de múltiples herramientas y se guía por diversas corrientes de la materia; en este caso puede notarse que, dentro de lo que ya se expuso acerca de la concepción de la novela histórica, el texto dialoga con el universo referencial, ya que este libro no es ajeno a su contexto cultural; de tal manera lo alcanza nuestra autora, quien se vale de su lección histórica para legar este patrimonio literario.

Dentro de la amplitud conceptual de la novela histórica, es notable que este género, que nace lúcidamente en Inglaterra con Walter Scott, tiene como factor determinante el juego con la verdad, como se ha señalado. La verosimilitud surge desde la intención de cada autor o autora; por esto, se ubican personajes que dentro de la historia narrada tienen un rol importante y de los cuales no hay registro documental. Desde tal orden de ideas, cabe aclarar que en esta novela no todos los personajes mencionados existieron realmente: dentro de la investigación de las notas de esta edición, hubo algunos nombres que ni aun en el archivo histórico de Cartagena fueron encontrados.

Esto dirige a que hacen parte de la recursividad de la autora, que se vale de ellos, ubicándolos dentro de un momento histórico

concreto e interviniendo con personajes y lugares reales, para construir sus historias, lo que no descarta su inclusión de la tradición oral o el relato colectivo de algún momento; tal es el caso de la española Albertina de Leyva y el capitán inglés Keith: aquella es raptada por este para desposarla, mientras que ella se aprovecha de la situación para enviar información secreta al gobierno español en pro de la correcta preparación para defender la ciudad de Cartagena de la empresa del comandante inglés Vernon.

Continuando con la descripción del carácter heroico de los personajes en esta obra, se reconoce que el espacio de tal reconocimiento se limita a lo bélico, y a un grupo en especial, los españoles. Desde esta medida surge una discusión más, y es la problemática por la identidad, ya que puede verse que el conflicto no se basa en la opresión española, sino en la constante disputa entre el imperio español y los países con los que, en determinados momentos, sostiene conflictos. Hay una particular armonía entre los oprimidos y el imperio español, si se juzga la obligación de trabajar conjuntamente para defender la ciudad de las arremetidas de los piratas.

Las batallas que se libran surgen, en la mayoría de los casos, a raíz de algún conflicto diplomático; un ejemplo se describe en el cuadro quinto cuando se desata la guerra a causa, de entre algunas otras, del suceso cuando el teniente español Loyzaga corta la oreja del capitán escocés Jenkins, cuando a este le es descubierta una mercancía de contrabando en aguas españolas. No obstante, ya que la obra abarca casi tres siglos de historia, estos conflictos diplomáticos, en la mayoría de los casos, no tienen perpetuación. Una clara ilustración puede verse en la obra al evocarse el siglo XVI, cuando se da el ataque de los franceses, y, en el siglo XVII, al España defenderse del ataque inglés, apoyada por Francia desde el mar.

Concerniente a las causas comunes de las batallas y las embestidas de los piratas, corsarios y filibusteros, el resquemor personal

se establece como núcleo del conflicto; por ejemplo, en el cuadro primero el personaje Íñigo Ormaechea, aquel que recibe los azotes, posteriormente y aun siendo español, decide vincularse en altamar a la arremetida de Roberto Baal, a quien le revela secretos que le sirven para el ataque francés. Todo con el fin de vengarse de aquel compatriota que le impuso tiempo atrás el castigo. Según se ha investigado, no se tiene registro documentado de este personaje. De quien sí se tiene, y con vastedad, es de Sir Francis Drake, Francisco Drake adaptado al castellano, quien en 1586 arriba a Cartagena en uno de sus tantos latrocinios por el Caribe. Su carácter es reconocido por su inmenso odio a los españoles, tal como se señala en una de las notas. Esta es una de las motivaciones de su embestida, saquea a la ciudad vilmente y la deja en una inmensa ruina, todo con el fin de llevar el botín al trono inglés y saciar su venganza.

Surge un nuevo planteamiento en relación con la novela histórica, ya que se debe entrar al análisis de la predominancia de lo literario sobre lo histórico y viceversa. El primer caso es lo que se reconoce como historia novelada, en la cual los hechos históricos predominan sobre lo novelado, mientras que, en el sentido concreto de la novela histórica, se da primacía a lo inventado. La historia novelada, desde la perspectiva de Spang (1995), no es un género literario, pues comprende un tipo de divulgación historiográfica que usa recursos de la narrativa para alcanzar más lectores.

Es notable que la presente obra arroja mayor evidencia al primer caso, pues solo en la investigación y corroboración de los datos expuestos en ella se descubre qué personajes y situaciones emergen de la imaginación de la autora. Para simplificar tal problemática, vale hacer remisión al título de la edición príncipe: «Los piratas en Cartagena, crónicas histórico-novelescas». En este punto juega la intención de la autora, quien posiblemente le da tal especificidad al título con un fin aclaratorio. Llámese

novela histórica, historia novelada o crónica histórico-novelesca, tiene unos ideales estéticos que surgen a raíz de la demanda por la fidelidad de las fuentes; para tal caso, puede notarse que la autora bien logra tal propósito, pues, como puede verse en las notas que ella comparte en la edición príncipe, se da una pertinente citación de autores como Justo Zaragoza, quien conceptualiza ampliamente *pirata*, en su libro *Piraterías y agresiones de los ingleses a la América española*.

También hace referencia de JJ Nieto, quien en 1839 publica *Geografía histórica, estadística y local de la Provincia de Cartagena, República de la Nueva Granada*, citado en el cuadro segundo «El almirante corsario Francisco Drake. 1586», para explicar las características del escudo de armas que le es concedido a la ciudad. Este mismo autor es referenciado en el cuadro quinto en el inventario de naves, cañones y comandantes que zarparon desde Inglaterra hacia Cartagena en la empresa de Vernon. Este es, por tanto, un índice de la precaución de la autora por darle soporte documentado a su libro, relacionando así el flujo literario con la lección histórica.

Otra de las características comunes de la novela histórica y la historia novelada es el narrador en tercera persona, del que se entiende cierta objetividad, y es característica la omisión de juicios del autor acerca de las situaciones y personajes; ante esto, es de gran evidencia que el narrador toma posiciones y juicios de valor, tal como se deja reconocer con mayor intensidad en la descripción de aquellos personajes considerados como antihéroes.

Ubicar tajantemente la obra dentro de un estilo literario irrumpe la claridad y conlleva a posibles prejuicios para su lectura. Por ende, es pertinente reconocer algunas cualidades de esta, comunes en una determinada tendencia literaria; por ejemplo, puede notarse que, en las relaciones amorosas allí expuestas, hay una clara manifestación romántica, en función de circunstancias

como la descripción exaltada de la mujer, como sucede con Alber-
tina de Leyva, referenciada anteriormente; Clara de Bustos, cuyo
amor da como premio al capitán Mejía Mirabal por el heroísmo al
defender la ciudad; y Teresa, la joven limeña que Sancho Jimeno
desposa. En este último ejemplo se señala una cualidad adicional
en la exaltación de la mujer, y se resume en el momento en que
Sancho Jimeno se despide de ella para ir a la guerra:

«—Llegó la hora del peligro... Teresa, debes partir...

—¡Yo, partir! ¡Nunca más! Compartiré con vos el peligro y, si es
preciso morir, moriremos juntos.

—No, hija mía: tu presencia me quitaría el valor».

Se inscribe, en este caso, como influjo del romanticismo, el
topos del amor más allá de la muerte, la expresión de lo sensible
ante un hecho real, la predominancia del destino que define el de-
venir del hombre. Se nota además que el factor heroico, en cuanto
a la abnegación y entrega de una causa por encima de la propia
vida, se le atribuye aquí a la mujer, lo que dirige a la intención de
la autora por resaltar la importancia de la feminidad, causa que
defiende en su obra novelística y periodística. La intención de
ubicar a la mujer en un pliego de virtud, como trascendencia más
allá de la linealidad y limitación de esta ante las funciones y ofi-
cios del hombre, se da cuando Teresa toma una voz que despunta
reclamando así por su dignidad; de tal manera, la autora relaciona
esa posición de lo romántico y su ubicación dentro de lo social
en función de la virtud, resquebrajando posibles intenciones de
ubicar su obra abruptamente dentro de un movimiento literario:

«—Soy tu esposa —dijo la niña con dignidad, tuteando a su marido
por primera vez en su vida.

—Mi esposa, sí; pero yo soy el castellano de la fortaleza, que ha
jurado defenderla con la vida [...]».

Concluyendo con la resolución de la pregunta por el estilo, cabe decir que, como se ha mencionado, clasificar categóricamente la obra conlleva a una crasa complejidad, por no decir irresoluta, considerando que el concepto de novela histórica, véase su amplitud conceptual, presta dificultad para análisis que intenten resolver las limitaciones entre lo histórico y lo imaginado. Caso similar sucede con el romanticismo, ya que este, en su sentido concreto, le resta importancia a lo real y da prioridad a los sentimientos, y tal no es el caso para esta obra. Ante esto, se debe subrayar la permisión del libro a variedad de análisis que manejen hipótesis y argumentos que desarrollen posibles demandas por el estilo. Para este análisis se ha estimado pertinente tomar temáticas como las del heroísmo en ocupación de los personajes para analizar la dificultad taxonómica del estilo.

En Latinoamérica, no ha generado mayor aliento la creación de obras ambientadas en tales espacios situacionales; empero, la que es destacada como una de las novelas colombianas más relevantes de Colombia en el ocaso del siglo anterior, *La tejedora de coronas*^{**} de Germán Espinosa (2006), está ambientada en este mismo contexto, la Cartagena sitiada de 1697. Se retrata la imagen de una mujer inquieta por el conocimiento y su vínculo con la intelectualidad, en una serie de cuadros de idilio y de curiosidad por la ciencia. Si bien lo prioritario en dicha obra no es el acecho de Ducassé, barón de Pointis, los espacios, descripciones y recursos son igualmente consecuentes con el momento, pero desde dos cumbres distintas: la piratería, en el caso de Acosta de Samper, y la Ilustración, en Espinosa.

^{**} Fue publicada en 1982 y escrita durante aproximadamente 12 años, entre 1969 y 1971. Su peculiar estilo narrativo se caracteriza por no emplear divisiones entre párrafos, ni puntos (con excepción del final), en sus 555 páginas.

Este apartado intenta acercar al lector a la concepción un tanto compleja del estilo, ya que desde esta medida se debaten: la contextualización, referenciada en la recepción, lugares y situaciones que en la obra se evocan, y la ubicación de esta dentro del canon literario; el reconocimiento de lo histórico en comparación con la inventado; y por último, la función estética, en la medida en que la intención de la autora le imprime a su creación su carácter autónomo y original, estableciendo así un estilo. Para este último concepto, es pertinente aclarar que no dependen solo las intenciones estéticas y el trabajo de construcción genérica de la obra; además de esto, se define un diálogo entre el texto, la autora y el lector. Este último, de acuerdo a sus nociones y trabajo interpretativo, determina críticamente una hipótesis acerca del estilo. Este concepto es problemático en la medida de que predeterminan y condicionan lo que de un texto puede esperarse, mas es necesario tomarlo definitivamente para la cadena de diálogo de la que se hizo mención. Para aclarar esta noción, vale hacer remisión a lo que Di Girolamo (1978) define por estilo:

[...] desde el punto de vista no preceptivo sino descriptivo, los conceptos de estilo y de género son útiles esquematizaciones para comprobar, en perspectiva sincrónica y diacrónica, el vario empleo de la tradición literaria y de los diversos mecanismos que operan en la composición de los textos. (pp. 98-99)

De acuerdo con esto, es necesario ubicar esta obra dentro de un momento en que la literatura no se enajena de lo histórico, en que se establece un vínculo entre lo real y lo ficticio, determinado por la ubicación de la obra dentro de la tradición literaria, lo que es, para este caso, ciertamente limitado, ya que en este punto juega la recepción y el reconocimiento de la crítica literaria en relación con la obra, concretándola dentro del canon. Se entiende entonces el estilo como necesario para el reconocimiento temporal y el vínculo o diálogo entre la autora y su trabajo.

Ante tal reconocimiento, es imperante comprender el año de publicación, 1886, y ponderar el estado y la ubicación genérica de las obras literarias de este tiempo. Primero, se valora como novela histórica, considerando que es el género por el que la crítica literaria caracteriza con mayor reconocimiento a Soledad Acosta de Samper. No obstante y como ya se ha tratado de analizar en este apartado, está aún por discutirse tal clasificación; por ende, se opta por analizar los indicios que dirigen a tal reconocimiento. En un segundo tópico se analizan algunas características que dirigen a un acercamiento hipotético dentro del romanticismo, mas no por esto se le atribuye el carácter de novela romántica. Es, por consiguiente, un reconocimiento nocional y aplicado, que pretende abrir los campos de crítica individual por parte de cada lector y no condicionar la lectura con una clasificación prejuiciosa.

Elementos formales de la obra

La diégesis evoca varios espacios geográficos, el principal se manifiesta desde el título, Cartagena, epicentro de las acciones. Alrededor de este espacio se enfocan otros adyacentes: Portobelo, Santa Marta e Inglaterra, en los cuales se narran sucesos cuya finalidad es dirigir al foco principal, la Ciudad Amurallada. Esta obra está compuesta por cinco cuadros, en cada uno de los cuales se narra una crónica o, como los denomina la autora con mayor especificidad, «crónicas histórico-novelescas». Antes de estos, hay una carta dedicatoria dirigida al entonces presidente de la República, Rafael Núñez, en que se manifiesta la admiración de la autora por esta histórica y asombrosa ciudad, a la vez que recuerda los años de infancia que en ella vivió junto a Joaquín Acosta, su padre. Además de esto, exalta la figura de Núñez, la gratitud y amistad que con él sostiene desde hace varios años.

Inmediatamente después, se encuentra la contestación a esta carta dedicatoria, remitida por Rafael Núñez, quien expresa la

admiración por los escritos de la autora, que resalta su gratitud y manifiesta su complacencia por el vínculo político con las familias Acosta y Samper. Luego, se ubica la introducción hecha por la autora, en la que contextualiza inicialmente con la relación entre España y los otros países colonizadores: Francia e Inglaterra, cuyos corsarios, piratas y filibusteros arriban a los epicentros del imperio español para raptar sus riquezas y llevarle su botín al rey y patrocinador de su arremetida. En esta introducción se mencionan los nombres de los piratas que llegan a Cartagena con tal propósito, aunque las aventuras que a continuación se narran se remiten a las empresas más ambiciosas y que más repercusiones han tenido en el imperio español y el pueblo cartagenero.

El cuadro primero, «La venganza de un piloto. 1544», narra la represalia de un piloto español, Íñigo Ormaechea, quien maltrata a una niña intentando quitarle una gargantilla de oro; este recibe un castigo por parte del teniente Bejines, quien, ignorando las recomendaciones de un subalterno suyo, decide perdonarle la vida y castigarle ejemplarmente con doscientos azotes. El piloto es desterrado y promete cobrar venganza. Durante este tiempo, es gobernador Pedro de Heredia, fundador de la ciudad, mientras que Roberto Baal, desde Francia, emprende una expedición con fines de encallar en Cartagena y saquearla; cuando este se encuentra ultimando sus propósitos en una de las islas del Caribe, se encuentra con Ormaechea, quien le solicita incluirlo dentro de su tripulación a cambio de algunos secretos que le serán provechosos para su embestida; ante esto, Baal acepta y el piloto siente cerca la ejecución de su venganza, la cual consigue, a la vez que el francés se lleva una cuantiosa fortuna.

El segundo cuadro, «El almirante corsario Francisco Drake. 1586», habla de la arremetida del almirante Francisco Drake, enemigo declarado de España, quien, patrocinado por la monarquía inglesa, irrumpe el orden del imperio español en Cartagena,

y lleva a cabo quizá el más devastador saqueo cometido contra la ciudad por pirata alguno. Entre estos sucesos, se resalta el particular romance entre Clara de Bustos, hija del gobernador Pedro Fernández de Bustos, y Hernán Mejía Mirabal, cuya boda se celebra dirigida por el obispo Montalvo, luego de que Drake zarpase con el botín.

En el cuadro tercero «Los filibusteros y Sancho Jimeno. 1697», se resalta la valentía de Sancho Jimeno, castellano de Bocachica, quien defiende con el más intrépido coraje la ciudad frente al ataque de Juan Bernardo Desjeans, barón de Pointis. El entonces gobernador de Cartagena, Diego de los Ríos, caracterizado por su ineptitud y ociosidad, no atiende a los llamados de Jimeno cuando este ve cerca los navíos a cargo del barón. De los Ríos argumenta que estos se dirigen a Portobelo y no a Cartagena. Una vez tomado el fuerte de San Fernando y la guarnición española es derrotada, Jimeno no acepta rendirse, inclusive por encima de su propia vida y el amor que siente por su esposa, Teresa, quien angustiadamente lo espera en Villanueva, pueblo cercano a Cartagena. Ante tal valentía y contra las peticiones de sus soldados, Pointis decide perdonarle la vida a Jimeno y entregarle su espada como honor a su denuedo. Luego de la insistencia del barón, Jimeno acepta el honor y decide resguardarse junto a su esposa en Barú. El barón se marcha y Sancho Jimeno es reconocido como héroe en la ciudad, mientras que Diego de los Ríos es descendido de su cargo y ajusticiado por la monarquía española.

El cuadro cuarto, que en la edición príncipe se titula «Los piratas en Santa Marta» y subtitulada «El obispo Piedrahita y el filibustero Morgan», habla de la expedición hecha por el reconocido filibustero Morgan en las islas del Caribe, en lo que sería el ocaso de su carrera de robos por los puertos del mundo. Mientras planea el saqueo de Cartagena y Portobelo, envía dos piratas, Cos y Duncan, hacia Santa Marta, mientras es obispo de esta ciudad el

reconocido religioso y escritor Lucas Fernández de Piedrahita. Los piratas, una vez llegados a los aposentos del obispo, se burlan de su apariencia, hurtan sus pertenencias y lo secuestran para dirigirlo a la estancia de Morgan en la isla de Providencia.

Una vez presentado el obispo al pirata, es tratado con la mayor reverencia y hospitalidad y, cuando el pirata se entera de los vejámenes que sus hombres han cometido contra el obispo, los manda a ejecutar, aun por encima de los ruegos del religioso. La otra parte consta de la doctrina que Piedrahita le hace a Morgan, con el fin de persuadirlo de no cometer más crímenes, este cede, aludiéndose que en su infancia recuerda las enseñanzas de su madre cristiana. Luego de estos diálogos, el obispo Piedrahita es llevado a Cartagena, y Morgan le envía una carta en la cual le manifiesta el acato a los consejos recibidos.

Por último, se registra el cuadro quinto, «La expedición del almirante Vernon. 1738», el más extenso y más historias y conflictos abarca. El primero de ellos es la expedición del almirante Vernon que, con solo seis navíos, según se presume en Inglaterra, abate la defensa de Portobelo, mientras se da una situación en altamar: el teniente español Loyzaga, junto con otros guardacostas, encuentra mercancía de contrabando en un barco inglés a cargo del escocés Jenkins, a quien, según se reconoce, le es cortada una oreja por el teniente español. A raíz de esto, el escocés demanda aquella situación ante la corte real inglesa, que, junto al Parlamento, decide destinar fondos para un ataque a los españoles, luego de diatribas y discusiones entre los miembros del partido Whig y los Tories acerca de las repercusiones que podría tener tan osada empresa en la relación bilateral con España.

Dos célebres navegantes son encomendados, Wentworth y Vernon, quienes tienen constantes discrepancias; por tanto, el resultado de su arremetida está influido por este conflicto personal: Wentworth, por ejemplo, le resta valor al resultado que su

compañero alcanza en Portobelo, argumentando que esto se debió a la debilidad de la defensa de esta ciudad. Antes de emprender hacia Cartagena, se establecen durante algún tiempo en Portobelo con objeto de planificación. Una vez allí ubicados, el capitán Roberto Keith, uno de los más allegados a Vernon, se enamora de Albertina de Leyva, prometida de Loyzaga, y, ante las negativas del cortejo, decide raptarla. Mientras se ve obligada a casarse con Keith en Inglaterra, le envía algunos secretos a los españoles, que finalmente servirían para la derrota inglesa.

Los ingleses creen lograda la victoria antes de luchar, tanto que preparan una celebración cuyo símbolo se expone en las medallas que fabrican y en las que se contempla la figura de Vernon recibiendo la rendición del general español, Blas de Lezo. El nefasto resultado de la embestida inglesa se da por las discrepancias entre los dos almirantes; además, las enfermedades fueron diezmando la guarnición inglesa y, por último, la defensa organizada por Blas de Lezo desde el castillo de San Felipe. Mientras Keith agoniza, herido por los españoles, le confiesa a José de Leyva, padre de Albertina, acerca del rapto. La conclusión que se le da al texto es sinóptica: «Hasta aquí el lector nos ha acompañado, desde la primera expedición de piratas sobre Cartagena, encabezada por Roberto Baal, en 1544, hasta la frustrada tentativa del almirante Vernon, dos siglos después» y posteriormente hace una mención de la venidera epopeya de la Independencia.

Continuando con el análisis narratológico de la obra, se puede decir que se trata de un narrador omnisciente en tercera persona, lo que permite evidenciar una intención perceptiva y consecuente con el objeto por parte de la autora. El tiempo verbal de narración es pretérito imperfecto, común en las narraciones que evocan circunstancias históricas; salvo en el párrafo concluyente, en que se estrecha la relación entre el narrador y el lector, lo que dirige al reconocimiento de una comunicación directa con el lector, como

puede notarse en la cita del párrafo anterior, cuyo tiempo verbal se mantiene en pretérito, pero en modo de participio.

Glosario

C

CIC

Cartagena de Indias
Colombia

CICSEU

Cartagena de Indias:
cinco siglos de evolución
urbanística

CIPPF

Cartagena de Indias, puerto
y plaza fuerte

D

DC

Diccionario de Colombia

DES

Diccionario Enciclopédico
SALVAT

DGHIOA

Diccionario geográfico
histórico de las Indias
occidentales ó América

DHBUC

Diccionario histórico
ó biografía universal
compendiada

DIACTFSMEUNA

Derrotero de las islas
Antillas, de las costas de
Tierra Firme del Seno
Mejicano y de los Estados
Unidos del Norte de
América

DIS

Diccionario Ilustrado de los
Santos

DPHC

Diccionario de Personajes
Históricos de Cartagena

DPU

Diccionario Pedagógico
Universal

E

ESD

Enciclopedia SALVAT.
Diccionario

EUIEA

Enciclopedia Universal
Ilustrada Europeo-
Americana

F

FPARC

Las Ferias de Portobelo:
apariciencia y realidad del
comercio con Indias.
Escuela de Estudios
Hispano-Americanos

G

GEC

Gran Enciclopedia de
Colombia

H

HGC

Historia general de Cartagena

L

LFCI

Las Fortificaciones de
Cartagena de Indias

P

PAIAE

Piratería y agresiones de los
ingleses en la América española

PCEP

Personajes colombianos



Los piratas en Cartagena

Crónicas histórico novelescas

Soledad Acosta de Samper

Carta dedicatoria

Al excelentísimo señor doctor don Rafael Núñez, presidente de Colombia (i).

Estimado señor y antiguo amigo:

¿A quién, sino a usted, podría yo dedicar esta obrita, fruto de mis veladas de los últimos dos meses?

Cartagena ha sido siempre para mi espíritu una de las ciudades más interesantes de Colombia, no tan solo por su poética belleza, por la amable hospitalidad que siempre he recibido en ella las veces que la he visitado, y por su heroica historia, —desde el descubrimiento, al empezar el siglo XVI, hasta los acontecimientos ocurridos allí en el año último (ii)— sino también porque en sus playas vaga para mí el recuerdo de mi padre, a cuyo lado visité en la infancia aquellas magníficas murallas; aquellas ruinas asombrosas de una grandeza que aún no ha muerto. A él oí referir por la vez primera la historia de Cartagena, y lo sucedido allí en la época colonial y en el glorioso sitio de 1815. Estos recuerdos no se han borrado nunca de mi mente.

Hacía mucho tiempo que yo deseaba escribir algo por extenso acerca de las tragedias históricas ocurridas en Cartagena; pero no había tenido ocasión de realizar aquella idea, hasta que, al encargarme del folletín de *La Nación*, se me ocurrió que este debería contener algunas narraciones histórico-novelescas de interés en

la actualidad, y empecé a escribir los cuadros que usted ha tenido la bondad de leer, según entiendo con algún aprecio, no por el escaso mérito que ellos tengan, sino por referirse a su ciudad natal.

Suplico, pues, a usted que acepte esta dedicatoria, como un público testimonio del grande aprecio y verdadera amistad que profeso al regenerador de mi patria y al más ilustre de los hijos de Cartagena.

Me repito de usted atenta servidora y amiga, SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

BOGOTÁ, ENERO 24 DE 1886.

Contestación

A la señora doña Soledad Acosta de Samper.

Mi distinguida señora y antigua amiga.

Soy, desde años atrás, lector asiduo de cuanto su noble pluma escribe; y los cuadros históricos que publica *La Nación*, han debido naturalmente, de una manera especial, interesarme.

La dedicatoria que usted se digna hacerme de la colección de esos cuadros me es, por tanto, doblemente grata y honrosa, y la acepto con reconocimiento profundo.

Ligado, durante muchos años, a la respetable casa de usted por vínculo político, en la obra de salvación nacional a que usted bondadosamente alude, debo a ustedes una de las más eficaces cooperaciones. El enorme contingente de su ilustre esposo, el señor doctor Samper, es demasiado notorio. La parte personal de usted es menos conocida; pero tanto a mí me consta, que más de una rectificación de ideas debo a palabras suyas, proferidas en tiempo oportuno, en la época tempestuosa de 1875, en que tuvo principio seguramente la complicada labor de regeneración, próxima ya a final y feliz desenlace.

Repito a usted, con todo respeto, la expresión de mi gratitud; y aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted seguro servidor y leal amigo,

RAFAEL NÚÑEZ

BOGOTÁ, 25 DE ENERO DE 1886.

Notas explicativas

- (i) El autor del Himno Nacional es un político que nació, se educó como abogado y murió en Cartagena (1825-1894). Desciende de una familia de militares. Impulsa su imagen en la diplomacia con Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Su perfil es el de un estadista versado en la administración pública, con un carácter reformador alcanzando gran reconocimiento con sus tres gobiernos (1880-1882, 1884-1886 y 1886-1892), titulados como el periodo de «La Regeneración», por su aporte a la culminación del modelo federalista, hasta la constitución de 1886 que estuvo vigente hasta la de 1991 (PCEP, 1999).
- (ii) Se refiere a la guerra civil de 1885, desatada por la protesta de los liberales radicales ante la política de la Regeneración propuesta por el entonces presidente Rafael Núñez. Esta comenzó en los años 1870, por medio de la unión entre Núñez y los conservadores, quienes finalmente triunfaron tras la fragmentación liberal, su escasez de armas, entre otros factores, asumiendo el dominio del Estado: «[...] la inexperiencia del mando militar y la falta de objetivos claros, en última instancia, una insurrección decretada imprudentemente y, naturalmente, la eficacia de la reacción conservadora, fueron los factores que determinaron la bancarrota total de los radicales» (GEC, 2007, p. 26).

Introducción

La envidia, la emulación y el odio que el gran poderío de España en el Nuevo Mundo despertó entre las demás naciones europeas, se había traducido por medio de ataques y vías de hecho: cosa natural en un tiempo recién emancipado de la barbarie y que acababa de salir de la época de transición llamada de la Edad Media. Aquellos ataques injustos contra España se pusieron en planta por ciertas asociaciones y compañías de piratas, corsarios, filibusteros, bucaneros y aventureros de diferentes naciones, y particularmente ingleses y franceses, los cuales, con el pretexto de auxiliar a sus gobiernos y reyes, —casi continuamente en guerra contra España— se dieron a robar los tesoros que llevaban de las colonias a la Madre Patria, cometiendo al mismo tiempo innumerables desafueros y cruelísimas acciones en los puertos hispano-americanos, como podía temerse de malandrines sin Dios ni ley.

Establecidas aquellas asociaciones de piratas en varias islas de las Antillas, que habían logrado tomar por su cuenta, muy en breve se hicieron poderosos y temibles, y las Expediciones que sus jefes enviaban contra la tierra firme causaban el espanto y el terror de los colonos, que jamás podían vivir tranquilos y seguros.

Señalaremos aquí muy de paso los nombres de las expediciones más importantes que atacaron las costas de los territorios que hoy forman la República la de Colombia.

Los primeros que arruinaron las recién fundadas poblaciones de Santa Marta (i) y Cartagena (ii), en 1544, pertenecían a la nación francesa, y los historiadores españoles llaman a su jefe Roberto Baal o Bahal (iii). Tras estos vinieron los tolerados y enviados por la reina Isabel de Inglaterra, al mando de los Hawkins (iv), padre e hijo, los cuales arruinaron a Nombre de Dios (v) y a

Río de Hacha (vi). Después Francisco Drake (vii) atacó a Santa Marta, Cartagena, Portobelo (viii) y Chagres (ix) —entre 1586 y 1596—. Guaterral se apoderó de varios lugares en las cercanías de Portobelo, y lo saqueó; Francisco Lolois hizo otro tanto; pero después de haber robado muchas de las poblaciones del istmo, murió a manos de los indios del Darién.

Uno de los más audaces filibusteros del siglo XVII, Juan Morgan (x), no se contentó con saquear a Portobelo, sino que entró por el río Chagres, y atravesando el Istmo llegó hasta Panamá, a la cual atacó, robó y convirtió en cenizas, ayudado por Carlos Henrique Clerk¹ que se hallaba en las aguas del Pacífico con una fragata inglesa.

En aquel mismo siglo Juan Spring atacó a Portobelo, en 1670; en 1680 Bartolomé Sharp, Juan Guarlen o Swan Waffer y Bartolomé Bolmen hicieron el mismo viaje a través del Istmo en connivencia con los indios del Darién, y, después de muchas aventuras, los que lograron salir con vida regresaron a Europa en las naves españolas que encontraron en el Pacífico.

Algunos años adelante, un jefe enviado expresamente por la corte de Francia —el barón de Pointis (xi)— se unió a los filibusteros para atacar y tomar a Cartagena.

Al empezar el siglo XVIII, los corsarios ingleses Tomás Colb, Guillermo Dampier y otros cometieron toda suerte de depredaciones a uno y otro lado del istmo de Panamá, y dejaron manchados con sangre sus nombres en los anales de nuestras costas. A mediados del siglo XVIII los puertos de Portobelo,² Chagres y Cartagena fueron atacados por las escuadras inglesas, al mando primero del almirante Hossier (xii), después, del almirante

¹ Este fue ajusticiado doce años después en el Perú.

² En siglo y medio, de 1596 a 1744, Portobelo fue invadido y saqueado seis veces por los ingleses.

Vernon (xiii), y finalmente, de Guillermo Kinhiesel, enviado por el almirante Ogle.

Los hechos ejecutados por estos enemigos de España, y los acontecimientos ocurridos durante aquellos ataques, todos más o menos dramáticos, dan una idea de lo que eran las costumbres y los caracteres de aquellos pasados siglos; por lo cual nos hemos propuesto narrar en los cuadros histórico-novelescos que se leerán a continuación, algunos de los sucesos más interesantes que hemos hallado, particularmente en la historia de Cartagena, una de las ciudades que más odiaban los piratas, y la única que logró defenderse con brío contra sus enemigos, aunque no siempre con éxito feliz.

Notas explicativas

- (i) Se reconoce como «La perla de América». Fue fundada en 1526 por Rodrigo de Bastidas y se erigió como una base de la colonización: «Entre las historias sobre Santa Marta se destacan la *Historia de Santa Marta* (parte de la recopilación histórica) de fray Pedro de Aguado, escrita en el siglo XV, y *La perla de América*, de Antonio Julián, publicada en 1787» (DC, 2005, p. 897).
- (ii) Pedro de Heredia fue el protagonista de la fundación española en 1533. Su nombre completo se determinó como distinción de la homónima española. Su ostentosa fortificación vacila entre los 8 y 21 metros de ancho de sus murallas. Llegó a tener más de 3000 efectivos y más de 400 cañones en 1793:

[...] la bahía es pintoresca, espaciosa, de buen fondo, y seguro abrigo. Puede albergar cuantas naves acudan a su amparo, si bien no es tan frecuentado el puerto como requiere su importancia, debido a la favorable posición de Barranquilla en las bocas del río Magdalena. En el fondo de la bahía y en tierra firme hay los castillos de Pastelillo y San Felipe, mientras a la entrada del puerto están los de San José y San Fernando. Al este de la ciudad y unida al continente por medio de puentes hay el suburbio de Xiximani [Getsemaní] en otra isla. La fortaleza de San Felipe, así como muchas de las otras, está llena de pasajes subterráneos [...] San Felipe era la inexpugnable de todas las fortificaciones y resistió el ataque del almirante inglés Vernon, después que éste había tomado los demás fuertes [...] Esta ciudad fue de las primeras que proclamó su independencia el 11 de Noviembre de 1811 y por sus heroicos esfuerzos durante la guerra, especialmente por el famoso sitio que sostuvo en 1815, recibió de Bolívar el título de «Ciudad heroica» [...] esta población es patria de muchos personajes ilustres, entre los cuales citaremos a Fernández Madrid, Castillo Rada, Fernández de Sotomayor, García de Toledo, Antonio del Real general Posada Gutiérrez,

Bartolomé Calvo, Rafael Núñez, M. Madiedo, L.M. Pérez, etc. (EUIEA, 1955, p. 1435).

De otro lado, Segovia (2009) explica que en 1533 el madrileño Pedro de Heredia funda la ciudad sin un acta en una isla abandonada por pescadores llamada Calamarí. El 1 de junio de dicho año, se dio la denominación de San Sebastián de Cartagena.

- (iii) Este pirata francés fue el primero que atacó la Ciudad con mil hombres en su empresa, que tomó 200.000 pesos en oro. La pobreza que desencadenó generó un juicio en su fundador español, Heredia (DPHC, 2001).
- (iv) Con 11 navíos, este pirata inglés vino a Cartagena en 1568. Su estrategia, inicialmente, fue supuestamente pacífica, prometiendo al gobernador esclavos y mercancías, pero tenía el fin de tomar la Ciudad, una vez ubicado en ella. Amenazó con regresar, sin cumplirlo (DPHC, 2001).
- (v) Fue un corregimiento de Panamá, específicamente en la provincia de Colón. Su nombre fue dado por Diego de Albites en 1519. Drake la destruyó en diciembre de 1596. Luego, fue denominada como San Felipe de Portobelo (EUIEA, 1955).
- (vi) Se ubica en el norte colombiano y es la capital del departamento de La Guajira. Es bañada por el río Ranchería: «Carece de actividad industrial y su desarrollo económico es muy lento por la aridez de la región y la escasez de recursos agrícolas. Puerto pesquero. Vicariato apostólico» (DES, tomo 23, 1987, p. 3241).
- (vii) Este reconocido corsario inglés nace en un navío en Tavistock (Devonshire) en 1545 y muere en el mar en 28 de enero de 1595. Quedó huérfano y aprendió sobre navegación con su criador:

Un pariente suyo, John Hawkins, también famoso corsario, le enseñó los conocimientos teóricos indispensables para dirigir un buque, y era aún muy joven cuando ya navegaba, como oficial, por los mares de Europa, África y América, arriesgando en lucrativas empresas comerciales sus pobres economías. [...] atacó a Cartagena de Indias, y, ayudado por unos indígenas infieles, logró apresar en la costa tres convoyes de oro y plata, con los que cargó sus barcos, regresando entonces a Inglaterra, adonde llegó en 9 de agosto de 1573. [...] Saqueó varias poblaciones de las costas occidentales de América, hasta entonces nunca visitadas por los corsarios, llevando por todas partes el terror, y temiendo tropezar con algún barco de guerra español al regresar a su país, renunció a volver por donde había venido, y se dedicó a buscar un paso por el norte, y retrocediendo después para explorar la costa de California y dirigirse por las Molucas al cabo de Buena Esperanza, y de aquí a Plymouth, en cuyo puerto fondeó en 3 de noviembre de 1580, habiendo sido el primer marino inglés que diera la vuelta al mundo. El relato de las proezas llevadas a cabo en esta famosa expedición produjo en toda Inglaterra extraordinario entusiasmo; pero como quiera que gran parte de las presas realizadas habían sido hechas en plena paz, el embajador español, don Bernardino de Mendoza, presentó una enérgica reclamación diplomática, y muchos compatriotas del atrevido corsario, temiendo las represalias de Felipe II, le acusaron ante la reina, pidiendo que se le obligase a reintegrar el fruto de sus rapiñas; pero Isabel, que era una de las primeras en admirar a Drake, y llevaba, además, parte en sus ilícitas ganancias, no solo no quiso castigarle, sino que le nombró caballero y le dio otras muestras inequívocas de su aprecio, contentándose con hacerle devolver una pequeña parte del botín para dar aparentemente satisfacción a las reclamaciones de Felipe II [...] En 15 de septiembre de 1585 partió Drake para una nueva expedición a las Indias occidentales al frente de 25 buques, armados unos por el Gobierno y otros por particulares, en los que iban embarcados hasta 2.300 hombres, entre soldados y marineros. Hizo algunas presas en las costas de Galicia, saqueó Vigo y Santiago (islas de Cabo Verde), atacó infructuosamente a Cartagena de Indias, se

apoderó de Santo Domingo, que fue rescatada mediante el pago de 25.000 pesos, costeó la Virginia, asoló los establecimientos españoles de la Florida, y después de descansar en la colonia inglesa de Roanoke, regresó a su país con un botín de 600.000 libras esterlinas. En 1587 recibió el encargo de estorbar los preparativos que efectuaba Felipe II para atacar a Inglaterra, partiendo al efecto al frente de 20 (según otros escritores de 40) navíos, y se presentó delante de Cádiz en 19 de abril, destruyendo un centenar de embarcaciones que estaban ancladas en el puerto [...] En 1595 llevó a cabo, en unión con Hawkins, su última expedición a las Indias occidentales, que efectuó con 26 navíos y 2.500 hombres de desembarco. Rechazados en Canarias (27 de septiembre) y Puerto Rico, donde murió Hawkins, hizo rumbo a Europa, saqueando e incendiando de paso Santa María y Nombre de Dios; pero el producto de estas rapiñas no bastó los gastos para cubrir la expedición. Dirigióse después a Portobelo, y atacado de un flujo de sangre, falleció en la travesía, siendo echado su cadáver al mar en medio de la bahía de aquel nombre. (EUIEA, tomo 18, 1955, pp. 2168-2170)

De acuerdo con la referencia de Segovia (2009), hubo dos arremetidas previas por parte de John Hawkins en 1568 y Nepeville de Ruán, dos años después. El también llamado Draque halló esta ciudad interesante por su crecimiento comercial, que le dio más de 120 mil ducados en plata.

- (viii) Esta ciudad panameña, ubicada en la provincia de Colón, está a 38 kilómetros de la capital. Debe su nombre a las bondades definidas por Colón en 1502:

La ciudad fue fundada el 20 de marzo de 1597 por Francisco Valverde y Mercado, con los moradores de Nombre de Dios, que había sido destruida por los ingleses [...] El duque de Palata, virrey del Perú, comenzó a reforzar las fortificaciones de Portobelo, mas suspendió las obras juzgando la ciudad bien defendida con sus cuatro castillos. No obstante, construyéronse dos baluartes más llamados Triana y San Fernando. La población se convirtió pronto en una de las más populosas y ricas de América,

por su posición entre ambos mares, la comodidad de su puerto y la proximidad de Panamá [...] Portobelo ha sufrido diferentes ataques, entre los que se cuentan el del pirata William Parker, en 1602; el del famoso Enrique Morgan, en 1668; el de Juan Spring, en 1680; otro de una escuadrilla inglesa, compuesta de dos navíos de guerra y tres balandras, en 1702; otro dirigido por el almirante inglés Eduardo Vernon, que en 1742 se apoderó de la ciudad por capitulación, y destruyó las fortalezas, siendo gobernador de la población Juan de la Vega Retes, y por último, el del capitán inglés Guillermo Kinghills, quien no se atrevió a desembarcar, pero disparó hasta 500 cañones para Portobelo, a causa de habersele negado la restitución de una presa. Los castillos fueron reedificados en 1751 por el teniente general Ignacio de Sala, célebre ingeniero y gobernador de Cartagena. (EUIEA, tomo 46, 1955, pp. 656-657)

- (ix) Esta ciudad se ubica en Panamá, a 25 kilómetros de Colón. Cuenta con los corregimientos de Salud, San Lorenzo de Chagres y Lagarto. Es bañada por el río Chagres y en ella se levanta el fuerte de San Lorenzo, por disposición de Felipe II:

[...] el pirata Brodely, lugarteniente de Morgan, tomó el castillo después de una gloriosa defensa de los españoles en 1670. Los ingleses lo volvieron a tomar en 1740 y más tarde fue rechazado otro ataque de los ingleses por el heroico capitán Juan de Hermida. Reedificada de orden del rey en 1752, pronto volvió a decaer, estando hoy día la población en ruinas cubiertas de maleza. (EUIEA, tomo 16, 1955, p. 1391)

- (x) Este filibustero nace en Gales en 1635 y fallece en Jamaica en 1688, donde reside con un tío suyo. Sucede a Mansfield, a quien le dirigía uno de sus navíos en Curazao:

[...] devastó las costas de Cuba, saqueó Puerto Príncipe y se apoderó de Puerto Bello, después de un asalto en el que llevó a cabo las más horrendas atrocidades, imponiendo a los habitantes, al marcharse, una fuerte contribución. Después de haber destruido el fuerte de Maracaibo, se encontró el 1° de mayo de 1669 una escuadra española, mandada por el almirante Campo

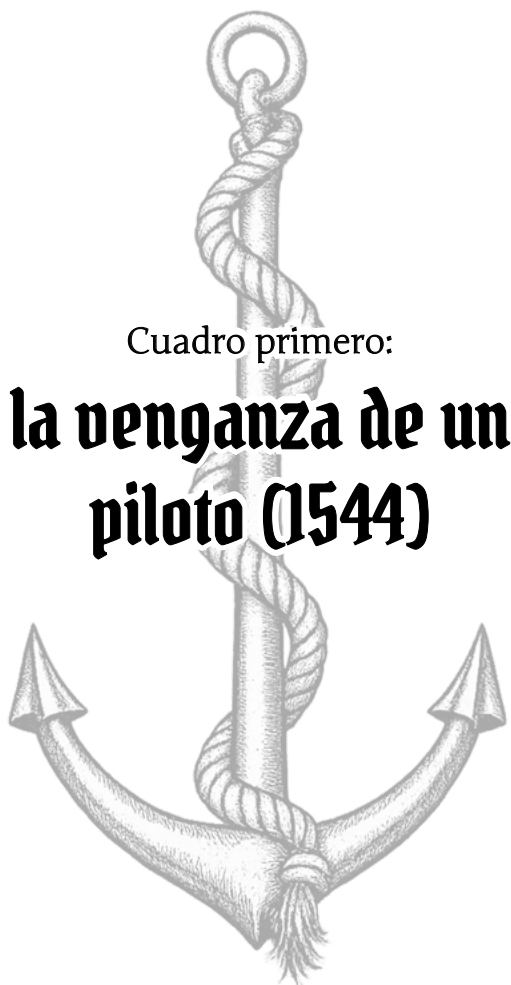
y Espinosa, que fue derrotada por piratas. En 1670, poseyendo ya una cuantiosa fortuna, decidió retirarse, pero sus compañeros se opusieron recordándole que les había prometido llevar a cabo una empresa de mayor importancia. Cediendo, pues, a sus deseos, convocó a fines de 1670 a todos los filibusteros, que acudieron en número de unos 3000, reuniendo, además, 37 embarcaciones, entre pequeñas y grandes. Con estas fuerzas tomó por asalto la Ranchería, cerca de Cartagena de Indias; tomó posesión de la isla de Santa Catalina y marchó luego contra Panamá, y después de derrotar al ejército que la defendía, se apoderó de ella, y cuando la hubo saqueado a su gusto, ordenó incendiarla (26 de enero de 1671), retirándose a Jamaica con un riquísimo botín y acabando su vida tranquilamente y lleno de honores. En 1674 hizo un viaje a Londres, donde Carlos II le recibió afectuosamente y le nombró teniente gobernador de Jamaica. Fue Morgan tan valeroso como feroz y falto de escrúpulos, y su vida está llena de las más atroces hazañas que, aunque exageradas por el vulgo, justifican la triste celebridad del famoso filibustero inglés. (EUIEA, tomo 36, 1955, p. 1075)

- (xi) Jean Bernard Desjeans fue un corsario reconocido en la nobleza francesa. Ataca Cartagena durante el gobierno de Diego de los Ríos en abril de 1697 con cerca de 30 embarcaciones y 4000 piratas:

Atacó, desplegadas las naves en media luna, y cerró la bahía de esta manera, en Tierra Bomba desembarcó 1.700 soldados y 1.200 bucaneros, éstos al mando de Juan B. Duccase, que se habían unido a aquel en las Antillas. Tomó el castillo de San Luis en Bocachica y lo arrasó después de vencer la denodada resistencia de Don Sancho Jimeno. Después de eso tomó los demás castillos incluso el de San Felipe, desde donde bombardeó la Puerta de la Media Luna entrando por la brecha y tomando la ciudad permaneciendo en ella casi un mes, donde según confesión propia tomó un botín que valió «entre ocho y nueve millones de pesos oro». Se retiró de la ciudad después de causar muchos destrozos en las fortalezas y dejándola en

manos del bucanero Duccase que éste saqueó por segunda vez.
(DPHC, pp. 64-65)

- (xii) Hay crónicas como *Anales para la Historia de Cartagena* que hablan de un décimo asalto en 1727 por el inglés Hossier con una decena de embarcaciones con 1500 tripulantes, específicamente en Bocagrande y Bocachica, lo que demandó una dotación de artillería por parte de España para darle resistencia (CIPPF, 1960).
- (xiii) En marzo de 1741, este almirante inglés trajo 186 embarcaciones con 23.000 hombres divididos entre peones y esclavos, además del apoyo del hermano de George Washington, el capitán Lawrence (DPHC, 2001).



Cuadro primero:

la venganza de un piloto (1544)

I

¿Doscientos azotes?

—Ya lo dije.

—Pero...

—No me repliques.

—Permitidme, teniente Bejines, deciros que el piloto es hombre malo, peligroso, y que si no muere de los azotes...

—¡Qué ha de morir si es una fiera bravía!

—Por lo mismo, si queda vivo, no dudéis de que se vengará... Mejor sería mandarle ahorcar o dejarle libre y sin castigo.

—No puedo ni quiero matarle... Su falta ha sido gravísima, pero no tanto que me permita quitarle la vida... Le encontré ¡el miserable! aporreando a una niña infeliz, porque esta había defendido una gargantilla de oro que él le quería arrancar... Y como le reprendí fuertemente, me insultó y le mandé preso a la cárcel; de allí se huyó con tres reos más, y le encontraron asaltando una casa para robarla.

—¡Buena pieza!

—Ya ves, no puedo mandarle ahorcar, ni el señor gobernador, que me ha dado sus poderes, lo aprobaría; pero deseo castigarle de una manera que no le permita olvidar su estadía en Cartagena.

—Bien, teniente Bejines, seréis obedecido; pero mucho me temo que os pesará.

—No lo creo... aquel hombre es un miserable y deseo que salga del puerto apenas haya purgado sus crímenes.

—Veré cómo le embarcamos en la primera nave que se presente.

—Yo mismo iré a presenciar el castigo; avísame cuando sea tiempo.

El piloto sufrió los doscientos azotes en silencio y parecía que más le doliera la vergüenza de sufrirlos que el dolor de recibirlos. Arrojava sobre el teniente Bejines, que era un gallardo mozo, muy favorito del gobernador Heredia (i), miradas tales de odio infernal, que este no pudo menos que recordar lo que le había dicho el subalterno, a quien había confiado el castigo del delincuente.

Pero cuando supo que el piloto había pasado por la dura prueba sin mayor deterioro en su salud, y que se había embarcado con rumbo hacia España, muy mohíno y cabizbajo, sintió gran descanso y en breve olvidó el incidente.

Don Pedro de Heredia había regresado de su expedición a Antioquia, muy maltrecho en fama y en hacienda, pues perdió en ella mucho de lo que había ganado en otras; pero los grandes preparativos que hacía para volver a emprender nuevas correrías, pusieron en movimiento la ciudad de Cartagena, y Alonso Bejines se ocupó activamente en ayudarle a copiar hombres, armas y dineros, así como toda suerte de bastimentos propios para el caso.

II

Aquel siglo fue el de toda especie de aventuras, unas criminales, otras santas: unos se precipitaban contra los seres indefensos para apoderarse de cuanto tenían; otros volaban a amparar y a socorrer a los desgraciados y convertir a los recién conquistados idólatras; estos quitaban la vida a millares de hombres, y esos otros ofrecían su vida por conquistar almas para Dios.

En tanto que San Francisco Javier (ii) recorría las Indias Orientales y San Luis Beltrán (iii) las Indias Occidentales, con el objeto de proteger, amparar y dar la vida del alma a millares

de indígenas, una nube de piratas recorría los mares para robar y asesinar a cuantos encontraban desapercibidos.

Según don Justo Zaragoza³ la palabra *pirata* viene del griego *peirates*, que significa *ladrón que anda robando por el mar y es cruel y despiadado, enemigo del género humano* (iv).

Tenían los reyes de aquel tiempo tan poca idea de lo que hoy llamamos honor, que los soberanos de Inglaterra y Francia no hallaban inconveniente en permitir que en sus puertos preparasen los piratas navíos casi públicamente, con el objeto de ir a atacar las colonias de otras naciones con las cuales estaban en guerra. Es cierto que los reyes de Inglaterra y Francia aseguraban que ellos no protegían las piraterías de sus súbditos; pero en secreto dábanles licencia para que enarbolasen las banderas de sus naciones, y con ellas pasasen el mar y robasen los puertos de la América del sur.

Un tal Roberto Baal —sin duda de origen flamenco, pero súbdito francés— preparaba en el puerto del Havre una expedición de aventuras para atacar a las colonias españolas (v). Los descabros sufridos durante tantos años por los ejércitos franceses que combatían contra los españoles, habían puesto de muy mal humor a Francisco I (vi); así, este por entonces no ponía trabas ningunas a las expediciones ilícitas de los corsarios enemigos de España.

Roberto Baal llevaba en sus buques gran número de jóvenes a quienes había engañado, asegurándoles que su intención era fundar una colonia en la isla de San Cristóbal (vii), y a los cuales daba una corta cantidad para que comprasen armas y municiones, a trueque de firmar obligaciones que les convertían en esclavos suyos durante largos años, sin comprenderlo, sino cuando ya no había remedio.

³ Piraterías y agresiones de varios pueblos de Europa en la América Española.

La flotilla se componía de varios barcos bien armados y tripulados por gran número de criminales escapados de todos los presidios de Europa, y de los más robustos e inocentes jóvenes que Baal había podido atrapar.

Iba ya a levar anclas el buque mayor, cuando se presentó delante del pirata un hombre que pidió que le enrolasen entre los soldados. Quiso hablar aparte al jefe.

—No os pido nada, señor —dijo a Baal—, y firmaré lo que mandéis... Me constituiré en vuestro esclavo, no por cierto número de años, sino por toda la vida, con solo una condición...

—¿Quién os ha dicho que yo llevo esclavos? —preguntó Baal.

—Nadie... Yo sé y conozco a fondo las condiciones del pacto que hacéis con los que lleváis como colonos... y conociéndolo, me adhiero a ello... pero, como os he dicho, con solo una condición...

—¿Y cuál es esa condición?

—Que asaltaréis a Cartagena de Indias...

Una luz diabólica brilló en los ojos del pirata.

—¿Por qué a Cartagena?

—Porque allí podréis hacer rico botín.

—¿Y qué más?...

—No más...

—¿Y qué motivo tenéis para eso? ¿No sois acaso español?

—Sí... pero quiero vengarme de un hombre... y de la población entera.

—Comprendo... Pero ¿conocéis la manera de entrar en ese puerto?

—He sido por muchos años práctico y piloto en todos los puertos de tierra firme.

—Bien... ¿Cómo os llamáis?

—Íñigo Ormaechea.

—¿Sois vasco?⁴

⁴ Otros dicen que era de origen corso.

—Sí... y por eso nada olvido jamás...

—Os tomo a mi costa... Si sois piloto, como decís, en breve lo veremos durante la navegación; y si nos lleváis ocultamente a Cartagena de Indias, vuestra parte de presa será igual a la de un oficial, es decir, igual a la de ocho soldados...

—Repito, capitán, que yo no pido sino una cosa: que me llevéis a Cartagena y me permitáis hacer la presa que se me antoje; no de dinero sino de otra cosa: lo demás no importa... Yo no vivo sino para vengarme; yo no existo sino con esa intención grabada con letras de fuego en el fondo de mi alma...

III

¿Qué era Cartagena en aquella época? Un pobre caserío rodeado de espesa montaña, sin murallas, sin fortalezas, sin puentes. Boca-grande (viii) estaba abierta a la entrada del mar, y los navíos más grandes penetraban por allí, de manera que nada era más fácil ni más frecuente que el ver surgir de repente un barco a las puertas de Cartagena, sin previo aviso y sin saberse cómo.

Las islas adyacentes, y aquellas cubiertas hoy de edificios, estaban unas cuajadas de malezas y de fieras, y otras infestadas todavía por tribus de indígenas. La Popa (ix) y San Felipe (x) estaban aún cubiertos de corpulentos árboles; los únicos edificios de cal y canto que había en la ciudad eran una parte de la catedral —empezada a edificar en 1538 (xi)—, el hospital y las casas del adelantado don Pedro de Heredia, las cuales abarcaban mucho terreno y tenían una puerta que miraba a la bahía y otra a la entonces calle principal. Pero si la población era poco hermosa, la gente parecía muy alegre y divertida, y se aprovechaban de toda fiesta de iglesia para formar bailes en las casas, y juegos de toros y torneos en las plazas públicas.

La fiesta de Santiago Apóstol, patrón de España, el 25 de julio de 1544, iba a celebrarse en Cartagena con grandísimo boato. El gobernador Heredia casaba a su hermana favorita con un capitán Mosquera, que prometía hacer lucida carrera en la colonia, y escogió el día del apóstol para que la ceremonia se llevase a cabo con la mayor solemnidad posible.

Habían de jugarse cañas en la plaza mayor (xii); preparábase plaza de toros en la isla que se llamó después Getsemaní (xiii); la iglesia catedral estaba adornadísima para la fiesta religiosa; las damas habían preparado vistosos trajes, y los galanes no las iban en zaga con respecto a plumajes, terciopelos y bordados de oro; los cocineros más afamados tenían encargo de hacer ricos platos para las mesas de los vecinos más acomodados, y la tarde anterior habían matado multitud de aves, lechones apetitosos y otros animales que aderezaron durante la velada para trabajar menos al día siguiente. En fin, todos se acostaron aquella noche rendidos de cansancio y soñando con lo que habían de lucir, de comer, de divertirse y lucrar en la preparada fiesta. La noche estaba oscura, porque no había luna, pero en lo alto del cielo brillaban innumerables estrellas, y sobre la mar se arrastraba perezosamente una neblina que anunciaba calor para el día siguiente. La mar estaba tranquila; las olas batían las playas con acompasado murmullo, y los árboles de los contornos se mecían blandamente, impelidos por la brisa que soplaba de tierra hacia el mar.

Las luces se habían ido apagando una a una en todas las casas de la ciudad, y por último no se vio más luz que la que se filtraba por una ventana de la catedral, reflejo de la lámpara que ardía delante del sagrario.

—Oigo un ruido extraño del lado del mar —dijo uno de los vecinos, incorporándose en su hamaca y llamando a sus criados.

—Señor —le contestaron—, es el viento que empieza a levantarse y anuncia quizá un temporal para mañana.

—Paréceme oír voces de mando, gritos ahogados y ruido de armas...

—El viento suele remedar todos los rumores de la tierra — contestole uno de los soñolientos criados.

El hidalgo se envolvió en los pliegues de su hamaca y todo quedó en silencio.

Rato después el enfermo y tullido hermano del adelantado Heredia, don Alonso, despertó sobresaltado.

—¡Hermano! —le gritó llamándole.

El gobernador, que reposaba en la vecina estancia, despertó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Escucha —le contestó el otro—, todos los perros del lugar ladran espantados; los gallos despiertan sobresaltados; algo sucede en la ciudad.

—Ya vendrá la aurora —repuso el adelantado.

Y, levantándose, se acercó al vecino balcón. Estaba oscurísimo, como suele suceder poco antes del amanecer. En aquel momento sonaron en diferentes partes de la ciudad a tambores, añafles y clarines.

—¡Será en honor de la fiesta del apóstol! —exclamó Alonso.

—¡No tal! —dijo el gobernador—. Desconozco esos sonidos...

—Entonces ¿qué significa?...

—Que tenemos enemigos dentro de la ciudad —dijo don Pedro, vistiéndose apresuradamente y dando voces para llamar a sus criados.

Pocos momentos después la ciudad estaba en los mayores conflictos: los piratas franceses, capitaneados por Roberto Baal, habían penetrado por Bocagrande aprovechándose de la oscuridad de la noche y del descuido de los habitantes, y, guiados por el traidor piloto Íñigo Ormaechea, habían rodeado la ciudad y se apercibían para saquearla a su sabor.

Las escenas de horror, de espanto y de congoja fueron muchas; Cartagena no había sido antes atacada por piratas, y nadie se había preparado para semejante desgracia. Los ricos trataban de huir a los cercanos montes, llevándose sus tesoros, y los pobres procuraban escaparse para no caer en manos de los enemigos. Las mujeres gritaban, los niños lloraban, los hombres daban voces, los militares buscaban sus armas, los sacerdotes y los frailes pedían a Dios misericordia...

Cuando el sol surgió sobre el horizonte, debió de sorprenderse al encontrar la ciudad que había dejado tan tranquila la tarde antes, teatro de semejantes escenas.

El teniente Bejines estaba recién casado, y su mujer era tan bella cuanto virtuosa. El tal, apenas oyó la algazara, se levantó prontamente, y dejando a su mujer en el aposento, bajó a la puerta de la calle para preguntar lo que sucedía.

Abrió la puerta cautelosamente, y como vivía en una calle excusada, no oyó ruido ninguno en ella, y sin precauciones sacó el cuerpo afuera... No se oía nada, y la oscuridad no le permitía ver a dos pasos de distancia, cuando de repente oyó una voz estridente que decía:

—¡Muere, tirano!... ¡Que este pago te lo da el que afrentaste!

Y al mismo tiempo sintió que le hundían en la espalda, atravesándole de parte aparte, un largo y agudísimo puñal.

Cayó al suelo el desgraciado teniente, bañado en su sangre; quiso hablar, pero no pudo hacerlo; mas, al levantar los ojos vio, iluminado por los hachones que llevaban encendidos algunos de los piratas que pasaban en aquel momento, la cruel y vengativa mirada del piloto, a quien había mandado azotar un año antes.

Estremeciose el moribundo, recordando, sin duda, la profecía del sargento, y al tratar de incorporarse, quedó muerto...

—Ahora —dijo el piloto—, acabaré de vengarme; y entró precipitadamente en la casa del que había asesinado.

Momentos después salía de la casa llevándose a la hermosa mujer del desdichado teniente, a quien pretendía llevar a uno de los navíos corsarios, sin duda para que le dieran rescate por ella; pero en su precipitación se tropezó con el postrado cuerpo de su víctima y para no caer, tuvo que soltar su presa. Esto salvó a la viuda de Bejines, la cual logró huir y ocultarse de manera que el perverso no la pudo hallar, a pesar de las muchas pesquisas que hizo para dar con ella.

Dos años después, día por día, el malvado Iñigo Ormaechea moría sacrificado por los indios caribes (xiv) de una de las pequeñas Antillas, los cuales se habían apoderado de una carabela pirata que naufragó en sus costas, robada por el piloto a su patrón Roberto Baal.

Notas explicativas

- (i) Fue un personaje de origen noble en la Villa de Madrid. Gran peleador, reconocido por una escena en que, luego de ser herido por seis contrincantes, asesina luego a tres de estos. Se ubica en Santo Domingo, donde trabaja en un ingenio azucarero, tras huir de las Indias. Luego parte a la recién fundada Santa Marta, donde es teniente del gobernador Pedro de Badillo. Engañaba a los indígenas con el cambio de oro por implementos de mucho menor valor. Recibe capitulaciones de España por parte de la reina Juana la Loca. Se dispone en Bocagrande con una nave, dos carabelas, 150 hombres y más de 20 caballos. Lo acompaña el teniente Francisco César, la intérprete India Catalina, proveniente de Galerazamba, que fue llevada por Diego de Nicuesa a Santo Domingo. También, fue empleada de Pedro de Heredia como traductora de lenguas indígenas (DPHC, 2001).
- (ii) Nace el 7 de abril de 1506 en Javier, castillo de Navarra. Estudia en París a los 19 años, donde hace amistad con Ignacio de Loyola y otros participantes de los votos de Montmartre, generando una vocación misionera basada en la humildad y la castidad. En 1537 es ordenado sacerdote junto con sus compañeros. En 1541 el papa Pablo III le encarga una misión a la India, donde evangeliza y bautiza a pescadores de perlas. Viaja en 1545 a las Molucas, donde funda misiones que fueron continuadas por sus seguidores. Muere el 3 de diciembre de 1552 en China, dejando esta fecha como la determinada para su festividad. Sus restos están sepultados en la iglesia del Bom Jesús en Goa (DIS, 2001).

- (iii) Nace el 1 de enero de 1536 en la ciudad española de Valencia. Ingres a la orden dominica a los 18 años. Participa como misionero en Colombia en 1562, donde practica la fe piadosamente con los indígenas, a quienes bautiza. Desde 1569 hasta su fallecimiento el 9 de octubre de 1581 (fecha que titula su festividad eclesiástica), se desempeña en varias dignidades escogidas por la Corona. Es definido como beato en 1608 y como santo en 1671 (DIS, 2001).
- (iv) En castellano, *pirata*, proveniente de forma idéntica del latín y, a su vez, del griego *peirates*, define al navegante que, de forma inmisericorde, toma y roba la riqueza de los puertos:

Guillermo Blackstone, [...] dice que «el crimen de piratería o robo y depredación en alta mar, es una ofensa a las más sagradas leyes de la sociedad, y denomina al pirata *hostis humani generis*, es decir, *enemigo del género humano*; y Lord Lowell observa que para los piratas no hay estado de paz, pues en todo tiempo han sido los enemigos de todas las naciones y se les sujeta, por tanto, universalmente a las medidas más severas de la guerra. (PAIAE, 2005, p. 21)
- (v) Con solo una década de la fundación española, el 24 de junio de 1543, recibe la primera embestida pirata con Roberto Baal, con quien inició el memorial de saqueos (CIPPF, 1960). Es reconocido por su carácter vengativo y tiene varias denominaciones como Roberto O'Valle o Baal (LFCI, 2009).
- (vi) Nace en 1494, ejerce el reinado de Francia en 1515 hasta su muerte en 1547. Es hijo de Carlos de Orleans y esposo de Claudia de Francia, hija de Luis XII, de quien asume el trono. Fue autoritario y su gobierno se caracteriza por la rivalidad con los Habsburgo, la toma del Milanesado en Italia en 1515, la firma del concordato de Bolonia en 1516 con el Papado y la persecución a los protestantes (DES, tomo 12, 1987).

- (vii) Es una «[i]sla de origen volcánico de Ecuador, perteneciente al archipiélago de Colón o Galápagos. Por su abundante provisión de agua dulce, ha servido tradicionalmente de sede a las autoridades administrativas» (DES, 1987, p. 3326).
- (viii) Según Marco Dorta (1960), en su libro *Cartagena de Indias, puerto y plaza fuerte*: «Remontada la isla de Tierra Bomba, se encuentra una bahía menos extensa [La Caleta] que hasta mediados del siglo XVII estuvo comunicada por el canal de Bocagrande, único acceso al puerto de Cartagena practicable entonces» (CIPPF, p. 4).
- (ix) La forma del cerro es lo que definió su nombre por parte de los navegantes. Estaba circundada por fincas y selva habitada por afros cimarrones:

El 5 de diciembre de 1606 fray Vicente Mallol solicitó al Gobierno autorización, para realizar la fundación [de la Ermita de Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa]. La licencia le fue concedida y nombrado fray Alonso de la Cruz Paredes, como director del convento, de la comunidad de los Religiosos Descalzos de la Orden de San Agustín. En 1607 empezaron a construir una capilla en madera en la cima del cerro. La fábrica definitiva, atribuida al maestro Simón González fue realizada, en su mayor parte, entre 1617 y 1882. El conjunto, como remate del cerro, es característico del paisaje de Cartagena y sirimiri de faro a los navegantes. Éstos al llegar a puerto, cumplían su devoción a la virgen que allí se venera. Es un conjunto conventual de proporciones reducidas, el más pequeño de Cartagena. El claustro posee una doble arquería, con cuatro arcos en cada uno de sus lados, un aljibe subterráneo ocupa el área del patio, ornamentado en la actualidad con trinitarias de variados colores. La iglesia es de una sola nave, con cubierta a dos aguas, y está adosada al lado norte del claustro consagrado a la virgen de La Candelaria. El retablo es del antiguo convento de Santa Clara. A la llegada a la cima había una hostería para albergar peregrinos, era de dos crujías y en la actualidad solo queda una.

Los cartageneros conservan la tradición de subir a La Popa, durante las festividades de la virgen de La Candelaria, el 2 de febrero. Desde allí observa la panorámica de la ciudad y su entorno. Durante las guerras de independencia y las posteriores contiendas civiles del siglo XIX, el convento fue utilizado como cuartel y reducto; después fue abandonado en un estado de ruina total. En el presente siglo ha tenido varias fases de intervención, la iglesia fue restaurada hacia 1940 y el claustro un poco más tarde, en 1960. (CIC, 1999, pp. 129-130)

- (x) Con el levantamiento de la fortificación en Getsemaní, se construye un bonete en el cerro de San Lázaro, con el propósito de proteger a la Media Luna, que hasta entonces es el único acceso continental. Esto cuenta con la gestión del gobernador Pedro Zapata de Mendoza con empréstitos solicitados a sus vecinos:

La obra se realizó en corto tiempo y el 12 de octubre de 1657 estaba concluida. Es un bonete de forma triangular en la cima del cerro, con cuatro garitas, aljibe, almacén y alojamiento para los soldados. Era un pequeño fuerte de campaña, cuya dotación era de ocho cañones y una guarnición de 20 soldados y cuatro astilleros. Este fuerte, llamado así en honor al rey Felipe IV, fue tomado por los franceses comandados por el barón de Pointis en 1697, pero fue pieza clave para la defensa, cuando, desde sus muros, derrotaron a las tropas inglesas al mando del almirante Vernon. La amenaza de una nueva guerra con Inglaterra en el año de 1762, obligó a pensar en refuerzo de las defensas en las colonias. El gobernador don José de Sobremonte encargó entonces al ingeniero militar D. Antonio Arévalo, la ejecución de unas obras que convertían al castillo en una fortaleza inexpugnable. Construyó las baterías colaterales. Dotadas con 63 cañones. Este conjunto de baterías está rodeado por una muralla alta con una pendiente tal, que era imposible de escalar. Su ubicación en diferentes puntos del cerro permitió la defensa completa del mismo y de la plaza: hacia el norte construyó las de San Carlos, Los Apóstoles, El Hornabeque y La Cruz; hacia el este, la de Santa Bárbara; entre ésta y La Cruz ubicó de La

Redención, y hacia el sur, San Lázaro. Según D. Enrique Marco Dorta, «todas estas baterías fueron dispuestas de tal modo que se defendían recíprocamente y a su vez estaban dominadas por el castillo. Formaban un conjunto de fortificaciones separadas, unidas entre sí por caminos subterráneos, que permitían la retirada sucesiva, de una a otra, a medida que los enemigos consiguiesen ocuparlas». Finalizadas las guerras de la interdependencia, el castillo fue abandonado, invadido por la maleza y posiblemente convertido en cantera, hasta que, en 1928 se inició su restauración, encomendada al maestro cartagenero Carlos Crismat. (CIC, 1999, pp. 125-126)

- (xi) Durante el episcopado de fray Dionisio de los Santos, se realiza esta obra hasta el asalto de Drake en 1586:

En 1600 se desplomaron la nave mayor y una lateral. Fue reedificada y concluida en 1612; posteriormente, en 1653, se construyó la cripta y en 1661 la torre y el campanario. Su emplazamiento es atípico, pues la fachada principal no da frente a la plaza mayor, sino a una calle, y la lateral da frente a la plazuela de la Proclamación. El templo es de tres naves separadas entre sí por columnas de tambores de cantería y arcos de medio punto, igualmente de piedra. La capilla mayor, de planta ochavada, y las laterales son de cantería y están cubiertas con bóvedas. Las naves poseen techos inclinados de madera y teja y la central es más alta que las laterales. Se destaca el retablo del altar mayor, de la época colonial. La portada presenta características de la arquitectura del Renacimiento Español. Es de piedra, con dos cuerpos rematados por un frontón triangular; en los intercolumnios están las hornacinas, donde estaban colocados algunos santos de piedra, que dieron nombre a la calle. La catedral hizo escuela en las costas suramericanas del Caribe y en el virreinato de la Nueva Granada. A principios del siglo XX la iglesia fue remodelada y revestida profusamente de estucos; la torre fue elevada por el arquitecto francés Gastón Lelarge en 1924. (CIC, 1999, pp. 93-94)

- (xii) Marco Dorta (1960) precisa que «[...] hacia el centro de la ciudad se encuentra la Plaza Mayor —hoy de Bolívar—, en

la que se indican los “Portales de los Escribanos”, que aún conservan ese nombre, del que hay constancia desde 1630 [...]» (CIPPF, p. 58).

- (xiii) En la última década del siglo XVI, la isla de Getsemaní se encuentra poco habitada y solamente se reconocen edificios como el convento de San Francisco y el matadero:

[...] aparece una distribución de solares a base de una calle paralela a la ribera de la bahía —la actual calle Larga— y otras dos en cruz, dirigidas a los cuatro puntos cardinales. La que va desde el puente hacia la tierra firme es la que luego se llamó Media Luna. Este fue el primer ensanche de Cartagena, que empezó a ser populoso a principios del siglo XVII y más tarde quedó incorporado al recinto de murallas. (CIPPF, 1960, pp. 58-59)

- (xiv) Es una de las familias amerindias más reconocidas de Suramérica. Destacados navegantes, llegan desde la región septentrional venezolana y las Guayanas. Se expanden desde el Mato Grosso y las Antillas menores, hasta la restricción de la conquista española (ESD, tomo 3, 1982).

Cuadro segundo:

**el almirante corsario
Francisco Drake (1586)**

I

*Ellos, los viles de botín sedientos, cual
camada de lobos han osado acercarse a
tu umbral, cara matrona.*

Rafael Núñez

En 1586 Cartagena había adelantado notablemente. Aunque no estaba enteramente concluida su catedral —una de las más ricas de la América del Sur en aquellos tiempos—, ella poseía grandes riquezas; desde 1559 había ya convento de Santo Domingo (i), y desde 1575 los padres franciscanos tenían el suyo (ii). En ese mismo año el rey Felipe II (iii) había expedido a Cartagena el título de *muy noble y muy leal*, y el año anterior le había concedido un escudo de armas (iv). Naturalmente había ya muchos edificios contruidos con elegancia y solidez, y familias ricas españolas se empezaban a establecer allí definitivamente, llevando consigo las comodidades y las costumbres cultas de la madre patria.

Alboreaba apenas el día 9 de febrero de 1586 (v), cuando los habitantes de Cartagena vieron llegar a la bahía, entrando por Bocagrande —aún abierta a la navegación—, una pequeña carabela, la cual enarboló la bandera española para que la permitiesen entrar sin tropiezo.

Casi toda la población circulaba por las calles y plazas, y entraba en las iglesias y salía de ellas, llevando sobre la frente la ceniza, señal de la humildad, pues era Miércoles de Ceniza, y los devotos españoles no perdonaban ceremonia religiosa ninguna, y cumplían todos, sin excepción, con los piadosos deberes del fiel católico.

Un joven gallardo, aunque muy mal traído en sus vestidos, saltó a tierra y habló con el oficial que salió a recibirle para conducirlo hasta la casa del gobernador, con quien el recién llegado anunció que tenía que hablar de parte del gobernador de Santo Domingo. Al atravesar la ciudad halló que estaba preparada como para sufrir un asalto; todas las bocacalles tenían parapetos de tierra, y en algunas veíanse cañones que las defendían; pero no en todas, porque los cañones eran escasos y no alcanzaban. En algunas partes el oficial hizo notar al recién desembarcado que habían enterrado flechas envenenadas en el suelo, a usanza de los indios, y muchas casas tenían guarnición dentro de ellas.

—¿Por qué son estos preparativos? —preguntó el joven— ¿Acaso teníais ya noticia de que se acerca una expedición enemiga?

—Sí —contestó el otro—, hace algunos días que el gobernador recibió una carta de su majestad el rey, en la cual le avisaba que había partido de Inglaterra el perverso pirata que tantos males ha causado ya en las Indias... Creo que se llama Francisco Drake.

—Sí, o el Dragón... ¡Cuánto celebro que sepáis ya esta noticia, lo cual me evitará dar una nueva tan desagradable!

Hablando de esta manera, el joven llegó a la casa del gobernador y fue introducido en la sala principal. Una joven que estaba asomada a uno de los balcones que daban a la calle, entró entonces y saludó al recién llegado.

—¿Buscabais a mi padre? —preguntó con amable sonrisa.

—Vengo —contestó el otro, haciéndola una respetuosa salutación— en busca de su señoría el señor don Pedro Fernández de Bustos (vi), de parte del gobernador de Santo Domingo.

—Su merced está aún en la catedral, asistiendo a la misa mayor —contestó la joven.

—Mi comisión es sumamente importante —repuso el otro—, ¿y si fuera posible mandarle avisar mi llegada?

—Se hará lo que pedís, señor; pero hacedme la merced de decirme el nombre del mensajero del gobernador de Santo Domingo.

—Vuestro servidor, señora, Hernán Mejía Mirabal (vii), ayuda de campo de la confianza del señor gobernador de Santo Domingo, el cual me envió aceleradamente para que avisase el peligro que corría Cartagena de un asalto.

—Aguardadme vuesa merced un momento aquí, mientras voy a dar orden de que prevengan a mi padre de vuestra llegada.

Momentos después regresaba la niña a la sala y hacía señas a Hernán Mejía para que se sentase en un sillón de alto espaldar que estaba a un lado de la puerta que conducía al balcón, mientras ella tomaba otro que se hallaba al frente.

Doña Clara de Bustos era hija única del viudo gobernador de Cartagena, y por este motivo era dueña y señora de su casa. Criada al lado del noble anciano, que la idolatraba, se había acostumbrado a hacer en todo su voluntad, no obstante la rigidez de las costumbres de esos tiempos.

Un tanto morena, muy pálida por el calor del clima; sus grandes ojos llenos de fuego y expresión, sombreados por largas y crespas pestañas, formaban contraste con una abundantísima y larga cabellera color castaño claro, que le caía en dos anchas trenzas, a la morisca, y le bajaba casi hasta los pies sobre su traje claro. Un collar de oro la adornaba el cuello; brazaletes de perlas los blancos brazos; llevaba en su diminuta mano un abanico,

hechura de los indios, formado de vistósísimas plumas, y su pie de andaluza estaba calzado con zapatitos bordados, de plumas también, fabricados con fique y hechos en el país.

—Perdone vuesa merced mi despedazado y sucio vestido —dijo el joven, notando la elegancia y lujo de la hija del gobernador—, pero me vine de improviso de Santo Domingo, con lo que llevaba sobre el cuerpo, que es lo único que me dejaron los piratas.

—¡Ah! —exclamó la joven dejando de abanicarse, y sin contestar a la primera parte del discurso del recién llegado— ¿es decir que ya llegó el inglés a Santo Domingo?

—Sí, señora; y desgraciadamente se ha robado cuanto poseíamos, después de haber incendiado los mejores edificios, derribado en parte las iglesias y saqueado nuestros haberes...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosa tan horrible! Sin embargo, aunque aquí llegue no podrá entrar: ¿no os parece? Mi padre ha mandado defender el puerto y la ciudad, según dicen, con suma habilidad...

—Es verdad; ¡pero aquel hombre es terrible!... La herejota de su reina Isabel le hizo caballero y barón, le dio veinticinco navíos de guerra, tripulados con dos mil trescientos hombres audaces, sanguinarios y enemigos de nuestra raza y de nuestra santa religión... No obstante su llegada a la Española cuando menos lo esperábamos, nos defendimos lo mejor posible; pero ¿qué hacer contra tanta gente fresca, bien armada y sin ley ni Dios? Asaltaron la ciudad a media noche, entráronla a fuego y sangre, y quemaron todas las casas adonde penetraban, después de haberlas saqueado... Y al fin fue preciso rescatar la parte de la ciudad que no habían quemado aquellos malandrines, ofreciéndoles veinticinco mil ducados en oro.

—¿Y esta es la suerte que se nos aguarda? —exclamó Clara sobresaltada.

—Quizás no... Aquí se han hecho preparativos para recibir a los piratas... hay más gente y se les aguarda; nosotros estábamos desapercibidos enteramente...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué haremos, señor capitán? —dijo la consternada niña, dejando caer el abanico para levantar las manos al cielo.

—Mejía Mirabal levantó el abanico, y, al entregarlo a la hija del gobernador, dijo:

—¿Qué haremos? dice vuesamerced. El señor gobernador dispondrá lo que le parezca mejor, y yo y los veinte hombres que vinieron conmigo daremos toda nuestra sangre para defender a tan bellas y nobles damas como vos, hasta rendir la vida en la lid.

En aquel momento el maestresala del gobernador entró a avisar que su amo se acercaba ya, y efectivamente se presentó momentos después don Pedro Fernández de Bustos, seguido de algunos pajes de su servidumbre, pues los altos empleados de las Indias gastaban todo el boato de los grandes de España.

Miró sorprendido a su hija al encontrarla sola conversando con el recién llegado, y preguntole por la dueña que la cuidaba.

—Salió a misa... y como me quedase aquí, llegó el señor capitán con noticias tan terribles, que no he podido menos de oírle.

Díjole entonces este lo que antes había relatado a Clara, y añadió que la expedición del pirata podría llegar frente a Cartagena de un momento a otro, pues él había salido la noche antes de aquella en que Drake había anunciado que se pondría en marcha para aquel puerto a saquearlo sin misericordia.

—Pero señor capitán —preguntó Clara—, ¿quién es ese hombre tan fiero, y por qué se ha propuesto su reina maltratar a estas Indias con tanta crueldad?

—Es cierto, capitán —añadió el gobernador— mucho he oído hablar de ese *Drake* o *Dragón* inglés, pero no sé quién sea.

—Según oí decir en Santo Domingo a un mal flamenco que le había acompañado en muchas de sus aventuras, el Francisco Drake, que hoy cuenta unos cuarenta y cinco años, nació en un poblachón inglés,⁵ de padre protestante, enemigo declarado de nuestra santa religión, el cual enseñó a su hijo sus malísimas ideas. Como el *protestantazo* aquel era muy pobre, mandó a su hijo, desde muy niño, como grumete a un buque mercante holandés. Entre tanto la santa reina María Tudor (viii), esposa de nuestro muy querido rey Felipe II, castigó duramente al hereje del padre del pirata, y este juró hacer la guerra a los católicos para vengarle.

—¡Mala raza! —exclamó el gobernador— ¡Estirpe de malandrines!... Veamos cómo ha cumplido su juramento.

—A medida que el actual pirata iba creciendo, creció también su ambición, y, muy joven todavía, se vio dueño de un buque mercante, en el cual transportaba negros que vendía como esclavos en los puertos de las Indias; y como dueño de un navío que llamaba el *Dragón*, tomó parte en aquella expedición que hizo un tal Hawkins a las costas de México (ix), y que fue desbaratada por la marina española.

—¡Bien me lo acuerdo! —dijo don Pedro Fernández—. Aquella señalada victoria de nuestra marina aconteció hacia 1570... Yo estaba recién casado, y en el mismo año nació mi Clarita aquí presente.

—Después de aquel desastre, Drake se ensañó más y más contra los españoles, y juró no abandonar la persecución de nuestras Indias sino con la vida. Las costas de Venezuela, las de México y las del Darién (x) tuvieron que sufrir muchísimo con sus depredaciones. Oyó hablar de su audacia y de su fama como corsario la hija de Ana Bolena, la perversa Isabel, y le hizo comparecer delante de ella; gustole su porte y el odio que tenía a los católicos, y le confió varias empresas en Europa, y después una para que

⁵ Tavistock, en el condado Devonshire.

fuese a tratar de destruir las ricas colonias españolas en el mar Pacífico. Después de atravesar el estrecho de Magallanes (xi) con una escuadra de cinco buques, saltó y saqueó las costas de Chile y Perú, y aunque no tocó en Panamá, siguió por el norte hasta un pueblo que los nuestros llaman de San Francisco y que él bautizó con el nombre de Nueva Albión.

—¡Insolente! ¿Y eso cuánto hace?

—Unos ocho años.

—¡Virgen santísima de los desamparados! —exclamó la niña agarrando una mano de su padre— ¡Qué mal hombre es aquel! Continúe vuesa merced...

—Temeroso probablemente el pirata de que saliesen ya a su encuentro las escuadras españolas que se aguardaban en el Perú, y reducido a un solo buque —puesto que los otros habíanse despedazado en las costas del mar Pacífico—, resolvió regresar a su tierra, cargado de riquísimo botín, por la vía de Filipinas, Java y Cabo de Buena Esperanza, movimiento que ejecutó con toda felicidad hasta llegar a Inglaterra, después de más de tres años de ausencia.

—¡El diablo le ayudaría! —exclamó el gobernador—, pues este anda suelto en su tierra desde que aquel mal rey Enrique VIII desobedeció al Papa (xii), se divorció de nuestra princesa Catalina y llevó a su reino las herejías de Lutero.

—¿Y cómo le acogió su reina?

—Malísimamente aquella vez, porque estaba de paz con España, y pretendía hacer no sé qué tratados con el rey Felipe... Pero al cabo de poco *La Isabel* tuvo necesidad de un corsario de su temple para que llevase a cabo las vituperables hazañas que le distinguen, y sin pararse en delicadezas, se fue ella misma al barco en que estaba el pirata, y sin más ni más le confirió el título de caballero.

—¡Hija de Ana Bolena había de ser! —exclamó don Pedro Fernández— ¿Y después qué hizo aquel malandrín?

—Ponerse a la cabeza de una escuadra compuesta de veinticinco barcos bien armados, llevando a bordo dos mil quinientos hombres, con el objeto de venirse a estas Indias, atacarlas, saquearlas, tratarlas de destruir, y así hacer la guerra al rey de España.

—¡Señor gobernador! ¡Señor gobernador! —exclamó el maestresala, entrando apresuradamente—. Llega el capitán del puerto a hablar con vuesamerced y trae noticias alarmantísimas.

—¡Que entre! —contestó el magnate, mientras que la niña se dejaba caer, temblando de miedo, sobre un banco.

—Señor —dijo un hombre alto, grueso, rojo de cara y con aire marcial; iba vestido de militar—, señor gobernador, acabo de ver surgir sobre el horizonte diez y nueve velas, cuyas formas me hacen creer que son las del maldito pirata inglés.

—¡Diecinueve velas! ¡Coronel Vique!

—¡Diecinueve! sí señor.

—¿No me decíais —repuso el gobernador, dirigiéndose al capitán Mirabal— que el Drake poseía veinticinco barcos?

—Efectivamente esos tenía cuando llegó a Santo Domingo; pero envió cinco o seis naves a su tierra conduciendo los millones que había tomado allí...

—Que inmediatamente se preparen las baterías —dijo el gobernador—, se avise al capitán Miguel González para que prepare los 500 indios flecheros que tiene a su cargo entre los manglares, y ponga gente que defienda la Media Luna; que el capitán Martín Polo con su compañía de cien hombres se plante en el paso de la Ciénaga, con el objeto de que el enemigo no desembarque en la Punta de Canoa (xiii); la compañía de negros esclavos, con sus capitanes, se situará en el puente...

—Y a mí, señor, ¿qué cargo me dais? —preguntó el recién venido.

—Elegiréis el puesto que os plazca... —contestó el gobernador cortésmente.

—¿Me concedéis la defensa del Fuertecillo?

—Es uno de los más peligrosos...

—Si no fuera así, señor don Pedro, no lo elegiría yo.

—¡Bien, bien! —exclamó el gobernador—. Vique —añadió— daréis al capitán Mirabal lo que necesite.

—Tengo veinte hombres —dijo este— y las armas necesarias.

—Vique —añadió don Pedro—, vuesamerced permanecerá en la ciudad con trescientos hombres de infantería y ochenta de caballería.

Ya para entonces se había llenado la casa del gobernador de oficiales y de vecinos.

—¡A su puesto cada cual! —gritó el Gobernador—. Los que no quieran o no puedan pelear, tomarán a su cargo las mujeres y los niños con todo lo que se ha prevenido para el caso, e irán a acampar en el alto de La Popa, en el monte y en las casas que se han preparado para albergar a los que salgan de la ciudad.

Clara, entre tanto, permanecía callada y temblorosa, derribada sobre la silla, con los ojos fijos en su padre, con aire aterrado.

—Hija —dijo el gobernador acercándosele—, es preciso que te animes; y así como yo debo dar ejemplo de valor en esta plaza, tú lo debes dar a la población que emigra; ¿me entiendes?

Clara se levantó como impelida por un resorte, se limpió los ojos llenos de lágrimas, hizo un esfuerzo supremo, y, besando la mano de su padre respetuosamente, dijo:

—¡Sumerced tiene razón!... Seré valiente y animosa como hija de quien soy. ¡Adiós, padre querido!...

Volvióse al joven Mirabal, le hizo una señal de despedida, y se alejó en busca de sus criadas.

II

El sol ardiente de los trópicos arrojaba sus rayos de fuego sobre los arenales de Cartagena; la mar parecía a lo lejos un espejo azul con reflejos tornasolados, salvo en las playas, contra las cuales se estrellaba suavemente, produciendo una música sorda y monótona; el cielo no ostentaba una sola nube, y su azul intenso parecía reflejar con rayos de oro los fuegos del rey del mundo solar... El calor era sofocante; la brisa, que no alcanzaba a rizar las ondas marítimas, apenas mecía suavemente las hojas de los manglares que circundaban entonces la bahía de Cartagena en su totalidad. La población masculina de la ciudad se hallaba sobre la playa y miraba con asombro y terror la escuadra enemiga que se acercaba, aunque lentamente, y se dirigía hacia la entrada de Bocagrande, la cual, como hemos dicho antes, se hallaba entonces abierta a la navegación y defendida apenas por unos fuertes provisionales, hechos de tierra, cuya defensa era imposible contra los tiros del cañón enemigo.

Las campanas de las iglesias tocaban a rebato, y a cada momento se presentaban los vecinos al gobernador, unos armados con bocas de fuego malísimas y otros con machetes y lanzas.

Los bajeles enemigos llevaban banderas y gallardetes negros, y se adelantaban como sombras fatídicas hacia la plaza, llenando de pavor y de coraje a cuantos los veían.

El obispo fray Juan de Montalvo⁶ (xiv) se hallaba en medio de su grey y rodeado del guardián de San Francisco, fray Sebastián de Garibay, y algunos de sus religiosos, del prior de Santo Domingo,

⁶ Era dominicano, extremeño, educado en el convento de predicadores de Salamanca. Había llegado a Cartagena, nombrado obispo en 1579. Era muy querido de los vecinos por su benevolencia y caridad. Su muerte, acaecida en 1587, costó muchas lágrimas al pueblo cartagenero.

fray Bartolomé de la Sierra, y de otros clérigos y religiosos que estaban, unos, establecidos definitivamente en Cartagena, y otros, que se habían detenido allí de paso para el interior del Nuevo Reino de Granada, o para Panamá o el Perú, pues Cartagena era escala obligada para cuantos iban al Sur de América.

El obispo dirigía palabras de consuelo a la atribulada población, mientras que el gobernador y los otros empleados civiles y militares de alta graduación procuraban alentarla, asegurándola que, aunque los ingleses parecían muchos, el valor de los españoles era proverbial, y si Dios les protegía, no había duda que les rechazarían.

—Recuerdo —decía a varios curiosos que le rodeaban, un antiguo poblador y colono cartagenero, que había vivido allí desde muy niño—, recuerdo lo que sucedió el año de sesenta. ¡Cuánto no tuvimos que sufrir entonces!

—¿Qué hubo, señor don Benito, en aquel tiempo? —preguntó un joven—, pues yo aún no había nacido entonces...

—¡Contádnos eso, contádnoslo señor! —exclamaron varios, rodeando al viejo.

—Acababa de desembarcar en esta plaza el sucesor del muy apostólico varón don fray Gregorio Bátela, su señoría don Juan de Simancas (xv), que había sido consagrado obispo en Santafé por el obispo Barrios, cuando una mañana como esta nos cogieron enteramente desprevenidos siete navíos grandes, comandados por dos piratas franceses, llamados Martín Coté el uno, y el otro, cuyo apellido no supe nunca, le titulaban aquellos malandrines el capitán Juan.

—¿Y qué hicieron?

—¡Diabluras!

—¿Y vosotros no procurasteis defender la plaza?

—El gobernador se había ido a la feria de Portobelo (xvi); la ciudad estaba desamparada, y capitaneados por el señor obispo

mismo, hubimos de huir al monte... Los piratas se hicieron dueños de todo, quemaron el barrio de Getsemaní, y del convento de los padres franciscanos no quedó ni la ceniza.

—¿Por eso sería que los padres se fueron a establecer entonces en Tolú? (xvii)—preguntó un curioso.

—Así lo hicieron; pero, a instancias de toda la población, regresaron en breve y labraron el convento que veis ahora, tan holgado y rico edificio como es...

—¡Al grano, al grano, señor don Benito! —exclamó un militar con impaciencia—. Decidnos qué más hicieron los franceses.

—¡Qué habían de hacer sino saquear cuanto hallaron a mano! Lo que no podían llevarse lo quemaban, hasta que, en una disputa con un clérigo de los que llevaban, el Martín Coté murió de un balazo que aquel le dio en el corazón; los suyos le hicieron un famoso entierro y le sepultaron en la iglesia catedral...

—¡Los desvergonzados! —exclamó otro de los oyentes—. ¿Y todavía está allí?

—¡No tal! Cuando se fueron los piratas y volvimos a la ciudad, el señor obispo mandó sacar el cadáver, arrojarle a un muladar y bendecir la iglesia de nuevo.

—Oiga vuesa merced, señor don Benito —dijo con altanería el gobernador, que le había estado escuchando—, ya que se entretiene en referir lo sucedido en otros tiempos para amilanar a los que le escuchan, ¿por qué no cuenta cómo el año siguiente, el de sesenta y uno, estando aquí de gobernador mi padre don Juan de Bustos, logró, junto con el visitador Arteaga, defender la ciudad con tan buen éxito que ciertos piratas franceses que trataron de entrar en ella fueron rechazados con pérdidas?...

—Sí, señor —contestó el otro que era de mal genio—, si vuesa merced me manda, contaré también los disgustos que don Juan tuvo con el obispo y otros sacerdotes de la diócesis, y cómo

acabó su vida en Panamá, en castigo de su atrevimiento, arrastrado por una mula.

—¡Insolente! —gritó el airado gobernador.

Pero en aquel momento le llamaron para que diese una orden urgente, y el viejo Benito se metió entre la multitud, y no se puso delante de don Pedro Fernández sino después de muchos días y cuando calculó que los acontecimientos ocurridos luego deberían de haberle hecho olvidar sus imprudentes palabras; que entonces no era chanza afrentar a un alto funcionario público.

Entre tanto, la expedición del pirata se adelantaba con mayor celeridad: había refrescado el viento y soplaba una brisa favorable del mar hacia la tierra.

El obispo y los demás sacerdotes y religiosos se habían retirado a sus iglesias y conventos, y oraban y pedían a Dios que librase a Cartagena del azote que la amenazaba. Los demás habitantes masculinos habían tomado las armas, como lo tenía mandado el gobernador, y cada cual se hallaba en su puesto; la playa estaba solitaria, pero la naturaleza parecía agitada, aguardando los acontecimientos que se preparaban. Ya se columbraba sobre la cubierta de las naves que habían adelantado, la apiñada multitud de guerreros, ataviados con vestidos vistosos y variados, y aunque llevaban las armas en las manos y los buques tenían gran número de cañones, todos guardaban un silencio sepulcral, mientras que los gallardetes de negro tafetán ondulaban sobre sus cabezas.

Adelántase la nave *Capitana*, en la cual se conocía que iba el almirante inglés, pues rodeaban varios oficiales, con señales de respeto, al que estaba en pie sobre la proa. Era este un hombre de pequeña estatura, elegante de formas, blanco de color, de ojos azules y penetrantes, barba enteramente rubia y ademán altivo y audaz.

Al llegar frente a la entrada de Bocagrande, el primer bajel disparó un cañonazo sobre el remedo de fuerte que había allí

entonces,⁷ desbaratando el terraplén de tierra que ocultaba a los pocos soldados que, como centinelas avanzados, no diré defendían el punto, sino que se escondían detrás de él. Estos contestaron al cañonazo disparando sus mosquetes; y viendo que el navío echaba al agua un barco, pusieron pies en polvorosa, y atravesando la península a todo correr, siguieron por el lugar que hoy llaman el *Limbo* (xviii) y avisaron lo que ocurría, uniéndose a los que defendían la ciudad.

Dos negros pescadores que no comprendieron el peligro que les amenazaba, habían quedado en aquel punto recogiendo sus redes. Los ingleses les tomaron prisioneros, les llevaron al bajel de Drake y les mandaron que diesen noticias circunstanciadas de los preparativos que hubiesen hecho los cartageneros para defenderse. Los africanos, llenos de espanto al ver amenazada su vida, y además poco adictos a sus amos, confesaron que ellos mismos habían ayudado a sembrar de púas envenenadas todas las bocacalles de la ciudad, y les dieron noticias de la fuerza que existía allí y de la manera más fácil que había para entrar en la ciudad.

Una vez que obtuvo todas las noticias que necesitaba, Drake se metió en la lancha con algunos oficiales de su confianza, llevando a su lado, atados y maniatados, a los negros prisioneros. El almirante corsario llevaba personalmente la sonda en la mano, seguido de sus buques, los cuales fueron entrando en la bahía uno en pos de otro.

La situación era solemne... Las dos galeras artilladas que había en el puerto, tripuladas con ciento cincuenta soldados cada una, y mandadas por el coronel Vique, se pusieron en actitud de defensa y aguardaron a que se acercase la lancha del capitán para descargar sobre ella todos sus fuegos. Al frente, en el punto que hoy se llama del Pastelillo (xix), se encontraba un capitán español oculto entre los manglares, a caballo y comandando a quinientos

⁷ Cerca de donde se halla el pueblo de Bocagrande.

indios, que debían disparar sus flechas contra el enemigo en un momento dado...

La noche se había acercado poco a poco, y los españoles notaron que de repente se detuvo la expedición, y que varias lanchas fueron arrojadas de los buques enemigos, como para consultar a Drake, el cual, en pie sobre su embarcación, parecía dirigir un discurso a los suyos... La oscuridad ocultó lo demás, y apenas se veían las grandes sombras de los bajeles en medio de las tinieblas de una noche oscurísima, pues se había encapotado el cielo; una muy negra nube cubría las estrellas, la brisa gemía entre las cuerdas de los buques, y la voz del mar se oía a cada momento más ronca, más solemne y amenazadora.

III

Veamos ahora qué había sido de las pobres mujeres que huyeron esa mañana de la ciudad, amedrentadas con la lejana vista de los piratas.

Toda la pequeña serranía, que forma una especie de triángulo, cuyos puntos salientes son La Popa y el Cerro en que después levantaron el castillo de San Felipe, y todo el sitio cercano al mar que llaman *Crespo* (xx), era una montaña espesa, poblada de fieras y frecuentada por los indios que aún no habían aceptado la religión y soberanía de los españoles.

En el sitio mismo en que después labraron el convento de Santa Cruz de la Popa, vivía un indio joven llamado Luis Andrés, el cual tenía su casa o bohío en ese solitario lugar, en torno del cual el gobernador había mandado levantar muy de prisa algunos ranchos para albergar a la población que debía salir huyendo del ataque de los corsarios.

Llevando en pos suya los enfermos, los ancianos y los niños, las mujeres habían emprendido marcha hacia medio día, no llegando al sitio escogido para ellas sino ya caída la tarde.

Clara había hecho un esfuerzo supremo para no manifestar su terror, y fingía que no tenía ningún recelo ni temor de que los piratas pudiesen penetrar en Cartagena; y, sin embargo, temblaba ocultamente al pensar en el peligro que correría su padre, y el recuerdo del gallardo joven que había llegado en la mañana atravesaba sin cesar por su mente. La hija del gobernador estaba, no obstante, comprometida a casarse con un capitán cuyo nombre no apuntan las crónicas; después veremos el motivo de este silencio, del cual es preciso que confesemos no se acordaba la joven absolutamente. Su padre había ajustado el matrimonio sin consultarla a ella, según las costumbres de su tiempo; pero Clara no sentía por el capitán sino la más completa indiferencia.

Las esclavas habían sacado los avíos, colgado las hamacas para sus amas, y arreglado lo mejor posible los tristes albergues preparados para ellas. Cuando llegó la noche, formaron una gran fogata en medio del improvisado campamento, y los encargados de ello distribuyeron alimentos a todos. Pocas personas, empero, tenían hambre; el susto y el cansancio les habían quitado el apetito, mientras que por todas partes se oían los ahogados sollozos de las mujeres que lloraban por los maridos e hijos que habían dejado en Cartagena; los lamentos de los enfermos, que carecían de comodidades y medicamentos, y los chillidos de los niños, asustados con aquel repentino cambio de todas sus costumbres...

Clara, recostada en su hamaca, había visto llegar la noche llena de espanto. ¿Qué estaría sucediendo entre tanto en la ciudad? ¿Qué harían los piratas? ¿Se contentarían tan solo con saquear e incendiar la población, o asesinarían también a los que habían procurado defenderla? Estas ideas la tenían despierta y llena de zozobra, en tanto que las demás mujeres se habían calmado poco

a poco; el sueño tranquilizaba ya a los niños, y el fresco vespertino aliviaba a los enfermos, de manera que fuéronse callando uno a uno hasta que todo quedó en silencio.

De repente, la mayor parte de los prófugos se incorporó sobresaltada: llegó a sus oídos, primero el ruido de algunos tiros aislados, y después descargas sobre descargas de mosquetería y de cañón, que ya crecían, ya menguaban, llevando la consternación hasta el fondo del alma de aquellas desventuradas... El terror, que al principio las había hecho gritar y llorar, al fin las obligó a callar, y todas escuchaban en silencio, pero llenas de angustia, aquel ruido tan pavoroso y significativo...

Así pasaron algún tiempo; el combate había disminuido, según parecía, porque ya los fuegos eran menos nutridos, cuando de repente se oyó el paso de un caballo que caminaba trabajosamente por en medio de la montaña, cuyas veredas habían dejado, de propósito, muy obstruidas, con el objeto de que el enemigo no pudiese hallar el camino que habían tomado las prófugas.

—¡Alguien se acerca! —exclamó Clara, arrojándose de la hamaca y corriendo a la puerta de la choza que la habían señalado, con su dueña y sirvienta.

En aquel momento se desmontaba un militar en el espacio abierto que formaba una especie de plazoleta frente al campamento. Clara se le acercó con otras muchas mujeres, y al conocerle:

—¡Capitán! —exclamó— ¡Vos aquí!... Entonces, todo debe de haberse perdido. ¿Mi padre vive?

—¿Y el mío?

—¿Y mi marido?

—¿Y mi hermano?

—¿Y mi hijo?

Gritaron las demás, rodeándole.

—No puedo daros noticia de ninguno, señoras —contestó el militar, tratando de alejarse de las demás mujeres y acercarse a Clara.

Volviéronse a oír de nuevo muchas descargas de fusilería y de cañón, disparadas con tanto brío y presteza, que se conocía que los combatientes deberían de estar muy cerca los unos de los otros.

—¡Cómo es esto! —exclamó Clara mirando al militar— se pelea en Cartagena, ¿y vos os halláis aquí?

—Vine en busca vuestra, señora, para ampararos —repuso el otro.

El que acababa de llegar era el novio de Clara; pero ella no manifestó mayor complacencia por su galantería.

—El soldado —contestó ella— no abandona nunca la ciudad sitiada para atender a asuntos particulares. Pero a lo menos podrías decirme, ¿qué ha sucedido y por qué os halláis aquí?

—El enemigo —contestó él— rodeó completamente la ciudad por el mar y por la bahía, y a pesar de la oscuridad de la noche, atacó por todos lados a los nuestros, que se defendieron con denuedo. Como sabéis, yo mandaba los quinientos indios flecheros situados entre los manglares, los cuales, como indios que son, rehusaron entrar en combate de noche, y, a pesar de los muchos esfuerzos que hice, se desbandaron en el momento en que una descubierta enemiga venía sobre el punto en que yo estaba; hálleme solo, desamparado; pensé en que todo estaba perdido; que sería imposible defendemos contra aquella nube de enemigos, que parecían salir a millares de sus barcos, y resolví entonces venir a ofreceros mis servicios, ampararos, señora, y...

—¡Basta, basta! ¡Señor capitán! —exclamó ella—. Repito que un militar no deja nunca el lugar que le han encomendado defender.

—Pero ¿qué podría hacer yo solo contra una nube de enemigos?

—¿Preguntáis lo que hace el hombre de honor delante de los enemigos?... ¡Morir en el puesto defendiéndose, o ir a unirse a los suyos para luchar por su rey y su patria hasta rendir el alma!... ¡Eso hace un caballero que prefiere la muerte a la deshonra!

Al decir estas palabras, Clara le volvió la espalda y fue a unirse con las demás mujeres emigradas.

III

Bueno será que volvamos ahora a Cartagena, y veamos qué había sucedido allí durante aquella noche terrible.

Los españoles, enseñados a guerrear con indígenas, los cuales rarísima vez atacaban al enemigo de noche, no aguardaban que les acometiesen durante la oscuridad, y aunque no se puede decir que descuidaran sus posiciones, no tuvieron la suficiente vigilancia.

Entre tanto el corsario inglés mandó que varios buques pasasen de nuevo por la salida de Bocagrande y arrojasen mil hombres sobre las playas de alta mar, mientras que muchas lanchas, cuyos remos habían envuelto en telas para no ser sentidos, atravesaron la bahía y se dirigieron, unas hacia el puente, y otras trataron de desembarcar en el litoral en que hoy están los baluartes de Santa Isabel (xxi), Baraona (xxii) y San Ignacio (xxiii). Felizmente el teniente Diego Daza y el capitán Pedro Marradas, que estaban de guardia en aquellos puntos, vieron llegar a los piratas, y dando voces llamaron en su auxilio a los que defendían el puente. A pesar del nutrido fuego que hacía el capitán Mirabal desde el Fuertecillo —sin duda el Reducto actual— y el capitán Miguel González desde la Media Luna, los ingleses alcanzaron a desembarcar en varios puntos, y se trabó el combate entre los españoles y los piratas... Entre tanto, se iluminaban la bahía y la ciudad con los disparos de artillería que hacían los buques enemigos

por una parte, y las dos galeras españolas por otra. La batalla se había trabado sangrienta y furiosa; sin cesar se oía el grito de ¡Santiago, cierra España! de los españoles, y los juramentos de los ingleses; la sangre corría a torrentes; ya no se peleaba con armas de fuego sino con espada y lanza; los ingleses no adelantaban un paso; al contrario, se les obligaba a pelear en retirada sobre sus botes, cuando de improviso llegó a reforzar a estos un batallón enemigo que había desembarcado en la posición que defendía con los indios flecheros el capitán de quien hablamos antes, el cual dejó descubierto aquel sitio. Al mismo tiempo desembarcaban los mil hombres que los piratas habían enviado por la vía del mar, y los españoles se encontraron entre dos fuegos. Aunque hasta entonces los ingleses habían perdido mayor número de soldados que los cartageneros, aquel nuevo incidente cambió la suerte del combate. Viéndose herido de muerte el abanderado Cosme de Alas, se arrojó sobre el enemigo como un león; con el asta de la bandera mató a dos ingleses, y envolviéndose en los pliegues de ella, cayó muerto exclamando:

—¡Viva nuestro rey Felipe II!

El capitán Mejía Mirabal, seguido de sus veinte hombres, los cuales, a pesar de haber combatido como héroes estaban aún ilesos, se arrojó entonces sobre las lanchas del enemigo para echarlas a pique, y estuvo casi a punto de matar a Drake mismo, que estaba en una de ellas; pero la multitud de enemigos era tanta, que nada pudo hacer, y tuvo que volver caras y huir hacia el convento de San Francisco, mientras que los ingleses desembarcaban para perseguirle.

La derrota se declaró en todas partes a un mismo tiempo: unos se amparaban en las iglesias, otros en los conventos; pero la mayor parte de los vencidos tomó el camino de la montaña, en donde se consideraban más seguros.

El coronel Vique, que vio perdida la ciudad, tomó consigo al capitán Mirabal y a los hombres que le quedaban a este, y corrió a donde estaban las galeras españolas, con ánimo de quemarlas para que no cayesen en manos de los enemigos. Cuando llegó a ellas, encontró que una ya estaba ardiendo, pero puso fuego a la otra, dejando libres a los galeotes que las servían, los cuales, como es natural, corrieron a entregarse a los piratas y tomar servicio bajo sus banderas.

Desamparada la ciudad, entraron los piratas en ella sedientos de sangre para vengar sus muertos, y de riquezas para ellos mismos. Pero, no obstante la conocida crueldad e inhumanidad de Drake, los cronistas españoles no mencionan ninguna muerte alevosa que hubiesen cometido esta vez los corsarios a su entrada en Cartagena. Sea que todos los españoles huyesen hacia la montaña, sin quedar ninguno en Cartagena, o sea que los ingleses se entretuviesen en robar lo que encontraban a mano en las casas, y no hubiesen buscado con empeño a los dueños de ellas, lo cierto es que durante los subsiguientes días los piratas se ocuparon en enterrar a los muertos y sacar de todas las casas, iglesias y conventos lo que hallaron en ellos, llevando a sus bajeles cuanto pudiera serles útil. Ropas, muebles, ochenta cañones, pertrechos y todas las campanas de la ciudad cayeron en su poder. Pero no contentos con aquello, atrajeron a los negros esclavos y los pusieron en tormento para que confesasen en dónde habían ocultado sus amos los efectos y valores que no pudieron llevarse a la montaña. Muchos negros dijeron prontamente y con gusto todo lo que pudiera lastimar a sus amos, sin que hubiese necesidad de ponerles en tormento; pero algunos pocos procuraron defender los intereses de sus dueños, y a estos mandó Drake a que les llevasen a los bajeles para que sirviesen como esclavos de los esclavos que llevaba ya.

Quiso enseguida perseguir a los habitantes que se habían aislado en la montaña; pero hubo de desistir de tal empresa, porque algunos de sus soldados y marinos perecieron atravesados por saetas envenenadas que les dispararon —no se supo quién ni de dónde—, apenas intentaron internarse en el bosque.

Así se pasaron los días y las semanas, y ni el pirata desocupaba la ciudad, ni los míseros emigrados podían volver a ella. ¡Qué cuaresma tan angustiosa la que pasaron! ¡Qué de sobresaltos, sustos, afanes y escaseces sufrieron aquellas mujeres delicadas, aquellos débiles niños y hombres ancianos y enfermos!

Al fin Drake se dio trazas para que el gobernador supiese que, antes de partir en busca de aventuras en otros puertos de las posesiones españolas de Indias, había de poner fuego a la ciudad, de manera que cuando volviesen los colonos a Cartagena no hallasen sino las cenizas de sus casas y templos.

Semejante noticia alarmó muchísimo a cuantos poseían alguna propiedad; y como el gobernador hubiese enfermado gravemente y no pudiese cumplir con el deseo de ir a entenderse con el almirante inglés, el obispo ofreció ir él mismo a hablar con el famoso aventurero.

Encontróle establecido en la casa del gobernador, gozando de todas las comodidades de que el otro carecía en una miserable choza en el fondo de la montaña.

A pesar de ser hereje y enemigo declarado de todo súbdito del rey de España, Drake le recibió con cortesía, le mandó sentar y le preguntó en qué le podía servir.

—Vengo de parte de don Pedro Fernández de Bustos, gobernador de esta plaza, a ofreceros un rescate si dejáis en pie los edificios de la ciudad, puesto que —añadió el buen obispo con tristeza— lo que había dentro de las casas creo que ya no existe.

—Si me dais cuatrocientos mil pesos de oro, me iré mañana mismo, sin pedir os cosa ninguna más.

—¡Cuatrocientos mil pesos! ¡Imposible!...

—Pues si así os parece, señor obispo, no hablemos más del asunto, y ahora mismo mandaré pegar fuego a la ciudad.

El obispo salió muy triste y desconsolado de la presencia del pirata, y se fue a la catedral a orar.

Era Sábado Santo, y la Semana Santa se había pasado en Cartagena aquel año sin una sola fiesta de iglesia, sin una ceremonia religiosa, cosa que hacía llorar de angustia al buen prelado. El templo estaba saqueado; los malandrines habían robado cuanto encontraron de algún valor, y la vista de los santos sin vestidos, las santas sin manto y desprovistas de las ricas joyas que los fieles les habían donado, produjo un agudísimo dolor en el ánimo del reverendísimo señor Montalvo.

Arrojóse al suelo y, puestas las manos, levantó su espíritu al Dios de los desventurados.

—¡Señor, Dios de los Ejércitos! —decía—. ¡Mirad con misericordia a esta desdichada población, y no permitáis que los herejes quemen vuestros templos! Mañana es Pascua de Resurrección; ¿dónde iremos a daros gracias, si se han venido abajo las iglesias al golpe de aquellos bandidos sin ley ni Dios?

Oraba devotamente hincado el obispo, cuando llegaron a avisarle que los piratas habían incendiado algunas casas de tablazón, que estaban en las afueras de la ciudad, y que se preparaban para quemar los templos.

Corrió el anciano pastor otra vez a verse con el pirata. En controlé esta vez muy serio y entonado, y antes de que el señor Montalvo le saludara, exclamó con ceño feroz, sacando un papel del pecho:

—Lea vuesamerced esta carta que me encontré en el bufete del gobernador de estaplaza; en ella vuestro rey, don Felipe de España, avisa a don Pedro Fernández de Bustos mi próxima llegada a las Indias, le manda que se aperciba para recibirme, y —añadió,

mirando al obispo con mal contenida cólera— me llama ¡Corsario! ¡Corsario inglés!...

El Obispo no contestó.

—Sepa vuesamerced —añadió el pirata— que yo guardaré esta carta para mostrarla a su majestad la reina, mi señora, para que ella haga entender al rey Felipe II que yo no soy ningún corsario y que trabajo en honor de Inglaterra y para obedecer a mi real señora.

—Señor Drake —contestó el señor Montalvo, sin alterarse—, ahora no son del caso esas averiguaciones, y lo que nos importa es concertarnos en lo que se deba dar para que no se quemen la ciudad y sus templos.⁸

—Ya os dije antes la cantidad que necesito.

—¡Pero, señor! —exclamó el obispo— ¡eso será imposible! Vos habéis recogido ya cuanto quedó en la población. ¿De dónde hemos de sacar semejante suma de dinero?

—Recibiré su equivalente en perlas y otras joyas...

—No lo tienen los habitantes, aunque se queden sin un maravé y den todas las mujeres cuanto tengan de valor.

—Ya lo dije...

Mesábase los cabellos el desventurado obispo, y se paseaba con agitación de una a otra parte de la habitación.

El pirata estaba asomado al balcón.

—¡Señor obispo! —exclamó al fin—. Hacedme el favor de pasar acá.

Y cuando el buen prelado hizo lo que el otro le pedía:

—¿Veis aquellos hombres, parados allí enfrente? —le preguntó el inglés.

—Los veo...

—¿Sabéis lo que hacen allí?

⁸ Véase *Zamora*. —Historia de la Provincia del Nuevo Reino. Lib. IV. Cap. X.

—¡Qué he de saber!...

—Aguardan una seña mía para correr a incendiar los templos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó el obispo con la mayor agitación, y volviéndose al pirata añadió—. Es preciso que se convenza vuesamerced de que no quedan en Cartagena cuatrocientos mil pesos en oro, plata y joyas... ni la mitad siquiera, ni la cuarta parte quizás. ¡Os lo juro por Dios!

—Bien... os creo, señor obispo —dijo entonces Drake, entrando en el salón—, arreglemos amigablemente este asunto.

El obispo se acercó primero al balcón y vio que los hombres que el pirata le había señalado permanecían en su puesto, y ya más tranquilo tomó asiento frente al corsario.

Poco rato después el buen obispo salía apresuradamente de la casa del gobernador y, montado en una mula que le había prestado el almirante corsario, se dirigía al monte en busca de los emigrados. El pirata le había hecho jurar que obligaría a todos los habitantes de Cartagena, que allí estaban asilados, a que diesen como rescate cuanto poseían en joyas, oro y plata.

Ya estaba casi oscuro cuando el afligido pastor regresó acompañado de algunos negros que llevaban el rescate. Los hombres, a la voz de su prelado, habíanle entregado cuanto llevaron para ocultarlo en las montañas; las pobres mujeres se quitaron los anillos, zarcillos, brazaletes y cadenas que tenían, y llorando los entregaron también.

Avaluáronse aquellos despojos, y resultaron valer, por junto, ciento siete mil pesos, en cambio de lo cual Drake dio cartas de pago, firmadas a 2 de abril de 1586.⁹

Concluido todo, recibido el rescate por una parte, y la firma del pirata inglés por otra, este dijo al guardián del convento de San Francisco, que era uno de los testigos allí presentes:

—Ahora toca a vuesamerced rescatar su convento...

⁹ Véase el documento número 1.

—¡Mi convento! ¿Luego no se ha rescatado la ciudad?...

—La ciudad sí, pero no lo que está fuera de ella (Getsemaní no estaba entonces poblado, y solo había allí el convento de franciscanos, el matadero y algunas pocas casas más).

—¡Jesús dulcísimo! —exclamó el guardián—. ¿Y cuánto quiere vuesa merced por mi pobre convento, del cual vuestros compañeros ya sacaron cuanto adentro había?

—¡Necesito, por lo menos, dos mil pesos!

—Mil tengo, señor, único tesoro que había logrado ocultar... Os diré en dónde se halla, para que lo mandéis sacar.

—Eso es muy poco...

—Llevaos las campanas que aún quedan en la torre.

Drake tomó un papel, dio el recibo para que el guardián entregase el oro a uno de sus edecanes, y mandó que descolgasen las campanas.

—Ahora, necesito saber —dijo el pirata, quién es el dueño de las ocho casas y el matadero, que aún quedan sin rescatar.

—Alonso Bravo Hidalgo —contestáronle.

—Que le manden entrar, si está en la ciudad, y si no está, que metan fuego a todo.

Momentos después se presentaba Bravo Hidalgo delante del corsario, y después de amenazarle con quemarle sus propiedades y llevarle preso en sus bajeles, le arrancaron cinco mil pesos en oro que tuvo que entregar uno sobre otro.

U

A la mañana siguiente, Domingo de Pascua, la única campana que había quedado en la catedral de Cartagena —porque estaba rajada, era muy grande y poco cómoda para bajarla de la torre— repicaba alegremente llamando a los fieles a misa.

Cuando había amanecido el día 2 de abril, los cartageneros vieron con alegría que los bajeles corsarios salían uno en pos de otro por Bocagrande, y que, impelidos por un viento favorable, en breve sus velas desaparecieron en el horizonte.

La alegría de los vecinos era templada por el espectáculo de su ruina; sin embargo, todos se alentaban unos a otros, y con la proverbial hospitalidad española, los que habían conservado algunas propiedades, no tenían empacho en repartirlas con sus amigos y vecinos.

Muchos de los negros esclavos habían desaparecido, unos llevados por la fuerza en los buques de los piratas y otros que habían huido en busca de otros amos, figurándose que mejorarían de condición. Aquello no sorprendió a nadie, pero sí causó asombro la desaparición del capitán, cuyo nombre ocultan las crónicas, y que era novio de Clara de Bustos. Desde el momento en que ella le afeó su conducta y le volvió la espalda con indignación, nadie lo vio nunca más, ni vivo ni muerto. ¿Qué fue de él? ¿Fue acaso pasto de alguna fiera de las que abundan en la montaña? ¿Huyó a alguna otra colonia con nombre supuesto? ¿Se hizo pirata y tomó servicio bajo las banderas de Drake? Aquello no se supo jamás, ni nadie se afligió por ello; Clara, menos que ninguna otra persona, pues había dado su corazón al bravo capitán Mejía Mirabal, y pocos días después dióle también su mano de esposa con el beneplácito de su padre.

El matrimonio de doña Clara de Bustos y del capitán Mejía Mirabal fue el último que celebró el bueno y caritativo obispo fray Juan de Montalvo. Los trabajos y angustias que había pasado durante el tiempo en que estuvo Drake en Cartagena; los afanes del último día, y la pena que le causó no poder socorrer eficazmente a la multitud de desgraciados que habían quedado en la miseria —pues él había dado cuanto tenía para ayudar a rescatar la ciudad—, minaron su salud a tal punto, que cayó a la cama muy

enfermo; y no bien habían pasado algunos meses cuando murió, sentido y llorado por toda la población.

Epílogo

Diez años han transcurrido desde aquel en que el santo obispo Montalvo unió con el yugo matrimonial a la hija del gobernador de Cartagena, don Pedro Fernández de Bustos, con el valiente y denodado capitán Mejía Mirabal. ¡Cuántas cosas habían sucedido en Cartagena durante aquel tiempo! Cuatro obispos consecutivos habían gobernado la grey que con tanta abnegación amparó el reverendísimo padre fray Juan de Montalvo, y dos gobernadores se habían sucedido en el Gobierno de la provincia, uno de los cuales empezó a fabricar las murallas —que deberían defender esta plaza de los ataques de los piratas— y acegar a Bocagrande, para impedir que entrasen por allí bajeles enemigos.

Clara de Bustos, madre de cuatro hermosos niños, vivía feliz y satisfecha en la ciudad de Mompox (xxiv), en donde estaba empleado su marido, aunque solía afligirse con las frecuentes excursiones que hacía este a Cartagena y a la feria de Portobelo, en donde se reunían en ciertas épocas del año todas las riquezas del Perú y los productos de Europa que se enviaban a las colonias.

El día en que volvemos a ver a nuestra antigua amiga, la encontramos escuchando embelesada el relato que le hacía su marido de lo que le sucedió en un viaje que acababa de hacer a Cartagena y Panamá.

—¿Qué muerte —le decía él— te parece que ocurrió hace algunas semanas cerca de Portobelo?

—No atino...

—La de nuestro antiguo enemigo, el favorito almirante de Isabel de Inglaterra...

—¿El Drake?

—El mismo...

—¿Y moriría excomulgado, como había vivido siempre?

—Murió impenitente como vivió.

—¿Y no trató de entrar nuevamente en Cartagena?

—¡Cómo no!... Pero fue rechazada su expedición con solo cincuenta hombres y cuatro cañones desde el fuerte del Pastillito, recién edificado, como tú sabes... Fueron tantas las averías que sufrieron sus buques, que resolvió pasar de largo y salirse de nuevo de la bahía.

—¿Pero en Portobelo, dices, logró entrar?

—La muerte se lo impidió... A mediados del año pasado, el Drake salió de Inglaterra con veinticinco bajeles armados y tripulados con una horda de malandrines de su casta; todo aquello suministrado por la hija de Ana Bolena, con el objeto de que hiciese lo posible para arruinar las colonias de su majestad Felipe II. Empezó por asaltar las islas de Puerto Rico y Santo Domingo: la primera rechazó a los piratas con tanto brío, que uno de sus capitanes, Juan Hawkins, murió de la rabia al día siguiente. El Drake se dirigió entonces a Tierra Firme (xxv), saqueó y quemó a Rio de Hacha, aunque sus habitantes le ofrecieron treinta y cuatro mil ducados de rescate en perlas, las cuales tomó, y en seguida ardió la ciudad. De allí pasó a Santa Marta, en donde hizo lo mismo, y apenas tocó en Cartagena, como te dije, y viendo que no le era fácil entrar allí, se dirigió al río Chagres, por donde envió una expedición a Panamá... Yo estaba allí entonces...

—¡Jesús, Jesús! —exclamó Clara—. Bien me lo figuraba yo que estarías en peligro.

—No temas ya; el peligro fue conjurado sin mayor dificultad, porque logramos rechazar y derrotar a los ingleses, los cuales, es decir, los que quedaron vivos, que fueron pocos, se volvieron a sus bajeles mohínos y cabizbajos. Encontraron al Drake enfermo de fiebres, las cuales aumentaron con la ira que le dio el mal éxito de la expedición; y como dirigiese los buques hacia Portobelo, murió

de improviso, a la vista de la ciudad y a la entrada de la bahía. Sus compañeros arrojaron al mar su cadáver¹⁰ el 28 del mes de enero de este año, y en seguida, aterrados con la pérdida de sus dos jefes, regresaron a Inglaterra, en donde serán muy mal recibidos por su reina Isabel, puesto que llevan poco botín, a pesar de lo mucho que han robado.

—Y si han robado tanto, ¿por qué llevan poco botín?

—Parece que perdieron a la salida de Santa Marta, en las bocas del río Magdalena, los buques en que llevaban sus riquezas; y como en Panamá no entraron ni tampoco en Portobelo, no deben de llevar gran cosa...

Efectivamente, como lo había anunciado Mirabal, los piratas regresaron a Inglaterra a dar cuenta a la reina de las muertes de Hawkins y de Drake, e Isabel les insultó con palabras muy poco comedidas, según la costumbre de la hija de Enrique VIII. La muerte de Drake causó gran consternación en Inglaterra; los poetas cantaron sus hazañas, y su retrato se encuentra entre los de los almirantes de cuyas glorias se jacta la Gran Bretaña.

¹⁰ En la punta llamada de *Drake* hasta el día de hoy.

Notas explicativas

- (i) El fray Jerónimo de Loaysa en 1551 promueve en Cartagena la fundación de la Orden Dominica que, primero, se localiza en la plaza de la Yerba hasta el incendio de un año después. Hoy, la locación es conocida como Los Coches, en terrenos donados por Francisco Lipar:

Era una manzana completa de la que pudieron disponer con comodidad para la iglesia, el convento y las huertas. La construcción se inició hacia 1559 y se extendió hasta bien entrado el siglo XVIII. La iglesia es de una sola nave con crucero, cubierta con una bóveda de medio cañón y capillas laterales con bóvedas de arista; los arcos y las pilastras de la nave central y los contrafuertes del callejón de Los Estribos corresponden a las obras de refuerzo, debido al peso de la bóveda hacia 1630. [...] El claustro se culminó en el siglo XVIII, es amplio con doble arquería sobre pilastras y conforma un patio donde se encuentran unos almendros; merecen destacarse la escalera y la portada, en la cual están esculpidos en piedra los perros den Santo Domingo. El altar del Santo Cristo de la Expiración, en el lado de la epístola es obra del artista cartagenero Hermenegildo Ayala y, según dicen los cronistas de la época, la imagen del Cristo fue hecha por un ángel. El altar mayor, de mármol, es obra del arquitecto francés Gastón Lelarge, en la tercera década del siglo XX. El pavimento de las capillas y del crucero lo conforman una profusión de lápidas funerarias. (CIC, 1999, pp. 97-98)

- (ii) Todo indica que se trata del convento de San Francisco, primer edificio de la isla de Getsemaní, en terrenos donados por Beatriz de Cogollo, en un proceso de construcción dispuesto en dos fases: la primera, con la fundación en 1560 por fray Francisco Molina y finaliza en 1594; la segunda acoge el levantamiento de la iglesia y el claustro hasta en 1720. Se construye la capilla La Veracruz y, en la Calle Larga, se incluye

la capilla de la Orden Tercera en 1730, generando el complejo más grande de Cartagena en su tipo (CIC, 1999).

- (iii) Nace en 1527 y gobierna España desde 1566 hasta su fallecimiento en 1598. Es hijo del rey de España, Portugal y las Indias, Carlos I. Se casa con María de Portugal, María Tudor, Isabel de Valois y Ana de Austria. Somete a los turcos en la batalla de Lepanto, pero sufre senda derrota en Trípoli. Luego, delega sin éxito la Armada Invencible contra Inglaterra (DPU, 1998).
- (iv) En esta obra se señala que tal concesión se da en 1574; no obstante, las bases historiográficas difieren; Juan Dager Nieto (2005) señala que: «[...] Felipe II concedió a Cartagena el título de “Ciudad” en 1574, y el derecho a usar un escudo de armas consistente en «dos leones rojos y levantados, que tengan una cruz en medio asida con las manos y tan alta como los leones, hasta arriba, en campo dorado, y encima de la cruz, una corona entre las cabezas de dichos leones, con su timbre y follajes» (DPHC, p. 35). Por otro lado, en el texto *Cartagena de Indias*, publicado por Colcultura (1997) se expone que: «Cartagena recibió en 1577 el título de Ciudad y el Escudo de Armas» (CIC, 1999, p. 19).
- (v) En la cuaresma de 1586, se observan 23 embarcaciones enemigas. La defensa se ubica en la ciénaga del Ahorcado, el puente de San Francisco, el fuertecillo del Boquerón y la trinchera de la Caleta, por donde anclan 600 ingleses sobre las 10 de la noche. Se dispara la artillería desde las galeras, pero la defensa no tarda en ser derrotada (CIPPF, 1960).
- (vi) Fernández de Bustos (Busto, de acuerdo con otras fuentes), según Nieto (2001), fue «[g]obernador de Cartagena en el siglo XVI, acucioso pedía él limosna con su esposa en las calles

de Cartagena» (DPHC, p. 36); probablemente se trata de la colecta que lleva a cabo con el fin de realizar las obras públicas en la ciudad en 1586:

Otra de las obras de utilidad pública que acometió Fernández de Busto fue la del abastecimiento de agua [...] En 1576, Fernández de Busto dispuso que se cobrasen ciertos derechos sobre los esclavos y mercaderías, a fin de allegar fondos para la obra, pero los comerciantes se quejaron a la Audiencia y ésta prohibió estos impuestos. (CIPPF, 1960, p. 60)

- (vii) Esta fortaleza es salvaguardada por Pedro Mejía Mirabal, quien da fuerte defensa durante todo el día subsiguiente al anclaje enemigo, pidiendo ayuda al gobernador Fernández de Busto. En la noche, este dispuso renunciar a la resistencia, y Mejía, por su parte, da reporte de haber acatado las responsabilidades en la protección de la ciudad (CIPPF, 1960).

- (viii) Es hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII. Nace en 1516 y reina Inglaterra e Irlanda desde 1553 hasta que fallece en 1558:

Princesa de Gales en 1525, fue apartada de la corte y de la sucesión a raíz del divorcio de sus padres (1527) y de la escisión religiosa subsiguiente, por su fidelidad a la Iglesia romana [...] Su figura pronto se hizo impopular por su matrimonio con Felipe II de España, quien desde 1555, al concentrar su esfuerzo político en los Países Bajos, la abandonó. Su impopularidad llegó al máximo por las presiones que ejerció sobre el Parlamento hasta obtener la revocación de las leyes religiosas votadas bajo Enrique VIII, y por su sangrienta persecución del protestantismo, que la llevó a ordenar ejecuciones masivas. En 1557 emprendió contra Francia una guerra que condujo a la pérdida de Calais (Paz de Cateau-Cambrésis, 1559). (DES, tomo 17, 1987, p. 2429)

- (ix) Hawkins es acompañado por Drake en 1567 hacia las costas de México en el barco La Judit que es destruido por los españoles en San Juan de Ulloa. Drake escapa albergando una

quiebra no inferior al odio hacia los ibéricos, de quienes toma venganza dos décadas después en el sitio a Cartagena en 1586 (EUIEA, tomo 18, 1955).

- (x) Provincia oriental de Panamá colindante con la de Colón en el noroccidente; al sur, con Colombia, el Istmo y el océano Pacífico. Contiene a la selva del Darién. El valle del Sambú divide a la Serranía del Sapo con las Montañas del Bagre (DES, tomo 8, 1987).
- (xi) Trozo marino del confín de Suramérica en Tierra de Fuego, ubicado entre las penínsulas de Brunswick y Muñoz Gamero, además de las islas de Riesco, y las menores Dawson, Clarence, Santa Inés y Desolación (DES, tomo 17, 1987).
- (xii) Es el segundo hijo de Enrique VII. Nace en 1491 y reina Inglaterra desde 1509 hasta su fallecimiento en 1547. Se casa con Catalina de Aragón e intenta separarse, pese a que el Papa Clemente VII niega la solicitud, generándose la anulación del papado en Inglaterra y designando a su amigo Thomas Cranmer como arzobispo para que, entre otras medidas, se permita el divorcio y su nuevo matrimonio con Ana Bolena, ejecutada en 1536. Funda en 1543 la iglesia anglicana y contrae un total de seis matrimonios (DPU, 1998).
- (xiii) Se ubica en el noroccidente de la ciudad, extendiéndose la ciénaga de Tesca y la laguna del Cabrero a través de los manglares y, en el fondo, la formación rocosa de la Punta de la Canoa (CIPPF, 1960).
- (xiv) En la toma de Drake a la Ciudad, este incluso se adentra hasta la casa del gobernador y se habitúa en la Catedral, mientras la población huye hacia Turbaco con el obispo Fray Juan Montalvo y el gobernador Fernández de Busto, dejando a los piratas saquear a placer a Cartagena (HGC, tomo 2).

- (xv) Nace en Córdoba (España). Se educa en San Clemente de Bolonia desde 1560. Según el emblemático *Diccionario geográfico histórico de las Indias occidentales ó América*, del biógrafo e historiador quiteño Antonio Alcedo (1735-1812), se indica que este personaje:

[...] tuvo el sentimiento de que saquearon unos corsarios franceses el arrabal de Getsemaní, y lo repitieron el año siguiente de 1561, cuyas desgracias recompensó la Providencia con el gusto de haber llegado a Cartagena San Luis Beltrán con Fray Luis Vero y el Obispo de Popayán Don Fray Agustín Coruña, Varón de insigne virtud; y el Obispo, después de haber hallado con el temperamento caloroso de aquella Ciudad, la dejó sin licencia, y se vino a su patria, donde murió el año de 1570. (1786, p. 395)

- (xvi) Enriqueta Vilar Vilar, en su trabajo *Las Ferias de Portobelo: apariencia y realidad del comercio con Indias. Escuela de Estudios Hispano-Americanos*, de 1982, sostiene que:

Allyn C. Loosley [...] apunta [...] era el límite geográfico que marcaba las áreas de influencia entre el comercio limeño y el sevillano. La influencia de la Feria —según Loosley— era el resultado de un convenio entre los mercaderes españoles y peruanos, sancionado por la corona y que se acogía al método impuesto por ésta. Así los mercaderes españoles podían comerciar solo hasta Portobelo y los peruanos solo hasta el Istmo. Esencialmente actuaban como dos compañías mercantes. En Sevilla estaban los miembros de una, y en Perú los de otra. En las Ferias, los mercaderes sevillanos eran representados por el Almirante de la flota y los peruanos por el presidente de Panamá. (p. 276)

- (xvii) Este municipio, que debe su nombre al cacique Tolú, del departamento de Sucre (región Caribe de Colombia), colinda con la capital Sincelejo y se ubica en una zona de sabana costera a 25 msnm. Fue ocupado por Alonso de Ojeda y se irguió como puerto de reparación naval (DC, 2005, p. 959).

- (xviii) La *Historia general de Cartagena* de Eduardo Lemaitre (1983) explica que «[e]l desembarco se llevó a cabo en Boca-grande y la batalla nocturna se libró en la zona hoy conocida como El Limbo» (p. 24).
- (xix) Esta fortaleza es conocida como San Sebastián de Pastelillo y, sobre este, se levantó El Boquerón, primer fuerte de Cartagena, específicamente en la isla de Manga:
- [...] Fue construido según proyecto del ingeniero Juan Bautista Mac Evan, entre 1741 y 1744 [...] Es un fuerte externo dominado por los baluartes de la ciudad, que sigue el modelo de las obras tipo «pastel», de donde deriva su denominación. Su misión era defender a la ciudad por la isla de Manga, la entrada a la bahía de Las Animas y el surgidero de los navíos; sus cortinas con troneras para artillería se orientan en estas direcciones, de ahí su traza irregular. Fue restaurado en 1972 por el arquitecto Juan Manuel Zapatero. En la actualidad funciona allí un club náutico y un restaurante. (CIC, 1999, p. 139)
- (xx) Se ubica en la parte norte de Cartagena, contigua a los baluartes de San Lucas y Santa Catalina. Linda con la representativa ciénaga del Cabrero. Su nombre responde a la última residencia del expresidente Rafael Núñez y finca ganadera del ocaso del siglo XVIII, en los denominados Terrenos de la Cruz Grande (CIPPF, 1960)
- (xxi) De acuerdo con la arquitecta Maruja Redondo (2004), en su libro *Cartagena de Indias: cinco siglos de evolución urbanística*, fue «[c]onstruido en 1633, ubicado en el barrio de Getsemaní, pegado al baluarte de Barahona ocupado hoy por el Palacio de Convenciones» (CICSEU, p. 10).
- (xxii) Maruja Redondo (2004) explica que «[s]e empieza a construir en 1631, pero Francisco de Murga ordena su cerramiento y se termina en 1633. Así pasa a formar parte del casco urbano antiguo» (CICSEU, p. 10).

- (xxiii) En 1630, durante el gobierno de Francisco de Murga, se da la construcción de los baluartes de San Francisco Javier y San Ignacio, caracterizados por sus semejanzas: estilo barroco, rampa y vista a Bocagrande. Hacia 1730, el ingeniero militar Juan de Herrera y Sotomayor vuelve a construirlos (CIC, 1999).
- (xxiv) Epicentro comercial durante el virreinato de la Nueva Granada, esta ciudad se ubica en el departamento de Bolívar, en el costado occidental del Magdalena. Su nombre responde al del cacique indio. La fundación española se da en 1537 con Alonso de Heredia:
- [...] Mompós fue la primera en proclamar la independencia el 6 de agosto de 1810, y peleó valerosamente contra las fuerzas españolas mandadas por el coronel Ayos, en Enero de 1811, y más tarde contra las dirigidas por Fernández de León, sobre las cuales los momposinos, a las órdenes del coronel Pantaleón Germán Ribón, nacido en la ciudad, obtuvieron la victoria. Por estos hechos recibió el título de Ciudad Valerosa. (EUIEA, tomo 35, 1955, p. 1591)
- (xxv) Con esta denominación fue reconocida por los españoles a la parte sur de las Antillas. La Tierra Firme se entiende tradicionalmente a las provincias del Darién, Veraguas y Panamá (EUIEA, tomo 61, 1955, 1120).

Cuadro tercero:

**los filibusteros y
Sancho Jimeno (1697)**

I

Corría el año de 1697. España y Francia continuaban en guerra abierta (i), la cual llevaban adelante no solo en Europa, sino en América, Asia y África, y los ejércitos se batían en tierra y las escuadras navales en los mares. El mundo entero gemía agitado por aquellos dos gigantes, que procuraban sobreponerse el uno al otro, y adquirir cada cual más poderío y mayor influencia en la política europea. Sin embargo, hacía muchos años que España iba decayendo y perdía batalla tras de batalla: en Flandes, en Cataluña, en Italia, en todas partes, los ejércitos del enfermo Carlos II eran vencidos por los siempre victoriosos hasta entonces de Luis XIV (ii).

Todos los medios parecían buenos al Gobierno francés, con tal de conseguir la victoria y arruinar a España. Así fue como, conociendo que Carlos II (iii) obtenía los mayores recursos de sus colonias americanas, y siendo Cartagena de Indias uno de los más ricos depósitos del caudal del rey de España, Luis XIV resolvió que aquella plaza fuese atacada y arruinada por sus escuadras.

Juan Bernardo Desjeans, Barón de Pointis, era un marino de notable reputación, que había combatido con buen éxito en África y en otras partes. Siendo este —que contaba ya cincuenta años— hombre de experiencia y muy respetado por sus compañeros de armas, Luis XIV le encomendó la expedición a las colonias españolas de América, con encargo de apoderarse en primer lugar de Cartagena. Pointis debía ponerse de acuerdo con el gobernador de las posesiones francesas en Santo Domingo, cuya capital era Petit Goave. Dicho gobernador era también un distinguido marino, Juan Bautista Ducassé (iv), antiguo negrero y de grande influencia sobre los filibusteros de las islas adyacentes.

Los filibusteros eran los miembros de ciertas compañías de piratas o bandidos de mar, unos ingleses, otros franceses, que tenían sus guaridas en las pequeñas Antillas que los españoles no habían tomado para sí, y en donde se aprestaban expediciones contra las colonias españolas.¹¹

La escuadra francesa, al mando del barón de Pointis, había llegado a la Española a principios de marzo; constaba de diez buques de guerra, a los cuales añadió Ducassé dos navíos grandes con tropa armada y doce pequeños, llenos de negros prófugos, y piratas y filibusteros sin ley ni Dios, pertenecientes a todas las naciones del mundo. El ejército se componía de cerca de diez mil hombres, perfectamente armados y municionados, llevando además amplias provisiones de boca robadas, y todos animados por la pasión del lucro y llenos de osadía y crueldad.¹² Ofreció Pointis pagar a los filibusteros mercenarios una suma igual a la

¹¹ Los *filibustiers*, o filibusteros, palabras compuesta de las inglesas *fly*, mosca, y *boat*, o sea, buque (*Piraterías etc. en la América española*- publicadas por D.J. Zaragoza).

¹² «Tenían (los filibusteros) por costumbre hacer al principio de cada empresa una escritura de contrato, en que determinaban lo que de las presas debían disfrutar cada uno y el capitán por sí y por su navío, y las recompensas que habían de recibir los que inutilizaran en la jornada.... Estipulábase luego las recompensas y premios para los que fuesen heridos o mutilados de algún miembro.... Aquellos hombres, delincuentes tan odiosos, vivía, sin embargo, entre sí en el orden más perfecto, y parecían los hombres más honrados en las presas y usurpaciones colectivas, pues de ellas nada ocultaban ni distraían, llevándolo todo al fondo común; de tal suerte, que hacían juramento solemne de no extraviar ni la menor alhaja, y si sorprendían a algún compañero en infidelidad y faltando a lo jurado, era inmediata, despreciativa y duramente despedido de la congregación. Existía entre ellos la más estricta fraternidad, tan apretada como lo fue siempre el lazo del crimen: si a alguno le faltaba algo de lo que el otro tenía, éste al punto le hacía partícipe de lo que necesitaba, y al que quedaba despojado de sus bienes le favorecían los otros generosamente. Esto se

que tocara a las tropas del rey que iban en los buques traídos de Francia, pago que había de hacerse con el botín que tomasen en Cartagena, cosa por cierto vergonzosa y que hoy deshonraría a un gobierno.

Todo estaba listo y preparado en Petit Goave para emprender marcha, y sin embargo no se daban las órdenes de embarque, porque Ducassé aguardaba un mensajero que había mandado ocultamente a Cartagena, a tomar lenguas y averiguar si podía entenderse con algunos de los oficiales de la guarnición española de la plaza, a varios de los cuales conocía personalmente.

Regresó al fin el mensajero y encerrose con Ducassé, con quien tuvo una larga conferencia, cuyo resultado no lo supo nadie; ni siquiera el mismo general de las tropas del rey tuvo conocimiento exacto de las noticias que trajo el enviado del gobernador. Este solo dijo que todo andaba bien en Cartagena, y que podrían darse a la vela lo más pronto posible.

II

Gobernaba la ciudad y la provincia de Cartagena don Diego de los Ríos (v), hombre perezoso, descuidado y poco activo, que nunca se decidía a dar un paso sino después de largas reflexiones, con lo cual dejaba escapar toda ocasión favorable. Tenía, además, un gravísimo defecto, y era el de la envidia y la mala voluntad que profesaba con respecto al castellano de Bocachica (vi), don Sancho Jimeno (vii), el cual poseía muy relevantes prendas, una actividad asombrosa, una pericia sorprendente, una gallardía poco común, y era tan bien quisto entre las damas, como obedecido y

entiende cuando estaba la mayoría de ellos en prosperidad, la cual hacía efímera sus insensatas liberalidades» (obra citada antes).

respetado por sus compañeros de armas. En su primera juventud fue paje del segundo don Juan de Austria (viii) —hijo ilegítimo de Felipe IV (ix)—, y a la muerte de este príncipe sirvió en las guerras de Flandes, como su familia era hidalga pero pobre, don Sancho se vio obligado a aceptar un destino en las Indias, y estuvo interinamente de gobernador de Cartagena. Su extraordinaria honradez, llevada hasta el mayor grado, le granjeó enemigos entre los demás empleados, que no venían a Indias sino con la intención de lucrar, sin pararse en medios. Cuando empieza nuestro relato, don Sancho no había cumplido 38 años, y cuatro antes se había casado con una hermosa limeña, hija de un rico comerciante del Perú, la cual iba con su madre, viuda ya, a España, cuando tuvieron la desgracia de caer en manos de unos piratas que las robaron cuanto llevaban, y madre e hija entraron en Cartagena pidiendo limosna. Supo aquel incidente el hidalgo español, y como no se podía amparar decorosamente a aquellas dos mujeres, no siendo pariente suyo, resolvió casarse con la niña, que no contaba todavía quince años, y a quien solo había visto dos veces.

Aquella noble acción fue recompensada por la Providencia, pues Teresa de Guzmán, no solo era bella como un lucero, sino virtuosísima y de espíritu tan generoso y levantado como el de su esposo.

Relegado Sancho Jimeno a Bocachica, en calidad de castellano de la fortaleza, como se viese querido por el pueblo cartagenero, aunque mal visto por todos aquellos que envidiaban sus virtudes, sin por eso tratar de imitarlas, el español resolvió ir lo menos posible a la ciudad de Cartagena; así fue como compró un terreno en la vecina isla de Barú (x), para que viviese allí su esposa, y de esa manera verla frecuentemente, sin abandonar su puesto en la fortaleza de San Fernando, que le tenían encomendada.

—Señor, dijo un negro, sirviente de confianza de Sancho Jimeno, entrando una madrugada en su dormitorio: acaban de

llegar unos marineros en los botes que traen sal de Zamba, y estos dicen que cuando ellos salieron de aquel lugar entraban en la ensenada veintidós bajeles de filibusteros.

—¡De filibusteros!

—Sí, señor, y añaden que entre estos hay grandes navíos armados con multitud de cañones y llenos de soldados.

—Están a diez leguas de distancia no más de Cartagena los enemigos, ¡y nosotros desprevenidos! —exclamó el castellano, arrojándose de su hamaca; y vistiéndose apresuradamente buscó papel, pluma y tinta, y escribió una carta que cerró y selló.

—Anda ahora mismo a Cartagena —dijo al negro, que aún permanecía en el aposento— y lleva ese papel al señor gobernador don Diego de los Ríos.

—No está en Cartagena, señor.

—¿No está en Cartagena?

—Ayer tarde se puso en marcha para Turbaco (xi), con toda su familia.

—¡Sin avisármelo siquiera!... Pero esto urge; anda a Turbaco con esa razón, y no te detengas en ninguna parte hasta no entregarle el papel.

Un cuarto de hora después el negro, con dos remeros embarcados en una ligerísima canoa, salía del castillo de San Fernando y se dirigía a tierra firme en busca del camino de Turbaco.

Algunas horas hacía que el gobernador estaba disfrutando de la fresca de la tarde en el bonito pueblo de Turbaco en donde poseían casas de recreo los ricos de Cartagena, cuando llegó jadeante el negro esclavo del castellano de San Fernando.

He aquí la carta de Sancho Jimeno, que leyó el gobernador con suma sorpresa:

«Excelentísimo señor:

Ahora mismo que son las seis de la mañana de este ocho del mes de abril, acabo de tener noticia de que en Zamba se hallan más de veinte bajeles de filibusteros, los cuales vendrán sin duda a atacar a esta plaza. La guarnición del castillo de San Fernando no consta sino de sesenta y ocho negros y esclavos de las haciendas vecinas, que he podido alquilar, y solo treinta y cinco soldados veteranos. Los primeros son casi salvajes y no entienden el ejercicio ni la disciplina. Esta fortaleza ha tenido en todo tiempo una guarnición de cerca de cuatrocientos hombres. Suplico, pues, a su excelencia que inmediatamente me mande los soldados que me hacen falta, que yo desde este momento mandaré a buscar los víveres que se necesitan para un sitio, si acaso los piratas nos lo ponen. Ahora tres años hubo peligro de piratas en Cartagena, cuando yo tenía el cargo de gobernador, y con solo tomar las providencias del caso para defender la plaza, los bandidos lo supieron y no se atrevieron a atacarnos. Ahora sucederá lo mismo, si su excelencia toma las precauciones debidas. Besa los pies de su excelencia su más rendido servidor,

SANCHO JIMENO,
Castellano de Boca Chica».

«P. D. —Acabo de saber que su excelencia está en Turbaco. Como presumo que se vendrá inmediatamente para Cartagena, espero la llegada de los soldados que necesito a más tardar mañana en la tarde».

—¡Vaya, vaya! ¡Si será aprehensivo el señor castellano de Bocache! —exclamó el gobernador, y volviéndose al negro añadió—: dile a tu amo que mañana no me iré a Cartagena, porque tengo que hacer un rodeo; que a eso vine, y no me he de ir sin cumplir con lo que pensé hacer... Y añade que pierda cuidado; que hace meses que yo tenía noticia de esa expedición de franceses y filibusteros, pero que no es a Cartagena adonde se dirigen, sino a Portobelo, y allí hallarán la armada del conde de Saucedillo, que les hará frente.

—¿No sería mejor que su excelencia le escribiese todo eso a mi amo?... Yo puedo olvidar algo, y...

—¡Escribirle! —exclamó el perezoso gobernador—; no lo pienses... Yo vine a descansar en Turbaco, y ni recado de escribir traje. Anda, anda a buscar a tu amo, y repítele lo que te he dicho, que eso lo tranquilizará y me dejará en paz y sosiego.

Recibió don Sancho Jimeno el recado del gobernador con no reprimida ira; envió inmediatamente estas noticias a Cartagena, para que se fuesen preparando y apercibiendo; pero ninguno de los empleados del Gobierno español quiso o pudo tomar las providencias del caso y el castellano veía con desesperación que pasaban las horas y los días sin que regresase el gobernador, no obstante los muchos mensajes que mandaba, puesto que los mensajes produjeron lo contrario de lo que aguardaba: don Diego, que, como ya sabemos, no quería a don Sancho, por llevarle, la contraria permaneció ausente de Cartagena hasta el día doce, en que regresó. Este hizo saber a don Sancho que el día siguiente por la tarde le enviaría la guarnición que pedía, y mientras tanto él fue a visitar los castillos de Manzanillo y Santa Cruz (xii), sitios en la bahía y distantes de la ciudad.

Como llegase el gobernador ya oscuro al castillo de Santa Cruz el día doce por la noche, no quiso regresar a Cartagena, y pernoctó allí.

Cuando se levantó el día trece, vio que toda la guarnición estaba sobre las murallas mirando hacia el mar.

—¿Qué miráis? —preguntó.

—Una multitud de velas que parecen venir hacia acá.

—Os equivocáis —repuso el gobernador muy serio—, esos deben de ser los bajeles de filibusteros que van a Portobelo.

—¿Estáis seguro de eso? —preguntó el comandante del castillo.

—Lo presumo así...

—¡Señor gobernador! —exclamó el comandante con indignación—. ¡Habéis faltado a vuestro deber cuando no apercibisteis la plaza con tiempo! Ved cómo uno de los buques mayores se dirige, hacia el puerto directamente.

—¡Coronel Vallejo! —dijo el gobernador, muy airado—. ¿Cómo os atrevéis a proferir esas palabras? Pase vuesamerced arrestado a Cartagena.

—¡A un coronel no se le trata así! —dijo el otro con rabia—, y...

—Callad, y cumplid mi orden, porque os puede costar caro el irrespeto...

—¿Pero quién queda en mi lugar en este castillo?

—Nadie... Si el enemigo nos ataca seriamente, no tenemos fuerzas suficientes para guarnecer a Santa Cruz y hemos de abandonarlo con tiempo... Pero —añadió— no entrará el enemigo en Cartagena... Hace más de cien años que ningún pirata, filibustero o enemigo, ha osado hacerlo. ¿Y por qué lo han de intentar ahora?

Dos horas después el gobernador regresaba a Cartagena llevando consigo toda la guarnición de Santa Cruz, en el momento en que un barco enemigo, con cincuenta bocas de cañón, se ponía de guardia a la entrada del puerto, quedando este bloqueado por mar.

En él entre tanto, este era el suceso que ocurría en el castillo de San Fernando de Bocachica: don Sancho Jimeno había mandado llamar a su esposa para despedirse de ella.

—Adiós —le decía abrazándola tiernamente—, adiós, amada Teresa... Es posible que no nos volvamos a ver jamás; no me olvides en tus oraciones, hija mía.

La niña apenas había cumplido dieciocho años, que le tenía echados los brazos al cuello, se apartó temblando para mirar a su esposo de frente.

—¡Don Sancho! —exclamó. Ella nunca había podido llamarle de otro modo— ¿Qué dice vuesamerced? ¿Por qué habla de muerte? ¿Está acaso enfermo o un peligro le amenaza?

—No estoy enfermo... pero me amenaza un grandísimo peligro...

—¿Cuál?

—Se acercan los filibusteros a atacar esta plaza; el gobernador no ha querido darme los auxilios que necesito... Moriré, pues, bajo las ruinas de aquesta fortaleza que se me ha encomendado...

—¿Y por qué no pedís auxilio a don Diego de los Ríos? ¿Por qué no le explicáis la necesidad de ello?

—Lo he hecho repetidas veces... y no he recibido ninguna contestación; me resignaré a morir; pero jamás ¡lo juro por Dios Nuestro Señor! rendiré la bandera española ante ninguna otra del mundo.

—Aún es tiempo —dijo Teresa con angustia—, permitidme ir yo misma a ver al gobernador...

—¿Tú? ¡Jamás! No volveré a humillarme ni a pedirle nada...

—¡Señor, señor! —gritaron algunas voces desde las murallas—. ¡Se acerca un bajel enemigo con la bandera de Francia desplegada!

—Llegó la hora del peligro... Teresa, debes partir...

—¿Yo partir? ¡Nunca jamás! Compartiré con vos el peligro, y si es preciso morir, moriremos juntos.

—No, hija mía; tu presencia me quitaría el valor...

—Soy tu esposa —dijo la niña con dignidad, tuteando a su marido por primera vez en su vida.

—Mi esposa, sí; pero yo soy el castellano de la fortaleza, que ha jurado defenderla con la vida; tú nada has jurado: puedes vivir...

—¡Sin ti! ¡Prefiero la muerte!...

—Quizá saldremos victoriosos; ¿por qué no? Vete, amada mía, que me quitas el ánimo...

—Si eres tan bueno, tan noble, tan grande, Sancho mío, que...

—No, no trates de adularme —repuso él sonriendo con tristeza— y obedéceme...

Ella insistía en quedarse, hasta que al fin la dijo su esposo con gravedad:

—Yo mando en este castillo; no puedo tener bocas inútiles en él; Teresa, es preciso que te alejes... Te hago, sin embargo, una recomendación: si los enemigos penetran en la bahía, huye de aquí, hija mía; no aguardes al enemigo, que puede afrentarte... Vete a Villanueva (xiii) entonces, que allí encontrarás a la familia Heras Pantoja, que es muy amiga nuestra, como tú sabes, y te amparará en memoria mía.

Con estas o semejantes palabras, don Sancho fue convenciendo a su afligida esposa de que debía partir, y llevándola casi en brazos hasta la playa, la sentó en el barco que había aprestado para ella, y recomendándola a las negras esclavas que la acompañaban, saltó a tierra nuevamente, mientras que los remeros se dirigían hacia la cercana costa de la isla de Barú, en donde, como hemos dicho, don Sancho Jimeno poseía su casa de campo.

III

La mar estaba algo agitada, y la brisa soplabla de tierra hacia afuera, como si el viento mismo fuese patriota y rechazase el ataque del enemigo.

Como hemos visto antes, se había separado de la flotilla comandada por el barón de Pointis y por Ducassé, un navío de guerra de cincuenta cañones, el cual, con las velas desplegadas al viento y enarbolada la bandera francesa, se adelantaba con gracia y como un enorme cisne hacia Bocachica, en tanto que los demás bajeles se detenían lejos de la costa. A poco arreció el viento, blanqueó el mar, levantáronse las olas y el buque tuvo que variar de rumbo y navegar con sesgado giro, subiendo y bajando sobre las líquidas colinas que trataban de impedirle el paso. Sin embargo, el bajel adelantaba, y los que lo contemplaban desde lo alto de las murallas del castillo de San Fernando, veían a cada momento con mayor claridad los colores de la bandera que batía el viento con ira, los soldados que guarneceían la cubierta con el arma al brazo, y pudieron contar las cincuenta bocas de cañón con que iba armado.

No obstante el viento contrario, ya empezaba a caer la tarde, cuando el bajel llegó a las inmediaciones de Bocachica. Un tiro de cañón disparado de la fortaleza de San Fernando rozó las olas a un lado del buque enemigo, y otro, disparado un momento después, rompió un palo saliente a proa. El navío se alejó un poco, disparó tres cañonazos consecutivos, más como una señal que para hacer daño, y permaneció quieto en cuanto era posible, batido como estaba por la brisa. Otro cañonazo disparado de San Fernando le hizo ver que ya no podía hacerle daño; contestóle otro tiro, yendo a caer la bala sobre la arena de la playa, en donde quedó sepultada. Al mismo tiempo notose que la flotilla que se

veía en lontananza se dividía: una parte de los bajeles se dirigió hacia Bocachica, y otros se movieron como para tomar la vía de la ciudad de Cartagena.

Poco a poco fue cayendo el día, y los últimos rayos del sol poniente iluminaron con ondas de fuego derretido las altas almenas del castillo de San Fernando, y dieron un color de sangre a la bandera española que tremolaba en su cumbre.

—Cuando amanezca el día —pensó don Sancho Jimeno, bajando de su mirador, después de haber dado las últimas órdenes al artillero Francisco Vives—, cuando amanezca el día de mañana, estaremos sitiados enteramente por agua... Pediré por última vez auxilio al gobernador por la vía de tierra. Si no me manda gente, no sé qué pensaré de él, pues no puedo creer que un español sea traidor a su rey hasta ese punto.

III

La noche había cerrado enteramente; la luna, muy nueva todavía, arrojó una amortiguada y melancólica luz sobre la mar, que aullaba con ronquísima voz entre las rocas de la ribera, sobre los dormidos arenales y los tembladores juncos; plateó levemente las copas de los manglares, se deslizó con suavidad por las orillas de los muros de las fortalezas, iluminó tenuemente la cúspide de las olas, y en seguida fue a morir hundiéndose en el horizonte.

Dos sombras salieron de la fortaleza de San Fernando y tomaron una vereda que serpenteaba, ya por la orilla del mar, ya entre las malezas del interior de la isla de Tierra Bomba (xiv), unas veces ocultándose entre dos colinas, otras deslizándose por entre los manglares de la ribera del mar. Aquellas dos sombras eran las de los mensajeros que enviaba por última vez el castellano

de la fortaleza de San Fernando al gobernador de Cartagena, avisándole la situación crítica en que se hallaba.

Uno de los mensajeros era un negro esclavo que don Sancho había comprado hacía poco tiempo al capitán Francisco Santarem, militar llegado no hacía mucho tiempo a Cartagena, el cual se decía que se había criado en Francia entre la servidumbre de la reina María Teresa de Austria, y hablaba el francés al igual del castellano; el compañero del negro era un soldado de la guarnición, veterano de toda la confianza del castellano, el cual llevaba el mensaje escrito que enviaba este a don Diego de los Ríos.

—Mi cabo —dijo el negro al soldado en el momento en que se acercaban a la punta de Chumba (xv), detrás de la cual iba la vereda que seguían—, mi cabo, si está cansado, puede sumerced darme la partesana, que yo se la llevaré con gusto.

—Toma, hermano —dijo el cabo—, que me pesa mucho esta noche el arma, más que otras veces. ¡Qué calor hace! ¡El viento, en lugar de refrescar, parece que viniera del infierno!

—Yo no siento calor —repuso el africano recibiendo la partesana con un anhelo extraño, que despertará sospechas en el cabo, como si hubiese visto brillar un diabólico relámpago en los ojos del esclavo.

—¡Tú qué vas a sentir, si vosotros los negros nacisteis para aguantar soles y sufrir estos climas endemoniados, sin que os hagan mella!

El negro contestó con una carcajada; se detuvo enseguida, puso las manos en la boca y dio un grito particular.

—¿Qué significa eso? —preguntó el cabo—. ¿Por qué haces ese ruido extraño?

—¿Este ruido qué significa? pregunta vuesamerced. Ya lo sabrá dentro de un momento.

El cabo se detuvo.

—Dame mi arma —dijo volviéndose hacia el lugar en que acababa de ver a su oscuro compañero, más oscuro que la noche misma; pero este había desaparecido.

—¡Juan! —exclamó— ¿dónde estás?

Nadie le contestó. En ese instante le llamó la atención, en medio del rumor del mar que se rompía en aquel punto con estrépito, un ruido como de voces humanas, y antes de darse cuenta de lo que le pasaba, se vio rodeado de una turba de hombres que se arrojaron sobre él, y sin darle tiempo de defenderse, encontróse atado de pies y manos.

—¡Juan! —gritó— ¡Traidor!

—¡*Silence!* —le contestó en francés uno de los circunstantes, hundiéndole un puñal en el pecho hasta el mango. Sacóselo después, lo limpió tranquilamente en la ropa de la víctima, y se puso a vaciarle los bolsillos. Sacó la carta del gobernador y se alejó con sus compañeros.

Empezaba a clarear el día, cuando el negro Juan llegaba a Cartagena, se dirigía a la casa del gobernador, y allí anunciaba que iba con un recado del castellano de Bocachica.

—Mi amo, el señor don Sancho Jimeno manda este papel —dijo el negro con hipócrita humildad— para que su señoría se imponga de lo que dice.

El gobernador lo abrió.

—Pero esta no es letra de don Sancho —dijo mirando al negro; ni trae su sello.

—Mi amo se había lastimado una mano —contestó este sin turbarse—, y se lo escribió el artillero Francisco Vives.

El gobernador leyó lo siguiente, no sin asombro:

Excelentísimo señor:

Ha resultado falsa la alarma que hemos tenido con respecto a la escuadra francesa; yo sé de una manera evidente que no tratará de entrar en Cartagena, sino que continuará con dirección a Portobelo. No debe su señoría mandarme, pues, auxilio ninguno.

De su excelencia su más rendido servidor,

El castellano de San Fernando.

Largo rato estuvo el gobernador mirando el papel que tenía en la mano.

—¡Cosa bien rara! —dijo—. Esta letra me es familiar, aunque no conozco la de Francisco Vives, ni creía que ese hombre escribiese tan bien; pero esta se parece mucho a otra que he visto últimamente... Dime —repuso dirigiéndose al negro— ¿cómo ha sabido tu amo las intenciones de la escuadra enemiga?

—No sé, señor.

—¿No está desde ayer tarde una fragata bloqueando la entrada al puerto?

—Sí, señor: pero cuando le dispararon algunos cañonazos de la fortaleza, se retiró más lejos... Oí decir a mi amo que el enemigo lo que pretendía hacer con eso era impedir que de Cartagena mandasen aviso a la escuadra del conde de Saucedillo...

—¿Qué he dicho yo desde el principio? —exclamó el cándido gobernador—. Los filibusteros, ya lo veis, no han pensado en atacarnos...

—Mi amo —dijo el negro—, despácheme vuesamerced, que quiero estar temprano en Bocachica con la contestación... Mi amo me dijo que bastaría que su excelencia pusiese su firma en el mismo papel que traje, lo cual le probaría que el señor gobernador lo había recibido.

Alegrose el perezoso don Diego de los Ríos de no tener que escribir carta, y tomando una pluma firmó el papel que había

llevado el negro, se lo devolvió a este, y pidió su desayuno, mientras que el esclavo regresaba a toda prisa a buscar la barca que le había llevado de Tierra Bomba; se embarcó en ella y puso manos a los remos. Nadie notó desde la playa que, yendo ya cerca del otro lado de la bahía, se detuvo para volver menudos pedazos la carta de don Sancho Jimeno, junto con la firma del gobernador, cosa que, si la viera este, le habría sorprendido mucho.

Iba aún el negro por mitad del camino, cuando empezáronse a oír cañonazos, uno tras otro; unos del fuerte de San Fernando, contra más de doce bajeles enemigos que se habían acercado a Bocachica; otros, de estos navíos que atacaban con brío la fortaleza. Momentos después arrimábanse —sin preocuparse del fuego que les hacían de los muros y almenas del castillo, con lo cual mataban a los que sacaban el cuerpo fuera de la cubierta— tres pontones llenos de filibusteros armados con bombas y morteros para dispararlas. Los piratas se arrojaban a las playas con grandísimo riesgo, muriendo unos en la empresa; pero la mayor parte llegaron hasta un punto en que las murallas mismas de la fortaleza les servían de parapeto.

La situación de don Sancho Jimeno era angustiosísima. ¿Cómo defenderse de aquel ejército de hombres que no temían a Dios ni al diablo, a quienes poco importaba morir, ni que murieran los demás, con sesenta negros bozales y treinta y cuatro soldados veteranos por junto, pues el que había enviado a Cartagena no regresaba? Pero el peligro en que se hallaba enardeció el valor sereno de aquel hombre, que recorría, sin perder su calma, las murallas, animando con su presencia a los artilleros y hasta chanceándose con los que notaba asustados.

Tres horas después de mediodía, ya todos los veintidós bajeles del enemigo —contándose entre estos diez navíos de guerra de ochenta y noventa cañones— estaban frente a Bocachica, los cuales se desplegaron en semicírculo para atacar la fortaleza.

Una hora antes de oscurecer, los sitiados vieron que de algunos de los buques arrojaban botes con gente que debería desembarcar en la punta llamada de El Horno, la cual, resguardada por la formación del terreno, no podía ser defendida por el castillo.

Sancho Jimeno, despreciando el peligro, y a riesgo de ser despedazado por las balas enemigas, subió al sitio más alto de la fortaleza, con el objeto de mirar hacia Cartagena, por ver si le enviaban los socorros que había pedido.

—¿No veis venir nada? —preguntó el artillero Francisco Vives que le acompañaba.

—Nada, señor.

—¡Maldito gobernador! —exclamó el castellano, perdiendo por primera vez la paciencia—. ¡Nos sacrificará indudablemente a su desidia y su flema! ¡Mañana amaneceremos cercados por mar y tierra!

Las balas disparadas por los franceses arrancaban entre tanto trozos de muralla, y al estruendo de los cañonazos se unía el estridente fragor de la fusilería.

—¡Señor castellano! —gritó Vives agachando la cabeza al sentir venir una bala, la cual, pasando por lo alto, fue a hundirse dentro del pavimento, a dos pasos de distancia de don Sancho, que ni se movió ni pestañeó siquiera—. Señor mío —añadió—, vámonos de aquí, que nada ganará el rey con nuestra muerte, y sí perderá si os mata el enemigo.

—Efectivamente —contestó don Sancho, dando la última mirada al camino por donde esperaba la llegada de la tropa perdida—, es preciso que nos resignemos a defendernos con la poca gente que tenemos: esta noche el enemigo se hará dueño de Tierra Bomba, y mañana será inútil aguardar auxilio. Bajemos...

La agitación del mar del día anterior se había cambiado en una calma completa; ni una hoja se movía en los árboles, y el rumor de las olas era un suave susurro al tocar las playas; la luna, que

lucía apenas un medio disco de plata sobre un cielo azul pálido, se confundía con el brillo intenso de los luceros que se miraban en las aguas mansas del océano, semejante a un inmenso lago. Los fuegos habían cesado con la noche; pero los buques enemigos, semiocultos en las sombras, estaban llenos de luces, y se notaba en ellos gran movimiento, como también el ruido que se oía por el lado de tierra probaba que hacían preparativos para el sitio de la fortaleza por aquella parte.

Sancho Jimeno, después de haber pasado la noche en vela, preparándose para el formidable ataque que aguardaba al día siguiente, se había quedado dormido hacía apenas una hora, cuando lo despertaron para avisarle que acababa de llegar el negro despachado la noche antes a Cartagena.

Este se acercó, con los ojos bajos, al sitio en que estaba el castellano.

—¿Por qué has tardado tanto? —exclamó don Sancho al verle.

—El señor gobernador no me quiso despachar hasta esta noche —contestó el esclavo embustero.

—¿Me mandó ya los auxilios?

—Cuando amanezca estarán aquí.

—¿Cuando amanezca no podrán pasar! ¿Cuánta gente mandaba? —añadió.

—No me dijo...

—¿No me escribió?...

—Dijo que no tenía tiempo...

—¿Y qué más?...

—Lo que dije: que al aclarar el día despacharía lo que deseaba el señor castellano.

—¿Y dónde está el cabo que se fue contigo? A él comisioné para que trajera la carta, y no a ti.

—El cabo se quedó en el camino... de aquí para allá.

—¿En el camino de aquí para allá?...

—Quiero decir, de allá para acá...

Don Sancho Jimeno fijó los ojos en el negro, y este se puso a temblar, sin poderse contener.

—Contesta —le dijo el castellano— ¿dónde quedó el cabo?

—Se me perdió en la oscuridad de la noche...

—¿No se te había encomendado que le señalases el camino?

—Sí, mi amo, pero... no supe qué se hizo. En aquel momento se oyó el estruendo más espantoso: parecía que el mundo se venía abajo; la fortaleza cimbraba, atacada por todos cuatro costados por la artillería enemiga.

Don Sancho tomó su espada y se arrojó fuera del aposento, pero no antes de haber dicho:

—Este negro es sospechoso... Que le suman en las bóvedas con un par de grillos; ahora no hay tiempo para más... ¡Es preciso que todo hombre tome las armas, sin excepción ninguna!

Al salir fuera del aposento, el castellano notó que el mar se iluminaba tenuemente con los primeros albores de la mañana, y que un vientecillo fresco se había levantado del lado de tierra.

U

Hacía diez horas que los franceses y filibusteros bombardeaban la fortaleza de San Fernando, y cañoneábala con más de mil cañones que llevaban los navíos de guerra, y además bajeles preparados para el caso. Habían desmontado ya quince de los cañones que coronaban las baterías, matado diez de los treinta y cuatro soldados veteranos que encerraba el castillo, y los demás estaban casi todos heridos y fuera de combate.

Poco después de mediodía, los filibusteros que habían entrado en la bahía, entre Tierra Bomba, Barú y la isla de Las Brujas (xvi), apresaron dos embarcaciones que el gobernador —que

comprendía al fin toda la gravedad de la situación y sospechaba que la supuesta carta de don Sancho Jimeno debía de haber sido el fruto de alguna traición— enviaba al sitiado castellano de Bocacheica.

La ciudad de Cartagena era presa de la mayor alarma, y todos se preparaban para defenderse lo mejor posible; pero la situación angustiosa de don Sancho había despertado la simpatía en los moradores de la ciudad, los cuales pidieron con el mayor empeño que se enviase algún socorro a aquel valiente. Al fin don Diego había accedido mandando a un religioso de San Juan de Dios, que era además cirujano; a un tambor que debía hacer gran falta a don Sancho, que carecía de todo, y veinte hombres veteranos. Estos salieron muy temprano de la plaza, pasaron la bahía entre claro y oscuro, y se fueron deslizando por la orilla de las playas de Tierra Bomba, aunque el estruendo medroso del cañoneo les había tenido muy alarmados durante todas aquellas horas. Como hubiesen notado que un pequeño barco de los filibusteros se hallaba en la mitad de la bahía, como en acecho, el religioso saltó a tierra con sus compañeros en la punta de Periquito, pensando que le sería fácil continuar por tierra hasta la fortaleza. Pero se había equivocado el bueno de fray Alonso de Villarreal: los filibusteros le vieron, y en el acto echaron dos botes al agua, los cuales arrojaron cincuenta hombres a tierra, y en breve rodearon y cogieron desprevenidos a los cartageneros, que en vano procuraban ocultarse entre los manglares.

Media hora después el religioso compareció delante de Ducassé; pero como el primero no supiese hablar francés, ni el segundo castellano, tuvieron que entenderse en latín, lengua que el gobernador de Petit Goave había aprendido en su juventud. Este, con mal coordinadas frases, le pidió al que fuese a la fortaleza, hablase con el castellano y le preguntase, de parte de los jefes de

la escuadra, si estaba dispuesto a entrar en negociaciones para el rendimiento del castillo.

Suspendieron sus fuegos los enemigos, y respiraron los mal traídos sitiados cuando vieron acercarse un oficial francés y un fraile de San Juan de Dios con bandera blanca. Con trémula voz el religioso pidió que le llamasen al castellano, porque tenía que hablarle de parte de los sitiadores.

Presentose sobre uno de los parapetos exteriores don Sancho Jimeno.

—¿Qué deseáis, padre? —preguntó; y, reconociéndole, añadió manifestando sorpresa—. ¿Su paternidad viene como parlamentario del enemigo?

—Me acaban de tomar preso.... Venía con un piquete de soldados a traerlos socorro...

—¡A buen tiempo!...

—Uno de los jefes enemigos me mandó aquí para que os notificase que, si rendíais las armas y entregabais el castillo inmediatamente, os daría cuantas garantías pidierais para vos y para la guarnición; y me dijo que tenía noticias seguras de que la guarnición de la fortaleza era poquísima, y no podría sostenerse una hora más.

—Dígale su paternidad al señor general de la escuadra —contestó Jimeno— que no puedo entregar la fortaleza, porque no es mía; el rey me la ha dado a guardar, y solo con una orden de su majestad —y se descubrió al decir estas palabras— la podría rendir.

—Pero, señor don Sancho...

—Añada vuestra paternidad —repuso— que tengo la gente y las municiones suficientes para defender el castillo durante todo el tiempo que sea necesario.

Y al decir esto bajó del parapeto, y el Capacho¹³ regresó a dar cuenta de su comisión al general enemigo.

Cuando el barón de Pointis supo el resultado de la conferencia con Sancho Jimeno, se enfureció sobremanera.

—¡Insolente español! —exclamó—. ¡Ha de pagar caro su presunción! Que no se le tenga ya ninguna consideración —añadió—, yo le enseñaré a respetar el pabellón francés.

Mandó entonces que desembarcasen todas sus tropas y ocho cañones de a cuarenta libras, que no había querido emplear hasta entonces, por parecerle inútil tanta fuerza. Aquella tarde empezó el ataque contra la fortaleza, con tal vigor, que antes de oscurecer ya habían deshecho los parapetos exteriores que daban a la playa. Continuó el cañoneo durante gran parte de la noche, y al amanecer el día diez y seis de abril, aparecieron en completa ruina los terraplenes y baluartes cercanos al mar; pero don Sancho Jimeno continuaba defendiéndose con brío, sin descansar un momento, y apuntando con tanta certeza, que había inutilizado varios buques, y dos bajeles menores de los filibusteros se habían hundido, llevándose al fondo a muchos enemigos con armas y pertrechos.

Este incidente enfureció a tal punto al barón y a Ducassé, que mandaron que se arrojasen sobre el desgraciado castillo cuantas granadas y bombas se pudiese. Los sitiados empezaron entonces a respingar y a gruñir, aunque el castellano procuraba alentarles con la voz y con el ejemplo, asegurándoles que pronto les llegarían auxilios, si acaso no se cansaba al fin el enemigo al verles tan valerosos; pero los negros, particularmente, iban perdiendo el ánimo, y cada vez que una granada despedazaba un trozo del techo y hería a alguno, los gruñidos aumentaban, la disciplina se alteraba, y don Sancho no podía menos que comprender que no sería posible continuar la lucha por muchas horas más.

¹³ Así llamaban a los religiosos en San Juan de Dios.

El artillero Francisco Vives era casi el único que acompañaba en su empeño al denodado castellano; sin embargo, comprendía aún más que don Sancho que la guarnición no sufriría por más tiempo semejante situación.

Don Sancho se hallaba descansando algunos momentos de sus fatigas, mientras el artillero trataba de reparar algunos de los daños hechos por las granadas, cuando una gran vocería le hizo volver a acercarse a las murallas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Que acaba de perder la cabeza el sargento Nuño, que se dejó ver un momento por encima de la muralla; y que nosotros —añadió el que hablaba, que era un mulato fornido— no resistimos ya más...

—¡Qué vergüenza! —exclamó el castellano—. ¿Queréis inclinar nuestro pabellón, el de la gloriosa España, ante el francés?... No es posible semejante ignominia. Aguardemos a mañana; entre tanto, recibiremos auxilios de Cartagena...

—¡Auxilios! —repuso con insolencia el mulato—. No puede acercarse nadie por mar ni por tierra. Hace una hora que dos piraguas que venían de Cartagena con tropas tuvieron que devolverse, perseguidas por uno de los buques pequeños de los filibusteros.

—Pero el conde de Saucedillo, que está en Portobelo con los galeones reales, puede llegar de un momento a otro... Aguardemos, hermano.

En aquel momento se oyó de nuevo gran ruido de voces, y otro mulato se acercó mustio y temblando:

—Están echando escalas, señor —exclamó—. ¡Estamos perdidos, pues los enemigos han jurado no dejar uno de nosotros con vida!

No habían transcurrido cinco minutos, cuando el enemigo suspendía sus fuegos en todas partes. Una bandera blanca tremolaba sobre la cumbre de la dismantelada fortaleza.

—El general francés —dijo un negro dirigiéndose a don Sancho— pide que el castellano de la fortaleza se presente para hablar con él.

Pálido de rabia y de indignación, el castellano de Bocachica se lanzó sobre el parapeto más cercano al campamento enemigo, y exclamó:

—¡Aquí estoy! ¿Qué se ofrece?

—Manda el barón de Pointis, general de las escuadras de su majestad el rey de Francia, que le abráis la puerta de la fortaleza, contestó el intérprete del jefe supremo de la expedición.

—¿Y con qué derecho pedís eso? —repuso don Sancho.

—La guarnición de la fortaleza ha pedido buen cuartel —contestáronle—; ved la bandera blanca sobre vuestra cabeza.

—Si la cobarde guarnición lo ha hecho así —dijo el español con soberbia—, yo, que soy el castellano de esta fortaleza, juro que no me rendiré jamás; arrojaré fuera a los miserables que se han humillado, pues todavía quedan a mi lado muchos valientes con honor.

Al decir esto subió al puesto en que se hallaba la bandera, la arrancó, volviola pedazos y arrojó estos al viento.

Los franceses habían estado mirando las acciones de don Sancho Jimeno, sorprendidos y atónitos de tanta altivez.

—¡Las escalas! ¡Las escalas! —gritaron todos llenos de ira—. ¡No habrá cuartel! ¡Muera el insolente español!

—¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Nos rendimos todos! —exclamó la espantada guarnición.

—Si así lo queréis —dijo el general francés, deteniendo la furia de los suyos—, arrojad las armas por encima de las murallas.

Los de adentro obedecieron.

Mientras tanto don Sancho se hallaba delante del puente levadizo con la espada desenvainada.

—¡Nadie sale a deshonrar la causa del rey de España! —gritó con estentórea voz.

El francés aguardó algunos momentos, y al cabo de ellos mandó a un emisario a pedir que se abriese la puerta; y como no obtuviese contestación, hizo que se gritase por medio de una bocina que, si le obligaban a entrar por encima de las murallas, pasaría a cuchillo hasta el último ser viviente que encontrase dentro de la fortaleza.

Arrojose Francisco Vives de rodillas delante del castellano:

—Señor —le dijo—, no hay remedio, es preciso entregarnos; no queda en pie un solo soldado de honor; estamos en manos de los negros. ¡Permitid que abran la puerta; os lo suplico por Dios!

El castellano, sin contestar una palabra, rompió su espada, arrojó los pedazos, y haciéndose a un lado, cruzó los brazos y dejó que abriesen la puerta y bajasen el puente levadizo.

Los franceses quisieron entrar inmediatamente, pero Pointis les detuvo.

—Deseo ver al castellano de la fortaleza —dijo hablando en francés.

Don Sancho atravesó el puente lenta y majestuosamente, fijando sus altivas miradas sobre los enemigos; al llegar a la otra extremidad abrió los brazos y dijo pausadamente:

—Ved aquí al castellano de la fortaleza de San Fernando... Ni me rindo ni pido cuartel; yo no entrego el castillo, sino aquestos cobardes, que no han tenido ánimo para rendir la vida en su defensa. Estoy desarmado: podéis hacer de mí lo que a bien tengáis.

El general enemigo se volvió a sus oficiales y les dijo:

—Este es el hombre más heroico que he visto en mi vida. ¡Aunque él no lo quiera, hemos de salvarle!

—Señor castellano —dijo el francés saludándole cortésmente—, ¿dónde está vuestra espada?

—Le he roto... Un vencido no ha menester armas.

El barón se desabrochó la suya, y presentándosela le dijo:
—Aceptad la mía, caballero, que un hombre como vos no puede dejar de tenerla.

Don Sancho hizo un ademán como para rechazarla.

—¿La rehusáis, caballero? Este es un obsequio, no del vencedor al vencido, pues vuesamerced no se ha rendido, sino de un admirador vuestro.

Saludó Jimeno al barón, y recibiendo la espada se la ciñó:

—Me honráis demasiado... —dijo—; pero no pudo añadir otra cosa, pues la ira le hacía callar. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo:

—Permitid —añadió volviéndose al francés— que os haga los honores del castillo. Y al decir esto entró adelante con el sombrero en la mano.

III

La triste y humillada guarnición se hallaba reunida a la entrada de la fortaleza.

—Bien —dijo el general—, arrojando una mirada sobre unos treinta negros y mulatos y algunos veteranos heridos que allí aparecían—, llamad, señor, al resto de vuestra tropa.

—Esto que veis, general, es todo lo que hay; los demás, que no eran muchos, han muerto...

—¿Y con estos pocos hombres, señor castellano, habéis resistido tres días con sus noches a un ejército de diez mil hombres con gruesa artillería y armados lo mejor que se ha visto?... ¡En verdad —añadió dando una patada en el suelo— que este atrevimiento es inaudito!

—No lo considero atrevimiento, barón —repuso don Sancho con sosiego—, ni creo que era faltar a mi deber como caballero,

tratar de defender con un puñado de hombres el castillo que se me había encomendado. ¡Oh! —añadió— si estos no fueran tan cobardes, primero hubiéramos visto volverse polvo estos muros que entregamos... Sin embargo, si consideráis que mi conducta no ha sido como debería ser, aquí estoy en vuestras manos; podéis hacer de mí lo que os plazca.

No respondió cosa alguna el francés, sino que se apartó con su estado mayor a un salón interior, en donde pasó largo rato conferenciando a solas con sus oficiales.

Entre tanto don Sancho se había sentado sobre un cañón en lo alto de un muro, de donde contemplaba con honda pena los preparativos que hacía el enemigo para emprender marcha hacia Cartagena. Una voz desconocida para él le arrancó de su triste meditación.

—Señor Jimeno —decía en malísimo castellano un coronel francés que acababa de ser nombrado por su jefe comandante del castillo—, vengo a pedirlos que me entreguéis por inventario los víveres y municiones que debéis de conservar en los almacenes de la fortaleza.

—Yo no tengo nada que entregaros —repuso el español arrugando el entrecejo.

—¡Cómo!

—Buscad al artillero Francisco Vives —repuso Jimeno—, él os dará cuenta de todo eso; él tenía las llaves de los almacenes y no yo...

Y diciendo esto volvió la espalda al coronel, y siguió contemplando los movimientos de la escuadra enemiga.

Fuese muy quejoso el coronel a dar cuenta a sus jefes de la manera como le había recibido el español.

—La firmeza de carácter de este hombre es asombrosa! —exclamó el barón—. Y si así fueran todos los cartageneros, gastaríamos un siglo en rendir la Plaza.

—¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó el antiguo negrero Ducassé—. Anda solo por la fortaleza y si no fuera porque yo le he puesto centinelas de vista...

—¡Le insultáis con eso! —exclamó el general—. Ese hombre es un héroe, y exijo que le dejéis en libertad.

—¡En libertad!... Si Jimeno pasa a la ciudad de Cartagena, nos puede hacer muchísimo daño. ¿No sería mejor dejarle en esta fortaleza prisionero?

—Hacedme el favor de suplicarle que pase a hablar conmigo.

Momentos después el castellano de Bocachica entraba con sombrero en mano en el salón en que le aguardaba el francés. Este, al verle, se descubrió:

—Caballero —le dijo cortésmente—, deseo haceros una consulta.

—Os escucho.

—¿Deseáis vuestra libertad?

—Soy vuestro prisionero; ya no puedo tener opinión acerca de mí mismo; pero es muy natural desear la libertad.

—Podéis hacer uso de ella...

—Sois generoso...

—Con una condición, empero...

—¿Cuál?

—Que no iréis a la ciudad de Cartagena. Esta fortaleza, que era el puesto que se os había señalado, ha sucumbido; no tenéis obligación de ir a defender otra.

—Es verdad... pero un súbdito debe morir defendiendo la propiedad de su rey...

—Entonces ¿rehusáis vuestra libertad?

—¿Para qué engañaros?... No puedo hacer uso de ella sino para combatir de nuevo hasta rendir el alma, si es preciso, en la lid.

—¿No tenéis familia?

—Sí; una esposa idolatrada...

—¿Está acaso en Cartagena?

—No; debe hallarse en una estancia que tengo no lejos de aquí.

—Comprendéis, señor don Sancho Jimeno —dijo el francés—, que yo sería un imbécil si os permitiera salir de aquí para ir a animar a los que quiero combatir...

Yo tampoco —dijo el otro gravemente—, obraría de ese modo si estuviese en vuestro lugar.

—Sin embargo... yo no quiero dejaros preso aquí... Me he enamorado de vuestro denuedo y noble ánimo; me interesáis muchísimo y deseo vuestro bien; pero ¿qué hacer en este caso? Ayudadme a favoreceros.

—Os lo agradezco en el alma, barón, pero...

—¡Vamos! Ablandaos un poco; transijamos la dificultad: en lugar de dejaros encerrado en estos calabozos os mando preso cerca de vuestra esposa...

—¡Yo no puedo llevar soldados a mi casa!

—No enviaré sino un centinela, que no os desagradará.

—¿Cuál?

—Vuestro honor. Me bastará vuestra palabra de permanecer preso cerca de vuestra esposa durante mi permanencia en estas costas, y al momento mismo os enviaré allá, y estaré más tranquilo que si os tuviera encerrado en una jaula de hierro.

El español se puso a pasear en silencio de una punta a otra del aposento.

—Acepto —dijo al fin— con una condición.

—Veamos cuál es.

—Que escribiréis las bases de nuestro tratado en un papel que firmaremos ambos; no quiero que se sospeche jamás que he obrado con poca lealtad.

Una hora después el castellano de Bocachica saltaba en un bote; y acompañado por un oficial francés, que llevaba un

salvoconducto, y por el religioso de San Juan de Dios, que había suplicado al barón de Pointis que le permitiese seguir al lado de Jimeno, dirigió él mismo la embarcación hacia las vecinas playas de Barú.

Cuando de lejos descubrieron la casa de la propiedad de don Sancho, el oficial dijo:

—Mi comisión ha concluido, caballero; el general me encargó que os dejase antes de entrar en vuestra casa.

Saludó cortésmente don Sancho Jimeno, y mientras que el francés volvía a buscar su embarcación, él se dirigía a su casa.

Todo estaba solitario; no se veía un esclavo en las plantaciones de caña; la casa de habitación estaba cerrada, y no había animal doméstico en ninguna parte.

—Sin duda Teresa se ha marchado a Villanueva, como yo le mandé —dijo don Sancho.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el desconsolado Padre, el cual, después de haber pasado tantos sustos, ansiaba llegar a un lugar seguro en donde poder descansar.

En aquel momento se presentó el mayordomo de la hacienda; confirmó lo que había pensado el español, y les ofreció su casa, que estaba a alguna distancia.

—Yo no puedo quedarme aquí —contestó el castellano de San Fernando—, he sido enviado por el general enemigo, bajo mi palabra, al lugar en que se halle mi mujer; allí debo permanecer hasta que nos veamos libres de los franceses.

—Descanse vuesamerced en mi casa hasta mañana, dijo el mayordomo.

—No; no puedo hacerlo hasta no llegar a mi destino; dadme un guía —añadió— y un caballo ensillado, y ahora mismo seguiré camino.

—Su paternidad —añadió dirigiéndose al religioso— puede quedarse aquí en paz, y así dirá al barón, si me manda llamar,

adonde he tenido que irme; pues yo me considero preso aún, aunque no rendido...

—Pero ya llega la noche...

—Por lo mismo, debo emprender viaje inmediatamente, pues no he de descansar hasta llegar a Villanueva.

El religioso le tomó la mano.

—¡Jesús, María! —exclamó— estáis ardiendo de calentura.

—Hace seis noches que no duermo y otros tantos días que no he podido pasar casi ningún alimento... De ahí proviene la calentura.

—No llegaréis, señor, por caminos extraviados, como vuesa-merced ha de llevar, sino hasta mañana; mejor será que descanséis aquí hasta mejoraros.

—Repito que, si no me dan lo que pido inmediatamente, me iré a pie y solo...

Hubieron de darle gusto. El mayordomo mismo lo fue a acompañar, y fue bien pensado, porque algunas horas antes de llegar a Villanueva, a pesar de su grande ánimo, las fuerzas desampararon por completo al castellano; perdió el movimiento y la voz, y no llegó al lado de su esposa sino en un estado tal de postración, que por muchos días estuvo entre la vida y la muerte.

III

El gobernador don Diego de los Ríos, después de la caída de la fortaleza de Bocachica, creyó conveniente abandonar todas las fortalezas y castillos de la bahía y el de San Felipe y La Popa, lugares que el enemigo fue tomando uno a uno y estableciéndose en ellos, con el objeto de prepararse a un ataque serio dirigido a la ciudad. La heroica defensa del castillo de San Fernando había hecho comprender a los franceses que, no obstante su enorme

artillería y el gran número de tropas que llevaban, no era tan fácil, como habían pensado, la rendición de aquella plaza fuerte.

Al fin quedó todo preparado para el ataque definitivo, siendo el día y la hora un secreto hasta para los oficiales de las tropas francesas y los jefes mismos de los filibusteros, de quienes el barón desconfiaba siempre, por su falta de disciplina y espíritu revoltoso.

Don Diego de los Ríos había concentrado sus fuerzas en los lugares más peligrosos, y encargado su custodia a los oficiales de su mayor confianza. Uno de estos era el capitán don Francisco Santarem (xvii) —el amo de aquel negro infiel de quien hemos hablado en otro capítulo—. Habíasele encomendado el baluarte llamado de la Media Luna, el cual tenía una brecha por donde debía defenderse contra la tropa que llegara por la vía de tierra. La brecha encomendada a dicho capitán no medía más de tres varas, en donde le habían dado orden de situar dos cañones. Varias veces el gobernador había preguntado a Santarem si ya tenía arreglado el parapeto, a lo cual este contestaba que inmediatamente se pondría a la obra; pero con varios pretextos se descuidaba, pasaban los días así y él nada hacía.

La noche del 1 de mayo cerró lluviosa y oscurísima; ni una estrella brillaba en el cielo, negro como un manto de terciopelo; recias ráfagas de viento sacudían las banderas y rugían entre los mástiles de los navíos enemigos anclados en la bahía. Los centinelas sobre las murallas no alcanzaban a distinguirse a dos varas de distancia, y el *¡quién vive!* era continuo en contorno de la ciudad, enteramente sitiada por los franceses.

Serían las once de la noche cuando un bote fue arrojado al agua por el lado de Tierra Firme, frente al baluarte de la Media Luna, y con los remos envueltos en lienzos para que no hiciesen ruido; los cuatro hombres que iban en el bote remaron activamente con dirección al barrio de Getsemaní.

Los centinelas que se hallaban en la puerta del puente dieron un estentóreo *¡quién vive!* y llamaron al cabo de guardia. En el mismo momento la tenue lluvia que había caído hasta entonces se convirtió en un recio aguacero, y los soldados que se vieron cegados por la lluvia y por el viento, volvieron instintivamente la espalda al temporal.

Cuando pasó la ráfaga y dirigieron las miradas hacia el punto en que habían visto una sombra deslizarse sobre el agua, nada vieron ya... Una pequeñísima luz, como la de un cigarro encendido que fue arrojado al agua, sirvió de guía y señal a los del bote, y estos, en breves momentos, arrimaron al pie del baluarte de la Media Luna; arrojáronles de arriba una escala de cuerdas, de la cual uno de los embarcados se asió y subió ligeramente a lo alto de la brecha, mientras que los otros ataron el bote, y todo volvió a quedar en silencio, salvo el caer de la lluvia, que se deslizaba por encima de las murallas y goteaba dentro de la arrimada embarcación.

No había sobre aquel baluarte sino un solo hombre, envuelto en una capa, y un negro agazapado, que era el que había arrojado las cuerdas.

—¿Quién va? —exclamó el de la capa, en voz baja, bien que el ruido causado por la lluvia impedía que se oyese ningún otro a corta distancia.

—¡Yo... Ducassé!... ¿Hablo con el capitán Santarem? —contestó en francés y muy paso el recién llegado.

—No os equivocáis.

—¡Qué noche tan propicia para nuestro objeto! ¿No es así? —repuso el de la capa en el mismo idioma, y también a media voz.

—¿Nadie nos oye?

—Nadie absolutamente... Yo ofrecí a mis compañeros de guarnición velar aquí con Juan, mientras que ellos aprontaban los cañones para traerlos cuando escampe la lluvia.

—¿Y los haréis traer?

—Según lo que dispongáis... Ya sabéis cuáles son mis condiciones.

—¡Pedís demasiado!

—¡Demasiado, cuando os entrego la llave de la ciudad!

—¡De todos modos hemos de entrar en ella!

—Acordaos de Bocachica: aquí todos son por el estilo de Sancho Jimeno, y con gusto rendirán la vida por su rey...

—También hay otros como vos: don José Márquez (xviii), don Pedro Cañarete y don Juan de Berrío... los cuales son accesibles a rendirse por interés.

Santarem dio un paso atrás y se mordió el labio.

—Transijamos —repuso el jefe de los filibusteros— el tiempo urge y tengo que volverme al campamento... La lluvia empieza a ceder, y si aclara nos pueden ver desde los baluartes inmediatos.

—¿Qué me ofrecéis en resumidas cuentas?

—Dinero no...

—¿Dinero no?

—Mercancías.

—¡Bien! las que yo escoja...

—No tanto así... Pero unos cuatrocientos mil pesos en ropas, cuyo precio fijarán peritos escogidos por mí...

—Y por mí también... y una balandra¹⁴ en que llevarlas fuera de aquí; pues yo tendré que dejar la plaza con vosotros, repuso Santarem.

—Convenido...

—¿Tengo vuestra palabra?

—La tenéis... Os juro por mi honor que, si cuando atacemos la ciudad, este puesto se halla desamparado, tendréis lo que habéis pedido.

—¿Y cómo sabré la hora del ataque?

¹⁴ Embarcación que se empleaba para el corso.

—Oiréis un tiro primero, y dos más, uno tras otro, en seguida, aquí enfrente, al pie del castillo de San Felipe... Aguardad la señal quizás antes del día de mañana.

Al decir esto, y sin despedirse, se acercó al baluarte, se deslizó por la escala de cuerdas que había quedado pendiente, bajó al bote, y los que lo tripulaban remaron aceleradamente hacia la opuesta orilla, mientras que el negro quitaba las cuerdas y las ocultaba en un hoyo que cubrió con una piedra.

La lluvia había cesado enteramente, cuando la luna asomó sobre el horizonte plateando torres, campanarios y murallas, y haciendo brillar las armas de los centinelas que se paseaban sobre los baluartes. Hacía rato que los soldados que estaban a órdenes de Santarem habían regresado a la muralla, y avisado a este que todo estaba listo para transportar los cañones a la Media Luna.

—Aguardemos el día —dijo él.

A pesar de las precauciones que tomaban los franceses para no ser oídos, sentíase por todas partes cierto rumor extraño, que probaba que algo inusitado ocurría en el campamento enemigo.

Santarem se sentó sobre un parapeto y empezó a quejarse, diciendo que estaba muy enfermo, y que si continuaba así tendría que retirarse de las murallas.

De repente se oyó al pie del castillo de San Felipe un tiro seguido de otros dos, y reinó después el silencio.

Inmediatamente arreciole el mal al capitán don Francisco Santarem; pidió que le llevasen una silla para que le transportasen a su casa, que estaba al otro lado de la ciudad, y sin dar órdenes ningunas con respecto a la defensa del baluarte, se hizo llevar en la silla, fingiéndose muy enfermo. Sus soldados —que eran los peores de la plaza escogidos así exprofeso por el traidor capitán— al verse sin jefe se desbandaron en silencio y esa parte de la muralla quedó abandonada.

III

Empezaba apenas a clarear el día 2 de mayo de 1697, cuando todos los ejércitos franceses atacaron la ciudad por tierra y por mar.

Viendo que el baluarte de la Media Luna había sido desamparado por su capitán y abandonado por los que le acompañaban, el jefe de la plaza ordenó a un don Pedro Cañarete que corriese a ocupar ese baluarte con los ochenta hombres que tenía a sus órdenes; pero este, en lugar de obedecer, se fue a ocultar al otro lado de la ciudad. Un don Juan de Berrío dejó solo el baluarte de San Lázaro, cuya defensa le habían encomendado, y aunque otros cartageneros hicieron resistencia, los franceses se apoderaron antes de anochecer de todo el barrio de Getsemaní, y empezaron a arrojar bombas sobre la parte de la ciudad de Cartagena que se sostenía, y en donde se hallaban las casas más ricas e importantes de ella.

La población entera se hallaba sumida en la mayor consternación el día 3 de mayo. Las bombas habían arruinado muchas casas, entrándose hasta el interior de las iglesias y habían causado graves daños, y al mismo tiempo no faltó quien difundiese por la ciudad la especie de que si no se rendía la plaza, los filibusteros asesinarían a cuantos hallasen vivos en la población, y que no dejarían piedra sobre piedra. A esto se añadía que nadie tenía confianza en la pericia y el valor del gobernador, y todos abrigan el temor de que muchos oficiales de la guarnición estuviesen vendidos a los enemigos, y aun se susurraban sospechas contra don Diego de los Ríos mismo.

A medio día el gobernador vio asediada su casa por una turba de revoltosos, que pedían a gritos que procediese a capitular. Que no había esperanza ni posibilidad de sostenerse aún, era la convicción de todos. Cartagena era entonces un emporio de riqueza, la riqueza lleva consigo la molicie y el temor de perder

la vida; así, pues, pocos eran los que sentían amor a su rey y a su honor, y no les importaba humillarse ante las huestes enemigas, si aquello podía reportarles mayores bienes que si resistiesen con valor al empuje de los contrarios.

Vacilaba el perezoso y débil gobernador ante la imponente voz de los revoltosos, cuando se presentó una diputación enviada por una compañía de valientes que guardaba el baluarte de Santo Domingo (xix), compuesta de comerciantes de Santafé de Bogotá y de Quito que estaban establecidos en Cartagena. Estos pedían con instancia que no se cesase ante las exigencias de la plebe; aseguraban que con la guarnición que existía en la plaza y los recursos que poseían, podrían defenderse hasta fastidiar al enemigo, que había tenido ya muchas bajas y estaba descontento. Pero no bien hubo hablado la comisión de los comerciantes de Santo Domingo, cuando se presentó otra respetabilísima: iba de parte de los dos cabildos, que pedían se capitulase inmediatamente, porque no había resistencia posible. Después de esto llegaron varios religiosos, los cuales, en nombre de las comunidades religiosas de la ciudad, suplicaban que no se derramase sangre inútilmente, porque no había esperanza de rechazar al enemigo... Ante estas opiniones, a las que se añadía la suya propia, el gobernador resolvió capitular. Mandó enarbolar bandera blanca y envió emisarios al general de la armada francesa ofreciendo, bajo condiciones muy honrosas, entregar la plaza. Accedió a todo el barón de Pointis, y el día 4 de mayo por la mañana salió la guarnición de Cartagena —dos mil hombres— con sus armas, los empleados del Gobierno civil, con una parte de sus haberes, el Tribunal de la Inquisición (xx) y las monjas del Carmen (xxi) y de Santa Clara (xxii), que prefirieron quebrantar su clausura más bien que permanecer en la ciudad en que imperaban los filibusteros, a pesar de que se había estipulado que los vencedores respetarían las iglesias y los conventos.

Tranquilizáronse un tanto los espíritus cuando vieron que Pointis se dirigió a la catedral inmediatamente que entró en la ciudad, y pidió respetuosamente al provisor, que le había salido a recibir, se entonase el *Te Deum*.

Nombró en seguida gobernador de la ciudad al gobernador de Petit Goave, Juan Bautista Ducassé, el cual dio amplias licencias de hacer su gusto a los filibusteros. Pero los habitantes, que se veían maltratados, y robados los templos por aquella horda de bandidos, acudieron a quejarse al general de la escuadra francesa, y aunque este se indignó y quiso arbitrar remedio, Ducassé no pudo o no quiso poner término a aquellos abusos, y cruzáronse entre los jefes palabras muy hirientes. En resumen, los cartageneros no obtuvieron las garantías que se les habían ofrecido, y el susto y la aprehensión reinaron en todos los ánimos, pues no se sabía hasta qué punto llegarían las vejaciones de los filibusteros, quienes recorrían las calles tomando para sí cuanto se les antojaba y aterrando a los pobres vecinos con sus amenazas.

Entre tanto que sucedían estas cosas, el capitán Santarem alojaba en su casa a algunos de los franceses, compraba —ya sabemos a qué precio— un cargamento de mercancías, expropiadas por los enemigos a sus conciudadanos, las cuales embarcaba en una balandra de los filibusteros; y aunque era mal mirado por los cartageneros y despreciado por los franceses mismos, él se manifestaba muy satisfecho con sus mal adquiridas riquezas, de las cuales fue a disfrutar en Francia muy a su sabor, y después se radicó en Portugal, de donde era oriunda su familia.

IX

Veamos ahora qué había sido de nuestro héroe Sancho Jimeno durante todas las semanas en que le hemos perdido de vista.

Cuando se vio curado de la enfermedad que le había acometido después de la rendición de Bocachica, tuvo la pena de saber que Cartagena se había rendido, no obstante los muchos recursos que poseía. Hallábase, pues, retirado en Villanueva al lado de su esposa, cuando se presentó un negro que le enviaba el mayordomo de la hacienda que tenía en Barú, el cual le dijo que llevaba una carta que había escrito el padre de San Juan de Dios que allí estaba asilado.

—Dame la carta, pues —dijo Jimeno alargando la mano.

—La carta me la dio el mayordomo...

—¿Y qué la hiciste?

—Hacía una hora que había salido de la hacienda y me preparaba para pasar al estero, frente al pueblo de Pata de Caballo¹⁵ (xxiii), cuando me cogieron preso unos blancos de Cartagena que están allí escondidos, me quitaron la carta, la leyeron, y me mandaron que siguiera mi camino, que ellos sabrían qué habían de hacer con la carta.

—¡Atrevidos! —exclamó Jimeno—. Pero tú a lo menos debes saber el motivo que tuvo el religioso para escribirme.

—Debió ser para avisar al amo que estaban en la hacienda unos franceses que iban de parte de su general, a ver si sumerced estaba todavía en su casa de campo, como él se lo había mandado.

—Vuélvete otra vez, hijo —repuso Jimeno—, y di a los franceses que, si no estoy en Barú, es porque mi mujer se había venido para acá, y que aquí como allá estoy a sus órdenes, como prisionero que soy de su gobernador.

¹⁵ Hoy día se llama *Pasa-Caballos*.

Dos días después de aquel en que estuvo el negro a dar cuenta a su amo de lo que hemos sabido, Jimeno recibió una orden del gobernador Diego de los Ríos, mandándole que aclarase un cargo que tenía contra él el barón de Pointis, el cual le acusaba de traición, porque los soldados franceses que fueron a su hacienda de Barú habían sido llevados presos al gobernador por los aldeanos de Pata de Caballo, y que no habían apresado al oficial que les mandaba, porque este logró escapárseles y pasar a avisar al barón de la mala partida que les había jugado Sancho Jimeno.

—¡Yo hacer traición! —exclamó el excastellano de Bocachica—. Inmediatamente pasaré a vindicarme.

Mandó llamar al negro que se había dejado quitar la carta, llevó consigo a varios habitantes de Villanueva, como testigos de que no había salido de allí, y que los soldados no fueron llevados presos al gobernador, y se presentó a vindicarse delante de los franceses dueños de Cartagena.

Ya no halló en la ciudad al barón de Pointis: indignado este con la conducta de Ducassé, o deseoso de hacerse dueño absoluto de los caudales, decían otros, que había tomado de las cajas reales —de ocho a nueve millones de francos—, habíase embarcado en sus bajeles, después de transportar a ellos todo el oro, que fue llevado al puerto, cargado en ciento diez mulas.

Pointis recibió muy bien a Jimeno, y le dijo que jamás había dudado de su honorabilidad, y que le relevaba de su palabra, de manera que en adelante ya no debería considerarse como prisionero suyo, ni le exigía ningún rescate.

—Valientes como vos —dijo— son rarísimos en el mundo, y el molde en que se fabrican caballeros de vuestro temple, se ha quebrado, y no se encuentra en ninguna parte de la tierra.

Cuando Pointis salió del puerto en dirección a Francia, Sancho regresó a Cartagena, en donde fue muy aplaudida su conducta,

y todos deseaban ver la espada que le había dado el general francés cuando no rindió el castillo de Bocachica.

Era la espada de poquísimos valor; la empuñadura de cobre, y la hoja, no de acero toledano, que eran las más preciadas en aquella época, pero se la envidiaban todos, y algunos hubieran dado por merecerla su peso en oro.

Ducassé, en tanto, con sus filibusteros acababa de recoger las mercancías que más le convenían, las alhajas de las iglesias, entre otras un soberbio y riquísimo sepulcro de plata maciza, que era el orgullo de los cartageneros. Pesaba ocho mil pesos de plata, y pertenecía al convento de San Agustín (xxiv), de donde una piadosa cofradía, que lo había regalado a la iglesia, lo sacaba el Viernes Santo en procesión por las calles de la ciudad. Aquellos piratas dismantelaron los castillos y escogieron los mejores cañones para llevárselos, de manera que embarcaron cerca de cien piezas de artillería que sacaron de las fortalezas. Los cañones que no pudieron o no quisieron llevarse, fueron precipitados al mar; trataron de volar las fortalezas y derribar los muros; y, por último, resolvieron irse, a instancias de Ducassé mismo, que temía que aquellos energúmenos acabasen por volver cenizas la ciudad cuyos edificios él había dado su palabra de respetar.

Los filibusteros estaban disgustados con Pointis porque no había distribuido entre ellos equitativamente el botín sacado de Cartagena. Estos decían que había sacado veinte millones de francos en monedas, barras y efectos, mientras que el general francés aseguraba que el botín no valía más de nueve a diez millones, sumándolo todo. Ducassé trató de calmarles, ofreciendo poner su queja al rey de Francia, y por último les hizo embarcar y salir definitivamente del puerto.

¡Cuál no sería la alegría de aquella desgraciada ciudad cuando desaparecieron en el horizonte las últimas velas de los bajeles de los filibusteros!

El gobernador que, como hemos visto, era lento en sus movimientos, indeciso y enemigo de la actividad, ordenó desde Mahates (xxv), en donde estaba desde cuando salió de la ciudad, que Sancho Jimeno permaneciese mandando en la ciudad, como que era la persona más querida en Cartagena y la de su mayor confianza.

Jimeno mandó inmediatamente a llamar a su mujer y con ella entraron muchas familias que habían huido desde el principio del sitio de Bocachica. Los lamentos, los gemidos, las expresiones de espanto y las escenas de dolor que se representaban por todas las calles a medida que los míseros habitantes encontraban sus casas saqueadas, llenaban de indignación a Sancho Jimeno, el cual aseguraba que si el gobernador le hubiese enviado la guarnición que le pidió, y si después se sostuviera en la plaza, los franceses hubieran partido sin entrar en la ciudad, pues el barón mismo le había dicho que más gente había perdido por causa del clima y de las fiebres, que en los combates que había sostenido; de manera que si atacaron a Bocachica cerca de diez mil hombres, cinco mil escasos se embarcaron al partir.

Ocupábase Sancho Jimeno en reunir y armar a la dispersa tropa, en tapar las brechas de las murallas, remendar las fortalezas y poner en orden todo, cuando le fueron a avisar que entraban nuevamente por Bocachica siete bajeles de piratas filibusteros, con banderas negras desplegadas, los cuales, sin duda, tendrían intención de acabar de arruinar la ciudad.

Efectivamente, yendo por la mar, algunos jefes de los filibusteros se habían separado de Ducassé, quien siguió para Santo Domingo, mientras que aquellos regresaron a Cartagena con las más negras intenciones.

X

La ciudad no estaba en situación de resistir: no había un cañón montado, ni las armas se hallaban en buen estado, y la mayor parte de los vecinos permanecían fuera... Era preciso, pues, manifestarse impávidos y aguardar de pie firme, pero sin tratar de defenderse, a la horda de piratas que se acercaba.

Don Sancho Jimeno aconsejó a las mujeres que saliesen inmediatamente de la plaza, llevándose a sus niños y los pocos haberes que aún conservaban; mandó con ellas muchos de los hombres que de nada le podrían servir, y él permaneció con unos pocos en la casa de la gobernación.

Aunque hizo muchos esfuerzos para que partiera su mujer, esta se resistió valientemente a sus súplicas y permaneció en su casa.

Empezaba a desaparecer el sol tras el horizonte, cuando un mulatito muy vivo que se hallaba en acecho, entró en el salón en donde don Sancho estaba con unos pocos de sus amigos, y le dijo que acababan de desembarcar los piratas, y que se dirigían hacia aquel lado.

—Iré a encontrarles —dijo él calándose el sombrero, abrochándose la espada y tomando una pistola—. Quiero manifestarles que no les temo —añadió.

Miró a sus compañeros como para invitarles a que le acompañasen, pero ninguno le contestó, ni siquiera se movió del sitio en que estaba.

Don Sancho salió solo, bajó la escalera, y llegaba al portal, cuando se encontró con los filibusteros.

—¿Qué se os ofrece aquí otra vez? —preguntó con sosiego a los jefes.

—¿Quién sois vos para atreveros a preguntárnoslo? —contestaron con insolencia.

—El encargado de la comandancia de la plaza.

—¡Que le encadenen y le metan en las bóvedas! —exclamó el que iba adelante.

—No, no —repuso otro—, a este debemos tratarle con consideraciones: ¡es Sancho Jimeno!

¡Es tan cierto que el valor se impone a todos!

Rodeáronle los filibusteros con curiosidad.

—Bien, pues —repuso el que iba adelante, dirigiéndose a algunos de los que venían atrás—, le llevaréis a su casa en lugar de sumirle en las bóvedas, pero le pondréis guardia y me responderéis de él.

Quisieron algunos atarle.

—¡Atrás! —dijo el español—. ¡Nadie me toque! Aquí están mis armas... Yo iré solo; no me escaparé.

Los bandidos recibieron la pistola y la espada, y le dejaron tomar la cabeza de la escolta, que se dirigió a su casa, en donde la desventurada Teresa le esperaba temblando. La escolta registró todas las habitaciones, y robó cuanto había en ellas; en seguida encerraron a los dos esposos en un cuarto y pusieron un centinela frente a la puerta.

Toda la noche los presos estuvieron oyendo los gritos de espanto, los clamores de los vecinos que pedían auxilio, a quienes saqueaban y maltrataban los piratas. Don Sancho se paseaba en su aposento, lleno de angustia al verse impotente para hacer cosa alguna en favor de los desgraciados, mientras que Teresa sollozaba en un rincón.

En las puertas de todas las casas había centinelas que no dejaban salir a nadie, en tanto que los bandidos robaban y ponían en tormento a los que no entregaban su dinero, y a los esclavos y sirvientes para que denunciasen a sus amos. Esto se hacía con método y orden, registrando la ciudad manzana por manzana y llevando el botín a una casa cerca del puerto, en donde habían

de distribuirlo después. Aquella gente no robaba para sí, sino que todos los bienes eran comunes hasta que llegase la hora de la distribución.

Al aclarar el día siguiente se presentó una escolta en la casa de don Sancho Jimeno.

—Venimos a que nos entreguéis cuanto tengáis en oro, plata y alhajas —dijo el oficial de la escolta.

—¿No ha estado la casa a vuestra disposición?

—No hemos hallado en toda ella nada de valor.

—Pues entonces no conseguiréis más, porque todos los valores que yo poseía estaban aquí.

—¡Mentís! —exclamó el filibustero— nos han dicho que sois millonario...

Jimeno no contestó una palabra, y se contentó con sonreír con aire despreciativo.

Eran ellos muy despreciables para que él se resintiese de sus insultos.

—¿No me contestáis? —preguntó el filibustero, tratando de reportarse, pues comprendía que con un hombre como aquel no valían los insultos.

—No —dijo Jimeno—, no contesto, porque es bien sabido que no tengo más renta que la que me produce mi sueldo de empleado, y la de una pequeña estancia que tengo en Barú.

—Me entregaréis cien mil pesos, o vuestra avaricia os costará la vida.

—No poseo cien maravedís... Haced lo que queráis; y puesto que no me puedo defender, me mataréis si se os antoja.

—Iréis entonces con los otros condenados a muerte.

Jimeno se puso el sombrero y se dirigió a la puerta, después de haber arrojado una mirada de despedida a Teresa, que parecía una estatua de mármol: tan pálida y rígida estaba en un rincón del aposento.

—¡Sancho! —exclamó ella— ¡llevadme también!

Este miró al oficial como para consultarle.

—¿Es vuestra mujer? —preguntó el bandido.

—Es mi esposa...

—Puede seguir con nosotros.

—Ven, Teresa —dijo Jimeno, tomándola de la mano—, mejor estarás a mi lado, indudablemente, añadió.

Condujeron a los dos esposos a la catedral, en donde se hallaba reunido gran número de prisioneros, entre otros el provisor, el guardián de San Francisco y varios dominicanos y muchas señoras y unos pocos vecinos de los más acomodados de Cartagena...

—O entregáis el dinero —dijo el pirata a Jimeno—, o podéis escoger confesor entre todos estos señores —añadió mostrando a los sacerdotes—, porque vais a morir.

Por toda contestación, don Sancho se arrojó a los pies del provisor y le pidió que le confesara.

Algunos momentos después se puso en pie y dijo tranquilamente:

—Estoy listo.

—¿Y vuestra mujer? —preguntó el filibustero como para probar su fortaleza.

—A ella le dejaréis la vida, puesto que yo voy a morir.

—Teresa no oyó esto, porque conversaba en un rincón de la iglesia con algunas señoras amigas suyas.

—¿No os despedís de ella?

—¡Para qué causarla esa pena! ¡Pobrecilla! Hacedme el favor de ocultarle mi muerte por ahora —añadió en voz baja.

—Venid, pues, a vuestra casa; quizá allí me diréis en dónde escondiste vuestros tesoros... en cambio de vuestra vida.

Jimeno salió nuevamente del templo con su escolta, sin mirar a Teresa, que aún no había caído en la cuenta de lo que sucedía.

Apenas hubo salido Jimeno, cuando los filibusteros pusieron en la puerta al provisor, a los religiosos y a los vecinos que estaban allí presos; unos habían entregado cuanto tenían, y los piratas se habían persuadido de que los demás no poseían nada, o no podrían obligarles a hablar, a pesar del tormento que les habían dado.

Quedáronse, pues, solas las mujeres con los filibusteros. Cuando estas se vieron encerradas en aquel recinto sin ninguno de los protectores, su espanto subió de punto, y abrazándose unas a otras permanecieron largo rato calladas, aguardando su suerte, sin atreverse a respirar siquiera y temblando de miedo.

Los corsarios hablaron breve rato entre sí en francés, lengua que ellas no entendían, y pusieron a hacer regueros de pólvora en dos filas, por el centro de la iglesia.

—Señoras —dijo uno de los filibusteros, fingiendo hablarlas con cortesía—, ¿confesaréis en dónde habéis ocultado vuestro dinero?

Ninguna contestó, porque en realidad aquellas desgraciadas no tenían qué denunciar.

—Si no poseéis nada propio —repuso el corsario—, a lo menos debéis saber quiénes son los propietarios ricos que hay en esta plaza, y en dónde pueden haber ocultado su dinero.

Las pobres mujeres se miraron unas a otras, y, como si estuviesen animadas de un mismo espíritu, dijeron los nombres de varios vecinos ricos, pero que ellas sabían estaban fuera de la ciudad.

—Está bien —dijo el que servía de intérprete—. Dignaos situaros una tras otra entre estos regueros de pólvora; mandaremos buscar a los ricos que habéis mencionado, y si estos no se hallaren en Cartagena, se incendiará la pólvora y pereceréis todas quemadas.

Algunas se pusieron a llorar a gritos; otras empezaron a temblar de susto; unas pocas quisieron hablar, pero los corsarios las

mandaron callar; y una joven se espantó tanto, que se desmayó, dejándose caer largo a largo entre los regueros de pólvora.

A cada rato entraba alguno de los emisarios que los piratas habían mandado a averiguar por el paradero de los ricos que mencionaron las desventuradas prisioneras, avisando que ya uno, ya otro, había dejado a Cartagena, y no se les encontraba en ninguna parte.

Los crueles bandidos amenazaban entonces a las miséras mujeres con pegar fuego a la pólvora con el botafuego de los artilleros que habían llevado consigo, y a cada momento aquellas malaventuradas pensaban que llegaba el último día de su vida.

Teresa pensaba en su noble y heroico esposo, a quien habían sacado fuera del templo; ella no sabía con qué objeto, porque, como hemos dicho antes, no alcanzó a oír las frases que se cruzaron entre él y sus perseguidores, y no supo que le habían sacado para llevarle al suplicio. Recordaba las horas de su pasada dicha, e invocaba fervorosamente la protección de la Virgen de los Desamparados.

Hincándose levantó las manos al cielo y empezó a pedir misericordia, nombrando uno a uno a todos los santos de su devoción. Las demás mujeres la imitaron, y cada una de ellas se puso a rezar a voz en cuello, con tan sentidas frases, que hubieran ablandado los corazones de las fieras; pero no ablandaron los de aquellos duros piratas, aleccionados en toda suerte de crímenes y enseñados ya a oír lástimas sin compadecerlas jamás.

Pero dejemos, entre tanto, a estas infelices, y sigamos fuera del templo a Sancho Jimeno. Conducido de nuevo a su casa, los que le llevaban le metieron dentro, cerraron la puerta y le notificaron que era llegada su última hora, si no entregaba inmediatamente por lo menos cien mil pesos de lo mucho que tenía allí enterrado.

—¡Matadme de una vez! —exclamó él— que ya me fastidiáis con tantas idas y venidas; como nada tengo, nada os puedo dar,

según tantas veces os lo he advertido... Pero como creo que sois católicos y no herejes, llamadme a un sacerdote para que me ayude a bien morir, que será lo menos que podréis hacer en favor del alma que me vais a arrancar.

Encerráronle entonces los bandidos en un aposento, y no volvieron sino cuando empezaba a oscurecer el día. Con ellos llegaron el provisor, un dominicano y un clérigo llamado don Tomás Beltrán, muy amigo de Sancho.

—Despachaos brevemente —dijo uno de los bandidos— que vamos a concluir la comedia: o confesáis en dónde habéis escondido el dinero, u os vendaremos los ojos para acabar de una vez...

Sancho se acercó al provisor, y pidió que le reconciliase y rezara con él algunas oraciones de los agonizantes.

Suplicó entonces el doctor Beltrán que le dejasen salir, que él trataría de recoger alguna suma para rescatar la vida de aquel hombre heroico.

—Está bien —dijeron los piratas—; pero, si dentro de media hora no estáis aquí de vuelta, encontraréis su cadáver...

Sancho Jimeno seguía conversando con el provisor y el padre dominicano, recomendándoles encarecidamente que amparasen a su pobre mujer, que quedaba viuda, siendo tan joven y bella.

—¡Se ha pasado la media hora! —exclamó de repente el jefe de la escolta— como no viene vuestro amigo, se hará lo dicho.

El provisor y el dominicano empezaron a suplicar que aguar-dasen un rato más; decíanles que era una inaudita crueldad despachar para la otra vida a un hombre tan valiente.

Fatigados al fin los bandidos con los ruegos de los sacerdotes, les mandaron que saliesen, y tomando un lienzo vendáronle los ojos al excastellano de Bocachica.

Este, entre tanto, no había atravesado palabra en voz alta, y decía apenas algunas por lo bajo, invocando la misericordia del cielo para su alma, pero sin manifestar tribulación alguna exterior.

Arrimáronle, después de vendado, contra una puerta y pusieron al frente a cuatro soldados con sus armas.

Estando en esto llegó otro de los piratas a decir que de orden del jefe de todos ellos llevasen al prisionero a la catedral, en donde iban a fusilar a algunos otros, y querían hacerlo al mismo tiempo y a la vista de las mujeres que estaban allí.

Quitáronle la venda a la víctima, y cuando le notificaron que le llevaban a sacrificarle delante de su mujer, por primera vez palideció e inmutose don Sancho. Él no temblaba por sí mismo, sino que le dolía en el alma pensar cómo sufriría su Teresa con semejante espectáculo.

Pidió entonces como un favor, como la merced más grande que le pudieran conceder, que le matasen allí mismo y al momento, pero que no llevasen la inhumanidad hasta hacer padecer tan horriblemente a una pobre mujer.

Riéronse de él los piratas y le mandaron que saliese del aposento.

—¡Aguardad! ¡Aguardad! ¡Por Dios! —gritó en aquel momento la jadeante voz del doctor Beltrán, el cual llegaba corriendo, con un negro cargado con una caja llena de plata labrada, que valía, poco más o menos, unos mil pesos. Era todo lo que tenía el pobre clérigo, y acababa de desenterrarla para ir a rescatar a su amigo.

Aunque los piratas gruñeron y se quejaron del poco valor que tenía aquello, al fin consintieron en soltar al atormentado español y recibieron en cambio la plata labrada.

Corrió don Sancho al momento a buscar a su mujer en la catedral, la cual había sido puesta en libertad con las demás mujeres, cuando creyeron los bandidos que ellas no tenían nada que poderles quitar. Confesaron aquellos entonces que nunca habían pensado matar a Sancho Jimeno, sino que, suponiéndole

realmente muy rico, se habían propuesto obligarle a entregar una crecida suma por su rescate.

Cansados aquellos hombres de robar, reunieron todo en una sola parte, e iban a pegarle fuego a la ciudad, cuando un barco filibustero entró en el puerto y avisó que se dirigía hacia Cartagena una flotilla de ingleses y holandeses reunidos, los cuales indudablemente les quitarían el botín que habían hecho, si no dejaban inmediatamente el puerto. Sin embargo, antes de darse a la vela repartieron el oro, la plata y las piedras preciosas, y tocó a cada uno de los soldados cerca de mil escudos. Reservaron las mercancías y los esclavos negros para hacer una última partición, después de valuarlo todo equitativamente, en la isla de Santo Domingo, en donde no tenían riesgo de encontrar enemigos; y olvidando poner fuego a la ciudad como lo habían ofrecido, se alejaron de las costas de Cartagena, esta vez ya definitivamente.

Epílogo

Todas las campanas de las iglesias de Cartagena eran echadas a vuelo, y sus habitantes, vestidos de gala, circulaban gozosos por las calles de la ciudad antigua y por el barrio de Getsemaní.

Como Cartagena careciera de obispo desde 1691 —y careció de prelado hasta 1713—, el provisor y los altos dignatarios de la Iglesia que había en la ciudad salieron bajo vara de palio hasta el puerto a recibir con toda solemnidad el santo sepulcro de plata que habían robado los piratas años antes, el cual era devuelto por Luis XIV. Cuando hizo las paces con España, después del tratado de Riswick, el rey de Francia, para congraciarse con el monarca español, mandó que se devolviesen a sus dueños el sepulcro y algunas otras joyas robadas a las iglesias durante aquella época.

Entre los más contentos que hubo en Cartagena aquel día de fiesta, señalaban a don Sancho Jimeno y a su esposa, los cuales eran siempre muy felices, y no tuvieron jamás otra pena que la

de carecer de sucesión. Dolíale particularmente a Teresa que su marido no dejase hijos que heredasen su valor y su nobleza de carácter, y a él le pesaba que su bella esposa no tuviese hijas que se pareciesen a su madre en prendas físicas y morales.

Digamos de paso —entre tanto que llega la procesión a la catedral, en medio de los vivos del pueblo y del incienso y los cohetes— qué había sucedido a los piratas cuando salieron de Cartagena, después de haberla saqueado. Encontráronse en alta mar con la escuadra, compuesta de naves inglesas y holandesas, de la cual iban huyendo. Estas naciones estaban entonces aliadas a España, y como ya hubiese corrido la noticia por las Antillas de lo que había sucedido en Cartagena, los aliados iban en persecución de los filibusteros; diéronles caza, y lograron apresar a dos de los bajeles, que llevaban una gran parte del botín, y obligaron a otros dos a naufragar en las costas de Jamaica.

Los ingleses enviaron entonces a Cartagena la tripulación de los buques apresados, para que, en calidad de galeotes, ayudasen a reedificar las fortificaciones que habían derribado.

Lo que no dice la historia es si, a más de la tripulación, devolvieron los ingleses el botín tomado a los filibusteros.

Cuando los jefes de los piratas que se salvaron se reunieron en Santo Domingo con Ducassé, suplicaron a este que pusiese pleito ante los tribunales franceses contra el barón de Pointis, por no haber repartido equitativamente entre todos lo tomado por él en Cartagena. Después de un largo litigio que costó un dineal, al fin los filibusteros obtuvieron una orden de los tribunales para que se les devolviese un millón y cuatrocientos mil francos. Sin embargo, los gastos del pleito, que duró largos años, y de los agentes pagados en Francia para que se ocupasen en el asunto, absorbieron casi toda aquella suma, y muy pocos de los piratas percibieron algo de ella.

Entre tanto habían enviado de España requisitorias contra el gobernador don Diego de los Ríos, por haber dejado perder a Cartagena, cuando hubiera podido defenderla con buen éxito.

Don Sancho Jimeno envió una relación circunstanciada de todos aquellos acontecimientos, corroborada por muchos testigos que firmaron en el expediente. El gobernador fue llamado a España para ser juzgado: un amigo suyo, don José Márquez, que con otros había salido de Cartagena con la escuadra enemiga, fue encarcelado en Madrid, con otros más, complicados en aquellos asuntos.

Como en España los juicios eran inacabables entonces, y a veces se empezaba a seguir alguna causa a un joven, el cual llegaba a viejo y moría sin que le hubiesen sentenciado, nunca se supo en el Nuevo Reino de Granada en qué paró la causa contra don Diego de los Ríos, y si al fin fue declarado culpado y castigado por su pereza y descuido, o si se le encontró reo de un delito más grave.

Ducassé fue llamado a Francia, en donde continuó sirviendo como jefe de escuadra en la marina real; se halló en las guerras de sucesión de Felipe V, y después de haber tomado parte en el bloqueo de Barcelona murió en 1715 (xxvi).

Pointis regresó a Francia y escribió una relación de lo sucedido en Cartagena. En las guerras de sucesión fue a servir en España bajo Felipe V; tuvo mal éxito en Gibraltar, y murió muy honrado por el rey de aquel país en 1707.

¡Tan de diverso modo juzga el mundo los hechos de los hombres, que los mismos a quienes unos llaman malandrines y bandidos, otros les consideran como caballeros a carta cabal!

Lo que no hemos podido averiguar es qué hacía la escuadra de don Diego de Zaldívar, conde de Saucedillo, que se dice se hallaba en la feria de Portobelo durante todo aquel tiempo. ¿Cómo no pudo auxiliar a Cartagena —que está a dos o tres días apenas distante de Portobelo—, desde los primeros días de abril

hasta los primeros de junio en que partieron definitivamente los filibusteros?

Según el *Aviso Histórico* de don Dionisio Alcedo y Herrera, quien trató de levantar de la ruina a Cartagena, después de aquellas desventuras, fue el virrey del Perú don Melchor Portocarrero Lasso de la Vega (xxvii), llamado vulgarmente Brazo de Plata, por tener de ese metal el brazo derecho, que había perdido en una batalla. Este, apenas supo lo que había sucedido, mandó socorrer la plaza por la vía del istmo y por la de Quito y el Magdalena.

Mandó desde el Perú una guarnición de infantería, víveres y pertrechos, y envió como gobernador de la desmantelada plaza fuerte al maestre de campo don Juan Díaz Pimienta (xxviii), gentil hombre de nobilísima familia, el cual llegó a Cartagena y al momento se ocupó de fortificarla de nuevo y con más acierto que antes del sitio de los filibusteros. El mismo autor dice que el marqués de Villa Hermosa reedificó las murallas de la Media Luna; que el brigadier don Antonio Salas (xxix) aumentó y levantó el lienzo del muro de la playa marítima, y el brigadier don Pedro Fidalgo (xxx) acabó de fortificar la ciudad con particular esmero.

Esta vez —es decir, en 1697— fue la última en que los piratas se hicieron dueños de Cartagena. Los sitios que ha sufrido después han sido pocos, y solamente una vez entró el enemigo dentro de sus muros, aunque no puede decirse que la plaza se hubiera rendido, puesto que los patriotas la abandonaron, pero no la entregaron, ¡hoy hace setenta años!

Bogotá, diciembre 5 de 1885.

Notas explicativas

- (i) Puede hacer referencia a las guerras binacionales durante el reinado en España de Carlos II (1665-1700). Aquí, la relación de sucesos:

1667-1668 Guerra con Francia: invasión francesa de las provincias flamencas, pretextando derechos en razón de estar casado Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV; ocupación de diversas plazas en el Franco Condado por Condé (1668); Paz de Aquisgrán; recobrando España los territorios y plazas perdidos [...] 1673-1678 Liga contra Francia; España, Holanda y Alemania se alían ante el ataque de Luis XIV a Holanda; los franceses conquistan Maestricht y Besanzón (1674); los españoles se apoderan de Bellegarde (1674) [...] Paz de Nimega, en la que España pierde el Franco Condado y Valenciennes [...] 1683-1684 Guerra con Francia; Luis XIV codiciaba el condado de Alost, por lo que, ante la negativa España, invadió el territorio y bombardeó Luxemburgo; al mismo tiempo inicia una campaña contra Cataluña; ocupan Luxemburgo. Tregua de Ratisbona, perdiendo España la plaza de Luxemburgo (1684) [...] 1688-1697 Guerra de la Liga de Hansburgo contra Francia» (DEG, tomo 6, p. 545).

- (ii) De acuerdo con los datos historiográficos reconocidos en la presente edición, se refiere a la:

Guerra de la Liga de Hansburgo contra Francia (1688-1697) con el fin de atajar el creciente poderío de Luis XIV de Francia, se aliaron España, Alemania Suecia y Holanda. El monarca francés invade Alemania (1688) simultáneamente con Flandes, Cataluña e Italia (1689); los franceses vencen en Fleurus (1690) y se apoderan de Mons, todo ello en Flandes (1691); el duque de Saboya recupera algunas plazas italianas; ocupación francesa de Seo de Urgel (1691); toma de Namur (1692); derrota de Stelkenque (1691); victorias francesas en Tournay, Dixmunde, Neerwinde, Rosas y Marsaglia (1693) en los diversos frentes de combate, y más tarde (1694) se apoderan de Gerona y Hostalrich; Guillermo de Orange toma Namur (1695) [...] Paz de

Riswick, quedando España en igual situación que con el Tratado de Nimega. A la muerte de Carlos II, y el no tener sucesión se origina la Guerra de Sucesión. (DEG, tomo 6, p. 545)

- (iii) De acuerdo con la recolección historiográfica y enciclopédica, este hijo de Mariana de Austria y Felipe IV se presenta con la semblanza:

Era de constitución débil y enfermiza y de poca capacidad mental. Hasta 1675 ejerció la regencia de su madre, quien confió el gobierno sucesivamente al jesuita Nithard (hasta 1669) y a Valenzuela [...] Durante este reinado Luis XIV invadió repetidas veces las posesiones españolas en Europa [...] en el interior, la vida del país se caracterizó por una crisis económica endémica, aunque en las regiones periféricas (sobre todo en Cataluña) se produjo un movimiento de recuperación. (DES, tomo 6, 1987, p. 733)

- (iv) Navegante francés (1646-1715). Nace en Dax y fallece en Bourbon-Archambault. Alcanza el grado de capitán y, en Santo Domingo, participa en la trata de negros. Tenía el beneplácito y apoyo de Luis XIV, hasta otorgarle el gobierno de esa colonia, ante las arremetidas inglesas y españolas en la Guerra de la Liga:

[...] secundó con éxito la expedición de Pointis contra Cartagena (1691), y después del tratado de Ryswick introdujo mejoras en la colonia. Nombrado jefe de escuadra y teniente general, desempeñó un papel importante en la guerra de Sucesión de España, bloqueando por mar a Barcelona en 1714, que el mariscal Berwick sitiaba por tierra. Las enfermedades y achaques lo obligaron a dimitir sus cargos. (EUIEA, tomo 18, 1955, p. 2328)

- (v) Diego de los Ríos se reconoce como antagonista en la defensa española ante la embestida francesa en 1697, siendo avisado desde octubre de 1696 de la llegada de los bucaneros enemigos, por parte del gobernador de La Habana:

[...] era voz corriente de que muchos bucaneros se reunían en Santo Domingo a esperar una fuerte escuadra francesa con la cual obrarían sobre las plazas de tierra firme, por desidia o por incapacidad, y aun por connivencia criminal, o bien porque creyese que los franceses dirigirían principalmente sus ataques a los galeones que tan buena presa les ofrecían, no puso gran diligencia en la adopción de las precauciones necesarias para la defensa y avituallamiento de la plaza; y así llegó el domingo 7 de abril de aquel año, en que por la noche los vigías que funcionaban en el recién fundado monasterio de La Popa, avisaron al Gobernador haber visto veintidós embarcaciones, viniendo del norte, las que al poco rato se aumentaron a veintiséis, reunidas en la ensenada de Zamba, a la vuelta de Punta Canoas. (CIPF, pp. 106-107)

- (vi) Este canal es defendido por las fortalezas de San José y San Fernando. Se ubica en el costado sur de Tierra Bomba y se levanta en 1753 con el plano de Juan Bautista Mac Evan, en reemplazo del antes destruido Fuerte de San Luis:

La planta del fuerte semeja una «herradura de caballo», está circundada por un foso húmedo y la contraescarpa limita la suave pendiente del glacis. En la plaza de armas se encuentra una rampa de acceso a la plataforma superior [...] Tiene dos baterías colaterales: la de Santiago y la de San Francisco Regis, de esta última solo queda el basamento. Estas baterías son obras del ingeniero D. Antonio de Arévalo. (CIC, 1999, pp. 143-144)

De otro lado, el fuerte de San Luis presentaba varias desventajas, entre las que se destaca la separación de la plaza. Sin embargo, por su sitio táctico, se pide a Juan de Herrera y Sotomayor reconstruirlo y darle soporte con el de San José entre 1714 y 1725, de acuerdo con Segovia (2009).

- (vii) Militar prestigioso que defendió Bocachica, que inicialmente combatió contra los palenques de Cartagena:

Salió Sancho Jimeno de Cartagena el 14 de febrero de 1694 debelando cruelmente los palenques de San Miguel (donde cayó

Domingo Criollo) y los de Tabacal, Matuna, Bongué, Arenal y Duanga, donde tomó consigo noventa y dos prisioneros además de las cabezas de 43 muertos en la campaña. Cuando Pointis atacó a Cartagena en 1697 no quiso como castellano del castillo de San Luis de Bocachica entregarse al corsario pero traicionado por la mayoría de sus subalternos que se apresuraron a pedir cuartel y a arrojar sus armas al foso exterior del castillo y abriéndole la puerta al pirata francés Pointis. Este tomó prontamente como consecuencia de esa derrota a Cartagena. (DPHC, 2001, pp. 46-74)

- (viii) Felipe IV lo reconoció como hijo en 1643, y es solo entonces cuando ubica su nombre en la memoria histórica. De acuerdo con el *Diccionario histórico ó biografía universal compendiada*, de Olivia y Sobrino (1830), se comparte la siguiente relación:

Nacido, como el otro Juan de Austria, de sangre real, educado con igual o mayor esmero, y dotado de todas aquellas prendas que tan recomendable hicieron en otro tiempo al vencedor de Lepanto [...] [durante su reinado en las guerras de Flandes] los franceses tomaron a Valencienes, Cambrai, S.Omar y otras plazas, unas por capitulación y otras por asalto. Así es que en la paz de Nimega, la España para conseguirla, tuvo que ceder el Franco-Condado y muchas plazas de los Países Bajos. Es sensible que Don Juan de Austria, muerto el año siguiente de esta paz, en 1679, no hubiese sido tan feliz en los últimos días de su carrera política, como lo había sido en los principios de su vida política y militar. Algunos atribuyeron su muerte a veneno: lo cierto es, que la España perdió en él un grande hombre, y un gran guerrero. (DHBUC, 1830, pp. 167-168)

- (ix) El hijo de Margarita de Austria y Felipe III nace en 1605 y gobierna España desde 1621 hasta su muerte en 1665. Se casa con Isabel de Borbón en 1620 y, luego, con su sobrina Mariana de Austria en 1650. Se mantuvo casi impertérrito ante los compromisos del reinado, semejante a su padre; sin embargo, fijó premisas de mayor consolidación del gobierno y la religión católica en Europa. «Durante sus 44 años de reinado, asistió

imposible al desmoronamiento del poderío español en Europa, a la desintegración interna de la monarquía hispánica y a la agudización de la decadencia española» (ESD, tomo 5, 1982, p. 1380).

- (x) Esta isla y corregimiento, concurrida especialmente por su Playa Blanca, se ubica a 47 km al sur de Cartagena y, junto con Tierra Bomba, conforma la bahía. Cuenta con varios relieves como el Cocón y Los Monos. Contiene un acceso terrestre por Pasacaballos (DC, 2005, p. 100).
- (xi) Este municipio bolivarense, donde murió el conquistador español Juan de la Cosa, se localiza en el suroriente de Cartagena. Se caracteriza por la pesca, la agricultura y la ganadería. Fue habitado por los indígenas turbacos (DC, 2005, p. 975).
- (xii) San Juan de Manzanillo y Santa Cruz de Castillogrande son dos fuertes construidos en 1630 durante el gobierno de Francisco de Murga con el plano de Cristóbal de Roda. Se localizan en la bahía interior:

Fueron desmantelados cuando se desplazaron las defensas hacia Boca Chica, aunque se reutilizaron cuando el asalto de Pointis quien los destruyó completamente. Juan de Herrera y Sotomayor los reconstruyó hacia 1730, pero nuevamente son atacados por la escuadra de Vernon [...] Fue restaurado por el arquitecto Germán Téllez hacia 1980 y está integrado, en armonioso conjunto, a la casa de Huéspedes Ilustres de Colombia. (CIC, 1999, pp. 139-140)
- (xiii) Este municipio pertenece hasta 1954 al departamento del Magdalena, pero pasa a jurisdicción del departamento de la Guajira. Se ubica a 160 km de la capital, Riohacha (DC, 2005).
- (xiv) Según el *Derrotero de las islas Antillas, de las costas de Tierra Firme del Seno Mejicano y de los Estados Unidos del Norte de América* publicado en 1849 por la Imprenta Nacional, Tierra

Bomba se ubica a poco más de un kilómetro de la lengüeta y, a su paso, se forma Bocagrande.

- (xv) Dager Nieto (2001) explica, en su diccionario sobre los personajes históricos de esta ciudad, que don Juan de Herrera y Sotomayor fue:

Ingeniero militar autor principal de la restauración del Castillo de San Luis en Bocachica y de San Felipe de Barajas que estaban muy estropeados después de los ataques y de la rehabilitación de tres baterías, llamadas «Chamba» [Chumba], «San Felipe» y «Santiago», en la cara externa de Tierrabomba. (DPHC, p. 42)

- (xvi) Al norte de Bocachica se localiza la costa oriental con la Costa Firme, con un canal de un kilómetro y medio de extensión (DIACTFSMEUNA, 1849).
- (xvii) Francisco Santarén fue un capitán que comandaba Getsemaní con cerca de 700 efectivos y medio centenar de elementos de artillería, cuya distribución se daba con varios baluartes como el de San José, El Reducto y Chambacú, además de la puerta de la Media Luna, que contaba igualmente con 100 defensores y once cañones: «La actuación de Santarén fue criticada duramente por los españoles. La débil resistencia que los franceses encontraron al forzar la angosta brecha de la muralla [...] fue causa de que se lanzaran contra él acusaciones de traición e inteligencia con el enemigo» (CIPPF, 1960, p. 167).
- (xviii) Echarri, encargado de la secretaría del Secreto del Santo Oficio, enuncia la negligencia y temeridad del gobernador que desprotegió la plaza junto con su amigo José Márquez Bolcortes, quien escapó con los franceses pero fue luego apresado en Madrid (CIPPF, 1960).

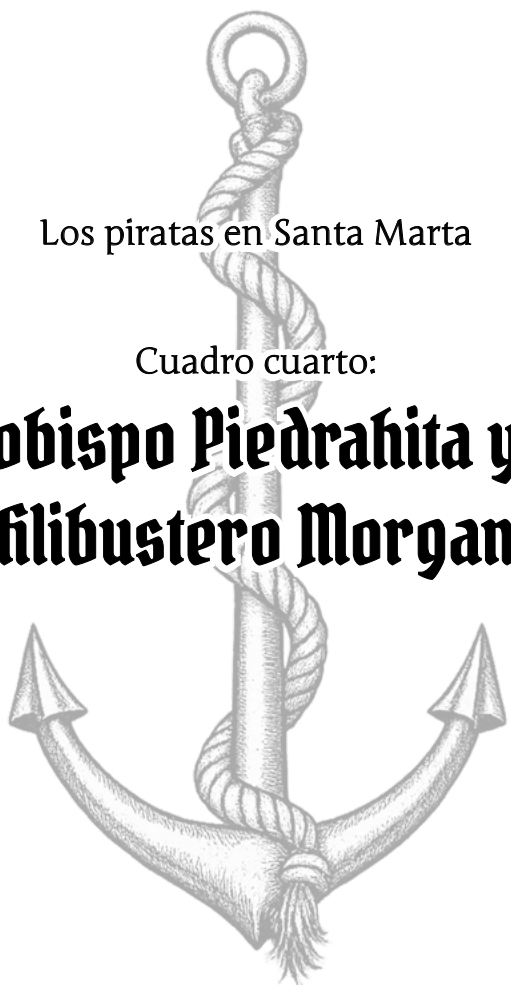
- (xix) Fueron San Felipe y Santo Domingo sus primeras denominaciones, por su ubicación posterior en el convento homónimo del segundo. Es la pionera en el complejo de murallas y se planificó luego del asalto de Drake. Cuenta con los planos de Cristóbal de Roda que dieron ejecución en 1614 (CIC, 1999).
- (xx) El Tribunal del Santo Oficio fue dispuesto el 25 de febrero de 1610, y en septiembre fueron designados sus funcionarios, con jurisdicción en todo el Nuevo Reino de Granada y Venezuela hasta Mesoamérica (CIPPF, 1960).
- (xxi) Puede hacer referencia al convento de Carmelitas Descalzas llamado de Santa Teresa: «La piadosa dama doña María de Barros funda el convento de Santa Teresa, el primer convento de monjas que hubo en Cartagena, establecido bajo la regla de la santa de Ávila» (CIPPF, 1960, p. 124).
- (xxii) En 1617 arriban a Cartagena tres clarisas para levantar un convento en el barrio Jagüeyes, específicamente en las propiedades donadas por Catalina de Cabrera, quien además lo financia junto con Pedro Osorio, quien lo hizo en la etapa final. Durante la construcción, las religiosas arriendan una estancia en la calle de la Cruz, hasta la conclusión de las obras en 1621 (CIC, 1999).
- (xxiii) Se ubica en el departamento de Bolívar, a 15 km de Cartagena, en el enlace entre la bahía y el caño del Estero con vista frontal a Barú (EUIEA, tomo 42, 1955).
- (xxiv) Actualmente en esta construcción se encuentra la Universidad de Cartagena:

Esta edificación corresponde a la antigua iglesia y convento de San Agustín, cuyas obras finalizaron a principios del siglo XVII. La iglesia daba a la plazoleta, conocida hoy como de Los Estudiantes, la más pequeña del barrio del Centro. El

edificio fue remodelado en los años cuarenta, por el arquitecto italiano Francisco Nordio. Se conserva el amplio claustro de doble arquería. Al conjunto se le añadió un tercer piso y se le modificaron las fachadas y la torre. (CIC, 1999, p. 102)

- (xxv) De acuerdo con el *Diccionario de Colombia* de la editorial Norma (2005), es un municipio bolivarense que dista 50 km de Cartagena. Fue erigido como distrito en 1610.
- (xxvi) Nieto de Luis XIV. Es el primer representante real de la casa de los borbones, heredando el trono de Felipe V. Nace en 1700 y fallece en 1724. Participa en 1701-1704 en las guerras de sucesión: «[...] para mantener el equilibrio europeo, se forma la Grande Alianza, integrada por Inglaterra, Holanda, el elector de Brandemburgo, el duque de Saboya, Austria y Portugal [...] Campaña de Italia (1702-1703) realizada por Felipe V y el duque de Vendome; levantan el sitio de Mantua» (DEG, tomo 6, pp. 544-545).
- (xxvii) Conde la Monclova. Fue comendador de la Zarza en la orden. Es ascendido por la Corona luego de su labor en el virreinato de Nueva España, para ejercer en Perú el 15 de agosto de 1689: «[...] durante su gobierno, que fue de 15 años, y 4 meses, puso toda la actividad de su fervorosa, y celosa aplicación en la continuación de reparos, que dejó empezados su antecesor para el reparo de los estragos, que hizo el temblor el día 20 de octubre del año de 1687» (AHPGNPPTFCNRG, pp. 214-215).
- (xxviii) Nieto (2001) explica en su estudio que don Juan Díaz Pimienta y Zaldívar fue gobernador de Cartagena entre el 7 de junio de 1699 hasta 1705.

- (xxix) Dager Nieto (2001) indica que don Juan de Salas se desempeña como gobernador de la Ciudad Heroica entre 1730 y 1737.
- (xxx) El emblemático Blas de Lezo comanda la restauración de los fuertes y castillos, apoyado inicialmente por Melchor de Navarrete y Pedro Fidalgo, quien fallece en 1740. Se ocupa del refuerzo de las guarniciones y «[...] distribuir estratégicamente los seis barcos de su mando, hizo asegurar con gruesas cadenas el cañón mayor, cruzó con otras el canal de Bocachica y obligó a los hacendados a internar sus vacadas» (DPHC, 2001, p. 48).



Los piratas en Santa Marta

Cuadro cuarto:

**el obispo Piedrahita y el
filibustero Morgan**

I

Cuando el 29 de junio de 1525 don Rodrigo de Bastidas (i) entraba en la bahía que llamó de Santa Marta, y fundó aquella ciudad —una de las más notables de nuestras costas atlánticas— iba en su compañía un joven llamado Juan Muñoz de Collante (ii), natural de Granada y, según parece, de hidalga cuna. Este era tan amante a las aventuras, que viendo que en Santa Marta no hallaba las suficientes para su gusto, siempre a la busca de nuevas escenas se fue con Pizarro (iii) y tomó parte en las conquistas del Perú, y con Belalcázar (iv) en las de Quito, llegando con este al Nuevo Reino de Granada, en donde al fin se radicó; pero no por eso descansó, porque en seguida intervino muy activamente en las expediciones más arduas, siendo descubridor y conquistador de gran parte de los territorios que hoy día componen la república colombiana.

Sin embargo, aquello no fue lo que le diera mayor lustre: su mérito principal consistió en ser el bisabuelo de uno de los hombres más notables que registran nuestros anales, tanto porque fue un prelado digno hijo de los apóstoles de Jesucristo, como por ser un historiador notabilísimo. Hablamos de don Lucas Fernández de Piedrahita (v). Descendía este del conquistador Muñoz Collante, por la línea materna; era de familia rica de Santa Fe de Bogotá, nacido en los primeros años del siglo XVII. Cuando abrazó la carrera eclesiástica, aunque amante de las letras y poeta, pasó su juventud sirviendo los curatos de Fusagasugá (vi) y Paipa (vii). En 1654 fue nombrado racionero de la iglesia metropolitana; a poco subió a canónigo, y en seguida a provisor y gobernador de la arquidiócesis, por estar vacante el cargo de arzobispo. En 1661 entregó el arzobispado al sucesor del famoso y benéfico fray

Cristóbal de Torres, el señor Arguinao. Empero, sus relevantes dotes llenaron de envidia a muchos, y le granjearon enemigos, los cuales le acusaron ante el Consejo de Indias, no se sabe por qué motivo. El doctor Piedrahita pasó inmediatamente a España; allí no solamente se le declaró inocente, sino que, para desagraviarle de tan injusto cargo, le promovieron al obispado de Santa Marta. Consagrole el prelado de Cartagena en 1669, y pasó a tomar posesión de su cargo en el mismo año.

A pesar de su amor al estudio, el obispo tenía el genio del misionero y la inspiración que guía a los apóstoles. Su mayor placer consistía en visitar a los indios de su diócesis y hacer infinitos esfuerzos para catequizarles, en lo cual empleaba gran parte de su tiempo y todo cuanto percibía y le daban los vecinos para sus gastos particulares. Su espíritu conciliador, sus grandes virtudes, su conversación amena y jovial y su elocuencia en el púlpito, llamaron tanto la atención de sus feligreses, y nació en ellos tal afecto hacia su pastor, que pobres y ricos le seguían por todas partes, y estaban pendientes de sus labios.

Santa Marta prosperaba a ojos vistas; el señor Piedrahita se ocupaba en reedificar la catedral y en mejorar los edificios, iglesias y conventos de aquella ciudad, cuando recibió orden de pasar promovido al obispado de Panamá.

Naturalmente sus feligreses se afligieron mucho y procuraban que se alargase el mayor tiempo posible su permanencia en Santa Marta, cuando ocurrió una terrible calamidad que sumió en la miseria y la consternación a todos los habitantes de la ciudad.

El pirata inglés Juan Enrique Morgan se preparaba para atacar la ciudad de Portobelo, centro de la famosa Feria Suramericana, en donde se reunían las riquezas de Europa y los minerales del Perú, Nuevo Reino de Granada y Centroamérica; pero mientras reunía en la isla de Providencia (viii), capital y centro de su gobierno, los bajeles y municiones suficientes para llevar a

cabo empresa tan importante, mandó a algunos de sus capitanes a que merodeasen en las costas de Tierra Firme y no perdiesen el tiempo desocupados.

Una mañana, pues, y cuando menos lo aguardaban los samaritanos, vieron surgir en su puerto dos buques corsarios al mando de los piratas Cos y Duncan —el uno francés y el otro inglés— confederados para el robo y enviados por Morgan, como hemos visto, a cumplir con el encargo de no perder el tiempo, hacerse las manos y ejercitarse en su oficio.

Mientras una parte de la población huía a los montes, el bueno del obispo permanecía tranquilamente en su casa, aguardando el resultado de la invasión.

De repente oyó gran ruido en la puerta, y como sus criados no se atreviesen a abrir, él en persona lo hizo.

—¡Llamadnos al obispo! —gritaron los piratas.

—¡Le tenéis delante! —contestó él.

—¡Vos, un obispo! —exclamaron los invasores, contemplando los pobres vestidos del prelado, los cuales en unas partes estaban remendados y en otras tan rotos, que se le traslucía la ropa interior, y mirando su faz venerable y humilde al mismo tiempo, que no se había inmutado ni espantado.

—¡Vos el obispo Piedrahita! —repetieron los corsarios.

—¡Me habéis nombrado! ¿En qué os puedo servir, hijos míos?

Los franceses se descubrieron con aparente respeto; los ingleses se rieron con mofa.

—¿En qué podéis servirnos? —preguntaron estos últimos—. Nada menos que en darnos lo que tengáis.

—Registrad mi casa: lo que halléis en ella os lo doy con buena voluntad.

Mientras que unos se apoderaban de la casa, otros se llevaban al prelado a la iglesia catedral.

—¿En dónde están las alhajas de la iglesia? —le preguntaron.

El señor Piedrahita se hincó delante del sagrario, en silencio, orando fervorosamente.

—Allí debe estar lo que más aprecian estos hijos de Roma —repuso uno, levantando una carabina y disparándola contra el sagrario, cuyas puertas se vinieron abajo con la custodia, derramándose las sagradas formas al pie del altar.

El obispo dio un doloroso gemido e inclinándose, púsose a consumir las hostias apresuradamente, antes que los herejes cometiesen otros desafueros.

Los franceses se habían hincado también, y rehusaban poner las manos en los vasos sagrados; ellos bien sabían que, como la propiedad era común entre todos cuando se repartiese el botín, a ellos tocaría su parte de todas maneras.

Los ingleses daban voces, alanceaban los santos, ponían las manos en cuanto encontraban de valor, y como uno de estos viese al obispo aún hincado, que lloraba al ver las profanaciones de aquellos energúmenos, le dio un golpe en la espalda con un alfanje,¹⁶ que le hizo caer de bruces contra el suelo.

Levantóse entonces el santo varón, y alzando los ojos al cielo exclamó, imitando a su divino maestro:

—¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Llevaronle en seguida, con los brazos atados a la espalda, a su casa, y allí le dijeron:

—Nada encontramos aquí de valor: nos vais a confesar en dónde habéis guardado vuestro dinero y vuestras alhajas.

—Jamás me alcanza lo que tengo para dar a tantos pobres. ¿En dónde he de tener cosa alguna guardada?

—Eso no es cierto —le contestaron— nosotros sabemos muy bien cuán ricos sois vosotros los obispos de Indias.

¹⁶ Espada ancha y corta que usaban los moros.

Llevaron entonces cuerdas y le dieron tormento, en medio del cual confesó que tenía solo una joya, que apreciaba muchísimo, por ser la esposa que le habían dado cuando le consagraron obispo.

—¡Sacadla! —le dijeron soltándole.

El pobre anciano entonces fue al quicio de una puerta, levantó una losa y sacó un anillo con un rubí, lo besó afligido y lo entregó a los ladrones.

Ya para entonces los piratas habían recorrido toda la ciudad y saqueado cuanto había en ella; y como temiesen que llegase socorro de Cartagena, enviaron preso al obispo a uno de sus bajeles, sin duda para que les sirviese de rehenes en caso apurado.

Al mismo tiempo los piratas mandaron a un padre dominicano, fray Luis Buitrago, a Cartagena para que recogiese allí treinta mil pesos que aquellos bandidos pedían a trueque de no incendiar la ciudad.

Alborotose Cartagena con aquella noticia, y el gobernador mandó dos buques con un general Antonio de Quintana y tropas por el Magdalena para que arremetiesen a los invasores por tierra.

Comprendieron los corsarios lo que les iba a pasar, y metiendo en uno de sus bajeles no solo al obispo, sino también al gobernador de Santa Marta, don Vicente Sebastián Mestre, desaparecieron de la noche a la mañana del puerto, y en tanto que el general Quintana aguardaba a alguna distancia de la bahía que amaneciese el día para atacar a los piratas, estos ya iban lejos.

II

La isla de la Providencia era, como hemos dicho antes, la guarida principal que Morgan consideraba como su capital, en donde se reunían los piratas que tenía bajo sus órdenes.

La Providencia no está separada de la isla de Santa Catalina sino por un canal tan angosto, que en un tiempo se pasaba de la una a la otra por un puente. Allí tenían los piratas un castillo, en donde encerraban a los prisioneros por los cuales podían exigir crecidos rescates, y un subterráneo en donde guardaban sus robados tesoros.

Como aquellas islas están rodeadas de escollos, no podían entrar en el único puerto que tiene la de la Providencia, sino llevando un piloto, por lo cual los corsarios se consideraban seguros en ella.

Al llegar delante de su capitán los invasores de Santa Marta, presentaron los tesoros que habían sacado de allí, y le avisaron que llevaban prisionero al obispo Piedrahita. Preguntando Morgan la manera como habían apresado al obispo, los que le habían maltratado se jactaron de ello, haciendo mofa de la santidad de aquel hombre.

—¡Silencio! —gritó Morgan de repente, interrumpiendo a los que hablaban; y añadió, dirigiéndose a sus edecanes—. Encerraré a estos hombres en los calabozos más seguros, e iréis a traer a mi casa al santo obispo.

Miráronse asombrados los corsarios, pero obedecieron a una y otra orden sin replicar. Morgan no era hombre que se compadeciese jamás, y no comprendían lo que aquello significaba.

—Reverendísimo e ilustre señor obispo —dijo el capitán corsario, saliendo a recibir al señor Piedrahita hasta la puerta del aposento—. Me veis aquí —añadió— avergonzado y confuso...

—¡Vos avergonzado y confuso! —exclamó el obispo con sorpresa, pues conocía, por haberlos oído referir repetidas veces, los crueles hechos de aquel pirata, y aguardaba algún nuevo insulto, cuando fue llamado a la presencia del capitán.

—Sí, señor; estoy lleno de pena por la conducta que con vos observaron mis oficiales y soldados en Santa Marta, es decir, con

respecto a vos; que los demás no merecían las mismas consideraciones.

Le hizo sentar en la mejor silla; después le mandó servir en platos de oro, que eran los que él usaba con gran boato, lo mejor que había en la isla; le cedió su propio aposento, y le dijo que apenas pudiera le devolvería a su diócesis de Santa Marta sin exigirle ningún rescate.

—Señor —dijo al fin el sorprendido obispo, que no creía lo que sus ojos veían y sus oídos oían—, ya que vuesamerced me hace estos favores...

—¡Justicia solo! —interrumpió diciendo el corsario y haciéndole una cortesía.

—Le suplico —siguió el obispo— que vuesamerced no me mande a Santa Marta.

—¿Y eso por qué?

—Yo estoy nombrado obispo de Panamá; pero mis feligreses me habían cobrado tanto e inmerecido cariño, que no me dejaban partir, y a mí, que también les amaba, me costaba mucho trabajo separarme de ellos. Puesto que aquello ya se ha verificado, no me hagáis pasar de nuevo por el dolor de despedirme de mis queridos samarios.

—Si os place, señor obispo, podéis decirme adonde os debo enviar.

—A Cartagena... Deseo ver al señor obispo Sanz Lozano,¹⁷ que me consagró; y como yo estoy ya muy anciano, quizá no le volveré a ver en este mundo.

—Se hará como mandéis —repuso el corsario, y le acompañó en seguida a un dormitorio que le habían preparado con toda clase de comodidades y regalos.

¹⁷ Después Arzobispo de Santafé de Bogotá.

—Quizá —dijo el capitán filibustero antes de separarse de su huésped—, quizá vuestra señoría no aguardaba que yo le recibiese con las consideraciones debidas; pero quiero deciros cuál ha sido el motivo...

—¿Luego había un motivo? —exclamó el obispo—. Yo creía que esta vuestra conducta era hija tan solo del buen corazón, y me decía para mí mismo: ¡cómo han calumniado a este capitán Morgan que habían pintado tan enemigo de los españoles, tan recio y tan duro con ellos! ¡Yo le he encontrado más suave que un guante de seda, más amable que una dama, más cortés que el caballero más galante de la cristiandad! No me digáis, capitán, que tenáis un motivo para tratarme como a vuestro amigo... Dejadme partir agradecido de vos, y hasta amándoos como a un hijo.

—Señor —dijo Morgan, hincando una rodilla en tierra—; bendecidme, sí, bendecidme, pues, aunque hoy me llaman hereje, no siempre lo he sido...

—¡Oh! sí; lo haré con toda el alma —exclamó el obispo bendiciendo al capitán, muy conmovido—, ¡no digáis que sois hereje todavía, puesto que podréis dejar de serlo cuando queráis!

—¡No, no; ya eso es imposible! Pero os diré el motivo que tenía. Mi madre era irlandesa católica, la cual, robada por un corsario llamado Mansfield, casó con mi padre, que era mitad corsario, mitad labriego y contrabandista del país de Gales, y que pertenecía a la religión reformada; y como la maltrataba cuando se decía católica, ella resolvió ocultar pero no olvidar su religión.

—¡Pobrecilla! —exclamó el obispo.

—Me hizo bautizar por un sacerdote católico, y cuando niño me enseñó a rezar las oraciones que sabía —continuó diciendo el pirata—; pero desde niño me mandó mi padre a servir a Mansfield, y olvidé cuanto me enseñó mi madre...

—¡Pero podrías recordarlo! —dijo el obispo—, nunca es tarde para volver al buen camino.

—Repito —contestó el corsario con impaciencia—: lo que pasó, pasó... y no hablemos más... El motivo que tenía, pues, para trataros como a amigo y vengar las afrentas que os hicieron, es el recuerdo de mi madre, de mi pobre madre, que murió de pesadumbre, ¡pesadumbres en gran parte causadas por mí!

Iba a salir, cuando le llamó el obispo.

—¿Qué afrentas —dijo— son las que vais a vengar?... Yo no recuerdo ninguna ya...

—¡Cómo! ¿Habéis olvidado a los que os ataron las manos y os atormentaron; a los que os golpearon y trajeron preso y contra vuestra voluntad hasta aquí?

—Sí, capitán, sí; todo lo he olvidado y les he perdonado desde el fondo del alma.

—¡Les habéis perdonado porque sois un santo! Pero yo, que no lo soy, les he de castigar.

—¡Perdonadles! ¡Perdonadles por Dios! ¡Por la memoria de vuestra madre! —exclamó el obispo, juntando las manos.

—En nombre de mi madre —repuso el otro— sí; en nombre de ella...

Y al decir esto se alejó a pasos precipitados.

—¿Les perdonará o no les perdonará? —exclamó en alta voz el obispo, midiendo con sus pasos el aposento.

Al cabo de un rato quiso salir a buscar a Morgan, pero encontró todas las puertas trancadas por fuera, y hubo de acostarse a descansar, que bien lo necesitaban sus debilitadas fuerzas.

III

No bien la luz del sol había empezado a arrojar sobre la tierra sus primeros albores, cuando Morgan entró en el aposento del obispo y le halló ya levantado y de rodillas delante de un crucifijo que

siempre llevaba consigo. Detúvose respetuosamente en el umbral de la puerta y aguardó a que él concluyese sus oraciones.

En breve se levantó don Lucas Fernández Piedrahita, y dio los buenos días a su huésped.

—Ved —le dijo este, extendiendo a su vista varios ornamentos de iglesia y un lujoso pontifical—, os hago estos pequeños obsequios, para que os acordéis de mí.

Acercase el obispo a los ricos regalos con alguna desconfianza.

—Pero —dijo— estos objetos no pueden ser vuestros, ¿en dónde los tomasteis?

—Los saqué de Panamá el año de sesenta y uno —contestó sonriendo el corsario— así, pues, yo no hago sino restituir al obispo lo que es suyo. Me lo adjudicaron en la repartición que se hizo del botín, y los tenía guardados hasta que se presentase ocasión de disponer de ellos.

El obispo suspiró y dio las gracias al corsario, el cual mandó que encerrasen los ornamentos en una caja que debían embarcar con el señor Piedrahita en un bajel, mandado preparar para enviarle a Cartagena.

Como es sabido, el obispo Piedrahita era un hombre sumamente instruido, estudioso, y había escrito ya la *Historia de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada* —aunque no se dio a la estampa sino en el mismo año en que murió—: su elocuencia era grande y su caridad proverbial. Entre tanto que se preparaba la embarcación que le debía llevar a Cartagena, se entretuvo conversando familiarmente con el capitán Morgan —que hablaba castellano muy bien— y en darle consejos que este recibía en silencio, pero que seguramente le aprovecharon, como veremos después.

Al fin, por la tarde del día siguiente avisaron a Morgan que el bajel preparado para el obispo estaba ya listo para darse a la vela. Salió el corsario a acompañar al obispo hasta el puerto; pero en el momento en que dejaban el castillo, el prelado levantó los ojos

hacia las almenas y quedose quieto, con los ojos espantados, fijos en cuatro cadáveres que tambaleaban, impelidos por el viento, pendientes de unos maderos.

—¡Jesús! —exclamó el buen obispo—: ¿qué veo allí?

—Son los cuerpos de los que os afrentaron en Santa Marta —contestó fríamente Morgan—. Anoche les hice ahorcar en castigo.

—¿No os había rogado que les perdonaseis?

—Sí, pero ya estaban condenados a muerte.

Hincose el obispo de rodillas en el suelo, y con los ojos arrasados en lágrimas y vueltos hacia los cadáveres, oró gran rato por aquellos desdichados. Levantose en seguida, y dirigiéndose al corsario dijo:

—¡Oh! me habéis hecho sufrir mucho, y no me consolaré sino cuando sepa que habéis abandonado esta carrera de crímenes. ¡Ojalá que aquellas muertes fueran las últimas que hubieseis hecho!

Cuando hubo partido el bajel que llevaba al obispo a Cartagena, Morgan se estuvo paseando solo y callado sobre la muralla de la fortaleza, hasta que la noche cubrió de oscuridad el mar y perdió de vista las velas del barco en que iba el señor Piedrahita.

El santo obispo fue recibido en Cartagena con grandes regocijos, y de allí pasó a Panamá, en donde se ocupó de tratar de borrar las huellas que habían dejado los piratas dos años antes, y en fabricar las iglesias y monasterios en la nueva ciudad, edificada en sitio mejor después de la invasión.

Dos años después de haber llegado a Panamá el obispo, recibió una carta de Morgan —no supo jamás enviada por qué conducto— en la cual le decía:

«Ilustrísimo señor: —Esta es para avisar a su señoría que, después de haber reflexionado maduramente en las palabras que me dijisteis antes de vuestra partida, resolví abandonar para siempre la carrera militar. Empecé por persuadir a mis compañeros que no convenía

que atacásemos a Portobelo, y después, temiendo que no me permitiesen dejarles, huí una noche con algunos de mis más adictos y pasé a Jamaica, en donde me he radicado, al amparo del gobernador de la Isla, después de casarme con una de sus hijas. Acabo de recibir el nombramiento de Comisario del Almirantazgo en Jamaica, y el título de Caballero que me envía su majestad el rey de Inglaterra Carlos II. Como esta posición la debo a vuestros buenos consejos, me apresuro a daros parte de ello, y a enviaros la expresión de mi agradecimiento.

JUAN HENRIQUE MORGAN».

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el obispo— dando señales de una grande alegría; a lo menos se logró sacar esta alma del camino de una irremediable perdición. ¿Habrá esperanzas de salvarla? ¡Solo Dios podrá saberlo en su misericordia infinita!

Notas explicativas

- (i) Nace en España en 1460. Acompaña a Colón en uno de los primeros viajes y a Juan de la Cosa. En 1525, fue cabeza de la llegada española a la bahía de Cartagena, aunque le imprime el nombre de Golfo de Barú en 1501. Ejerció funciones notariales en Sevilla. Se encarga de la fundación española de Santa Marta en 1525. Luego de continuar sus conquistas por Venezuela y Panamá, fallece en Cuba (DPHC, 2001).
- (ii) Juan de Collantes, militar español que fallece en América, fue alcalde y procurador. Se traslada en 1520 a América, donde se reconoce la toma a Santa Marta. Acompaña a Pizarro y Benalcázar a Perú y Quito, respectivamente (EUIEA, tomo 14, 1955).
- (iii) Nace en 1476 y fallece en 1541. Conquistador español, hijo de Gonzalo Pizarro. En 1502 es encomendado por Ovando para la exploración en el Caribe colombiano, además de varias empresas con el sacerdote Hernando Luque y Diego de Almagro. En 1524 asiste a la expedición y posterior conquista de los incas en Perú:

[...] En 1535 fundó la Ciudad de los Reyes, que pronto se llamó Lima, y Trujillo, con lo que inició la colonización de los nuevos territorios. [se enemistó con Almagro] [...] Los almagristas fueron agrupándose alrededor del Almagro el Mozo y el 26 de junio de 1541, bajo el mando de Juan de Rada, entraron en la casa de Francisco Pizarro y lo asesinaron. (ESD, 1982, pp. 2653-2654)
- (iv) Nace en España en 1480 y fallece en Cartagena en 1551. Es encargado de la fundación española de varias ciudades entre 1536 y 1543 como Cali, Popayán y Santander de Quilichao, en Colombia, así como Quito y Guayaquil en el actual Ecuador: «[...] se enfrentó contra Jiménez de Quesada por el territorio

de la sabana de Bogotá. Condenado a muerte por la ejecución a garrote vil de Jorge Robledo [conquistador en Medellín, Antioquia], fue absuelto por el Consejo de Indias. Enfermó en el río Magdalena camino a Cartagena, donde finalmente murió» (DC, 2005, p. 106).

- (v) La narración parece aludir al escritor y prelado Lucas Fernández de Piedrahíta, considerando que fue obispo de Santa Marta y teniendo en cuenta las especificaciones que Soledad Acosta de Samper enuncia en esta obra. Nace en Bogotá en 1624. Se educa como jesuita en el colegio de San Bartolomé, aunque se gradúa de médico previo a tomar la carrera eclesial, donde ejerce como racionero, canónigo y tesorero (EUIEA, tomo 23, 1955). Aunque se reconocen piezas literarias (poesía y dramaturgia), su obra emblemática es *Historia general del Nuevo Reino de Granada* escrita en 1676 y que puede ponderarse, sin temor a duda, como la primera obra historiográfica con una premisa del canon nacional. Fue publicada el mismo año del fallecimiento de su autor en Amberes. Resalta los pormenores de la fundación de varias ciudades como Cartagena, como fase del expansionismo español en América, además de la conquista y la colonia.

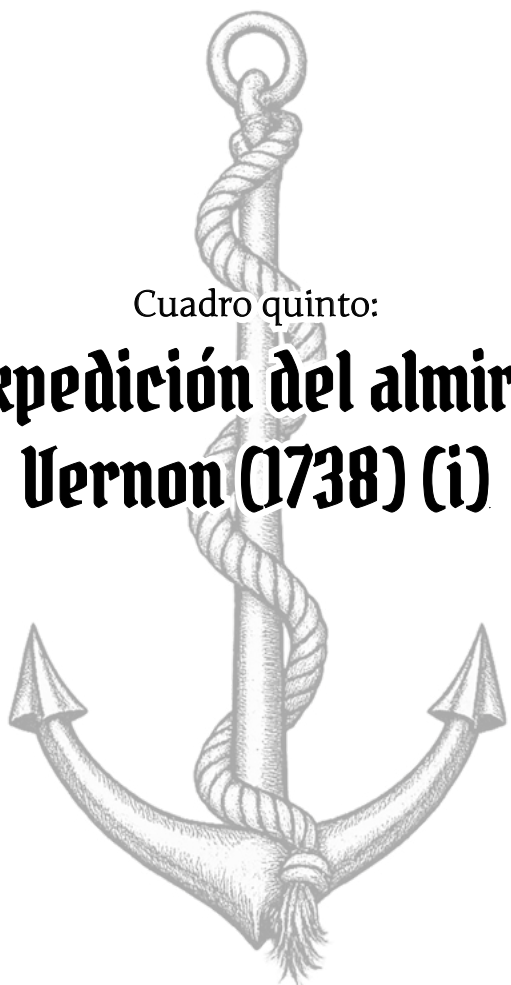
La relación con Santa Marta, además de la suscrita en la obra de Acosta de Samper, no es la más prolífica en términos académicos, según juzga Ramos (1967), quien sostiene que el rol del clérigo en dicha ciudad, junto con Panamá, es primariamente apostólica y, según López (1964), es una forma de resarcir el juicio que sobre él se había levantado en Madrid, arribando a aquella sede en 1669 donde estuvo 7 años. La escena con el pirata Morgan, que se retrata en esta obra, es confirmada por el mismo López (1964), en extensión al historiador capitalino José Manuel Groot:

Los depredadores materiales fueron esta vez, el francés Coz y el inglés Duncan. Sorprendidos los habitantes —relata don José Manuel Groot— huyeron a los montes; los asaltantes se apoderaron de todo. Al obispo lo llevaron a la catedral para que entregara los vasos sagrados, y como se negara a ello destrozaron las puertas del templo y las del sagrario; regaron por el suelo las especies eucarísticas y golpearon brutalmente al prelado que se arrodilló a recogerlas. Luego lo sometieron a tortura para obligarle a entregar supuestas riquezas. Como nada obtuvieron, porque nada tenía quien todo lo daba a los pobres aún a trueque de andar vestido casi de andrajos, cargaron con el cautivo para el cuartel de Morgan. Por una de esas providenciales rarezas con que la realidad suele superar a la fantasía, Morgan se sintió “buen ladrón”, pues conmovido y asombrado con la presencia y el espíritu del santo varón, mandó ahorcar a los atropellantes y verdugos; y sabedor de que estaba destinado al obispado de Panamá le obsequió ricos y bellos ornamentos sagrados, robados —naturalmente— en el mismo Panamá, años antes. Coronando la gallardía, Morgan proporcionó al prelado un barco bien provisto y cómodo que lo condujera a Cartagena. (López, 1964, p. 1799)

- (vi) La conocida como *Ciudad Jardín* es un municipio del departamento de Cundinamarca, a 60 km al sur de Bogotá:
 [...] poblado habitado por los sutagos; fue dado en encomienda en 1560 a Gonzalo García de Zorro; fue fundado como pueblo de indios en 1592 y como población de blancos en 1776; erigido parroquia en 1786; en 1895 fue capital de la provincia de Sumapaz; su nombre en lengua de los indígenas sutagos significa pueblo al pie de los montes. (DC, 2005, p. 404)
- (vii) Su nombre se remonta al chibcha que significa ‘patrón’. Este municipio boyacense, ubicado a 40 km de la capital Tunja, tiene herencia prehispánica, específicamente los indígenas paipas. La fundación española se da en 1602. En su territorio, particularmente el Pantano de Vargas, se forja la emblemática

Batalla de Boyacá entre los criollos y el ejército real en 1819 (DC, 2005).

- (viii) Esta isla forma parte del archipiélago caribeño San Andrés, aunque forma parte del departamento de Bolívar hasta 1866. Su primera denominación fue 'Abacoa', caracterizado por ser guarida de piratas, contrabandistas y bucaneros. Es municipio desde 1952 (DC, 2005).



Cuadro quinto:

**la expedición del almirante
Vernon (1738) (i)**

Capítulo I: la oreja del capitán Jenkins (ii)

¿Es decir que no corremos ningún riesgo?

—Así lo creo.

—Pero, aunque los guarda costas sean vigilantes y activos, nuestro bajel es pequeño, y si se encontrara con barcos contrabandistas pereceríamos antes de que acudiese socorro.

—No necesitamos socorro; nuestro capitán es un león, y repetidas veces se ha batido con fuerzas triples... Por otra parte, nosotros no seremos los agredidos; a los ingleses no les conviene atacar; necesitan que les consideren inocentes para continuar su tráfico ilícito.

El anterior diálogo se sostenía sobre la cubierta de un buque de guerra español, entre el segundo de *La Isabel* —que así se llamaba el barco— y un empleado peninsular que se dirigía con su hija única —niña de quince años— a la ciudad de Portobelo, para donde le habían concedido un empleo.

—Pero —dijo el chapetón— no siempre las costas de Indias han sido guardadas por esta policía de mar: he oído decir que en otros tiempos los piratas y corsarios hacían difícilísimo el viaje de España a Indias.

—Efectivamente. Hace apenas quince años que su serenísima majestad don Felipe V —y al decir esto se descubrió— tuvo a bien escuchar las reiteradas quejas del comercio de la feria de Portobelo y de Andalucía, y mandó armar los primeros guardacostas a cargo del conde Clavijo,¹⁸ los cuales, costeados por el comercio de Tierra Firme, son vigilados por los comandantes generales de la provincia de Cartagena.

¹⁸ Este caballero murió en Cartagena el 9 de junio de 1741, después de prestar servicios importantes en aquella provincia.

—Los ingleses se quejan mucho de la vigilancia de los españoles en las colonias —dijo el empleado de Portobelo —que se llamaba don José de Leyva— y dicen que son partidarios de la libertad de navegación.

—¡Pero en país ajeno y no en el propio! —exclamó el teniente Loyzaga—. Cuando algún bajel de los nuestros llega a Jamaica, por ejemplo, sea en busca de víveres, de agua o por otro accidente, envían a su bordo algún oficial inglés con guardia, el cual permanece vigilando, y no se permite vender allí la menor cantidad de tabaco, ni conservas, ni velas de sebo, que es lo que suelen llevar para traficar con ello nuestros buques mercantes.¹⁹ ¡Así ya ve usted cómo entienden estos ingleses la libertad de navegación!

—¿Y hacen mucho contrabando, a pesar de los guardacostas?

—¡Muchísimo! Como tienen casas de comercio en Portobelo, Cartagena, el Perú y Buenos Aires, a su sombra introducen enormes cantidades de mercancías, en cambio de palo de Campeche, añil, cacao, plata y oro en barras, perlas y otras joyas... La prueba de esto se la daré a usted. En los pasados siglos los extranjeros iban a comerciar con Sevilla, en donde se les vendían aquellas mercancías por una suma que no bajaba de doce millones de pesos anuales, mientras que hoy no pasa de cien mil pesos lo que los extranjeros compran en Andalucía.

—¡Y esto con guardacostas y tanta vigilancia! ¿Cómo sería si no hubiese esta policía? —repuso el otro.

—A pesar de todo, nuestro comercio está perdido, y cada día se encarecen más los efectos que se sacan de España y se abaratan los ingleses.

—¡Vea usted! y se quejan estos, y viven amenazándonos con la ira de su gobierno, porque tratamos de defendernos.

¹⁹ *Aviso Histórico* de don Dionisio Alcedo Herrera.

En aquel momento se vio en el horizonte la vela de un buque mercante, el cual al principio intentó huir; pero notando que el español —que había izado su bandera— era más velero que él, echó al viento sus colores, que resultaron ser los de Inglaterra, y aguardó la llegada del buque de guerra.

Una hora después se avistaban los dos bajeles. El inglés iba al mando de un capitán Jenkins, escocés, con permiso del Gobierno español para llevar cierto número de cargas de mercancías a una casa de comercio de Cartagena.

Sin embargo, aun cuando sus papeles estaban en regla y con todos los requisitos del caso, el capitán español fue personalmente a examinar las bodegas del buque mercante; encontrolas como debían estar, y los bultos no pasaban del número que había apuntado en sus papeles.

El escocés, en tanto, se manifestaba furioso con el español, y trataba de hacerle cuantos desaires podía en su buque. Esto hizo entrar en sospechas al capitán: le preguntó que si juraba bajo su palabra de honor que no llevaba entre aquellas ningunas mercancías de contrabando.

—¿No ha registrado usted mi buque como se le ha antojado? —preguntó el otro con insolencia.

—Eso no es lo que le pregunto —contestó el capitán español—. Y entienda usted que yo tengo orden de su majestad para examinar todos los buques mercantes que encuentre a mi paso. Repito a usted: ¿lleva usted mercancías de contrabando?

—Puede usted cortarme las orejas si encuentra algo más de lo que tengo apuntado —repuso el escocés.

El español notó que los oficiales del buque extranjero se miraron sonriendo. Aquello despertó aún más sus sospechas, y pidió de nuevo las llaves de las bodegas y bajó a ellas con varios de los suyos, midió su concavidad y vio que efectivamente parecían del tamaño que debían tener. Iban en pos de los españoles el capitán

Jenkins y algunos de sus oficiales, murmurando por lo bajo y hablando entre sí, con mal reprimida ira.

Salía el capitán de la bodega, cuando se enredó en una tabla mal clavada y fue a dar al suelo con estrépito, zafándose otra con el golpe. Los ingleses fingieron que se les habían apagado las antorchas que llevaban en las manos; pero el teniente Loyzaga, que acompañaba a su capitán, pudo resguardar la luz que llevaba en la mano, y al resplandor de esta vio brillar alguna cosa debajo de la tabla que se había zafado y que Jenkins procuraba volver a ajustar.

—¡Aguarde usted! —exclamó Loyzaga, poniéndole la mano sobre el hombro.

—¿Por qué? —preguntó el escocés.

—¡Capitán! —exclamó el teniente—, debajo de este entablado hay mercancías.

—¡Miente usted, insolente! —gritó el capitán Jenkins, poniendo el pie sobre la zafada tabla— ¡No permito que nadie me desbarate mi buque!

Esto lo dijo porque Loyzaga y otros dos españoles empezaban a arrancar precipitadamente las tablas, descubriendo una tendada de pequeños líos envueltos en papeles.

Los ingleses trataron de impedirlo: los unos sacaron puñal, los otros pistolas; se apagaron las luces y se empeñó en la oscuridad un reñido combate, acompañado de exclamaciones profanas y juramentos. Entre tanto el capitán de *La Isabel*, que iba siempre prevenido para casos como aquel, gritó a sus compañeros:

—Subid por la escalera de escotilla y dejad encerrados a los contrabandistas.

Al decir esto se dirigió él mismo adonde decía y por donde entraba la luz; allí dio un prolongado silbido, que era la señal para que acudiesen a su defensa los treinta soldados armados que había llevado consigo y dejado sobre cubierta.

Unos y otros combatientes se calmaron al ver bajar por la escalera a los soldados armados y con antorchas encendidas. Felizmente las heridas que se habían hecho unos y otros con los puñales fueron insignificantes, en tanto que las balas de las pistolas se habían hundido en el enmaderado, en donde quedaron empatadas.

Apresados el capitán Jenkins y sus oficiales, y llevados a las bodegas del bajel español, se acudió a registrar el oculto cargamento que llevaba el escocés. Componíase de una gran cantidad de hilo de oro y plata —que se consumía muchísimo entonces en las colonias para bordar ornamentos de iglesia, y valía a cinco pesos la onza—, lo cual podía fácilmente ocultarse entre tabla y tabla de la bodega. Uno de aquellos paquetes se había roto con la presión, y por ese motivo lo pudo ver el teniente Loyzaga. A más de esto, el buque llevaba entre el lastre una porción de planchas de estaño y plomo²⁰, que pensaban vender a alto precio en Cartagena.

El capitán de *La Isabel* ordenó que amontonasen sobre la cubierta del buque de Jenkins todo el rico cargamento de contrabando, y en presencia de sus dueños, de los soldados y de toda la tripulación de ambos barcos, lo mandó arrojar al mar.

—¡Qué lástima del hilo de oro! —exclamó una dulce voz femenina detrás del furioso capitán Jenkins.

La que hablaba era Albertina de Leyva, la hija del empleado de Portobelo a quien antes oímos conversar con el teniente Loyzaga.

—¡Cuántos mantos para la virgen santísima se podrían bordar con esos hilos, en lugar de que ahora ni los pescados se aprovecharán de ellos! —añadió la niña.

²⁰ «Esto evade mucho consumo en Cartagena para la manufactura de los tejares y fábrica de la loza vidriada, de que se abastecen los pueblos inmediatos e islas de Barlovento».

—El escocés no pudo menos que mirar a la niña y parecerle bellísima.

Era morenita y pálida: tenía un par de ojos que brillaban como el lucero vespertino, bajo unas pestañas crespas como su melena negra y sedosa; sus labios rojos se abrían como una fruta madura para dejar ver dos sartaes de perlas finas que llevaba a manera de dientes.

Sin embargo, el capitán del buque inglés apartó en breve la mirada de la bella y fresca española para fijarla en los restos de su ahogado cargamento, parte del cual nadaba sobre el lomo de las olas, dejando un largo rastro detrás del barco.

—¡Malditos españoles! gritó lleno de ira, levantando los puños cerrados al cielo con impotente rabia. ¡He ahí perdido el trabajo de toda mi vida! ¡En esas mercancías había empleado yo todo lo ganado en diez años de esfuerzos asiduos!

—¡Pobre hombre! —dijo Albertina, hablando con una de sus criadas—. ¡Me da compasión verle tan afligido!

—Vea sumerced —repuso esta— cómo el hereje tiene orejas tan grandes, gruesas y coloradas como tomates sevillanos.

Sonriose ligeramente la niña al notar que la comparación era justa. El capitán vio la sonrisa, y en parte comprendió el motivo: en su ciega cólera dio un paso adelante con la mano levantada, y quiso castigar a las dos mujeres, que creyó se mofaban de él y de su desgracia. Pero encontró que alguien le agarraba fuertemente del brazo por detrás, y que el teniente Loyzaga le decía:

—¡Detente, villano, mal caballero! ¿Cómo te atreves a levantar la mano contra una dama?

El capitán de *La Isabel*, que había presenciado aquella escena, se adelantó entonces, y dijo a Jenkins con acento de burla:

—Ha olvidado usted, capitán, una cosa, que aún me falta cobrarle...

—¿Qué más quiere usted robarme?

—¿No juró usted por sus orejas que no tenía en su barco mercancías de contrabando?

El escocés no contestó; pero una ola de sangre subió por su faz ya rubicunda, y se fijó en su gruesa nariz y en sus largas orejas.

—Pues —continuó el español— si usted olvidó ese juramento, sin duda por los muchos que ha hecho en vano, a mí no me ha sucedido lo mismo, y pienso obligarle a que no vuelva jamás a olvidar nuestro encuentro en estos mares.

El escocés continuó callado; pero a medida que el otro hablaba, había ido perdiendo su color arrebolada, como si ya comprendiera lo que le iba a suceder.

—Que me llamen al barbero del barco —dijo el capitán— de *La Isabel*.

Y cuando este estuvo presente, añadió:

—Amuela una navaja de barba de manera que puedas afeitar al señor capitán, sin que aquello le cause desagrado.

En tanto que el barbero negro iba a cumplir con la orden, Jenkins, que empezó a creer que aquello se convertiría en una farsa y nada más, dijo dirigiéndose al capitán en castellano, lengua que sabía muy bien:

—Gracias, capitán, no necesito afeitarme; es usted muy atento, pero...

—No se le va a afeitar como usted piensa —contestó el español—. Pierda cuidado; no tengo empeño en quitar a usted esa hermosa barba que tanto le embellece.

Aquel chiste fue acogido con una carcajada general: el escocés poseía una barbilla rala, desigual y roja, la cual, junto con sus monumentales orejas, era lo más feo que tenía.

El pobre capitán escocés, que se veía como ratón en trampa y sin poderse defender, sudaba y se limpiaba la frente con un pañuelo, hasta que volvió el barbero a presentarse.

—Ahora —dijo el capitán, haciendo una seña a dos marineros— aten las manos y los pies del señor Jenkins.

Hecho esto con suma destreza y prontitud, continuó hablando así:

—A pesar de que el señor capitán juró por sus dos orejas que no tenía mercancías de contrabando en su barco, siendo falso el juramento, y teniendo derecho de quedarme con ambas orejas, le haré el don de una de ellas, que quedará en su puesto; pero como he pensado en enviar la otra a su muy amado rey, don Jorge II (iii), el barbero se la cortará, y metiéndola en ese cajoncillo, no dudo que el señor capitán mismo nos hará el favor de llevarla cuidadosamente a Inglaterra, y decir a su real amo que si se presentara la ocasión, haríamos lo mismo con él.²¹

Como no pudiese defenderse de otro modo el mísero contrabandista, empezó a proferir los insultos más espantosos contra el rey de España y contra toda la nación española. Viendo aquello el capitán de *La Isabel*, le mandó poner una mordaza, y así atado, maniatado y con mordaza, sin acertar a moverse, el barbero le cortó una oreja, la metió en un frasco con alcohol, y este en un cajoncillo bien cuñado, que llevaron junto con su capitán al barco del escocés, y allí le dejaron en manos de sus compañeros. Mientras que estos proferían mil insultos y amenazas de venganza en inglés y castellano, reíanse a carcajadas en el bajel español, el cual se alejaba poco a poco del lado de su enemigo, hasta que se perdieron de vista, divididos por las olas del mar.

Poco se figuraron unos y otros las consecuencias que la cortada de la oreja de Jenkins iba a tener en la política del mundo, como adelante veremos.

²¹ Véase la continuación de la Historia de Inglaterra, por Hume-III Vol., p. 20-Nota.-*Historia de Inglaterra* por White, p. 697 etc. etc.

Capítulo II: la declaración de guerra (1739)

Reinaba en Inglaterra Jorge II, el segundo también de la familia de Hanover, que fue soberano de la Gran Bretaña. Nada querido por su padre, el primer Jorge, que le conocía como a un mal hombre, fue a su vez mal padre: tenía un carácter tan frío, que decía su ministro Walpole (iv) de él que: «hablar al rey de compasión, de consideración por servicios prestados, de caridad, de generosidad, era como si se le hablase en un idioma desconocido para él». No sabía qué era benevolencia, y jamás hizo ningún bien por su gusto, sino forzado. Nunca tuvo lástima de nadie, ni protegió a nadie, sino cuando era preciso para fines políticos. La reina, Carolina de Brandenburgo (v), tenía grande influencia sobre el espíritu del rey. Ella había rehusado la mano del rey de España, por no hacerse católica, y prefirió la de Jorge II de Inglaterra, de quien fue una verdadera mártir, y fingía ser humilde esclava con tal de ganar influencia y contentar su ambición de mando, que era ilimitada en ella, aunque la ocultaba. Este par de soberanos eran padres de un hijo digno en todo de su estirpe. Aquel príncipe de Gales, que no reinó nunca, porque murió antes que su padre, era, dice el historiador Hervey (vi), falso, débil, avariento en cuanto se trataba de algo bueno, y gastador en todo lo malo; al mismo tiempo se mostraba despilfarrado y codicioso; generoso con lo ajeno y nada liberal con lo propio, era apretado sin ser económico; nadie que le conocía le apreciaba ni le quería. Mentía descaradamente cuando pretendía ser franco, y decía verdades atroces y desvergonzadas cuando quería manifestarse familiar. No comprendía la justicia, ni la integridad, ni la sinceridad, ni era constante en sus afectos, ni tenía dignidad en sus costumbres, y aun carecía de sentido común en sus conversaciones. El rey le aborrecía tanto, que por un motivo baladí le desterró de la corte y no le permitió siquiera ver a su madre en el lecho de muerte.

Mientras que los miembros de la familia real se ocupaban en sus negocios particulares y en viajes a Hanover, gobernaba el reino su primer ministro, Roberto Walpole, el cual profesaba este principio corruptor: *todo hombre tiene su tarifa*; y por ese medio gobernaba el país. Sin embargo, era un hombre que conocía su época y los hombres de su tiempo; era prudente, afable, y cuidó siempre de la honra de su país dentro y fuera de él.

Sucede en muchas monarquías que el presunto heredero de la corona generalmente se opone al gobierno del soberano reinante. Como Walpole era el jefe del partido *whig*, el príncipe de Gales era el jefe de los *tories* (vii), y sus partidarios tenían animados debates en las cámaras.

Es cosa sabida que el comercio inglés era muy diferente entonces de lo que es actualmente: no era nunca franco y honorable, sino que buscaba la ganancia por veredas que hoy día se considerarían deshonorosas, y no tenían empacho los negociantes en hacer el contrabando en las colonias españolas, con el pretexto de que abogaban en favor de la libertad del comercio. La vigilancia de la marina española y la de los guardacostas impedía en mucho los malos manejos de los comerciantes ingleses. Estos se quejaban amargamente y elevaban sin cesar memoriales a su gobierno en los que pedían lo que ellos llamaban justicia. Sin embargo de que el parlamento atendía con gusto a los reiterados lamentos de los comerciantes, el ministro Walpole, que conocía a fondo la cuestión, no hacía caso de las injustas quejas del comercio inglés, y entorpecía adrede aquellas cuestiones cuando llegaban a manos del gobierno. Por otra parte, veía que no convenía a Inglaterra interrumpir la paz europea: temía que las dos familias de la estirpe de Borbón (viii) que ocupaban los tronos de España y de Francia, se uniesen contra la Gran Bretaña, y no estaba preparado para hacer frente a fuerzas tan formidables. La política de Walpole era protegida por la reina Carolina; pero a la muerte de esta el

ministro perdió su influencia en el espíritu del rey, a pesar del estado floreciente en que estaba Inglaterra, merced a una paz de doce años, que difícilmente Walpole había logrado guardar con sus vecinos.

El parlamento, secretamente pagado por Walpole para que le conservase en el poder, se hizo tan exigente, que al fin no pudo él contenerle, y vio que no solamente perdía terreno en el favor del rey y en el del parlamento, sino que cada día se hacía más impopular entre el pueblo inglés, azuzado por los comerciantes que pretendían hacerse ricos en las colonias españolas y deseaban que se declarase la guerra a España, con el objeto de apoderarse por entero de las codiciadas riquezas americanas.

Llegó a tal grado la efervescencia en Inglaterra contra España, que Walpole hubo de prometer que se pediría cuenta a Felipe V de los sufrimientos de los comerciantes ingleses en las colonias españolas. Después de algunos meses en que el Gobierno inglés hizo lo posible para entretener la opinión pública con otros asuntos, Jorge II, al fin anunció, al abrir las sesiones del parlamento en febrero de 1738, que se había celebrado una convención entre el rey de España y su gobierno, por la cual Felipe V se había comprometido a pagar cierta indemnización,²² por las pérdidas sufridas en el mar por el comercio inglés durante cierto tiempo en que había tenido que suspender sus negocios con las colonias americanas. Aquella era una concesión inmensa que hacía España, y sin embargo los ingleses no se contentaron con ella: pretendían que los comerciantes ingleses traficasen en las colonias sin examen ni pesquisa alguna, de manera que pudiesen circular los buques mercantes de Inglaterra de puerto a puerto, especulando a su gusto y sin pagar nada al Gobierno español.

Un grito inmenso de disgusto se levantó en Inglaterra contra el ministerio que había ratificado el convenio firmado en el palacio

²² 95.000 libras esterlinas.

de El Pardo, y los jefes de los partidarios de la guerra con España recorrieron ciudades y aldeas, enardeciendo el odio contra los que así olvidaban los deseos y la voluntad del pueblo inglés y en bien de su comercio.

Los partidarios de la guerra con España, y los enemigos de ella, habían reunido todas sus fuerzas para luchar, unos en favor, otros en contra del convenio de El Pardo, en una sesión de la Cámara de los Comunes que debía tener lugar el 8 de marzo de 1739.

Walpole pidió que se ratificase el convenio con España, hablando en su favor varios miembros distinguidos del parlamento, en tanto que el príncipe de Gales y sus partidarios y paniaguados azuzaban a los miembros de la oposición para que hablasen en contra del tratado.

Los miembros de uno y otro partido se acaloraban cada momento más en la cuestión, hasta que uno de los más adictos partidarios del príncipe de Gales anunció que podía presentar a la vista de los miembros de la Cámara una de las muchas víctimas de la barbarie española: un honrado capitán de un buque mercante inglés, que había sido mutilado por un guardacostas español.

—¡Que se presente! —gritaron los ya aleccionados enemigos de España, que sabían su papel.

Inmediatamente hicieron entrar y situarse delante de una mesa a nuestro antiguo conocido el capitán Jenkins, el cual, al quitarse el sombrero, puso de manifiesto que le faltaba una oreja.

—Decid —le dijeron— quién os mutiló así, y por qué motivo.

Refirió entonces, con aire cándido y modesto, que yendo tranquilamente por el mar de las Antillas había sido atacado, registrado su buque, sin motivo ninguno, por un guardacostas español; y añadió que, como los españoles no encontrasen en su barco ninguna mercancía de contrabando, le habían maltratado

cruelmente, amenazando matarle, y por último cortándole una oreja...

Aquella relación causó la sensación deseada por los enemigos de España; un rumor de indignación corrió por todo el salón.

—¡He aquí mi oreja! —exclamó la víctima— y aquellos crueles papistas —añadió— al devolvérmela entre esta caja me notificaron que me presentase a mi rey y le dijese que así tratarían a su real persona si se ofreciera la ocasión.

Y al decir esto levantó la oreja en alto para que la viesen todos los circunstantes.

La indignación subió de punto; los gritos de odio a España, de amor a Jorge II, de afecto a la familia real, se hicieron generales, y los mismos que habían estado en contra de la guerra con España tuvieron que manifestarse también indignados para no pasar por desleales.

—¿Y qué pensasteis, capitán, en el momento en que aquellos bárbaros cometían esa crueldad? —preguntó un miembro del parlamento en un momento en que se calmó un tanto la tempestad.

—Levanté mi alma a Dios —contestó el hipócrita escocés— para pedirle misericordia, y juré pedir venganza a mi patria.²³

Aquello llenó la medida: inmediatamente se pasó a tratar seriamente de la declaratoria de la guerra. Los discursos, las proposiciones patrióticas y agresivas a España menudearon; los que habían apoyado hasta entonces al ministerio y sus actos, viendo por dónde soplabla el aura popular, como el duque de Argyle y otros, se volvieron contra Walpole y denunciaron sus actos como obra de persona traidora a su patria, destructora de la dignidad británica, y otros improprios por este tenor. El ministerio fue defendido con calor por los pocos que le fueron fieles; pero la mayoría resultó siempre contra el convenio de El Pardo. Entre los

²³ Véase *Historia de Inglaterra* por T. Smollett.-White, *History of England* etc.

que votaron contra el convenio hallábase la firma del príncipe de Gales, de seis duques, cuarenta y dos condes y la mayor parte de la alta nobleza de la Gran Bretaña, coaligada con los comerciantes.

Jenkins fue aclamado como héroe en las calles de Londres; le dieron una alta colocación en la marina de la compañía de las Indias Orientales, y en breve se hizo rico y renombrado.

Una fuerte escuadra se mandó preparar en Spithead; pero, a pesar de todos estos preparativos, no se declaró la guerra a España de una manera franca y decisiva, y el ministro de Inglaterra en Madrid aseguró a la corte española que aunque el rey de la Gran Bretaña estaba muy indignado con la conducta de los servidores españoles en América, no interrumpiría todavía la paz que reinaba entre las dos cortes, y aguardaba que su majestad católica diera las satisfacciones que se le pedían.

Felipe V contestó con dignidad que quien pedía satisfacciones era él y que, si no se las daban muy amplias, confiaba en Dios y en sus armas para sostener la justicia que defendía.

Inglaterra había enviado al mar de las Antillas una escuadra a órdenes del almirante Hosier para que vigilase los buques mercantes ingleses y les hiciese justicia en todo caso; es decir, que sacase con bien a los suyos, aun atacando a los españoles. Quejose repetidas veces el Gobierno español de aquel abuso; pero el inglés contestaba con recriminaciones casi insultantes, que provocaban a guerra sin declararla a las claras.

A pesar de la efervescencia que cundía en Inglaterra, y de los preparativos que se hacían para armar escuadras y preparar ejércitos, España, con su natural inercia, no supo ponerse a la defensiva como debiera, y fue dejando tomar cuerpo al enemigo sin adoptar medidas en las colonias para defenderlas de las llamadas represalias, que habían declarado lícitas los ingleses.

Ya los ingleses se habían apoderado de buques españoles en alta mar, haciendo uso de lo que llevaban, como presa de guerra,

cuando el 23 de octubre de 1739, Jorge II, apremiado vivamente por la nobleza, el comercio y la nación entera, declaró formalmente la guerra a España.

Pero antes de que se declarase turbada la paz, ni pudiesen tener noticias en América de lo que sucedía en Europa, ya el Gobierno inglés había despachado una escuadra a órdenes del almirante Vernon, con el encargo de que asaltase las ciudades de Portobelo y Chagres. Veamos quién era este almirante.

Eduardo Vernon se había distinguido desde muy joven en la marina inglesa, de manera que a los veinticuatro años era contralmirante, y después, como miembro del parlamento, se había hecho notar por su palabra agresiva y audaz y por la enemistad que manifestaba al ministro Walpole.

Durante los debates contra el convenio de El Pardo, Vernon, cada vez más violento contra España, había dicho varias veces que él se consideraba capaz de apoderarse de las fortalezas de Portobelo con una reducida escuadra. Como Walpole no podía sufrir la jactancia y las palabras insultantes de aquel marino, a quien encontraba en su camino por todas partes, le hizo preguntas en son de mofa, y como para probarle sobre si se consideraba capaz de tomar a Portobelo con seis buques de guerra, que era lo único que le podía ofrecer por entonces.

—Si me los entregan y los ponen a mi disposición —contestó el marino—, respondo del buen éxito de la empresa.

Walpole le mandó dar los seis buques de guerra y la orden para que se hiciese a la vela inmediatamente. Muchos consideraron que el ministro había confiado a Vernon una empresa tan arriesgada, no para que la llevase a cabo con felicidad, sino con el objeto de que se diese una deslucida por lo menos, o quizá para perderle por completo.

Los comerciantes ingleses levantaron hasta las nubes el valor y la audacia de Vernon; su popularidad no tuvo límites. Dirigiéronle

cartas laudatorias, manifestaciones entusiastas de estimación y le llamaron un segundo Drake²⁴ y el futuro salvador de la dignidad del comercio inglés.

Con tan felices auspicios, lleno de entusiasmo y de deseo ardiente de acabar de ganarse la popularidad de que gozaba ya, el almirante Vernon se hizo a la vela con su escuadra, en dirección a Portobelo, antes de la declaratoria de guerra, puesto que llegó a este lugar el 21 de noviembre de aquel año.²⁵

Capítulo III: el ataque a Portobelo (ix)

La insalubre ciudad de Portobelo, fundada en una de las bahías más hermosas del mundo, circundada de una exuberante vegetación tropical —sita en el istmo de Panamá por el lado del mar de las Antillas— se hallaba el 21 de noviembre del año de 1739 dormida y aletargada bajo los quemantes rayos del sol de mediodía. Las aguas de la bahía parecían un inmenso lago, dentro del cual se miraban el cielo azul y los tupidos árboles del contorno. Ni una sola hoja se movía, ni un ser viviente ni insecto alguno hacían ruido; el calor era tan fuerte que se aguardaba casi ver salir las llamas de los objetos que se miraban; es decir, si alguien hubiese abierto los ojos a medio día en aquel lugar en una hora tan bochornosa. Hasta los tiburones dentro del agua y las piedras en la orilla del mar parecían tomar la siesta y dormir el sueño de la muerte, producido por la sofocación.

Portobelo era entonces una ciudad considerable, a la cual acudían en épocas de feria los comerciantes más ricos del mundo entero. Poseía dos espaciosas plazas: una al frente de la aduana —magnífico edificio de mampostería— y otra delante de la iglesia

²⁴ Véase *Historia de Inglaterra*, por Smolett.

²⁵ *Historia de las Antiguas Colonias*, por Miguel Lobo, primer tomo, página 222.

parroquial; los conventos de La Merced y de San Juan de Dios, aunque pequeños, eran ricos y tenían un numeroso personal de religiosos que se ocupaban, los primeros, en hacer misiones dentro de la ciudad y en los pueblos vecinos, y los otros en cuidar el hospital anexo a su convento. El hermoso cuartel llamado de Guinea tenía espacio para una gran guarnición; el castillo llamado de San Felipe, construido enteramente de hierro, el de San Jerónimo y el de Santiago de la Gloria (x), eran obras maestras en su género. Estos habían sido construidos, sin reparar en gastos, por un célebre ingeniero y por orden de Felipe II, a fines del siglo XVI.²⁶

A pesar de su posición, de su riqueza y del aprecio que le tenía España, la Madre Patria había sido descuidada con Portobelo; y así, esta ciudad sufrió, aun después de habérsela mandado fortificar, varios asaltos serios de los piratas y filibusteros. Drake, Morgan, Spring y otros, la habían allanado y robado repetidas ocasiones, y casi siempre por inadvertencia y desidia de sus gobernadores.

El sol estaba en su cenit, como decíamos hace poco, y quemaba como ardiente fuego la ensenada, los castillos y la población de Portobelo, cuando a deshoras, y sin ser sentidos, fueron entrando en la bahía, uno tras otro, los seis buques que componían la escuadra del jactancioso almirante Vernon.

Todo dormía en aquel lugar, y hubiérase creído que era aquella una ciudad encantada o muerta...

La guarnición de las fortalezas se había acostado toda a dormir la siesta; no había un hombre de centinela en parte alguna, y así entraron los buques tranquilamente por delante de la punta del norte, pasando sin tropiezo alguno por frente al fuerte de San Felipe, cuyos fuegos, si los hubiera habido, no habrían permitido la entrada en el puerto. Inclinandose hacia el lado norte, siempre

²⁶ Las *Noticias Secretas* de Ulloa, y otras obras de aquella época, han sido consultadas para hacer esta corta descripción de Portobelo.

bajo los apagados fuegos de San Felipe, para no caer en los arrecifes que guarnecen la ensenada al lado contrario, continuaron su marcha los navíos, desplegada al aire la bandera inglesa, atravesaron por delante de la fortaleza de Santiago de la Gloria y fueron a fondear a poca distancia de la población frente a la fortaleza de San Jerónimo. ¡Eran las dos de la tarde y aún dormían todos los habitantes de Portobelo! Imagen de la España de aquella época: esta dormía tranquilamente el sueño de la pereza, mientras que otras naciones que no conocían la costumbre de dormir la siesta, adelantaban por el camino de la civilización y del progreso, conspirando para tratar de arrancarle sus propiedades y aprovecharse del letargo criminal en que yacía.

Pero, dirá el lector, ¿es posible tal abandono? ¿No tenía acaso aquella ciudad un gobernador y una guarnición militar?

Su gobernador, don Bernardo Gutiérrez de Bocanegra (xi), acusado ante la audiencia de Panamá por ciertos delitos, se hallaba en aquella ciudad descargándose de ellos, y había dejado encomendada la plaza de Portobelo a un don Francisco Javier Martínez de la Vega Retes. Este tenía, para defender las tres fortalezas, ciento cincuenta hombres, mulatos y tercerones de Panamá,²⁷ de los cuales poco más de treinta estaban sanos, mientras que los demás se hallaban enfermos en el hospital y en casas particulares.

El gobernador interino, Martínez de la Vega Retes, era un hombre anciano, inútil, inepto y descuidado, el cual no había querido remediar las escaseces que sentía Portobelo en punto a armas, municiones y guarnición militar. Ya varias veces le habían avisado que Inglaterra se preparaba para tomar las armas contra España, que los comerciantes ingleses en Portobelo habían vendido sus mercancías y sus negros a bajo precio y partido para Jamaica, lo que probaba que ellos tenían noticias de que se había de turbar la paz entre Inglaterra y España. El gobernador, sin embargo,

²⁷ *Noticias Secretas de América*, por don Jorge Juan y J. Antonio de Ulloa.

rehusó prevenirse para el caso de un ataque y todo quedó en el mayor desgüeño y abandono.

Acababan de fondear las embarcaciones del almirante Vernon frente al castillo de San Jerónimo, cuando al fin despertaron de su letargo los defensores de las fortalezas, y empezaron a disparar algunos cañonazos tan certeros que mataron e hirieron a varios de los tripulantes de los barcos ingleses, y estos tuvieron que alejarse de la orilla a la cual se habían acercado. Reuniéronse entonces los seis navíos para atacar la fortaleza de San Felipe; esta trató de defenderse; pero dentro de ella había solo unos pocos hombres, los cuales, aunque procuraron hacer frente al enemigo, hallaron que los cañones carecían de cureñas, y solo pudieron poner nueve en estado de servicio; pero entonces vieron que la pólvora estaba mojada y las balas no alcanzaban a los enemigos, mientras que la mal arreglada fortaleza recibía de lleno los fuegos de los ingleses. Viéndose desarmada, se puede decir, la guarnición no aguardó el último asalto del enemigo, sino que, poniendo escalas por la parte de atrás, huyeron todos por la montaña, capitaneados por su jefe.

Abandonado el castillo de San Felipe, llamado el *Todo Fierro*, los ingleses lo tomaron e izaron en la cumbre la bandera blanca y roja de la Gran Bretaña.

Entre tanto el gobernador abandonó la población, se metió en la fortaleza de Santiago de la Gloria, y mandó unos pocos artilleros a la de San Jerónimo, de donde defendían la entrada de la ciudad.

La noche del veintiuno al veintidós de noviembre se pasó sin combate ninguno. Dueños los ingleses de San Felipe, los de Portobelo no podrían recibir socorro de fuera; así, pues, Vernon preparaba todo para emprender el sitio de los otros dos castillos, los cuales él sabía podrían hacerle perder muchos días, semanas y aun meses, si la población lo deseaba así, puesto que, aunque

no recibiesen socorros por la vía del mar, sí los podrían obtener por tierra.

Una junta de vecinos con los pocos militares que quedaban se había reunido y en ella habían acordado, los que conocían al gobernador como hombre inepto y pusilánime, que se le exigiría defendiese las dos fortalezas con brío, y que no se entregase sino después de un combate reñido. Él accedió a todo; pero cuando aclaró el día, los indignados y sorprendidos vecinos vieron una bandera blanca sobre el castillo de Santiago de la Gloria, y supieron que Martínez de la Vega Retes propuso al enemigo la entrega de los castillos con tan ridículas condiciones que, compadecido Vernon de la población de Portobelo, concedió mayores garantías de las que pedía su gobernador.²⁸

Vernon entró en Portobelo con banderas desplegadas; y aunque había concedido al gobernador que saliese con los honores de la guerra, este no supo hacerlo con dignidad. Presa de un terror pánico al ver desembarcar a los ingleses, abandonó prontamente los castillos y huyó vergonzosamente hacia la montaña, dejando la población a la merced del vencedor, si vencedor puede llamarse al que entra en una plaza que se ha rendido sin combatir.

Capítulo IV: Albertina de Leyva

Lloraba amargamente una sirvienta española en una casa de Portobelo, en tanto que procuraba revivir el inanimado cuerpo de una hermosa niña que yacía tendida sobre unos cojines, al pie de un estrado.

Los lamentos de aquella mujer llamaron la atención de un joven militar inglés que a la sazón pasaba por frente a la casa; y

²⁸ Léase *Carta* de Juan José Robinas. Nota 13 de la *Historia de las Colonias Españolas*.

como esta permaneciese abierta, no tuvo embarazo en entrar a averiguar lo que sucedía.

—¡Se muere mi ama! —decía la criada—. ¡Se muere sin que nadie nos socorra!

—¿Qué sucede? —exclamó entrando el inglés; e, inclinándose sobre el postrado cuerpo de la niña, la tomó el pulso.

—No ha muerto —repuso—, pero la debilidad está matando a esta infeliz...

—Estaba convaleciendo de una enfermedad muy grave —contestó la criada— cuando ocurrió la llegada de los ingleses; esto alarmó tanto a mi señorita, que desde el primer cañonazo no ha hecho sino temblar, no ha pasado un bocado, y por último se me acaba de desmayar como lo ve sumerced, solo porque vio algunos ingleses uniformados por la calle.

—Es raro —dijo el inglés—, permítame usted tomarle el pulso de nuevo... Aunque soy capitán de un buque de guerra, estudié para médico, y llevo aquí un cordial que puede revivir quizás a esta dama.

Ayudado de la sirvienta, introdujo entre los apretados dientes de la niña algunas gotas de licor de un pomo que llevaba en el bolsillo. Pasados unos momentos, Albertina de Leyva, pues era ella, empezó a revivir. Temió el joven asustarla con su presencia, y salió del aposento, dejándola sola con la criada.

En tanto que la joven recobra bien sus sentidos, digamos quién era el militar inglés, el cual, sea dicho de paso, hablaba el castellano perfectamente, y por eso pudo conversar con la sirvienta de Albertina, como hemos visto.

Hijo de un inglés que había vivido mucho tiempo en España, aprendió desde su niñez el idioma castellano. Educado para médico, abandonó aquella carrera por dedicarse a la marina, en la cual se distinguió tanto por su audacia y felices golpes de fortuna, que el almirante Vernon le protegió particularmente, y le fue

concediendo ascensos, hasta nombrarle capitán de un buque de guerra de aquella expedición contra las Indias españolas.

Ardiente como el clima en que había pasado sus primeros años, Roberto Keith había tenido numerosas aventuras en tierra y mar, y las damas que le conocían le admiraban y temían, le buscaban y le huían. Era uno de aquellos hombres que no podían ser indiferentes nunca, o era odiado a muerte, o amado entrañablemente. Alto, rubio, de ojos negros, de retorcido bigote, de porte elegante, de palabra fácil y elocuente, rara vez dejaba de hacer la conquista de la mujer que galanteaba; y ¡cosa rara!, las galanteadas, aunque tuviesen que quejarse de él después, casi nunca dejaban de perdonarle.

La belleza de Albertina y su porte señorial llamaron la atención del capitán, el cual resolvió entretenerse en Portobelo haciendo aquella conquista.

Peligroso encuentro, por cierto, había hecho Albertina de Leyva, en su soledad y lejos de su padre, el cual, habiendo partido para Cartagena pocos días antes de la llegada de Vernon, no podía regresar para amparar a su hija a tiempo. Pero si nuestra española no tenía a su padre cerca, la protegía su propio corazón. Amada y amando al teniente Loyzaga, que vino con ella a Indias en *La Isabel*, como vimos en el capítulo II de este relato, estaba en vísperas de casarse con él, y de establecerse en Cartagena, pues el insalubre clima de Portobelo había probado mal a la hija de don José de Leyva.

Merced a los medicamentos administrados por el capitán Keith, Albertina se acabó de curar de las fiebres que sufría y habían aniquilado sus fuerzas hasta el punto en que la vimos. El inglés se captó en breve la buena voluntad de Dolores, la criada, y aunque su ama procuraba manifestarse seria y retraída y trataba de negarse a verle, Keith la visitaba diariamente, con diversos pretextos y a despecho de la niña.

Al fin, viendo que su criada era cómplice y protectora del inglés, a quien contra su voluntad introducía a su presencia, Albertina resolvió hablar directamente y a las claras con él.

—Capitán —le dijo—, bien sabe usted cuan agradecida estoy con motivo del bien que me ha hecho con sus medicamentos.

—Pero esto no es del caso, hermosa Albertina...

—Sí es del caso... Quiero que usted sepa que yo no soy desagradecida; pero... le suplico que no frecuente mi casa; estoy sola; mi padre se halla ausente...

—¡Por lo mismo!... Yo soy médico y mis servicios...

—Aguarde usted que acabe de decirle... Como mi padre está ausente, no quiero que las malas lenguas puedan herir mi reputación; ya estoy enteramente repuesta; me han visto en la iglesia; no hay motivo, pues, para que usted venga a visitarme con frecuencia.

—¡Me despiden usted de su casa! —dijo Keith con aire de despecho—. ¿Acaso la he faltado al respeto? a pesar de las muchas ocasiones que he tenido...

—¡No, señor capitán! —exclamó Albertina con dignidad—. ¡No me ha faltado usted al respeto, ni eso lo hubiera permitido jamás una mujer de mi estirpe y calidad! Pero, repito a usted, no me conviene que le vean a usted en mi casa. Los vecinos...

—¿Qué le pueden importar a usted los vecinos de este lugar? Gente pobre e infeliz es la única que ha quedado: la mayor parte de las casas buenas están vacías. Por otra parte, añadió, si eso es lo que la arredra, vendré a horas en que nadie pueda verme...

—¡Caballero... me insulta usted!... Repito a usted que no me convienen sus visitas a ninguna hora.

—¡Qué ingrata es usted!... Cuando yo no vivo sino con la esperanza de verla, me destierra de su presencia. Pero no la creo... ni la obedeceré... seguiré viniendo a visitarla, aunque me haga mal semblante.

—¡Como me ve sola y desamparada, se aprovechará usted de mi posición!

Y al decir esto se cubrió ella la cara con las manos y rompió a llorar.

Inmediatamente se arrojó el capitán a los pies de la niña; suplicole en sentidísimas palabras que le perdonase, y antes de que ella pudiese contestarle, salió del aposento y de la casa, confiando en que dejaba buena impresión en el ánimo de Albertina.

Varias veces se repitieron semejantes escenas entre Keith y Albertina, en una de las cuales ella le confesó que tenía novio, el cual podría enfadarse al tener noticia de las visitas del inglés.

—¡Novio! —exclamó él muy picado—. ¡Ya me lo figuraba!... —y pensó: esta esquivéz no era natural, y he de conquistarla a pesar del novio, o más bien, por causa de él.

—¿Y por qué se lo figuraba? —preguntó ella.

—¿Y quién es ese dichoso mortal? —dijo él sin contestar a la pregunta.

—Un joven capitán de una balandra del Gobierno español.

—¡Su nombre! ¡Su nombre! —exclamó Keith con impaciencia.

—¿Y qué le importa a usted su nombre?

—Efectivamente, no me importa su nombre: me basta saber que existe...

Salió el capitán inglés de la presencia de Albertina, muy pensativo y cabizbajo, y se fue a su buque. Allí tuvo noticia de que el almirante Vernon necesitaba conferenciar con él en su navío, el *Straford*. Encontrole escribiendo.

—Keith —le dijo el almirante—, necesito mandar a Inglaterra a una persona de toda mi confianza para dar noticia circunstanciada de todo lo ocurrido aquí; triunfo que deseo se celebre con toda solemnidad en Londres, para que Walpole entienda quién soy yo, y mis amigos se alegren de una gloria que producirá inmensa resonancia en toda Europa.

—¿Y a quién ha escogido usía para llevar esa misión al rey?

—¿Me lo pregunta usted?

—Lo hago con todo respeto...

—¿A quién había de encomendar esto, sino a una persona en quien tengo completa confianza? ¡Al señor capitán Keith!

—¿A mí? —preguntó este con expresión de poca alegría.

Vernon le miró sorprendido.

—Pensé dar a usted una noticia agradable; pero veo que me equivoqué... ¿Qué significa?

—Agradezco en el alma esta distinción, pero...

—¿Pero qué?

—Muchos de los marinos de mi buque están enfermos.

—Por lo mismo, será mejor sacarles de aquí.

—Con los pocos sanos que conservo no se alcanza a manejar el *George*.

—Se le darán marinos sacados de los otros buques, para ayudar.

—Yo deseaba, por otra parte, acompañar a Usía en la expedición a Panamá.

—He resuelto abandonar esa empresa... Será preciso tomar los puertos y fortalezas de los españoles en este lado del mar, antes de atacar los puertos y castillos fuertes en el Pacífico. De otra manera arriesgaríamos perderlo todo.

Keith permaneció callado un momento.

—¿Y cuándo deberé partir? —preguntó al notar que Vernon continuaba escribiendo, sin añadir cosa alguna.

—Al clarear el día de mañana... Ya se ha mandado preparar lo preciso para el viaje.

—¡Dentro de doce horas! —exclamó Keith.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó el almirante—. Le desconozco enteramente.

—Nada, señor...

—¿Estará acaso enfermo?... —y añadió sonriendo— ¿o los bellos ojos de alguna española le tienen preso en Portobelo?...

—No, señor... Iré inmediatamente a prepararlo todo.

Y despidiéndose salió de la presencia del almirante, pasó a su buque, dio allí las órdenes más precisas, y empezaba a oscurecer cuando saltó a tierra y se dirigió a casa de Albertina. Dolores le abrió la puerta.

—¿Podré ver a tu señora? —preguntó.

—Me ha prohibido absolutamente que le deje a usted entrar.

—Vengo a despedirme.

—¡A despedirse!... ¿Parte usted?

—Antes de amanecer... Dile eso a la hermosa Albertina.

La criada entró en la sala en que estaba su señora y detrás de ella, sin aguardar a que le diesen licencia, siguió el capitán inglés. Empezaba a oscurecer, como dijimos antes, y Albertina, cerca del balcón abierto, en pie y vestida de blanco, parecía una sombra aérea.

—Señorita —dijo Keith—, perdone usted mi atrevimiento; pero mi excusa es que vengo a decirle que parto para Inglaterra.

—¿Se va la escuadra inglesa? —exclamó Albertina con acento de alegría.

—Me voy yo solo con mi buque...

—¿Y viene usted a despedirse?

—Vengo a avisárselo a usted... No quiero despedirme ni dejarla.

—¿Cómo así?

—¿Me perdonará usted si la hago una proposición?

—Según sea ella...

—No sé cómo decirle a usted lo que quiero, de manera que no se ofenda... ¡Tiene usted unas ideas tan exageradas!

—No diga nada; así será mejor —y alargándole la mano añadió— hasta otra vista, capitán: no quiero detenerle a usted, pues tendrá mucho que hacer.

Keith la tomó la mano, y sin soltársela, con acento tierno dijo:

—Albertina, ¿me dejará usted partir así con tanta indiferencia?

Ella pugnó por zafar su mano de la del inglés, pero no contestó nada.

—Escúcheme usted, ingrata —repuso él—, yo no puedo vivir ya sin su presencia...

Albertina hizo un esfuerzo y se alejó del lado del capitán.

—Ya he dicho a usted —dijo con dignidad— que no gusto de esta clase de conversación; que ni quiero, ni debo oírle a usted... Viene usted a despedirse: le deseo toda clase de felicidades lejos de Portobelo.

—¿Rehusaría usted acompañarme?

—¡Yo acompañarle! ¿En calidad de qué?...

—De mi muy amada... esposa.

—¡Yo esposa de usted!... Usted se burla...

—¡De usted, jamás!... Yo no puedoirme y dejarla, y prefiero casarme con usted...

—¿Aquí, antes de mañana?

—Quizás no se podría tan pronto... Pero a nuestra llegada a Inglaterra...

—¡Dolores! —exclamó Albertina con acento irritado la criada siempre estaba presente durante las visitas del capitán—, este caballero no sabe lo que dice; muéstrele la puerta de la calle.

Al decir esto entró en su aposento y se encerró.

Quedose parado en la mitad de la sala el frustrado capitán. La criada había encendido un velón de sebo y lo puso sobre una mesa, pues ya había cerrado la noche por completo. A la amortiguada e incierta luz de aquel velón, el capitán y Dolores se miraron

durante algunos momentos; él le hizo una seña, y salieron juntos hasta la calle; allí hablaron en voz baja, y el capitán, después de ponerla en la mano una pesada bolsa llena de doblas de oro, se alejó a pasos precipitados con dirección a su navío, mientras que Dolores entraba en la casa a verse con su señora.

Media hora después golpeaba a la puerta, de manera particular, un grumete que había despachado desde su navío el capitán Keith. Dolores bajó a abrir y recibió y guardó en el seno un pomo.

—¿Quién tocaba? —preguntó Albertina cuando volvió a subir la criada.

—No había nadie cuando llegué a la puerta —contestó esta entrando en la cocina.

Momentos después llevaba a su ama la cena y una espumante jícara de chocolate.

—Tiene un extraño sabor —dijo Albertina probando aquella bebida.

—¿Qué sabor ha de tener? —repuso Dolores—, tómese lo sumerced, que está todavía muy débil, y dijo el capitán inglés que era preciso que se alimentase bien.

—¡No me hables de ese inglés!... Gracias a Dios que ya salimos de él.

—No me callaré, señora, si no se toma el chocolate; que la hace daño no comer.

Albertina, por dar gusto, se tomó toda la jícara; pero apenas hubo acabado de apurarla, cayó para atrás sobre los cojines de su estrado, profundamente dormida.

Dolores se acercó a su ama; la llamó, y viendo que no contestaba, bajó de nuevo a la puerta de la calle, en donde aún la aguardaba el grumete inglés; y como este no entendía español, no le habló, sino que en silencio le devolvió el pomo vacío, que poco antes le había entregado lleno. El muchacho lo tomó, y sin decir nada tampoco, se puso a correr con dirección al puerto.

Capítulo V: en altamar

El buque gemía, traqueaba por todas partes, se sacudía, temblaba y tambaleaba, como un hombre ebrio, al atravesar por en medio de las encrespadas olas. El viento zumbaba entre los palos desnudos de velas, y hacía sonar las cuerdas, como si fueran las de un destemplado violín: la lluvia lo empapaba todo, y mojaba hasta los huesos a los marinos, que corrían como energúmenos de una parte a otra, obedeciendo a la voz del capitán, que gritaba sus órdenes por medio de una bocina.

Tendida sobre unos cojines, en el fondo del mejor camarote de aquel navío, yacía, cubierta la cara con las manos, la desdichada Albertina de Leyva.

—Mi señora querida —decía la sirvienta, cuando con el lector penetramos en aquel recinto—, por el amor de Dios, no se desconsuele así...

—Cállate —contestó la niña con apagado acento— cállate... No me digas nada, que no quiero oír tu voz.

—Señorita de mi alma —contestó humildemente la otra—, mi culpa no es tan grande como lo parece. Escúcheme sumerced...

—Repito que no quiero oír nada de lo que tantas veces me has repetido... Bástame saber que soy la mujer más desdichada del mundo, y que perdidas están mi reputación y mi existencia.

—¡No tanto, señora, no tanto! El capitán es más joven, más gallardo y más rico que cuantos galanes he visto en mi vida... Ya he dicho a sumerced que, si él se la sacó de Portobelo, privada de sentido, aquella madrugada, ha sido con sanas intenciones de casarse con sumerced apenas lleguemos a Inglaterra. Ya ha visto cuan respetuoso ha sido desde que nos trajo, pues no me he separado de sumerced un palmo, desde que bajamos a este camarote, hace ocho días, y...

—¡Ocho días! —exclamó Albertina—; ocho días hace que yo era la novia de Loyzaga... y la mujer más feliz... y hoy, ¡Dios mío! ahora ¿qué soy?

Y al decir esto, tornó a llorar y a gemir con desconsuelo.

—Parece —añadió— como si los mismos elementos se hubiesen conjurado contra nosotros: desde que salí del prolongado desmayo que me acometió, no sé por qué, poco después de la salida del capitán Keith, aquella aciaga tarde, y me encontré en este odioso lugar, no ha habido una hora de calma; sin cesar ha soplado el viento; sin tregua el vendaval nos ha batido día y noche...

En aquel momento el barco, que había subido a la cumbre de una altísima ola, se arrojó de punta a un valle líquido, y al mismo tiempo lo ladeó un golpe del mar que estuvo a punto de sumergirlo.

Al sentir aquel descenso, que parecía como que se fuese al fondo del mar, y después el golpe que recibió el bajel sobre el costado, Albertina creyó que había llegado su último momento, y dio una larga y estridente voz, la cual vino a resonar hasta los oídos del capitán, que se hallaba en lo alto de la escalerilla que conducía al camarote.

—¡Señor! —decía Albertina agarrándose de la aterrada Dolores—. ¡Misericordia! Gracias os doy si me sacáis de este mundo —añadió— mundo que ya no quiero ni apetezco. ¡La muerte será una bendición!

Sin embargo, después de un momento de vacilación, el bajel se enderezó temblando aún, y siguió más tranquilo, subiendo y bajando fácilmente por encima de las olas, ya menos altas y encrespadas; la fuerza del viento se debilitó, y poco a poco el movimiento del buque se hizo menos agitado.

Dolores se levantó del suelo; arregló los cojines en torno de su ama, la cual no había querido tomar otra postura desde que se encontró en el bajel comandado por Keith, y pasó a otro camarote,

en donde encontró al mayordomo, a quien pidió algún refrigerio para su ama, que nada había querido tomar ese día. El mayordomo, que hablaba algo de español, la dijo que tenía recomendación del capitán para que la advirtiese que él necesitaba hablar algunas palabras con su ama.

—Ella no consentirá —contestó Dolores— como hasta ahora no lo ha querido consentir desde que salimos de Portobelo.

—Aguárdeme un momento —repuso el mayordomo—, avisaré al capitán. Usted sabe que en su buque nadie puede desobedecerle.

El capitán no quiso aceptar la negativa de Albertina, y un momento después se presentaba a la puerta del camarote que ocupaba su prisionera.

—Perdóneme usted, señora —dijo—, pero es preciso que yo la hable.

Ella, agazapada en un rincón, no contestó palabra.

—Vengo a decirle que, si yo hubiese pensado que usted me odiaba tanto, hasta desear la muerte, de ninguna manera la hubiera sacado de su casa para traerla conmigo.

Albertina continuaba callada.

—Mi amor es verdadero —continuó él al cabo de un momento—, y así, prefiero darla gusto más bien, que conservarla en mi poder contra su voluntad.

La niña no dijo nada.

—Vamos ya llegando a Jamaica... Si usted quiere, la puedo recomendar al capitán de algún buque de nación neutral, el cual la puede llevar de nuevo a Portobelo, o a Cartagena, si usted lo prefiere, y entregarla a su padre...

—¡A mi padre! —exclamó Albertina con doloroso acento.

—O a su novio —dijo Keith con amargura.

—¡Jamás! ¡Oh! Jamás me pondré delante de mi padre o de...

Y al decir esto, Albertina se fue a arrojar de rodillas delante del capitán:

—¡Máteme usted, señor, máteme!... —exclamó—. ¡Yo no puedo hacerlo por mi mano, porque perdería mi alma! ¡Pero como una caridad lo puede hacer usted! ¡Dios le recompensará, créamelo, por esta buena obra!

—¡Buena obra! —dijo el inglés—. No desbarre usted, Albertina, ¡levántese!... Y muy conmovido la hizo levantarse. Hablemos con calma —añadió.

La hizo sentar, y entonces le dijo:

—¿Es decir que no quiere usted volver a su casa?

—¿No ve usted que mi honor está perdido; que nunca, jamás, podré presentarme delante de los que me han conocido, y que he perdido al mismo tiempo a mi padre, a mis parientes, a todos?

—¿Qué quiere usted entonces?... Aunque yo la amo a usted con todo mi corazón, usted me odia; me lo ha dicho muchas veces...

—¿Qué deseo yo me pregunta? ya se lo he dicho: que me haga matar. ¿Qué debe hacer usted si es un caballero?... Eso lo sabe usted mejor que yo.

—Lo que yo deseo es ofrecerle mi mano de esposo —contestó él—, lo que estoy obligado a hacer, es eso mismo. ¿Pero lo admitiría usted?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer para salvar mi honor? —contestó ella.

—Pero... y si usted me odia, ¿no seríamos desgraciados ambos?

—Procuraré —dijo ella mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas una a una—, procuraré cumplir con mis deberes mientras viva... Quizá Dios se apiadará de mí pronto.

—¡Gracias, amada Albertina! —exclamó el capitán, tomándola una mano que besó respetuosamente—. La he de hacer tan feliz, una vez que sea mía, que aprenderá a amarme.

—Le hago una súplica —dijo ella, tratando de ocultar la amargura que sentía en el fondo de su alma—, una súplica encarecida.

—¿Cuál?

—Que procure no hablarme más antes de que arribemos a Inglaterra, y mientras no llegue la hora de celebrar el matrimonio.

—¿Por qué tanta crueldad?

—Así lo exigen las conveniencias... Yo sé muy bien que usted, como caballero, no se negará a concederme este favor.

—¿Qué me pedirá usted que yo la niegue, aunque sea a costa mía?

—Empiece ya, pues, a cumplir su promesa...

¡En Inglaterra nos veremos! —repuso ella despidiéndole con un ademán.

Apenas hubo salido el capitán de su presencia, cuando Albertina rompió a llorar con gran desconsuelo. Tranquilizose, al fin, por medio de la oración, y por primera vez durmió aquella noche, después de su salida de Portobelo; la suerte estaba echada: sería, contra su voluntad, la esposa de un inglés, de un enemigo declarado de España... Ella, pensaba, hubiera podido evitar esa desgracia, sin embargo, casi se lo había exigido al capitán. Era preciso olvidar a Loyzaga, que en adelante la miraría mal y la aborrecería como a mujer inconstante y voluble. ¿Cómo hacerle saber, y sobre todo hacerle creer que había sido robada por el inglés, durante un desmayo del cual ella no se había dado cuenta, puesto que Dolores no la había confesado que recibió de parte de Keith un pomo, cuyo contenido, mezclado con el chocolate, produjo en ella tal fenómeno? a pesar de todo aquello, veía al fin su honor rescatado, aunque a costa de su dicha, y eso la bastaba para consolarla un tanto.

Capítulo VI: en Inglaterra

El 13 de marzo de 1740 llegó a Inglaterra la noticia de la toma de Portobelo; noticia que fue recibida con loco entusiasmo por los ingleses, que pensaron que aquel triunfo significaba mucho más de lo que fue en realidad.

El parlamento felicitó solemnemente al rey por una victoria tan señalada sobre España, y cuando la familia real se presentaba en alguna parte, era aclamada por el pueblo con aplausos e insultada la nación española en todos los tonos. Se mandó elevar el ejército de tierra a veinte mil hombres y a seis mil el de mar, para atacar a España en América, y se decretaron cuatro millones de libras esterlinas para los gastos de la guerra.

Keith cumplió con su palabra al pie de la letra. No bien hubo desembarcado, cuando buscó un clérigo irlandés, que vivía oculto en Londres, el cual no tuvo inconveniente en casarle con la triste Albertina de Leyva. Esta comprendió que era preciso hacer un supremo esfuerzo para no manifestar a su marido todo el dolor que abrigaba en su corazón, y procuraba tratarlo con un cariño que absolutamente no sentía. Él la trataba con muchísimas consideraciones; pero cuando quiso presentarla a algunos de sus parientes, estos rechazaron con odio manifiesto a la papista española; dos defectos que no podían perdonar los ingleses de aquella época. Aunque no comprendía el idioma inglés, Albertina entendió que ya no la quedaba en este mundo ninguna persona que la amase y estimase sino su marido, el cual, pensaba ella, al fin se cansaría de la frialdad que ella no podría encubrir, y quizás hasta la abandonaría. La desgraciada pasaba la mayor parte de su vida sola, pues Keith estaba muy ocupado preparando el armamento, y ayudando, como hombre que ya tenía conocimiento de lo que se necesitaba en América, en los preparativos que se hacían para enviar una escuadra a Vernon, con la cual debería atacar, tomar y aniquilar las colonias españolas en las Antillas y Tierra Firme, mientras

que se le había encomendado al comodoro Anson que atacase a los españoles en Buenos Aires, Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, del cual debería apoderarse en combinación con Vernon.

Estas noticias llenaban de pesadumbre y de zozobra a la española, cuyo patriotismo se enardecía, por lo mismo que se veía entre enemigos de su nación; y hubiera dado su vida por poder enviar a decir a su padre lo que sucedía, para que se preparasen a resistir al enemigo en Cartagena, lugar que ella sabía sería atacado en primer lugar.

Aunque Albertina salía muy rara vez de su casa, Dolores, que se quejaba sin cesar de la vida en Inglaterra, solía pasar al parque del Regente —que estaba cerca— a respirar el aire, y casi siempre regresaba al lado de su señora más quejosa y disgustada con aquellos «herejes desalmados», como ella llamaba a los ingleses.

—¡Mi señora! —exclamó la criada un día, entrando como un vendaval en el cuarto de su ama—. ¡Acabo de encontrarme con unos compatriotas!

—¿De veras? —contestó Albertina— ¿Y cómo los reconociste? Pues deben estar ocultos en Londres, a riesgo de ser maltratados por este pueblo que tanto nos detesta.

—Les oí hablar detrás de un bosquecillo algunas palabras en castellano y, sin poder contenerme, me les acerqué y les pregunté si eran españoles. En breve entablamos conversación: ellos están disfrazados de italianos, y, según les entendí, han venido como espías, mandados por el rey para que indaguen aquí lo que sucede.

—¿Y habrán descubierto algo?

—Me dijeron que poco... No han podido obtener todas las noticias que desean, y, sin embargo, deben embarcarse de vuelta a España pasado mañana.

—¡Yo les daré cuantas noticias sé!... ¡Cuánto me alegro! —dijo Albertina—. Pero —añadió— yo sé todo esto porque Keith no

desconfía de mí. ¿No sería una felonía aprovecharme de ello para repetir lo que me ha dicho en secreto?

—¡Felonía, señora! ¿Y no está su merced aquí contra su voluntad, robada por el inglés?

—Sí; pero tengo que agradecerle que haya reparado su mala acción casándose conmigo...

—Eso no impide a su merced que antes de ser mujer del capitán fuese en primer lugar española.

—Tienes razón... Aunque poco sé escribir, pues mi padre no quiso que aprendiera sino a firmar mi nombre, haré los garabatos que pueda en un papel para avisar lo que he logrado averiguar acerca de los preparativos que se hacen aquí... Pero —añadió— ¿tú volverás a ver a los españoles?

—Sí; mañana les encontraré en el parque... Yo les ofrecí llevar todas las noticias que pudiera recoger de aquí a mañana.

—Está bien. Entre tanto yo prepararé el papel...

Con mil dificultades logró al fin Albertina apuntar cuanto sabía de los preparativos que se hacían en Inglaterra contra las colonias americanas. Cuando su marido llegó a comer la encontró muy colorada por los esfuerzos inauditos que había hecho para elaborar una página de mal coordinadas y peor redactadas noticias; faena que costó más trabajo a la pobre Albertina que a otro escribir un volumen.

Para ocultar lo que la preocupaba, la española se manifestó más amable que de costumbre, y púsose a preguntar a Keith mil pormenores acerca de los preparativos bélicos que se hacían en Inglaterra.

—Acábase de saber que tres naves de guerra nuestras —dijo Keith— después de un obstinado combate en la bahía de Vizcaya (xii), se apoderaron de un buque de guerra español, el cual se sacrificó, según dijo su capitán, para dar tiempo a que huyesen los buques que llevaban a España los tesoros enviados de América.

—¡Tres buques contra uno solo no es victoria honrosa! — exclamó Albertina—. Pero —añadió— ¿en qué estado están los preparativos que me había dicho usted se hacían con tanto boato?

—Se están concluyendo ya, y pronto nos daremos a la vela... El almirante Haddock ha permitido que varias flotillas españolas salgan de Cádiz (xiii) y del Ferrol (xiv), sin interrupción alguna, de lo cual se queja con razón el almirante Vernon, el que ha estado diez meses en Jamaica aguardando recursos para atacar a Cartagena, sin haber recibido ninguno hasta el día de hoy.

—Y mientras tanto —dijo Albertina— ¿qué ha hecho el rey de Francia? ¿No ayuda a España?

—Sí, hace poco que salió de Dunkirk (xv) una escuadra que va en auxilio de las posesiones españolas.

—¡Gracias a Dios! —dijo Albertina, sin poderse contener.

—¿Y se alegra usted de que se aumenten mis enemigos? — preguntó Keith.

—¡Sus enemigos!

—Sí, puesto que partiré dentro de breves días en la flota de Sir Chaloner Ogle, que se está acabando de armar en Spithead.

—¿Y cuántas naves son las de esa flota? —preguntó Albertina.

—No menos de ciento setenta... No hay duda ninguna de que venceremos.

—¡Dios es muy grande! —dijo Albertina— y no siempre resultan exactas las previsiones de los hombres.

—Después de lo sucedido en Portobelo con seis buques no más —repuso Keith— creo segura nuestra victoria.

—Portobelo —dijo Albertina— estaba a cargo de cobardes: esto no volverá a suceder; tanto más cuanto ya España ha tenido una lección, y mandará a América quién sepa defender sus plazas fuertes.

—Los españoles —contestó él— son muy lentos en sus movimientos, y con seguridad no habrán hecho nada para prepararse...

Por otra parte, nuestros armamentos se han hecho muy en secreto, y en España no se tiene idea de lo formidable que será el ataque.

Albertina se sonrió con aire malicioso, sonrisa que el capitán Keith no comprendió, pero que le chocó como agresiva y burlona.

—Tan seguros estamos —dijo, sacando una cajita de taflete del bolsillo— de que ganaremos sin falta, y de que tomaremos a Cartagena, que se han mandado a acuñar medallas conmemorativas para premiar a los jefes, oficiales e individuos de la tropa y de la marina real, que se distinguan más en el ataque de aquella Plaza. Mírelas usted, añadió, abriendo la cajita y sacando las medallas.

Albertina se acercó a la mesa sobre la cual Keith había puesto lo que decía, y tomando una medalla de bronce en la mano, dijo:

—¿Esto qué significa? Un oficial con la rodilla en tierra presentando a otro su espada, y con una leyenda en inglés en torno...

—La leyenda —contestó Keith— quiere decir: «El orgullo español abatido por el almirante Vernon». ²⁹ Y volviendo la medalla, añadió: y en la opuesta cara vea usted seis buques delante de un puerto de mar y estas palabras: «Quien tomó a Portobelo con solo seis naves». ³⁰

Palideció de cólera Albertina, pero supo dominarse al decir:

— ¿Y quién es ese oficial que tan humilde se manifiesta?

—Nada menos que don Blas de Lezo (xvi), jefe de la escuadra española apostada en Cartagena de Indias. ¿Acaso usted lo conoce?

—¡En la medalla no se le parece, por cierto; y apostaría mi existencia a que jamás los ingleses, o ninguna otra nación, le verán en esa postura!

²⁹ Biografía de Lezo, publicada en el almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, año de 1881.

³⁰ *Historia Eclesiástica y Civil* de Groot, página 369.

—Eso lo veremos —contestó Keith— y —tomando una medalla de plata la mostró diciendo— en esta hay una leyenda todavía más significativa.

—¿Qué dice?

—«Los héroes británicos tomaron a Cartagena en abril de 1741».

—¿Con que tienen completa seguridad —dijo Albertina— de entrar en Cartagena dentro de seis meses?... ¡Es tentar a la Providencia, por cierto, el manifestar semejante soberbia!

—Cuando la soberbia está fundada en una fuerza como la que tenemos, no es tentarla.

—Veremos, capitán Keith —contestó Albertina con una sonrisa forzada—. ¿Quiere usted hacer una apuesta?

—¿Con motivo de qué?

—Apuesto lo que usted quiera a que los ingleses no entran en Cartagena; y si acaso entraren —que Dios no lo permitirá—, jamás don Blas de Lezo entregará la espada: yo le conozco...

—¿Y qué extraordinarios méritos tiene ese oficial?... ¿Es joven? —preguntó Keith con cierta inquietud celosa.

—Es amigo viejo de mi padre, y tendrá su edad: entre cincuenta y sesenta años. Es natural de Pasajes, en la provincia guipuzcoana (xvii). Se educó en Francia y sirvió en las guerras que ocurrieron en la época de la coronación de nuestro actual rey. En un combate perdió una pierna que le llevó una bala de cañón. Estuvo en muchísimas batallas navales, en donde varias veces fue herido. Concluida la guerra de sucesión, continuó en la armada real española. Era capitán de navío, y tuvo el honor, como se lo he oído repetir varias veces, de presenciar la reconquista de Mallorca; le hicieron después jefe de una escuadra en Indias, con la cual perseguía a los piratas y corsarios ingleses y holandeses que frecuentaban esos mares; después le mandaron al Mediterráneo, en donde fue el terror de los piratas argelinos. Hará tres años que

su majestad el rey le confió el mando de la escuadra que escolta los galeones del Nuevo Mundo a España, en lo cual se ha distinguido por su gallardía y valor a toda prueba... ¿Y piensa usted que un hombre de ese temple entregará su espada a los ingleses?

—¿Qué sabemos?... Los españoles no son los únicos valientes del mundo.

—Volviendo a nuestra apuesta —repuso Albertina—, ¿me dará usted esas medallas en depósito hasta que se sepa cuál ha sido el resultado del sitio de Cartagena?

—¡Qué me place!... Guárdelas usted, que estas me las regalaron a mí.

—Pero no me las volverá a pedir hasta el fin de la guerra. ¿Lo promete usted? —preguntó Albertina.

—No se las pediré, por cierto.

Al día siguiente Dolores se veía con sus compatriotas, y les entregaba el papel escrito por Albertina y las medallas de que hablamos arriba, las cuales fueron llevadas a Madrid por los espías españoles, y pueden verse todavía en un museo de Madrid, en donde Felipe V las mandó guardar como una curiosidad.

Capítulo VII: se reúnen las escuadras para atacar a Cartagena

Preparábanse en Inglaterra dos formidables expediciones para atacar a la América española, como lo sabe el lector. Haremos aquí una corta reseña de la expedición enviada al océano Pacífico, para después contraernos más a espacio a la que tocó a Vernon comandar por la parte norte de Suramérica.

A Jorge Anson, barón de Soberton (xviii) —marino de gran renombre en las armadas inglesas—, fue encomendada la invasión de las costas de Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, como ya dijimos antes, en combinación con la del almirante Vernon por el oriente. El comodoro Anson salió de Inglaterra con seis

fragatas de guerra en septiembre de 1740, y se dirigió al mar del sur; atravesó el estrecho de Maire (xix) con un malísimo tiempo, y más lejos perdió varios de los buques que llevaba. Subiendo por las costas de Chile siguió a las del Perú, con una azarosísima navegación, y no hizo más hazaña que robar y quemar el puerto de Paita (xx), apoderarse de cinco naves pertenecientes al comercio del Perú y de una fragata española —*Nuestra Señora de Covadonga*—, proveniente de Manila. Sin lograr acercarse a Panamá, uno de sus mayores deseos, y al fin, desbaratada y arruinada la expedición por los temporales y huracanes, resolvió regresar a Europa en un solo buque que le quedaba tomando la ruta del golfo de Bengala (xxi) y cabo de Buena Esperanza (xxii). Después de cerca de cuatro años de un viaje sumamente peligroso, y sin haber obtenido nada de lo que se había propuesto, Anson entró en el puerto de Spithead, en junio de 1744, cargado de botín, es cierto, pero sin gloria ninguna. A pesar de todo, el Gobierno inglés le premió con un grado superior en la marina. En 1758, después de haber tenido varios combates navales con los franceses, a quienes batió, fue nombrado primer lord del almirantazgo, y murió cuatro años después, a los sesenta y cinco de edad. Publicó la *Historia de su viaje en torno del mundo*, y dejó un inmenso caudal, proveniente, en gran parte, de la fragata española, *Nuestra Señora de Covadonga*, que llevaba un tesoro que valía trescientas treinta mil libras esterlinas, de lo cual se apropió para sí mismo, sin participar nada de esto al gobierno, que había hecho el gasto de la expedición.³¹

Entre tanto, el almirante Vernon con la escuadra que tenía en las Antillas, después de la toma de Portobelo, quiso apoderarse de Cartagena con siete buques de guerra y otras embarcaciones de menor fuerza; pero encontró la plaza defendida por don Melchor de Navarrete (xxiii), el cual no dejó arrimar al enemigo. Este

³¹ Véase *History of England*, por T. Smolett.-T.VI, p. 142, y *Aviso Histórico*, de D. Dionisio de Alcedo.

rechazo le obligó a regresar a Jamaica y pedir con instancias los recursos necesarios para poder atacar a Cartagena, ciudad mucho más fuerte que Portobelo, de mayor importancia, y a la cual Vernon tenía malísima voluntad.

Ya hemos visto que en Inglaterra se hacían grandes preparativos para enviar una poderosa escuadra en auxilio del almirante Vernon, la cual salió de Inglaterra al fin del año de 1740. Dicha escuadra iba a cargo de Sir Chaloner Ogle y de Lord Cathcart (xxiv), el cual mandaba el ejército de desembarco. Aunque salieron de Spithead ciento sesenta naves —una de las cuales mandaba nuestro amigo Keith—, gran número de ellas fueron desbaratadas y perdidas por un temporal espantoso que acometió a la escuadra frente a la bahía de Vizcaya. Los buques que quedaron sanos continuaron su viaje a América, otros regresaron a rehacerse en Inglaterra, y en el mes de diciembre tuvieron que detenerse en una isla neutral, la Dominica (xxv), en busca de agua y leña. Mientras que se retardaban allí, enfermó de disentería Lord Cathcart, y murió en pocos días, dejando el mando de las fuerzas de línea al general Wentworth (xxvi), hombre de poca experiencia, de escasa autoridad y sin ningún talento militar, según se dijo, pero patriota y consagrado a sus deberes.

El 9 de enero de 1741 llegó la maltrecha escuadra al fondeadero de Port Royal (xxvii), en Jamaica. Encontraron al gobernador de la isla, Trelawney, y al almirante Vernon aguardando refuerzos con mucha ansiedad, pues corrían rumores de que se habían reunido las fuerzas navales de España y Francia para atacarles. Pocos días antes habían recibido tropas frescas de Norteamérica, las cuales, unidas a las llegadas de Inglaterra y a las que comandaba Vernon, formaron un conjunto de fuerzas tan formidable como nunca lo hubiese visto el Nuevo Mundo, reunido en un solo lugar.

El almirante Vernon, que se encontraba a la cabeza de la armada, investido de facultades omnímodas, era, sin embargo,

hombre de poca iniciativa, y parece que, a pesar del tiempo que había permanecido en Jamaica ocupado tan solo en estudiar la situación de las colonias españolas, no tenía plan ninguno formado de las operaciones que había de emprender para hostilizarlas.

Pocos días después de llegadas las fuerzas de Inglaterra, se celebró una junta o consejo de guerra, compuesto del brigadier general Wentworth, el gobernador de Jamaica y los oficiales superiores de todas las tropas allí reunidas y presidido por el almirante Vernon.

Una vez que este hubo hecho una corta relación de la situación en que se hallaban, en la cual hizo uso de ciertas palabras hirientes con respecto al sucesor de Lord Cathcart, cuya muerte fingía sentir mucho, el general Wentworth tomó la palabra para preguntar al almirante Vernon cuáles eran las fuerzas de los enemigos en las principales plazas fuertes de las colonias.

—No he podido saberlo a punto fijo —contestó con altanería Vernon—, y creo es inútil semejante averiguación.

—No creo que sea inútil —contestó Sir Chaloner Ogle—; pero, si ya no tiene remedio en lo pasado, trataremos de averiguarlo antes de emprender operaciones.

—Lo creo inoficioso —insistió Vernon—. A pesar de todo, yo había mandado un pequeño buque con el objeto de pedir informes secretos acerca de las guarniciones que existen en La Habana, Cartagena y las colonias francesas; pero a poco se averió y tuvo que volverse a Jamaica.

—¡Lo que se averió no fue el buque! —exclamó Wentworth, de muy mal humor.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Vernon con voz destemplada.

Pero Sir Chaloner se interpuso para evitar una molestia perjudicial para la causa que defendían.

—Soy de opinión —dijo hablando recio— que se deben mandar varias de las fragatas más veleras, con los marinos más experimentados en estos mares, a tomar lenguas, de manera que puedan regresar con las noticias que necesitamos de aquí a pocos días.

—Me niego a ello —repuso Vernon—. Usted, señor, acaba de llegar de Inglaterra, y carece naturalmente de la experiencia que yo tengo... —Añadió— ¿cree usted que yo necesité saber qué guarnición tenía la plaza fuerte de Portobelo cuando la tomé, con seis buques no más?

—La guarnición no servía para nada —dijo Wentworth— y, según me he dejado decir, sobraron cinco buques en aquel ataque... Pues con uno solo se hubiera podido tomar. ¡Ha sido más el ruido que las nueces en aquel asunto!

Vernon, que fundaba su orgullo en la toma de Portobelo, se levantó furioso, y empezaba a dirigirse al general para pedirle razón de sus palabras, cuando los demás oficiales le rodearon, suplicándole que se reportase, que primero estaban los intereses y la gloria de su rey que los asuntos particulares. Wentworth, que comprendió que se había propasado en sus palabras, las retiró y volvió a reinar la paz en el consejo; pero era una paz ficticia. De allí para adelante los dos jefes se tuvieron grandísima mala voluntad, y siempre procuraron llevarse la contraria en cuantas operaciones proponía el uno o el otro.

—Según los deseos del Gobierno de Inglaterra —dijo Sir Chaloner Ogle, dirigiéndose a Vernon— y como habrá visto su excelencia en las cartas de sus amigos, se considera conveniente atacar primero a La Habana (xxviii)...

—¿Qué pueden saber los que se encuentran en Inglaterra, acerca de los asuntos de América? —exclamó Vernon—. Yo opino que se debe asegurar la rendición de Cartagena en primer lugar.

—Pero quizá apurando la salida de la escuadra, alcanzaríamos antes de los meses de huracanes a rendir a La Habana y en seguida pasar a Cartagena.

—Repito que las personas que no tienen experiencia de lo que sucede en el Nuevo Mundo, no pueden comprender muchas cosas que no se nos ocultan a las que hemos pasado años por estos mares. Es preciso, en primer lugar, manifestar a los que defienden la plaza de Cartagena, que no en vano les hemos amenazado, y que cuando ahora meses tuvimos que retirarnos sin haber podido entrar en la ciudad, no fue jactancia mía el jurar que después volvería a tomarla.

En vano procuró Ogle doblegar la voluntad de Vernon: su opinión prevaleció en el consejo; y como todos sabían que tenía amplias y discrecionales facultades para obrar, no quisieron disgustarle, y por unanimidad se resolvió dirigirse a las costas de Tierra Firme.

A mediados de enero corrió la noticia en Jamaica de que la escuadra francesa, hambreada, y diezmada su tropa por el clima de los trópicos, regresaría en breve a Francia. Esto alentó al almirante en su propósito de tomar a Cartagena en primer lugar: dividió sus fuerzas en tres divisiones; y como fuese estrecha la entrada del puerto, mandó que cada división saliese en diferente día, siendo la última la que llevaba las tropas de desembarco. El punto de reunión de toda la flota debería ser en Cabo Tiburón, en la isla de Santo Domingo (xxix).

La escuadra constaba de veintinueve navíos de línea, otro tanto de fragatas y sesenta y cuatro buques menores. El almirante Vernon comandaba directamente la primera división, Sir Chaloner Ogle la segunda, y el comodoro Lestock la tercera. Hasta el 28 de enero no se reunieron en el punto dicho todos los buques que componían la escuadra. El 12 de febrero llegó la escuadra a la isla de Vaca y de allí pasó al puerto de San Luis, en donde supo

el regreso a Francia de la escuadra francesa, y tomó leña y agua. El 25 de febrero se pasó revista a la armada y se celebró un nuevo consejo de guerra. Se convino en él en destacar dos naves para que fuesen a tomar la costa inmediata a Cartagena, y que avisasen cuál era el mejor sitio para que fondeara la escuadra. Encontraron el sitio adecuado en la Playa Grande, entre la ciudad de Cartagena y Punta de Canoa, en donde surgió la escuadra al caer la tarde del 4 de marzo de 1741.³²

Capítulo VIII: dentro de las murallas de Cartagena

Desde fines de 1739 había arribado a Cartagena el nuevo virrey del Nuevo Reino de Granada,³³ el cual, como comprendiese que podría servir mejor al rey permaneciendo en la costa, en donde había riesgo de invasión extranjera, resolvió quedarse allí todo el tiempo que fuese necesario.

Nombrado como gobernante sucesor del presidente don Francisco González Manrique, don Sebastián de Eslava (xxx) tenía vara alta en la corte, en donde había ejercido el cargo de ayo del infante don Felipe, y era comendador de Calatrava (xxxi) y teniente general. Como hombre de gran valer, de pericia y de

³² Hemos consultado, para escribir este capítulo, *The naval and military-memoirs of Great Britain from 1727 to 1783*, por Roberts Beatson-Obra citada en el tomo 2 de la *Historia General de las Antiguas Colonias Hispano-Americanas*, por don Miguel Lobo. Se halla esta a la venta en la Librería Colombiana de Camacho Roldán y Tamayo-Bogotá.

³³ Varios autores nacionales —entre otros el señor Groot, en su *Historia Eclesiástica*, el señor J. M. Vergara, en su *Cuadro Cronológico*, etc.etc.— dicen que Eslava arribó a Cartagena el 24 de abril de 1740. Pero, según datos de clientes que hemos consultado, entre otros el que da don Dionisio Alcedo, que fue el sucesor del presidente de Panamá, y escribió sus obras en aquella época, Eslava salió del Ferrol el 16 de octubre de 1739, y estaba en Cartagena cuando ocurrió la toma de Portobelo, o llegó inmediatamente después de aquel suceso.

mérito, se le había encomendado la reinstalación del virreinato, suspendido desde 1724 por la ineptitud e ignorancia del primer virrey, don Jorge Villalonga (xxxii).

Hallábase Eslava en Cartagena cuando ocurrió la sorpresa de Portobelo, a fines del año de 1739, y en seguida la tentativa que hizo Vernon para entrar en el puerto de Cartagena. Aquello le obligó a quedarse allí para animar con su presencia a los defensores de la plaza, así como para aguardar la contestación a las representaciones que hizo consecutivamente a la corte, en que pedía encarecidamente y con urgencia socorros para Portobelo y Chagres, que habían sido arruinados por los ingleses. Suplicaba también que cambiasen al teniente general de Portobelo, don Dionisio Martínez de la Vega (xxxiii), el cual ya se había inutilizado por motivo de su edad y enfermedades. Pedía que mandasen en su lugar un empleado importante, pues aquellos sitios debían conservarse de manera que los enemigos no pudiesen volver a apoderarse de ellos.³⁴ Además de esto pidió que le mandasen de España la tropa, municiones y pertrechos de guerra que consideraba indispensables para defender aquella ciudad, asegurando que, si le enviaban lo que necesitaban él y el teniente general don Blas de Lezo, respondían ambos con sus cabezas de la conservación de Cartagena.

Por esta vez se manifestó el Gobierno español activo y cuidadoso: despachó inmediatamente a Cartagena tres segundos batallones con banderas y oficiales de los regimientos de España, Aragón y Granada, y grande acopio de armamentos, pertrechos y cuanto podía necesitar la plaza. Entre tanto, don Blas de Lezo había hecho trincheras formidables, y las había proveído de muchos cañones de superior calibre, de a 24 y de a 18.³⁵ El gobernador

³⁴ Entonces, dice Alcedo y Herrera, fue él nombrado en el lugar de Martínez de la Vega.

³⁵ *Procidencia de España*, por D. D. Alcedo y Herrera.

de la plaza, don Melchor de Navarrete, había tenido cuidado de preparar con tiempo, enseñándoles sus deberes con la mayor actividad, a los mil cien soldados españoles, quinientos criollos y seiscientos indios de trabajo que tenía a su cargo, junto con las seis naves de guerra, tripuladas con cuatrocientos soldados y seiscientos marinos, que se hallaban en el puerto.

Pero si los ingleses habían sido tan descuidados que no se tomaron el trabajo de averiguar con certeza cuál era la guarnición de las plazas españolas, don Blas de Lezo, al contrario, había logrado introducir dos espías en la armada de Vernon, los cuales, no bien hubo surgido la escuadra en Playa Grande, cuando, aprovechándose de una noche oscura y lluviosa, lograron alejarse de las naves del enemigo, y desembarcar en la Punta de la Canoa, y de allí, por veredas recónditas y excusadas, entrar en Cartagena y presentarse al bravo don Blas, que les aguardaba con la mayor ansiedad.

—No hemos podido —dijo uno de los espías— averiguar cuáles son las intenciones de los ingleses con respecto a la manera como atacarán la plaza.

—¿Y a qué os mandé entonces? —exclamó el teniente general

—A que averiguásemos la fuerza exacta que tiene el enemigo, y lo demás que pudiésemos descubrir.

—Es verdad. ¿Y lograsteis esto?

—Cumplimos enteramente con la primera parte de nuestra comisión, y en el papel que tenemos aquí hallará su excelencia apuntado el número de naves que posee el enemigo con sus cañones y los nombres de sus comandantes y capitanes. Además de eso, supimos, de una manera exacta, que traen nueve mil hombres de desembarco; dos mil negros de trabajo tomados en Jamaica y armados con excelentes machetes, fuera de las tripulaciones de los navíos; el servicio de hospital, que viene en una nave aparejada para el caso, y noventa buques de transportes, dos bombarderas

y otras embarcaciones de menor fuerza, con un soberbio tren de artillería de primer orden.³⁶

³⁶ He aquí los nombres de los navíos de guerra, etc., según lo que publicó el señor J. J. Nieto, en su *Geografía de Cartagena*:

Navíos	Cañones	Comandantes
El Russel	80	Capitán Norris; a su bordo Sir Chaloner Ogle, contra almirante de la escuadra
El Torbay	80	Capitán Gascoyne
El Cumberland	80	Capitán Stuart
El Boyne	80	Jefe de escuadra Lestock
La Princesa Amalia	80	Jefe Hermington
El Chichaster	80	Capitán Roberto Trevor
El Norfolk	80	Capitán Graves
El Shreksbury	80	Capitán Townshend
La Princesa Carolina	80	Capitán Griffith
El Suffolk	70	Capitán Davies
El Buckingham	70	Capitán Mitchel
El Oxford	70	Lord Fitzroy
El Príncipe Federico	70	Lord A. Beauclerc
El Príncipe Orange	70	Capitán Osborne.
El Lyon	60	Capitán Costeril
El Weymouth	60	Capitán Knowles
El Soberbio	60	Capitán Harvey
El Montague	60	Capitán Chalmers
El Deptford	60	Capitán Mostyn
El Jersey	60	Capitán Laurence
El Augusto	60	Capitán Dennison
El Dunkerke	60	Capitán Cooper
El Ripon	60	Capitán Joliff
El York	60	Capitán Coats
El Litchfield	50	Cleveland
Total	1.720	
Brulotes		
El Oetana	La Llama	El Vesubio
El Firebrand	El Fireband	El Vulcano

Leyó don Blas de Lezo el papel que le entregaron los espías, y al cabo de un momento dijo:

—Así, pues, nosotros por todo no alcanzamos a contar con tres mil combatientes; ellos nos atacarán con mucho más de doce mil hombres por junto... Pero eso no importa. ¡Juro a Dios que, con la protección que no dudo nos dispensará él, y la intervención de su Santísima Madre, hemos de rechazar a los ingleses y levantar en alto el estandarte que nos ha confiado nuestro señor el rey de España!

—Traen unas medallas —dijo uno de los espías—, con las cuales pretenden recompensar a los más valientes de los suyos, en las que dicen que han representado a su señoría entregando las llaves de la plaza de Cartagena y con rodilla en tierra.

—¡Los malvados! —exclamó Lezo, palideciendo de rabia— ¡Primero me verán muerto que cobarde! ¡Si Dios me concede la victoria, estoy listo a entregar la vida en la demanda, pero no antes de haber visto huir vergonzosamente de estas playas al jactancioso y soberbio enemigo!

La Providencia aceptó aquel voto del valiente general, como después veremos.

No bien había clareado el día 5 de marzo, cuando los cartageneros vieron una nube de naves pequeñas del enemigo, fondeando en línea lo más cerca posible de la playa, sin duda para defender y proteger el desembarco de las tropas sobre la Playa Grande.

El general español mandó inmediatamente que se atrincherase una gran parte de las tropas por aquel lado. Pero en breve se vio que aquella era una estratagema del enemigo para dar tiempo a varios oficiales marinos e ingenieros a que reconociesen el puerto y la plaza, y buscasen un sitio propio para el desembarco de las tropas, así como también sondear las costas para reconocer hasta qué punto podrían acercarse las naves grandes de guerra.

Varios días gastaron los ingleses en aquellas averiguaciones, sin que los de adentro pudiesen impedirlo. Al amanecer del día 9 de marzo, Sir Chaloner Ogle en su buque *El Jersey* enarbolada bandera inglesa y la insignia de su rango, llevando a su bordo al general Wentworth, seguido de otro navío de alto bordo en que iba el almirante, y con mucha tropa de desembarco en ambos navíos, se encaminó hacia la boca del puerto, a batir los fuertes de Santiago y San Felipe, en Bocachica.³⁷ y tratar de apoderarse de la pequeña fortaleza de Chumba. El comodoro Lestock, con la tercera división, trató entre tanto de dividir la atención de los que defendían la plaza, mientras que otros buques, el *Norfolk*, el *Shreksbury* y el *Russell*, iban a reforzar a los jefes que atacaban los castillos de San Felipe y Santiago. En la fortaleza de Chumba se encontraba una pequeña guarnición, la cual trató de abrir fuego sobre los buques a su paso por delante; pero entonces el capitán de la *Princesa Amalia*, navío de 80 cañones, la atacó con tanto brío, que los españoles no pudieron defenderse por no haber artillado con tiempo las baterías de fajinas, y sus fuegos fueron apagados.

Entre tanto los ingleses habían atacado los castillos de San Felipe y Santiago, con una fuerza tan superior a la que había adentro, que no solo apagaron sus fuegos en el espacio de una hora, sino que dismantelaron y abrieron enormes brechas a las fortalezas, las cuales fueron abandonadas por los españoles. Pero si los ingleses eran dueños de los dos castillos de la isla de Tierra Bomba, los españoles conservaban los de San Luis y San José, el primero en el extremo de la isla de Barú, y el otro en un islote del mismo lado. Los ingenieros de los enemigos pasaron varios días disponiendo las baterías que deberían defender a los que fuesen a atacar aquellos dos castillos.

³⁷ Uno de estos fuertes ha desaparecido; el otro es el llamado hoy *San Fernando*.

Al fin, el 19 de marzo, resolvieron atacar una de aquellas baterías, la cual, aunque defendida con brío, no pudo resistir al gran número de los que la embestían, y los españoles la abandonaron. Desde aquel día hasta el 23, en que el enemigo atacó simultáneamente con todas sus fuerzas de mar y tierra y de artillería la fortaleza de San Luis, el fuego no cesaba por ambas partes día y noche. Allí fueron desbaratados dos buques ingleses, muerto el comandante de uno de ellos, el jefe de ingenieros y varios oficiales; gran número de subalternos quedaron fuera de combate. Los españoles perdieron un buque que les llevaba auxilios y municiones, y después tres navíos de guerra, y quedaron dismanteladas y arruinadas las fortalezas durante el ataque del día 24.

Era imposible ya defender aquellos fuertes, y el gobernador de San Luis resolvió echar bandera blanca y tocar llamada de capitulación. El almirante Vernon, que iba en uno de los buques que más se habían acercado a las fortalezas, exclamó con vengativa ira:

—¡No hay cuartel! ¡A ellos!

Así fue como los ingleses respondieron a aquella señal de rendimiento con todo el fuego de sus baterías, al tiempo que se vio que sus tropas en tierra hacían ademán de acercarse, aunque no lo ejecutaron inmediatamente. Entre tanto, el gobernador de San Luis mandó tocar retirada, y con las primeras sombras de la noche se embarcó con el mayor orden y serenidad en lanchas y botes que tenía preparadas para el caso el virrey Eslava, que había previsto aquel trance, y esta guarnición, así como la del fuerte inmediato de San José, se incorporó sin el menor desorden a las tropas de la plaza, a la cual lograron retirarse durante la noche. A la madrugada los ingleses tomaron posesión de la entrada del puerto y de los castillos adyacentes.

Fuera de haber perdido la tropa enemiga algo más de quinientos hombres en aquella empresa, los españoles tuvieron la

satisfacción de ver completamente destruidos a cañonazos y casi inservibles, varios navíos de guerra, y entre otros el famoso navío *Shrekbury*, que tuvo que retirarse a una playa cercana, ya enteramente destrozado.

Los ingleses eran dueños de Bocachica y de la entrada de la bahía de Cartagena; pero aquel triunfo les fue fatal. Como desembarcasen las tropas en las cercanas playas malsanas, expuestas a ardentísimos soles, careciendo de agua y del abrigo necesario en aquellos climas, al cabo de pocos días habían muerto muchísimos ingleses de fiebre, sin poderse defender absolutamente de aquel contagio, que atacaba a oficiales y soldados.

Habían encomendado a los ingenieros ciertos trabajos preparatorios para atacar la plaza de Cartagena; y como estos tardasen mucho en aquellas operaciones, Vernon se enfureció, buscó al general Wentworth, que nada tenía que responder de la morosidad del ingeniero, y le dijo palabras tan recias e insultantes, que Wentworth se resintió, hizo propósito de nunca más volver a tratar a Vernon, y resolvieron ambos hacerse una guerra cruda, cada uno para que se desluciese el otro. La verdad era que ambos comprendían, aunque tarde, que el valor de los españoles y las intemperies del clima, que diezmaba a los soldados y marinos, les producirían más pérdidas que ganancias, y que la toma de la plaza de Cartagena, si acaso la llevaban a cabo, costaría más caro de lo que habían pensado. Entonces, para sincerarse de los cargos que indudablemente les harían en Inglaterra, ambos resolvieron echar cada cual la culpa de todo a su compañero y cofrade en el mando de la expedición.

Capítulo IX: el castillo de San Lázaro

Han transcurrido quince días desde aquel en que los ingleses, después de destruir los fuertes que defendían a Bocachica, habían penetrado en la bahía de Cartagena; y después de reñidísimos combates y grandes pérdidas de vidas, tanto con las balas españolas como con las fiebres; después de tomar los fuertes que se hallaban en Manzanillo y en la punta de Cruz Grande —abandonados por los españoles para hacerse fuertes dentro de los muros de la ciudad de Cartagena— después de una campaña peligrosísima, en la cual, cada vez que daban un paso adelante, era a costa de enormes sacrificios; después de desembarcar algo más de cuatro mil hombres en el Tejar de Gracia el día 5 de abril,³⁸ al fin los ingleses tomaron tierra y acamparon en la isla de Manzanillo, y se encontraron en peor predicamento que nunca: cada día, cada hora, ocurría una muerte; y no solo les faltaban abrigo, comodidades y alimentos frescos, sino que escaseaba el agua misma, y el descontento era general.

Entre tanto, ¿qué hacían los dos jefes principales para aliviar a su tropa? Reñir entre sí sin cesar, y mandarse recados, a cual más altaneros. El almirante Vernon procuraba economizar sus marinos lo más posible, y pretendía que fuesen los soldados de línea los que hiciesen todas las operaciones contra los españoles; el general Wentworth, por su lado, nada quería emprender sin el auxilio de los buques, y prefería permanecer inactivo... Entre tanto, los desgraciados ingleses morían como moscas, se pasaba el tiempo y empezaba la estación más malsana en aquellas costas, sin que en realidad hubiesen llevado a cabo cosa muy sorprendente, militarmente hablando.

³⁸ El señor Groot (*Historia Eclesiástica*) dice equivocadamente que fue el 16 de dicho mes.

Tomado el convento de La Popa, Wentworth vio desde allí que nada adelantaría sin hacerse dueño del fuerte de San Lázaro —cuyas ruinas se llaman hoy las de San Felipe de Barajas—; y, en un consejo de guerra reunido el 7 de abril, se acordó levantar una batería en tierra firme, para que, ayudada por un navío y algunas bombarderas que se situasen entre la península de Bocagrande y una lengua de tierra, auxiliase a los que atacaran el fuerte, escalando el cerro en que se halla y de donde se dominan la ciudad y las adyacentes campiñas.

Cuando llevaron al almirante Vernon la noticia de lo que había dispuesto el consejo de guerra presidido por el general Wentworth, sonriose el marino con aire despreciativo, y exclamó, volviéndose a los que le rodeaban:

—¡Vaya un consejo de sabios!... ¡Vean ustedes si Wentworth y sus compañeros son ineptos! Temen atacar un fuerte tan despreciable³⁹ como es aquel, y pretenden fabricar una batería que el enemigo no aguardará a ver terminada antes de abandonar el puesto.

—¿Y qué contestación da su excelencia a lo del bombardeo por los buques, en combinación con el ataque terrestre? —preguntó uno de los mensajeros.

—Mientras que el hábil ingeniero fabrica su famosa batería —respondió Vernon con acento irónico—, yo tendré tiempo de responder a la petición que se me ha hecho.

—Pero....

—¡He contestado! —exclamó con imperio el almirante—, pueden ustedes repetir lo que he dicho.

Retiráronse los enviados, indignados con los modales soeces y altaneros del almirante, y este se quedó solo con nuestro antiguo amigo Keith, al cual por tanto tiempo habíamos abandonado.

Nombrado capitán de uno de los buques que naufragaron en la bahía de Vizcaya, se había quedado sin colocación; pero

³⁹ Palabras textuales de Vernon.

a la llegada de la escuadra de Sir Chaloner Ogle a Jamaica, el almirante Vernon le había dado el destino de jefe de su estado mayor, en el cual servía, aunque no dejaba de sufrir mucho con el mal carácter de su jefe.

—Su excelencia —dijo Keith dirigiéndose al almirante—, desprecia erróneamente la fortaleza de San Lázaro; sé de una manera positiva que las guarniciones que se han retirado de otros puntos han sido enviadas a aquel castillo, en donde sin cesar se trabaja en reforzarlo y montar cañones.

—Lo sé —contestó el almirante—, pero a pesar de todo eso, estoy seguro de que no hay nada más fácil que tomarlo con los cuatro mil hombres que tiene Wentworth...

—Pero no sin el auxilio de las bombarderas, que su excelencia no debe negar al general.

—¿Presume usted darme consejos? —dijo el almirante, mirando con enojo al capitán.

—Yo nada presumo; pero...

—¡Puede usted dejarme solo! —repuso Vernon.

—Así lo haré —contestó el otro, reprimiéndose con dificultad, y salió inmediatamente del camarote del almirante, ciego de ira y resuelto a no continuar a su lado. Se había colmado la medida de su paciencia, y preferiría truncar su carrera, si fuese preciso, más bien que verse continuamente humillado por su jefe.

Una hora después Vernon recibió una petición firmada por Keith, en la cual le decía que, fatigado con la inacción en que forzosamente se encontrarían los marinos en adelante, y deseoso de señalarse de alguna manera en la toma del castillo de San Lázaro, suplicaba al almirante le diese licencia para tomar el mando que le ofrecían de un batallón, cuyo jefe había muerto la noche antes, y no había quién le reemplazara. El regimiento a que pertenecía el batallón era de americanos, e iba a ser enviado al general Wentworth.

El almirante accedió a la petición sin dificultad, y Keith se trasladó a tierra sin despedirse del almirante, y sin pensar que jamás se volverían a ver en este mundo. Cuando Keith llegó al campamento de Wentworth, encontrole preparándose para el próximo ataque del castillo de San Lázaro. Habíase reconocido que sería imposible levantar una batería útil en aquel punto, sin despejar primero el bosque y los matorrales que cubrían el terreno; esos trabajos, en la estación de sequedad que empezaba, serían impracticables, y morirían en ellos todos los trabajadores que lo intentasen, pues escaseaba el agua de las cisternas, y era preciso ya reembarcar la tropa, si no querían perderla toda, o hacer un último esfuerzo para apoderarse de San Lázaro primero, y después de la ciudad.

Empezaba a caer la tarde del día 8 de abril cuando el general Wentworth reunió por última vez, antes del asalto, un consejo de guerra compuesto de todos los oficiales, entre los cuales se hallaba Keith, que acababa de desembarcar con su batallón.

—Señores —dijo el general—; las noticias que he recibido de los desertores, así como de los prisioneros que acabamos de hacer, me han hecho considerar que no debemos perder una hora en la empresa de asaltar el castillo de San Lázaro; noticias confirmadas por algunos espías que envié hasta las cercanías del fuerte. Unos y otros me han asegurado, por una parte, que cada día se fortalece más el castillo, y por otra, que no hay foso al pie de las murallas, como se decía y que estas son mucho menos altas de lo que creíamos, y pueden fácilmente ser asaltadas con nuestras escalas. Tiene la palabra el señor Moore, que, disfrazado para escapar del peligro, estuvo hoy mismo rodeando el fuerte: él podrá daros, señores, todos los pormenores que necesitéis.

—Efectivamente —dijo este que era un joven pequeño y lampiño, pero de aspecto vivo e inteligente—, efectivamente, según lo que pude ver, hay un camino por la derecha del fuerte, que es ancho y cómodo, y nos puede llevar, sin ser casi sentidos, hasta

el pie de las murallas; a la izquierda, por donde no pude ir, me aseguró un desertor que tengo en mi poder, que se encuentra una puerta de madera, mal defendida casi siempre y que fácilmente se podrá forzar, a la cual dicho desertor ha ofrecido conducirnos con seguridad, a riesgo de perder la vida, si no anda derecho.

Apenas hubo concluido de hablar el joven Moore, lo hizo otro inglés, que también había reconocido la fortaleza la noche anterior; pero este no pudo dar pormenores satisfactorios de lo que había visto. Llamaron en seguida a los prisioneros y a los desertores, y les hicieron muchas preguntas, que tampoco fueron muy del gusto de todos los oficiales, los que no podían menos que desconfiar de gentes de quienes los unos decían habían escapado de la fortaleza en que se hallaban sus compatriotas, para ir a buscar a los enemigos, y los otros, que se habían ido a pasear por las inmediaciones del campamento de los ingleses, y dejándose coger prisioneros sin mucha dificultad. Había, pues, mucho riesgo de que aquellas gentes fuesen enviadas como espías al campamento para perder a los ingleses.

Dos de los oficiales más importantes del ejército protestaron contra el plan que se les propuso de atacar aquella fortaleza de noche, y guiados por desertores y prisioneros; pero el general Wentworth se empeñó en ello; no había para la expedición, dijo, otro remedio ni probabilidad de obtener alguna victoria contra los españoles, sino resguardándose en el corazón de sus fortificaciones, que parecían inexpugnables. Necesitaba levantar el ánimo de las tropas, que estaban no solo aterradas con los obstáculos que les ofrecían los muros de la ciudad, muchísimo más difíciles de forzar que los castillos de la bahía, sino que las espantaba el contagio de la fiebre que había diezmado el ejército. Se discutió y concertó, pues, el plan de ataque para esa madrugada; plan que fue comunicado inmediatamente por los mayores del ejército a los jefes y oficiales.

Capítulo X: el asalto

La noche, que había empezado sumamente oscura, se despejó de las doce para adelante, merced a ciertas ráfagas de viento que limpiaron el cielo y pusieron al descubierto las estrellas.

A las dos en punto de la mañana de aquel día nueve de abril, que tan aciago fue para los ingleses, las tropas se hallaban desplegadas y formadas sobre la playa, al lado opuesto del estero que divide la isla de Manzanillo de la Tierra Firme.

Debíase asaltar la fortaleza por dos lados al mismo tiempo, confiando en que, a una señal dada, las bombarderas pedidas al almirante cumplirían con su deber desde la bahía. El brigadier general Guise era el comandante del asalto, y debía tomar el camino de la derecha del castillo, mientras que el coronel Grant (xxxiv) tomaría la vía de la izquierda y forzaría la puerta de madera de que había hablado el desertor. Al general Wentworth tocaba quedarse abajo con la reserva, la cual entraría en batalla, si no alcanzaban la victoria.

Las estrellas titilaban en el cielo, y algunos luceros brillaban tanto, que daban una luz casi tan viva como la luna, cuando el ejército rompió marcha en silencio y se dirigió hacia el castillo que se distinguía en la cumbre del cerro, negro, severo e imponente.

Rompieron la marcha los granaderos por el lado derecho, seguidos por el batallón americano que interinamente mandaba el capitán Keith. Como el clima quitaba las fuerzas a los granaderos, se les quiso aliviar del peso de los morrales en que cargaban las granadas de mano, los cuales fueron confiados a un destacamento del batallón americano, que llevaba las escalas, para que en el momento del ataque les devolviesen los morrales con las granadas, y ellos echasen las escalas al muro, según se les mandase.

Pero no bien empezó la marcha, cuando comenzó a encapotarse el cielo, el cual se fue poniendo a cada momento más oscuro,

hasta que todos quedaron sumergidos en profundas tinieblas. Nada se veía ya; y como era prohibido llamar ni hacer ruido alguno, unos y otros se guiaban solo por el rumor que hacía la tropa al marchar y el brillo fugitivo de las armas al moverse.

Sea que el guía que debía señalar la marcha por la derecha del fuerte les hiciese voluntaria traición, o que equivocase el camino, con motivo de la extraordinaria y repentina oscuridad de la noche, lo cierto es que, en lugar de llevarles por la buena vía, les hizo tomar una vereda por el frente mismo del castillo, vereda escarpadísima, descubierta a la vista de los centinelas que allí velaban. No bien estuvo la tropa inglesa a una cuadra de distancia del castillo, cuando corrió la voz de alarma en el interior de sus muros, y recibieron de repente los que avanzaban adelante una descarga de artillería, que dejó sobre el campo muchos muertos, mutilados y heridos; pero, no obstante esto, los enemigos continuaron avanzando intrépidamente hasta el pie mismo de los muros. Allí asaltaron las primeras trincheras españolas, en donde se trabó un espantoso y mortal combate. Entre tanto, el coronel Grant llegaba a la puerta de madera, guiado por un desertor portugués.

Este se adelantó solo, dejando a los demás atrás.

—¿Quién vive? —le gritaron desde adentro.

—¡España y Felipe V! —contestó él.

—¡Haga alto! —le contestaron.

El otro se paró.

—Vengo a hablar con el capitán Perol —dijo el desertor.

—¿Quién es usted? —le preguntaron.

—Miguel Continho, que quedó fuera de los muros por equivocación, ayer de mañana.

—¡Es un desertor! —gritó uno adentro—. ¡Y un traidor! —Añadió—. Pues veo muchas sombras más lejos.

—¡Enemigos! —exclamó un centinela.

—¡Apunten! ¡Fuego! —se oyó que dijo el capitán Perol, y una descarga cerrada barrió la vanguardia del enemigo. Entre estos

murió el desertor portugués, a pesar de que había tratado de huir al verse reconocido por los de adentro.

El coronel Grant avanzó entonces para no dar tiempo a que volviese a cargar el enemigo, y lanzándose sobre la puerta de madera, mandó poner las escalas que llevaba prevenidas; pero resultaron demasiado cortas. Entre tanto, el fuego continuaba empeñado entre los asaltantes y los defensores, con brío singular.

Viendo aquello el coronel Grant, quiso tomar otra vía y atacar la fortaleza por otro lado, pues en aquel sitio sus soldados sufrían la muerte sin poder hacer daño alguno a los españoles, que se defendían con una sorprendente actividad, sin dejar de hacer fuego un momento; pero no supo qué hacer al pie de muros desconocidos y sin quién le condujese a otra parte, y resolvió, lleno de coraje y desesperación, volver a embestir la cerrada puerta, llevando a ello todo el regimiento que comandaba.

—¡A ellos! —gritó con una voz estentórea que se oyó clara en medio de la estridente fusilería y los roncos cañonazos—. ¡Mueran los españoles! —añadió con la espada desenvainada, arrojándose al asalto por encima de los cadáveres tendidos al pie de las fortificaciones. Pero aquel valor y denuedo fueron inútiles: no bien hubo dado algunos pasos, cuando cayó mortalmente herido, y los que le acompañaban retrocedieron espantados. Entonces el oficial que le sucedía en el mando, no sabiendo qué hacer en semejante conflicto, tocó retirada, y los que habían quedado sanos se fueron a situar detrás de un pliegue del terreno, en donde se ocultaron mientras que se mandaba avisar al general Guise la desgracia que había ocurrido.

Este continuaba, entre tanto, el asalto a las trincheras españolas; las amenazas, las voces de mando por una parte y otra, los toques de corneta, el redoble de los tambores, el estrépito de la fusilería, el estruendo de los cañonazos, los gritos de dolor y de rabia que se oían, helaran por cierto la sangre a otros menos valientes

y menos tenaces. Al fin los españoles hubieron de abandonar las trincheras y retirarse detrás de las primeras fortificaciones avanzadas, defendidas por gruesos muros. Los ingleses se apoderaron de las trincheras, dando gritos de triunfo, y llegaron hasta el pie de las murallas. Guise dio una gran voz.

—¡Capitán Keith! —Dijo—. ¡Que los americanos arrojen las escalas sobre los muros!

—¡Las escalas! —gritó este, volviéndose a los suyos—. ¡Las escalas!

Todos se miraron espantados. ¡No parecían las escalas! Algunos de los encargados de ellas, en medio de la confusión y la oscuridad de la marcha, las habían arrojado para apoderarse de algunos fusiles con los cuales pelearon sobre las trincheras que acababan de tomar, sin acordarse de su cometido.

En aquel momento, Guise recibía el parte que le mandaba el comandante de la columna encomendada a Grant; y supo la muerte de este y la angustiosa situación en que se hallaban los que debían haber forzado ya la puerta por el camino de la derecha. Comprendió el general que, a la venida del día, cuyas luces ya empezaban a teñir el cielo por el levante, todos perecerían, expuestos a los certeros tiros de los españoles, que no habían cesado de hacerles fuego, y, a pesar de la oscuridad, de matarles gente incesantemente.

—¡Un esfuerzo más para conseguir la victoria! —gritó entonces el general, y animando a sus tropas, volvieron de nuevo al ataque de las murallas. Con unas pocas escalas que habían encontrado botadas por el suelo, procuraron escalar el cercano muro... Algunos, y el primero de todos Keith, lograron subir por las escalas, en un momento en que la luz del día asomaba clara y serena por el lado de oriente. Un inmenso grito de rabia se dejó oír sobre las murallas del castillo al notar que el enemigo avanzaba sin cesar y que preparaba un esfuerzo heroico para tomar la plaza

por asalto. Viose al mismo tiempo avanzar por los caminos de la playa un refuerzo de 500 hombres más, que mandaba el general Wentworth para que apoyasen el ataque de Guise.

—¡A ellos! ¡A la bayoneta! —gritó el gobernador del fuerte—, y saliendo los españoles de improviso por diferentes puertas, apoyados por la artillería situada sobre los muros, cargaron sobre los enemigos con tanto ímpetu, que les forzaron a volver la espalda y huir.

Guise, entonces, para cubrir la vergüenza de la fuga, mandó tocar retirada, la cual se ejecutó con algún orden, apoyada por la columna que había enviado Wentworth a auxiliarle. Los españoles no quisieron perseguir a los enemigos que huían, y después de recoger a los heridos y rezagados que habían quedado al pie de las murallas, entraron nuevamente en la fortaleza, mandaron tocar alegres dianas sobre las murallas, para que oyesen, por una parte el vencido enemigo, y por otra la ciudad de Cartagena, que había estado escuchando, sin saber el resultado del terrible combate, cuya duración fue de tres horas, con una furia medrosa y continua por uno y otro lado.

No hay concordancia entre los historiadores españoles e ingleses acerca de los muertos, heridos y prisioneros que resultaron de aquel combate. Sin embargo, vistos los estragos causados por un asalto como debió ser aquel, no ponemos nuestra confianza ni en los partes de los ingleses, que tenían interés en que no aparecieran tantas pérdidas, ni en los de los españoles, que naturalmente quisieron exagerar los frutos obtenidos por ellos con aquella victoria: el lector juzgará de ello lo que le parezca, pues le presentaremos los documentos de unos y otros.

Los partes ingleses dicen que en aquel asalto tuvieron 170 muertos —entre oficiales y soldados—, 459 heridos, muchos de ellos mortalmente, y 16 prisioneros.

Los españoles dijeron que los ingleses habían perdido 800 muertos y 200 prisioneros, estos casi todos mal heridos, en tanto que de los que defendían la fortaleza no hubo más bajas que las de 200 hombres, entre muertos y heridos.

Convínose por ambas partes en suspender las hostilidades durante algunas horas, para recoger los heridos y dar sepultura a los cadáveres. Concluido este deber, el 10 de abril se embarcaron los heridos ingleses, los cuales murieron casi en su totalidad, y mientras se hacía esto continuaron arrojando tiros los morteros que habían montado los invasores frente al castillo de San Lázaro, y este contestando con brío, hacía bastante daño en el campamento enemigo.

Es preciso ahora que volvamos a buscar al capitán Keith, a quien dejamos en situación muy crítica, escalando los muros de la fortaleza, en el momento en que la claridad del día bañaba con serena luz el campo de batalla, sembrado de cadáveres y cubierto de sangre.

Capítulo XI: el desenlace de todo

Keith se había lanzado sobre la primera escala que fue puesta contra la muralla exterior del castillo de San Lázaro, y con toda la agilidad de un marino había subido por ella con la espada desenvainada y alentando con sus voces a los soldados que le seguían.

Pero no bien hubo dado el salto sobre el parapeto, cuando recibió una descarga cerrada, y que le atravesó ambas piernas, y cayendo de redondo, largo a largo, quedó allí sin sentido, hasta que concluyó el combate y los españoles fueron a hacer las rondas sobre las murallas.

—¡Otro cadáver! —exclamó uno—, y parece ser el de un oficial de alta graduación, añadió la voz.

—Es el de un marino, capitán de un navío de guerra por lo menos. Vea usted, señor don José de Leyva, los galones que lleva— repuso otro.

Al decir esto, volvió sobre el costado al supuesto muerto.

—¡Ay! —exclamó Keith, volviendo en sí.

—¡No ha muerto! —dijo el bueno de don José; y añadió, dirigiéndose a los que le acompañaban—. ¡Es un gallardo joven! Que traigan una camilla para llevarle al hospital militar, quizá podremos salvarle.

Una pálida sonrisa se dibujó sobre los labios del herido, y murmuró entre dientes:

—¡Gracias!

—¡Habla español! —dijo el otro—, así es mejor, porque nos podremos entender más fácilmente.

En el momento en que iban a levantar al herido, este llamó al que le había amparado, y haciendo un esfuerzo, dijo con voz debilitada:

—Le he oído llamar a usted don José de Leyva. ¿Ese es el nombre de usted?

—Sí; pero...

—Tengo que hablarle antes de morir: no me abandone usted...

A pesar de los cuidados con que transportaron al herido al hospital militar, el dolor agudo que le causó el movimiento le hizo perder de nuevo el sentido.

—Será preciso amputarle ambas piernas —dijo el cirujano, después de examinarle cuidadosamente.

—¡Pobrecillo! —repuso don José de Leyva, el cual andaba vestido de militar, pues había tomado las armas para defender los muros de Cartagena, apenas se acercaron los enemigos; pero aquel día lo había pasado casi íntegro al lado del herido inglés, que parecía haberle cobrado súbito cariño.

—¿Qué hará así mutilado? —añadió con acento de compasión.

Keith había recobrado su conocimiento; pero estaba muy débil, y casi no podía articular palabra. Sin embargo, algunas cucharadas de caldo que le administraron⁴⁰ le volvieron el ánimo.

—Prefiero la muerte —dijo al cirujano que le ponía los últimos vendajes, después de un minucioso examen—. ¿No hay esperanza de salvarme de otro modo?

—En este clima no la hay... Y aun así la operación podrá costarle la vida; mi deber es advertírselo. Vendré dentro de dos horas a saber cuál es su resolución definitiva.

—Yo no temo la muerte —repuso Keith— y tanto menos, cuanto he tenido el gusto de encontrarme con el señor don José de Leyva.

Este le miró sorprendido.

—No entiendo —dijo—, y hace doce horas que me devano el entendimiento para comprender cuál es el interés que usted me ha manifestado.

—Mi nombre es Roberto Keith...

—Sí será; pero...

—¿Es decir que usted nunca recibió una carta que tuve el honor de dirigirle ahora algunos meses?

—¡Una carta de usted a mí! ¿Y con qué objeto?

—Esta le explicará a usted el misterio —contestó Keith— sacando un papel cerrado de un bolsillo secreto de su chaqueta de marino, que aún conservaba puesta.

—¡Está dirigida a mí y fechada en Londres!...

—Efectivamente.

—¿Quién me puede escribir de Inglaterra?

⁴⁰ Los ingleses confiesan, en todas sus historias y documentos oficiales, que los prisioneros fueron tratados por los españoles con la mayor humanidad. El virrey mandó que tratasen a los prisioneros heridos al igual de los españoles; y los que quedaron vivos, en el momento en que partió la expedición, fueron devueltos al almirante.

—Vea usted la firma.

—¡Albertina de Leyva, esposa de Keith!... —gritó el otro, mirando al herido con asombro.

—Mi esposa, sí señor.

—¿Usted fue quien me arrebató mi hija de Portobelo? ¡Usted!...

Y al decir esto, se acercaba con aire amenazante al herido.

—Lea usted primero la carta de Albertina —contestó el capitán— y, en seguida, le daré todas las explicaciones que exija, pues yo...

No pudo hablar más por ser extremada su debilidad.

Acercose Leyva a un mechero que ardía en un rincón del aposento —pues ya era de noche— y no sin dificultad leyó una larga carta que su hija le había escrito, para el caso de que Keith se encontrase con su padre en Cartagena, por alguna casualidad. Cuando el español hubo concluido la lectura, se acercó de nuevo al capitán, y sin desarrugar el entrecejo, le dijo:

—¿Y quién me garantiza que usted no engañó a esa desgraciada, y que su matrimonio no sea una farsa para acallar sus escrúpulos?

—Mi palabra de honor —contestó el herido— y estos documentos que, con el objeto de satisfacer a usted, he traído de Londres.

Al decir esto le alargó un paquete de papeles.

Don José de Leyva los estuvo mirando largo rato, y al fin dijo:

—Yo no entiendo inglés.

—¿Y no habrá quién le explique a usted lo que allí está escrito?

—En Cartagena quizá... Iré a pedir licencia para pasar a la ciudad con un destacamento que debe ir a tomar órdenes del virrey dentro de un rato.

Y sin mirar al herido, salió desolado del hospital, y rato después bajaba del castillo con un piquete de soldados, con dirección a Cartagena.

Don José de Leyva permaneció ausente toda la noche y no regresó al castillo de San Lázaro sino al romper el alba, y en el momento en que el capitán Keith estaba agonizando.

El cirujano no se había atrevido a hacerle la amputación, y entre tanto se le gangrenaron las heridas. Sin embargo, Keith reconoció a su suegro, le alargó la mano, se la apretó, y, al entregarle un papel, le dijo, antes de expirar:

—Pida perdón a Albertina en mi nombre. Si la hice desgraciada... mi muerte la deja libre otra vez: mi deseo era hacerla feliz; otro quizá lo conseguirá.

El papel que entregó a don José de Leyva era la copia del testamento que había hecho en Londres antes de partir, y por el cual dejaba todos sus bienes a su viuda.

Volvamos ahora al campamento de Wentworth, y veamos qué había sucedido allí después del frustrado asalto al castillo de San Lázaro. Aquello había hecho comprender a los ingleses que sería enteramente impracticable la toma de la plaza de Cartagena, e inútil, y hasta un crimen, acabar de hacer morir, delante de los inexpugnables muros de la ciudad, las tropas que habían quedado sanas. De hora en hora aumentaban las enfermedades, y el pánico que se había apoderado de todos no era de las balas del enemigo, sino de las fiebres y demás enfermedades que sus médicos no sabían curar y que habían matado ya casi las dos terceras partes del ejército y de los marinos. Por otra parte, la mala voluntad entre el almirante Vernon y el general Wentworth crecía sin cesar: el primero no permitía que los buques y sus tripulaciones sirviesen en cosa alguna para el asedio y el ataque de la plaza, y el segundo aseguraba que la tropa sola no podría jamás obtener triunfo alguno.

Después de varios débiles ataques a la fortaleza de San Lázaro y a algunos de los baluartes avanzados de la ciudad, al fin se resolvió abandonar definitivamente la empresa. El 16 de abril se levantaron las tiendas de campaña; la tropa se formó sobre la playa, y fue embarcándose con todo orden en los botes enviados para el caso, sin que los españoles la hostilizasen en cosa alguna en su retirada.

La tropa y la marinería se ocuparon después en destruir los fuertes y castillos de la bahía, prender fuego a los buques de guerra que habían tomado a los españoles cerca de Bocachica, y hacer todos los daños posibles en los lugares del contorno. Más de un mes gastaron en aquella obra de destrucción y en los preparativos para abandonar el asedio de la plaza. Entre tanto, continuaba la mortandad entre la tropa y los marinos, y no se oían sino los ayes de los moribundos y las imprecaciones de los enfermos y de los que temían estarlo.

Al tiempo de abandonar la bahía de Cartagena, la escuadra de Vernon dejaba sepultados en sus playas a más de nueve mil hombres, que perecieron, unos de resultas de los combates, pero la mayor parte víctimas de las enfermedades que les habían acometido. Dícese que murieron allí siete coroneles, tres tenientes coroneles, catorce capitanes y diez y ocho tenientes. Algunos historiadores aseguran que la pérdida de los ingleses no bajó de diez y ocho mil hombres; pero aquel concepto parece exagerado.

Era ya el 20 de mayo, cuando los sitiados cartageneros tuvieron la satisfacción de ver desaparecer la última vela enemiga.

El virrey Eslava se había manejado con tanto valor personal, que aun recibió una herida, aunque leve; y en cuanto a su pericia y actividad, los historiadores no cesan de encomiarle. Ayudábale en todas aquellas faenas, sin descansar día ni noche, el jefe de escuadra don Blas de Lezo, a quien hemos visto que tanta ojeriza tenía

el almirante Vernon, el cual tuvo que volverse a llevar las famosas medallas, con las que de antemano había pretendido humillarle.

Deseosísimo don José de Leyva de recuperar a su hija, que no podría indudablemente vivir contenta en Londres, lejos de su padre y de sus compatriotas, pidió permiso al comodoro Ogle para embarcarse en un buque que este iba a despachar para Inglaterra, con el objeto de irse a reunir a Albertina y llevarle la noticia de la muerte de Keith.

Por haber partido con la escuadra inglesa, don José de Leyva no estuvo presente en la magnífica fiesta de iglesia que el virrey mandó celebrar con gran pompa en acción de gracias por el felicísimo triunfo obtenido sobre los ingleses.

El virrey Eslava fue premiado en España por el rey, que le concedió un título más alto de nobleza, a él y a su hija mayor, y a su regreso a la Madre Patria le dio el ministerio de guerra.

Desgraciadamente don Blas de Lezo, fatigado con los muchos trabajos que tuvo en el sitio de Cartagena, sucumbió el 4 de septiembre de aquel mismo año, y sus huesos se conservan en la Ciudad Heroica. Como no hubiese tiempo de premiarle, el rey de España agració a su primogénito con el título de Marqués de Oviedo y le hizo otras mercedes.

En cuanto a Albertina de Leyva, no hemos podido averiguar qué fue de ella después de su regreso a Cartagena con su padre, adonde llegó un mes después de la muerte de don Blas de Lezo, y desembarcó en el momento en que se celebraban en la catedral de Cartagena unas suntuosas honras por el descanso de su alma.

Hasta aquí el lector nos ha acompañado a través de los siglos, desde la primera expedición de piratas sobre Cartagena, encabezada por Roberto Baal, en 1544, hasta la frustrada tentativa del almirante Vernon, dos siglos después. Quisiéramos describir también el más heroico de los sitios que ha sufrido Cartagena: el del «pacificador» Morillo en 1815 (xxxv)... Pero preferimos no

discutir aquellos hechos dolorosísimos de la epopeya de nuestra independencia, en la cual los descendientes de los mismos que combatieron juntos para rechazar al extranjero, se hacían entre sí tan ruda guerra... Corramos un velo sobre aquellos acontecimientos; y por ahora no recordemos sino que las glorias de España fueron también las nuestras durante tres siglos en América, así como las habían celebrado nuestros mayores desde la época de Numancia hasta la de Zaragoza, bajo una misma bandera.

Bogotá, 12 de enero de 1886.

FIN

Notas explicativas

- (i) La llegada del almirante Vernon en 1741 marca un hito en la relación entre la piratería y los conflictos internacionales, precisamente por el escenario convulsionado entre España e Inglaterra, en que el simbolismo nacionalista es una forma de instalación discursiva de la contienda entre los poderíos imperiales:

Vernon atacó la plaza con imponentes fuerzas compuestas de ocho navíos de tres puentes, 28 de línea, 12 fragatas, 130 embarcaciones de transporte y cerca de 10,000 hombres de desembarco. En la ciudad, al mando del virrey Sebastián de Eslava y del general de galeones Blas de Lezo, había una fuerza de 2.100 soldados y seis navíos de guerra. Rechazando el primer ataque con pérdidas, se dedicaron los sitiadores a bloquear el fuerte de San Lorenzo, que era la llave de la plaza. El general Wenworth, que mandaba las tropas de desembarco, disentía de la táctica del almirante, el cual, dando ya como suya la toma del fuerte, mandó un despacho a la metrópoli anunciando la inmediata rendición de la ciudad. Lo cierto es que se acuñaron medallas con el busto del almirante Vernon y el lema de «la soberbia española humillada» y se celebraron grandes festejos en Londres para conmemorar el glorioso suceso. Esto, no obstante, hacía ya quince días que los españoles e ingleses peleaban diariamente en la bahía y en los castillos, sin que los ingleses adelantaran nada; al contrario, multiplicándose las pérdidas de estos últimos, tanto por el mortífero estrago de las armas, como por las enfermedades propias del clima. Desalentado Vernon, desistió de su empeño, retirándose a Jamaica después de dos meses de lucha. La noticia oficial de su victoria llegó en forma poco halagüeña al pueblo inglés, que por odios de raza había impuesto la guerra al Parlamento y al Gobierno. El héroe de la defensa, Lezo, recibió el título de marqués de Oviedo. (EUIEA, tomo 11, 1955, p. 1439)

También se maneja la versión de que la llegada del 13 de marzo de 1741 cuenta con 23.000 efectivos, que tuvieron, en un

inicio, la resistencia desde Manzanillo y San Luis que estaba en reconstrucción (Segovia, 2009).

- (ii) El capitán Jenkins comanda un corsario interceptado por el guardacostas Isabel cerca de la península de la Florida. A aquel le es cortada una oreja con la amenaza de hacer lo mismo con el rey de Inglaterra, en lo que es la denominada Guerra de la Oreja de Jenkins:

Este conflicto entre Inglaterra y España en 1739 se conoce comúnmente como «la guerra de la oreja de Jenkins». La causa última de este largo conflicto era la rivalidad comercial y política entre las dos potencias y la pretensión inglesa de dominar el Caribe para hacer entrar sus mercancías en el imperio español. Nunca se supo qué demagogo inventó la especie pues según Walpole en sus Memorias, Jenkins murió con sus orejas puestas. Lord Elton comenta: «La grotesca leyenda de la oreja perdida por el capitán Jenkins llegó a convertirse en símbolo de la resolución nacional de derribar las barreras comerciales que por tanto tiempo le habían exasperado. La guerra se hizo inevitable. Era una guerra en la que se ventilaba un botín comercial, más que una reparación de los males sufridos por los marinos ingleses». Esta guerra que se suele llamar con criterio dinástico <Guerra de Sucesión Austriaca>, duró desde 1739 a 1748, fechas que enmarcan el gobierno virreinal de Sebastián de Eslava. (DPHC, 2001, p. 46)

- (iii) Hijo y heredero del trono de Jorge I. Nace en 1683 y fallece en 1760. Reina Gran Bretaña e Irlanda y es elector de Hannover desde 1727 hasta su fallecimiento. Participa en la sucesión austriaca, la derrota a los franceses en Dettingen en 1743 y la expansión colonial a Canadá e India (ESD, tomo, 1982, 7 p. 1893).
- (iv) Nace en 1676 y fallece en 1745. Destacado miembro del Parlamento desde 1701 con el partido Whig. Tiene una prolífica labor en distintas dignidades políticas y gubernamentales:

En 1708 participó en el Gabinete como secretario de Guerra y posteriormente fue tesorero de la Armada: pero, acusado por los tories de corrupción, en 1711 tuvo que abandonar su escaño parlamentario para ocupar una celda en la Torre de Londres. Con la entronización de los Hannover, cuya causa había defendido, fue nombrado canciller del Tesoro y secretario de Hacienda en 1715. Aunque fue obligado a abandonar su cargo por los consejeros del nuevo rey, volvió al poder en 1721 para dirigir el Gabinete, puesto en el que se mantuvo durante muchos años tras la subida de Jorge II. En 1742 abandonó el gobierno, cuando la guerra de Sucesión austriaca planteó la perspectiva de una alianza con los Habsburgo para impedir la hegemonía francesa. Al poco tiempo de abandonar el poder fue nombrado duque de Orford. (ESD, tomo 12, 1982, p. 3326)

- (v) Nace el 1 de marzo de 1683 y fallece el 20 de noviembre de 1737. Desciende de Juan Federico de Brandemburgo y es destinada a desposarse con el archiduque Carlos de Austria, aunque se casa luego con el heredero de la casa Hannover, Jorge:

[...] contribuyó eficazmente a asegurar la corona de Inglaterra a la familia de su marido. Reconocido rey su suegro Jorge I, intervino muy activamente en la política inglesa, identificándose con una nación que no amaba y cuyas instituciones liberales no eran muy de su agrado. Caído su marido en desgracia le acompañó a Richmond, y a su advenimiento supo sostener digna y hábilmente su papel de reina, contrastando con la conducta un tanto ligera de Jorge II, su marido, a quien, sin embargo, dominaba completamente y de quien era amada. (EUIEA, tomo 11, 1955, p. 1227)

- (vi) Juan Hervey D'Ickwoth (1696-1743) fue un político y escritor inglés. Ejerce como diputado en 1725, primer ministro durante el reinado de Jorge II y combate en Walpole. Entre 1730 y 1733 es vicechambelán, consejero real y participa en la Cámara de los Pares, en sucesión de su padre: «[...] Hombre sin religión y de moralidad dudosa, estuvo, en cambio, dotado

de grandes dotes intelectuales y de una simpatía extraordinaria, que le hacía perdonar sus defectos. Casó con María Lepell» (EUIEA, tomo 27, 1955, p. 1302).

- (vii) El término *whig* surge en el siglo XVII durante las monarquías de Carlos I y Carlos II. Por dificultades en la conciliación entre el rey y el pueblo, este partido se define en la política inglesa en oposición a los tories, quienes mantienen afinidad con las premisas reales. Los primeros, por su parte, se sobreponen al Parlamento, especialmente en lo que se refiere a la religión, de la que eran divergentes (EUIEA, tomo 70, 1955).
- (viii) Familia noble europea, principalmente con poder en Francia, con origen en Bourbonn- l'Archambault, en venia con los condes de Bourges. Tuvieron influencia en España, tras el fallecimiento de Carlos II de la Casa Habsburgo (ESD, tomo 2, 1982).
- (ix) La *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, publicada por Espasa-Calpe en 1955, explica que: «[...] el almirante inglés Eduardo Vernon, [...] en 1742 se apoderó de la ciudad por capitulación, y destruyó las fortalezas, siendo gobernador de la población Juan de la Vega Retes» (EUIEA, tomo 46, p. 657).
- (x) El acceso principal al puerto era custodiado por el castillo de San Felipe en el norte; Santiago de la Gloria en el sur y, en otras locaciones, San Jerónimo y San Cristóbal. La construcción de estas fortificaciones se da por disposición de Felipe II y con los planos de Juan B. Antonelli: «[...] En la pequeña ensenada de la Caldera se carenaban embarcaciones y en la extremidad oriental en el camino que conducía a Panamá, había un puerto llamado Gumeá, en el cual tenían antiguamente

sus habitaciones los negros de uno y otro sexo, tanto esclavos como libres» (EUIEA, tomo 46, 1955, pp. 656-657).

- (xi) Bernardo Gutiérrez de Bocanegra, según Lemaitre (1983), «[...] resultó desdichadamente incapaz de defender [a Portobelo del ataque de Vernon] «por debilidad o negligencia», y pronto la ciudad y sus tres castillos, el *Gloria*, el *San Jerónimo* y el *Todo fierro*, cayeron en manos del inglés» (p. 263).
- (xii) El golfo de Vizcaya o golfo de Gascuña es una ensenada del conocido Mar Cantábrico, entre España y Francia.
- (xiii) Ciudad capital del país homónimo que cuenta con un istmo y, en la Iglesia de San Felipe Neri, se redacta la constitución de 1812.
- (xiv) El Ferrol fue un puerto militar que se ubicaba en La Coruña, al costado diestro de la ría homónima, donde se realizaba la construcción de barcos petroleros y de artillería (ESD, tomo 5, 1982).
- (xv) Poblado inglés del condado de Kent, cerca de la estación del ferrocarril de Selling (EUIEA, tomo 18, 1955).
- (xvi) Este general guipuzcoano es designado por el virrey del Nuevo Reino de Granada, Sebastián de Eslava. Su labor se destaca especialmente por la defensa durante la arremetida del almirante Vernon:

De su larga carrera naval tenía como experiencia el haber estado en el combate de Vélez Málaga (donde perdió por un golpe de bala de cañón una pierna el 24 de agosto de 1704), sostenido contra la escuadra anglo-holandesa del almirante Rooke; también estuvo en Tolón, donde perdió el ojo izquierdo por un fragmento de metralla luchando contra el duque de Saboya en 1707; el brazo derecho lo había perdido en el sitio de Barcelona en 1714. Pero también por sus hazañas en Vélez Málaga había

ganado, por otra parte, el ser ascendido a teniente de navío; por su victoria de Tolón fue ascendido a capitán de fragata, y por su papel en Barcelona, a capitán de navío. Armado en corso, persiguió el contrabando por las costas del mar del sur con tan buena fortuna, que Felipe V en persona le dispensó grato recibimiento en Sevilla. Como jefe de escuadra del Mediterráneo obligó a los genoveses a saludar la bandera de su barco insignia con las salvas de ordenanza y a entregar los dos millones de pesos que tenían en depósito, y al frente de las mismas unidades tomó parte en la conquista de Orán en 1732, y ganó el ascenso a teniente general de la real armada. Partió don Blas de Lezo en vísperas de la declaración de guerra por la Gran Bretaña a España, rumbo al Caribe, con los navíos de guerra, Conquistador, nave capitana; Fuerte; África; Europa; Dragón, y Galicia, que era el buque insignia, convoyaba 8 mercantes y dos navíos de registro. Llegando a Cartagena, su destino, el 11 de marzo. Pocos meses después, el 4 de agosto de 1739, zarpaban de Portsmouth nueve barcos de guerra armados con 550 cañones y dotados de 3.700 combatientes, más numerosas unidades de transporte, al mando del vicealmirante Edward Vernon, (fue ascendido a almirante después del ataque a Portobelo), quien, luego de entrar en el Caribe, intentó probar fortuna con un ataque imprevisto a la Guayra. Sus defensores (veteranos y milicias) le obligaron a retirarse amoscado por las pérdidas en hombres y en material[...] La plaza entera se entregó después del ataque que duró del 21 al 27 de noviembre de 1739. Al comunicar Vernon a don Blas de Lezo el triunfo de sus naves le encarecía el buen trato que dio a los españoles prisioneros —sin exceptuar a Polanco que se había portado tan mal con los ingleses según Vernon— y le pedía igual trato con los factores del mar del sur y libertad para sus otros compatriotas encarcelados en las mazmorras de Cartagena. Defendió en el mar a la ciudad con sus navíos, el «Galicia», el «San Carlos», el «África» y el «San Felipe», que había colocado en la parte interior de la bahía., en la proximidad del Castillo, para apoyarlo. (DPHC, 2001, pp. 50-51)

- (xvii) Pasajes de San Juan se ubica en la costa de Cantabria.
- (xviii) Reconocido almirante inglés que nace el 23 de abril de 1697 y fallece el 6 de junio de 1762. Ingresa a la armada a los 15 años, llegando a ser capitán de fragata en aguas americanas. Se le atribuye la fundación europea de Anson en Carolina del Sur en 1735, sitio estratégico para la arremetida contra las fuerzas españolas en 1739: «[...] El Parlamento le dio las gracias en nombre de la nación y el rey le nombró contraalmirante de la insignia azul, en 1745 de la blanca y en 1746 vicealmirante de insignia azul [...] En 1761 fue nombrado almirante de la flota británica» (EUIEA, tomo 5, 1955, p. 720).
- (xix) En la Mar del Sur, Schouten y Le Maire encuentran una nueva ruta, que lleva el nombre del segundo. Luego, este complejo lleva el nombre de Estrecho de Magallanes y se vincula con el Cabo de Hornos.
- (xx) Es una provincia ubicada en el norte de Perú, en el departamento homónimo.
- (xxi) Segmento marino del océano Índico, específicamente entre la costa oriental india y la occidental de Indochina. Se reconoce por la isla de Ceilán, los archipiélagos de Andamán y Nikobar. En este mar desembocan los ríos Ganga y Brahmaputra (ESD, tomo 2, 1982).
- (xxii) Antes llamado *Cabo de las Tormentas*, es un cabo sudafricano descubierto por el navegante Bartolomé Dias. Da al título a Ciudad del Cabo. Vasco da Gama abrió sobre este un paso para la ruta de las especias (ESD, tomo 2, 1982).
- (xxiii) Dager Nieto (2001) indica que este personaje fue «Mariscal de Campo, segundo al mando después de Blas de Lezo,

- Gobernador de la ciudad, a cuyo cargo quedó la parte administrativa y el abastecimiento de víveres» (DPHC, p. 55).
- (xxiv) La escuadra de Vernon se compone de 21 navíos de línea y más de 170 barcos de transporte con 9000 efectivos. En Jamaica se unieron 12 barcos con 4000 jóvenes provenientes de Norteamérica: «Las tropas provenientes de Inglaterra estuvieron primero al mando del General Cathcart; pero habiendo éste fallecido durante la travesía, fue reemplazado, para infortunio y desesperación del Almirante Vernon, como veremos, por el General Wentworth» (HGC, tomo 2, 1983, p. 264).
 - (xxv) Isla de las Antillas Menores, en la parte oriental del Mar Caribe y la más grande de las Windward Islands. Es un Estado británico desde 1967, luego de ser protectorado. Su capital es Roseau (ESD, tomo 4, 1982)
 - (xxvi) Según el diccionario de Dager Nieto (2001), dicho personaje se desempeña en calidad de jefe de las tropas inglesas en 1741.
 - (xxvii) Ubicada al sur de Jamaica, en una de las entradas de la capital Kingston. Estación naval británica en el Mar Caribe: «[...] contiene arsenal, cuarteles y un hospital militar. Cerca de su actual emplazamiento se levantaba otro Port Royal, que era una de las ciudades más importantes de las Antillas y que fue destruida por un terremoto en 1693» (EUIEA, tomo 46, 1955, p. 571).
 - (xxviii) Su nombre completo es San Cristóbal de la Habana. Provincia ubicada en el costado occidente de Cuba, caracterizado por la fortaleza El Morro y el Palacio Presidencial. Su fundación española se debe a Diego Velásquez de Cuéllar en 1514.

(xxix) Cabo haitiano que dista 180 km de la Punta Morant de Jamaica. Es una montaña de cerca de 900 de altura que reposa en el mar, dando fin a la cordillera meridional. Se caracteriza por ser un punto en que las naves cambian su velamen (EUIEA, tomo 61, 1955).

(xxx) Sebastián de Eslava recibe homenajes en Cartagena por parte de las autoridades. Toma el cargo de virrey el 24 de abril, además de ser designado como gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada, y designa a Francisco González Manrique como presidente de la Real Audiencia de Santa Fe:

La ciudad de Cartagena lo recibió con esplendidez, improvisó un palacio virreinal para él, y durante cuatro días hubo una especie de bodas de Camacho en que se gastaron 1743 pesos en comida y luminarias. Todavía bajo los vapores de la celebración el virrey tuvo que apechar los problemas que había descrito Blas de Lezo porque durante la travesía España-Nueva Granada el inglés Vernon no solo había arrasado Portobelo (fue ascendido a almirante después de eso) sino que dos veces había bombardeado a la ciudad de Cartagena, y en Chagres, Panamá, había tomado 350.000 pesos en botín. (DPHC, 2001, p. 34)

(xxxi) La enciclopedia consultada de la editorial SALVAT (1982) indica que es una comarca española compuesta de un territorio volcánico, ubicada en la intermediación entre Guadiana y Sierra Morena.

(xxxii) En el *Diccionario de Personajes Históricos de Cartagena* de Nieto (2001), se explica lo siguiente:

El monarca español [Sebastián de Eslava o Eslava] al consultar con sus consejos de Indias, marina y guerra supo que Cartagena, Panamá y el mar Caribe exigían una atención más directa y efectiva que la precedente. Podía barruntarse que por sus aguas y costas se había de librar el zafarrancho. De 1717 a 1723 había funcionado allí un virreinato, el de la Nueva Granada.

Felipe V lo suprimió por los informes del único virrey, Jorge de Villalonga, reduciéndolo a su antigua jerarquía de «Presidencia, Gobierno y capitanía general de Santa Fe», dependiente del Perú. (DPHC, 2001, p. 34)

- (xxxiii) Aunque gobierna y capitanea Cuba entre 1724 y 1734, este general español fallece en Colombia en 1741:

Durante su mando se construyó el arsenal, se botó al agua el San Juan, navío de 50 cañones, y fue reedificado el Hospital de Paula, que una tormenta había destruido. Luego fue destinado a Panamá, donde ascendió primero a general de división y luego a teniente general. Era hombre de sentimientos caritativos, y a su muerte dejó 18,000 pesos al Hospital de San Lázaro. (EUIEA, tomo 33, 1955, p. 542)

- (xxxiv) Las versiones de esta historia están definidas por el tinte nacionalista de España e Inglaterra; sin embargo, Eduardo Lemaitre (1983), en su *Historia general de Cartagena*, explica que:

La versión inglesa de esta batalla de Cartagena, difiere, naturalmente, de la española, en detalles, más no así en lo esencial. «El principal ataque —dice un historiador inglés contemporáneo— debía ser efectuado por el coronel Wynward por la parte del este, que es la más empinada del Castillo, pero por donde las fuerzas atacantes no estarían expuestas al fuego de los cañones de la ciudad; mientras que el Coronel Grant, con fuerzas menores, realizaría otra aproximación por el lado Norte y el responsable de toda operación era el General De Guise. (pp. 277-278)

- (xxxv) El «Pacificador», aunque es mayormente reconocido por su cruda labor de persecución a los patriotas en el interior, se ocupa de Cartagena en 1816:

Restauró la Inquisición que había sido suprimida por la Revolución republicana de noviembre de 1811. Conocedor de las defensas de la plaza resolvió sitiarla y no tomarla en acción directa. Trajo 59 barcos, con 10.612 veteranos, repartidos en 6

batallones de Infantería, 2 Regimientos de caballería, 2 Compañías de artilleros, un Escuadrón de a caballo, y un grupo especial de Ingenieros militares. Además, de toda clase de pertrechos y víveres. Sus biógrafos refieren que era hombre de extracción humilde, nacido cerca de Toro, en Castilla, España. A los 13 años entró como soldado, unas veces en infantería y otras en la armada, fue ganando cada uno de sus ascensos hasta las guerras napoleónicas en España, en las cuales llegó al grado de General. No era un desconocido ni un improvisado, pero también sabía que Cartagena era difícil de conquistar por conocer sus secretos estratégicos, lo que lo haría no empeñarse en tomar la ciudad por asalto sino sitiirla para someterla por hambre y necesidades. Sus fuerzas estaban representadas por 59 barcos, a cuyo bordo venían 10.612 veteranos, repartidos en 6 batallones de Infantería, 2 Regimientos de caballería, 2 Compañías de artilleros, un Escuadrón volante a caballo, un grupo especial de ingenieros militares y toda clase de víveres y pertrechos. Sería recompensado por el Rey con el título de Conde de Cartagena ya tomada la ciudad. (DPHC, 2001, p. 54)



Reporte y justificación de las modificaciones hechas a la edición príncipe

Para exponer las modificaciones hechas a la edición príncipe, es indispensable aclarar que estas no invalidan el criterio y conocimiento de la autora en relación con la gramática española; es decir, no se estiman en la categoría de *correcciones*, ya que las reglas propuestas en la gramática española en 1886, año en que se publica esta obra, no son las mismas de la actual, además de un oficio de respeto, responsabilidad y ética hacia la escritora. Por tanto, se trata de un proceso de actualización, respetando el estilo y el momento en los que la autora se ubica. Puede haber gran cantidad de vocablos que no sean comprensibles para el lector, pero no han sido modificados en su mayoría, ya que dan testimonio de un momento cultural y una actualidad de la lengua, que es de competencia filológica ser descrita.

Mayúscula

La modificación más recurrente es referente al uso de la mayúscula inicial que se da más constantemente en los títulos nobiliarios y cargos públicos, la clasificación de mayor a menor recurrencia es la siguiente. El número indica la cantidad de repeticiones:

Don, 148; capitán-es, 95; obispo-s, 75; almirante-s, 70; rey-es, 70; corsario-s, 48; castellano, 24; barón, 23; jefe-s, 22; padre-s, 20; fray, 17; oficial-es, 14; coronel-es, 14; piloto-s, 12; reina, 10; su majestad, 10 (en algunas ediciones, incluyendo a la príncipe, se abrevia a S.M.); ministro-s, 8; conde, 8; virrey, 8; su señoría, 7; filibustero-s, 7; sacerdote-s, 7; guardacosta-s, 6; mensajero-s, 6; comandante-s, 6; presidente-s, 6; prelado, 6; comodoro-s, 5; provisor, 5; doña, 5; sumerced, 5; brigadier, 4; guardián, 4; cirujano, 4; mayordomo, 3; ingenieros, 3; princesa, 3; clérigo-s, 3; pastor, 3; policía, 2; franciscano-s, 2; marqués, 2; granaderos, 2; maestresala,

1; cabo, 1; vuestra paternidad, 1; monjas, 1; dignatario, 1; monarca, 1; maestro, 1; comendador, 1; visitador, 1; racionero, 1; duque, 1; chapetón, 1, y arzobispo, 1.

Bajo esta misma regla se modifican los gentilicios y grupos humanos:

Español-es, 178; inglés-es, 101; francés-es, 52; cartagenero-s, 16; indio-s, 12; holandés-es, 4; dominicano-s, 2; vasco, 2 (denominado en la edición príncipe «vascongado»); africano-s, 2; irlandesa, 1; italianos, 1, y samarios, 1.

De igual manera se hace la modificación de esta regla en los sustantivos que, sin ser nombres propios, designan las instituciones y lugares relacionados con la Iglesia, la realeza y el gobierno; al igual que a las palabras cuyo significado se determina por lo bélico. Además de esto se hace modificación de la mayúscula inicial en los meses y los puntos cardinales:

Escuadra-s, 40; fortaleza-s, 35; guarnición, 31; expedición-es, 23; plaza-s, 21; puerto-s, 19; ejército-s, 18; navío-s, 17; nación, 19; parlamento, 10; gobierno 8 (tiene mayúscula inicial cuando se designa como institución); catedral, 8; consejo, 7; convenio, 6; armada, 5; hospital, 5; corte, 5; ministerio, 4; provincia, 4; patria, 4; diócesis, 4; ley, 3; sagrario, 3; santísima, 3; regimiento-s, 3; reino, 2; colonial, 2; santa religión, 2; cabildo-s, 2; parque, 2; soberano, 2; estado mayor, 1; palacio, 1; cofradía, 1; tratado, 1; audiencia, 1; divisiones, 1; santo sepulcro, 1, hostias, 1, y virreinato, 1.

Además, se registran: abril, 13; enero, 12; junio, 10; febrero, 6; marzo, 9; mayo, 4; noviembre, 3; septiembre, 2; diciembre, 2; norte, 2; oriente, 2, y sur, 1.

Para finalizar con el segmento del apartado concerniente a la norma de la mayúscula inicial, se enumeran ahora las otras palabras cuyo criterio no es constante y es diferente a los anteriores.

Hay algunos sustantivos que tienen mayúscula inicial cuando acompañan a un nombre propio, como sucede con «Folletín de

La Nación» modificado por «folletín de La Nación». También se emplea cuando los adjetivos o epítetos que califican a alguna celebridad, en este caso Rafael Núñez, quien es calificado por Soledad Acosta como el «Regenerador», modificado por el «regenerador». Esta designación hace referencia a un periodo específico, el de la Regeneración.

Acento ortográfico

El siguiente grupo contiene las modificaciones efectuadas a las palabras cuyo acento no se admitiría en la norma gramática actual. Se expone como una manifestación arcaica y que en la gramática del siglo XIX son estimadas. Entre paréntesis se señala cómo están en la edición príncipe:

Preposición *a* (á), 1298 modificaciones. El adverbio de tiempo *ya* (yá), 102. Se explica que la tilde diacrítica que, si bien no es inapropiada, tiene mayor uso en la actualidad, acudiendo al contexto del enunciado, en formas originales de *éste-os* y *ésta-s*, por las contemporáneas *este-os*, *esta-s*, con 93 modificaciones; de igual modo, en *aquél-ellos*, con 10. El verbo *ser* tercera persona del singular en pretérito perfecto, *fue* (fué), presenta 74 modificaciones; conjunción disyuntiva *o* (ó), 51; conjunción coordinada *e* (é), 40; adverbio modal y adjetivo *tanto* (tánto), 39; pretérito perfecto del verbo *dar*, *dio* (dió), 20, y el verbo *ver* en tercera persona de singular en pretérito perfecto *vio* (vió), 21.

Adicionalmente, se registra: *ruido* (ruído), 14; *ruína* (ruína), 9; *no* (nó), 9; verbo *andar* en segunda persona del singular imperativo, *anda* (ánda), 6; verbo *morir* en tercera persona del singular, presente indicativo, *muere* (muére), 3; verbo *añadir*, en segunda persona del singular, modo imperativo, *añade* (añáde), 2; pronombre posesivo masculino pronombre segunda persona del plural, *vuestro* (vuéstro), 2; adjetivo *lluviosa* (lluviósa), 2; verbo *amolar* imperativo, segunda persona del singular, *amuela* (amuéla), 1, y

la acentuación del verbo impersonal *haber* como constituyente adverbial, *poco hace* o *hace poco* (poco há), 1.

Guiones

Otro segmento de modificaciones se relaciona con el empleo de guiones entre las palabras que componen un solo nombre propio:

San Fernando (San-Fernando), 16; Santo Domingo (Santo-Domingo), 15; San Felipe (San-Felipe), 14; Bocagrande (Boca-Grande), 9; Tierra Firme (Tierra-Firme), 8; Tierra Bomba (Tierra-Bomba), 6; San Luis (San-Luis), 5; Nombre de Dios (Nombre-de-Dios), 1; isla de San Cristóbal (Isla de San-Cristóbal), 1; La Popa (La-Popa), 4; San Juan de Dios (San-Juan-de-Dios), 5; PetitGoave (Petit-Goave), 4; Santa Cruz (Santa-Cruz), 3; San Francisco (San-Francisco), 2; San Ignacio (San-Ignacio), 1; Santa Isabel (Santa-Isabel), 1; Las Brujas (Las-Brujas), 1; Río de Hacha o Riohacha (Río-de-Hacha), 1; Pata de Caballo o Pasacaballos (Pata-de-Caballo), 1; Santa Catalina (Santa-Catalina), 1; Buenos Aires (Buenos-Aires), 1; Cabo de Buena Esperanza (Cabo de Buena-Esperanza), 1; Port Royal (Port-Royal), 1; Norteamérica (Norte-América), 1, y Cruz Grande (Cruz-Grande), 1. Esta misma regla se manifiesta en algunas palabras compuestas que se dividen por guiones, como *semi-ocultos* y *boca-calles*, modificadas por *semiocultos* y *bocacalles*.

Otras modificaciones

Además de las modificaciones o actualizaciones que se registraron, se han permutado algunos arcaísmos como *Méjico* e *inepcia* por *México* e *ineptitud*, respectivamente.

Para finalizar con este apartado, es pertinente mencionar que el fenómeno del leísmo es frecuente. Es común encontrar en la edición príncipe los pronombres átonos *lo* y *la*, en vez de *le*,

componiendo una sola palabra junto al verbo, dejando un lexema enclítico. En este punto no se han hecho mayores modificaciones, dado que se ha considerado pertinente respetar el estilo de redacción de la autora.

Una modificación que se ha considerado pertinente efectuar es en las aposiciones que en la edición príncipe van entre las rayas de diálogo, seguidos de coma; por ejemplo, «[...] al mando de los piratas Cos y Duncan —el uno francés y el otro inglés,— confederados para el robo [...]» modificado así «[...] al mando de los piratas Cos y Duncan —el uno francés y el otro inglés— confederados para el robo [...]»; y en los cortes narrativos en medio de diálogos: «[...] Eso no es cierto —le contestaron,— nosotros sabemos muy bien [...]», modificados de este modo: «[...] Eso no es cierto —le contestaron—, nosotros sabemos muy bien [...]». En este caso, como puede notarse, se ha elidido la coma (,) que va antes del cierre de la raya y se ha incluido tras de esta, en relación con el contexto oracional; esta modificación se ha hecho en 38 ocasiones.

Es, por lo dicho, un pequeño apartado en el que se justifican las modificaciones hechas a la edición príncipe y que son asentadas en la presente edición, respetando el objetivo, como se ha expuesto en la introducción, de respetar el estilo de la autora atendiendo a la comprensión de los lectores actuales. No es, por supuesto, un criterio de prescripción, sino de actualización, pues la autora escribe con las premisas gramaticales de su época y, al tomarse en cuenta esta obra para un público contemporáneo, es necesario dar reporte de los cambios, no solo a guisa de justificación, sino como ilustración de la permutabilidad de la lengua desde el registro cultural de la literatura.

Sobre las notas explicativas

Se ha optado por conservar la forma de escritura de las fuentes consultadas en las notas explicativas. En el caso de las notas de la autora, se rotula la numeración en cardinales arábigos, mientras que las notas del editor se incluyen al final separados con números romanos; estas se presentan especialmente para la citación indirecta o paráfrasis de citas cortas y para casos especiales de conocimiento general.

Reconocimiento estructural de las diferentes ediciones de *Los piratas en Cartagena* de Soledad Acosta de Samper

Edición príncipe

Esta edición se encuentra en la colección de patrimonio documental de la biblioteca de la Universidad de Antioquia. De acuerdo con el análisis estructural de esta edición, la información de cada una de sus partes, se puede enumerar de la siguiente manera (tabla 1).

Tabla 1. Estructura técnica de la edición príncipe

Ítem	Contenido	Observaciones
Año de edición	1886	
Cantidad de páginas	275	
Cubierta	Información no disponible ya que el libro está empastado por restauradores	
Guardas	1 entre la cubierta y la portadilla 1 entre la portadilla y la portada 2 después del texto.	
Portadilla	<i>Los piratas en Cartagena</i>	

Portada	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper Título: <i>Los piratas en Cartagena</i> «Crónicas histórico – novelescas» Contenido: Carta dedicatoria. Contestación. Introducción. Cuadro primero «La venganza de un piloto (1544)». Cuadro segundo «El almirante corsario Francisco Drake (1586)». Cuadro tercero «Los filibusteros y Sancho Jimeno (1697)». Cuadro cuarto «El obispo Piedrahíta y el filibustero Morgan». Cuadro quinto «La expedición del almirante Vernon (1738)». Año de publicación: 1886 Ciudad: Bogotá Editorial: Imprenta La Luz.	Ver anexo 1
Contracubierta	Aparece inscrito: «Propiedad de la autora».	Luego de esta información, aparece una carta dedicatoria a Rafael Núñez, entonces presidente de la república, escrita en Bogotá el 24 de enero de 1885, constituida por dos páginas. Posteriormente, aparece una contestación de una página hecha por este, que data del 25 de enero de 1886. La información que continúa es la introducción escrita por la misma autora que consta de tres páginas y posteriormente entra en la narración, cuya segmentación se divide en cuadros, como ya se ha visto en el contenido de la portada.
Información adicional	Restauración	Salvador Uribe
	Interlineado	Sencillo (1 punto)
	Medida	13 x 18

Cada uno de los cuadros está dividido en diversa cantidad de capítulos numerados por números romanos y varían de acuerdo a la extensión de la narración en los cuadros. Antes de cada uno de estos, hay una página independiente con el título y una hoja en blanco siguiente. Los cuadros están segmentados de la siguiente manera (tabla 2):

Tabla 2. Distribución de apartados de la edición príncipe

Número de página	Contenido
1	1. <i>Los piratas en Cartagena</i> Cuadro primero 2. La venganza de un piloto 1544
3	I
7	II
11	III
17	
	Cuadro segundo El almirante corsario Francisco Drake 1586
19	I
31	II
39	III
45	IV
	No aparece numeración V
57	VI
61	Epílogo
65	
	Cuadro tercero Los filibusteros y Sancho Jimeno 1697
67	I
71	II
81	Aparece nuevamente la numeración II aunque con otro texto que corresponde al numeral III de las ediciones más recientes.

85	III
95	IV
105	V
113	VI
119	VII
125	VIII
131	IX
143	Epílogo
149	
	<i>Los piratas en Santa Marta</i> Cuadro Cuarto El obispo Piedrahíta y el filibustero Morgan
151	I
159	II
165	III
169	
	Cuadro quinto La oreja del capitán Jenkins
171	Capítulo I
183	Capítulo II «La declaración de guerra 1739»
195	Capítulo III «El ataque a Portobelo»
203	Capítulo IV «Albertina de Leyva»
215	Capítulo V «En alta mar»
223	Capítulo VI «En Inglaterra»
233	Capítulo VII «Se reúnen los escuadrones para atacar a Cartagena»
241	Capítulo VIII «Dentro de las murallas de Cartagena»
251	Capítulo IX «El castillo de San Lázaro»
259	Capítulo X «El asalto»
267	Capítulo XI «El desenlace de todo». Este segmento concluye con la fecha que posiblemente concierne a la de la conclusión de la escritura de la obra: 12 de enero de 1886.

Edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

Esta edición se encuentra en la colección de historia en la biblioteca de la Universidad de Antioquia. De acuerdo con el análisis estructural de esta edición, se puede enumerar la siguiente información (tabla 3):

Tabla 3. Estructura técnica de la edición de la Biblioteca Popular de Cultura

Ítem	Contenido	Observación
Cantidad de páginas	230	
Cubierta (la del restaurador)		Es dura, café y con titulación en dorado brillante.
	Título: Piratas en Cartagena	Fuente Times New Roman
	Autor: SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER	Fuente Arial
		El lomo aparece con esta misma información y con las mismas características tipográficas.
Guardas	2 en blanco entre la cubierta original y la portadilla y 2 al final del texto.	
Cubierta original	Autor: Soledad Acosta de Samper	Fuente cursiva, Times New Roman
	Título: <i>LOS PIRATAS EN CARTAGENA</i>	Fuente cursiva mayúscula, Times New Roman
	Editorial: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana	

Portadilla	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: <i>Los piratas en Cartagena</i>	
	Editorial: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana	
	Ciudad: Bogotá	
Portada	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	Ver anexo 2
	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: Los piratas en Cartagena	
Reverso	Taller tipográfico: Prensas de la Biblioteca Nacional (1946)	
Información adicional	Interlineado	Sencillo (1 punto)
	Tipo de letra	Times New Roman
	Medida	14 x 19

Al igual que la edición príncipe, aparece la carta dedicatoria de la autora a Rafael Núñez, con su respectiva contestación y la información que continúa es la introducción escrita por la autora que consta de tres páginas y posteriormente entra en la narración ordenada de la siguiente manera (tabla 4):

Tabla 4. Distribución de apartados de la edición de la Biblioteca Popular de Cultura

Número de página	Contenido
	Posee una introducción titulada «Soledad Acosta de Samper» de Gustavo Otero Muñoz dividida en dos partes (I y II) compuesta por 14 páginas (Times New Roman, cursiva).
	<i>Los piratas en Cartagena</i>
	Cuadro primero La venganza de un piloto 1544
3	I
5	II
8	III
13	
	Cuadro segundo El almirante corsario Francisco Drake 1586
15	I
23	II
26	III
38	IV
47	Al igual que en la edición príncipe, no aparece numerado el numeral V
49	Epílogo
53	
	Cuadro tercero Los filibusteros y Sancho Jimeno 1697
55	I
59	II
67	Se repite el numeral II al igual que en la edición príncipe
69	III
77	IV
85	V
91	VI

96	VII
100	VIII
105	IX
115	Epílogo
121	
	Cuadro Cuarto El obispo Piedrahíta y el filibustero Morgan
123	I
129	II
134	III
137	
	Cuadro quinto La oreja del capitán Jenkins
139	Capítulo I
149	Capítulo II «La declaración de guerra 1739»
158	Capítulo III «El ataque a Portobelo»
164	Capítulo IV «Albertina de Leyva»
174	Capítulo V «En alta mar»
180	Capítulo VI «En Inglaterra»
188	Capítulo VII «Se reúnen los escuadrones para atacar a Cartagena»
195	Capítulo VIII «Dentro de las murallas de Cartagena»
198	Tabla que contiene los nombres de las embarcaciones y las naves
199	Capítulo IX «El castillo de San Lázaro»
210	Capítulo X «El asalto»
217	Capítulo XI «El desenlace de todo». Este segmento concluye con la fecha que posiblemente concierne a la de la conclusión de la escritura de la obra: 12 de enero de 1886
	Índice
	«Nota sobre la autora» en la cual se habla de la importancia de su vida y obra; parece ser una conclusión del estudio hecho en la introducción de Gustavo Otero Muñoz

Edición de Editorial Bedout

Aún desde la dificultad por la consecución de las ediciones de este libro, esta es la más asequible en el comercio. De acuerdo al análisis estructural de esta edición, se puede enumerar la siguiente información (tabla 5):

Tabla 5. Estructura técnica de la edición de la editorial Bedout

Ítem	Contenido	Observación
Número de páginas	262	
Cubierta	Rústica y contiene el título del libro y el nombre de la autora.	
Guardas	Posee cuatro guardas, dos al inicio y dos al final, con una ilustración que consta de un dibujo de una calle de Cartagena.	
Portadilla	Contiene el título del libro: <i>Los piratas en Cartagena</i> .	
Portada	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	Ver anexo 3
	Título: <i>Los piratas en Cartagena</i>	
	Editorial: aparece el logotipo de Editorial Bedout	
Página de derechos:	Ilustraciones: Dibujos de Camilo Isaza Torres Impreso en Colombia (Printed in Colombia) Talleres tipográficos: Editorial Bedout Ciudad: Medellín–República de Colombia.	

Dedicatoria editorial	Homenaje de la Editorial Bedout a la heroica Cartagena de Indias en el 158 aniversario de su independencia.	
	Aparece con una letra ornamentada: «Navidad de 1969».	
Información adicional	Interlineado	Sencillo (1 punto)
	Tipo de letra	Times New Roman
	Medida	15 x 21

Al igual que la edición príncipe y la edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, se observa la carta dedicatoria de la autora a Rafael Núñez, con su respectiva contestación, y la información que continúa es la introducción escrita por la autora que consta de tres páginas. El cuerpo del libro se ordena como se expone en la tabla 6:

Tabla 6. Distribución de apartados de la edición de la Editorial Bedout (1969)

Número de página	Contenido
	Posee una introducción titulada «Soledad Acosta de Samper» de Gustavo Otero Muñoz dividida en dos partes (I y II) compuesta por 14 páginas; al igual que la edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana
21	Carta dedicatoria
23	Contestación
27	Introducción de la autora
30-31	
	Cuadro primero La venganza de un piloto 1544
34	II

36-37	Ilustración (ver anexo 4)
39	III
42-43	Ilustración (ver anexo 5)
46-47	
	Cuadro segundo El almirante corsario Francisco Drake 1586
48	I
58	II
60-61	Ilustración (ver anexo 6)
66	III
68-69	Ilustración (ver anexo 7)
72	IV
76-77	Ilustración (ver anexo 8)
82	V
83	Epílogo
88-89	
	Cuadro tercero Los filibusteros y Sancho Jimeno 1697
90	I
93	II
96-97	Ilustración
102	III
104	IV
111	V
118-119	Ilustración
121	VI
126	VII
131	VIII
134	IX
138	X
142-143	Ilustración

149	Epílogo
154-155	
	Cuadro Cuarto El obispo Piedrahíta y el filibustero Morgan
156	I
161	II
165	III
170-171	
	Cuadro quinto La oreja del capitán Jenkins
172	I
178-179	Ilustración
183	II «La declaración de guerra 1739»
191	III «El ataque a Portobelo»
196	IV «Albertina de Leyva»
200-201	Ilustración
207	V «En alta mar»
212	VI «En Inglaterra»
219	VII «Se reúnen los escuadrones para atacar a Cartagena»
222-223	Ilustración
227	VIII «Dentro de las murallas de Cartagena»
235	IX «El castillo de San Lázaro»
238-239	Ilustración
242	X «El asalto»
246-247	Ilustración
250	XI «El desenlace de todo». Este segmento concluye con la fecha que posiblemente concierne a la de la conclusión de la escritura de la obra: 12 de enero de 1886.
259	Índice
	Colofón: «Esta obra se terminó de imprimir el día 15 de noviembre de 1969 en los talleres litotipográficos de la Editorial Bedout. - Medellín».

Edición de Alfaguara

Esta es la última edición que se ha hecho y la que más ha tenido cambios, el más significativo está en la inclusión del prólogo del escritor Óscar Collazos. Los datos editoriales pueden detallarse en la tabla 7:

Tabla 7. Estructura técnica de la edición de Alfaguara

Ítem	Contenido	Observaciones
Número de páginas:	247	
Cubierta		Rústica con una ilustración de Plinio Barraza (ver anexo 9)
	Prólogo de Óscar Collazos	En este punto puede notarse el fin comercial que tiene esta obra, ya que desde la portada se anuncia quién hace la introducción, y se trata de un escritor reconocido de la literatura colombiana contemporánea.
	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: <i>Los piratas en Cartagena: crónicas histórico-novelescas</i>	
	Línea de publicación: Serie Roja	
	Editorial	Aparece el logotipo de la Editorial Alfaguara.

Lomo	Línea de publicación: Serie Roja	
	Editorial	Aparece el logotipo de la Editorial Alfaguara.
	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: Los piratas en Cartagena	
Portadilla	Nombre de la autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: Los piratas en Cartagena.	
Página de derecho	Editorial Alfaguara	
	©Del texto: Soledad Acosta de Samper	
	©De las ilustraciones: Plinio Barraza	
	©Del prólogo: 2009, Óscar Collazos	
	©Del estudio de la obra: 2009, Juliana Vergara	
	©De esta edición: 2009, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.	
	ISBN 978-958-704-834-6	
	Impreso en Colombia	
	Primera edición, octubre de 2009	
	Primera reimpresión, enero de 2010	
	Diseño de colección: Manuel Estrada	
	Diseño de cubierta: Ignacio Martínez	
	Diseño y armada: Catalina Orjuela Laverde	

Portada:	Autora: Soledad Acosta de Samper	
	Título: Los piratas en Cartagena Crónicas histórico- novelesca	
	Prólogo de Óscar Collazos	
	Análisis de la obra por: Gustavo Otero Muñoz Juliana Vergara	
Información adicional	Interlineado	Sencillo (1 punto)
	Tipo de letra	Times New Roman
	Medida	15 x 21

Puede verse que, a diferencia de las ediciones anteriores, Alfaguara incluye un prólogo especializado, el índice al inicio y el lomo. En esta edición no se incluye la fecha que posiblemente concierne a la de la conclusión de la escritura de la obra: 12 de enero de 1886 y que es indicada en la edición príncipe. La distribución de sus parágrafos y demás componentes se precisan en la tabla 8:

Tabla 8. Distribución de apartados de la edición de Alfaguara.

Número de página	Contenido
Índice	
Nota del editor	«La presente edición está dirigida a lectores que abordan la obra por primera vez en el colegio. Con el fin de cerrar la brecha entre un texto escrito en el siglo XIX y un joven lector del siglo XXI, se modernizaron algunos usos ortográficos y léxicos. Por lo demás, esta edición se basa fielmente en la realizada por Imprenta de la Luz en 1886».
9	Prólogo de Óscar Collazos
15	Carta dedicatoria

17	Contestación
19	Introducción de la autora
22	Ilustración
23	
	Cuadro primero La venganza de un piloto 1544
23	II
27	III
32	Ilustración
33	
	Cuadro segundo El almirante corsario Francisco Drake 1586
3	I
43	II
49	III
5	IV
60	V
61	Ilustración (ver anexo 10)
63	Epílogo
66	
	Cuadro tercero Los filibusteros y Sancho Jimeno 1697
67	I
69	II
76	III
77	IV
85	V
92	VI
97	VII
102	VIII
105	IX

108	Ilustración
110	X
119	Epílogo
123	
	Cuadro Cuarto El obispo Piedrahíta y el filibustero Morgan
123	I
128	II
132	III
134	Ilustración
	Cuadro quinto La oreja del capitán Jenkins
137	Capítulo I
146	Capítulo II «La declaración de guerra 1739»
153	Capítulo III «El ataque a Portobelo»
158	Capítulo IV «Alberina de Leyva»
167	Capítulo V «En alta mar»
172	Capítulo VI «En Inglaterra»
179	Capítulo VII «Se reúnen los escuadrones para atacar a Cartagena»
185	Capítulo VIII «Dentro de las murallas de Cartagena»
192	Capítulo IX «El castillo de San Lázaro»
198	Capítulo X «El asalto»
203	Capítulo XI «El desenlace de todo»
212	Anexo donde se enumeran los nombres de los navíos de guerra, según lo que publicó J.J. Nieto en su <i>Geografía de Cartagena</i> .
215	Estudio sobre <i>Los piratas en Cartagena</i> , por Gustavo Otero Muñoz
217	Mapas de los viajes
221	«Estudio de la obra», por: Juliana Vergara

	«Soledad Acosta de Samper» por: Gustavo Otero Muñoz.
231	Este es el estudio que aparece como introducción en las ediciones de la Editorial de Bedout y de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
243	Glosario
Colofón	Este libro, publicado por DAGATA S.A. Bajo el sello ALFA-GUARA, se terminó de imprimir en el mes de enero de 2010 en los talleres gráficos de Publicultural S.A. Bogotá.

Fuentes bibliográficas

De Soledad Acosta de Samper

Historia

Acosta de Samper, S. (1883). *Biografía de hombres ilustres o notables*. Imprenta La Luz.

Acosta de Samper, S. (1887). *La insurrección de los comuneros*. Imprenta La Luz.

Acosta de Samper, S. (1901). *Biografía del general Joaquín Acosta*. Librería Colombiana Camacho Roldán y Tamayo.

Acosta de Samper, S. (1905). *Catecismo de Historia de Colombia*. Imprenta Nacional (ver anexo 17).

Acosta de Samper, S. 1905. *Lecciones de Historia de Colombia*. Imprenta Nacional.

Acosta de Samper, S. (1910). *Biografía del general Antonio Nariño*. Imprenta del Departamento.

Acosta de Samper, S. (1909-1910). *Biblioteca Histórica*. Imprenta Moderna (ver anexo 12).

Novelas y otras publicaciones

Acosta de Samper, S. (1869). *Novelas y cuadros de la vida sudamericana*. Gante: Imprenta de Eng. Vanderhaeghen.

Acosta de Samper, S. (1870). José Antonio Galán. Episodios de la guerra de los comuneros. *Folletín El Bien Público*, No 1-7.

Acosta de Samper, S. (1878-1881). La Mujer. Lecturas para las familias. *Revista quincenal redactada exclusivamente por señoras y señoritas bajo la dirección de la señora Soledad Acosta de Samper*.

Acosta de Samper, S. (1884-1885). La Familia. *Folletín*.

Acosta de Samper, S. (1886). *Los piratas en Cartagena*. Imprenta La Luz.

- Acosta de Samper, S. (1889). El Domingo de la Familia Cristiana. *Folletín*.
- Acosta de Samper, S. (1889). *Una holandesa en América*. A. Bethencourt e Hijos Editores.
- Acosta de Samper, S. (1895). *La mujer en la sociedad moderna*. Garnier Hnos, Libreros-Editores.
- Acosta de Samper, S. (1896). *Consejos a las mujeres*. Garnier Hnos, Libreros-Editores.
- Acosta de Samper, S. (1896). *Conversaciones y lecturas familiares sobre historia, biografía, crítica, literatura, ciencias y conocimientos útiles*. Garnier Hnos, Libreros-Editores.
- Acosta de Samper, S. (1898). El Domingo. *Folletín*.
- Acosta de Samper, S. (1946). *Los piratas en Cartagena*. Procultura.
- Acosta de Samper, S. (1969). *Los piratas en Cartagena*. Bedout Editores.
- Acosta de Samper, S. (1988). *Una nueva lectura*. Introducción de Monserrat Ordóñez. Ediciones Fondo Cultural Cafetero.
- Acosta de Samper, S. (2010). *Los piratas en Cartagena*. Editorial Alfaguara.

Sobre Soledad Acosta de Samper

- Aguirre, B. (2000). Soledad Acosta de Samper y su performance narrativo en la nación. *Estudios de Literatura Colombiana* (6), 18-34.
- Aguirre, B. (2004). Soledad Acosta de Samper y su papel en la traducción en Colombia en el siglo XIX. *Íkala: Revista de Lenguaje y Cultura*, 9 (9), 233-267.
- Alzate, C. (2003). Soledad Acosta de Samper. Una historia entre buques y montañas. *COLCIENCIAS*.
- Alzate, C. (2003). ¿Cosas de mujeres? Las publicaciones periódicas dedicadas al bello sexo. En: *Medios y nación. Historia de*

- los medios de comunicación en Colombia*. Ministerio de Cultura-Editora Aguilar, 82-104.
- Alzate, C. (edición y notas) (2004). *Diario íntimo y otros escritos de Soledad Acosta de Samper*. Instituto Distrital de Cultura y Turismo,
- Alzate, C., y Ordóñez, M. (Comps.) (2005). *Soledad Acosta de Samper, escritura, género y nación en el siglo XIX*. Iberoamericana Vervuert.
- Alzate, C., y Ordóñez, M. (2005). Soledad Acosta de Samper, 2005. Escritura, género y nación en el siglo XIX. (Compilación de textos críticos sobre Soledad Acosta) Madrid/Frankfurt: Editorial Iberoamericana Vervuert.
- Aristizábal Montes, P. (1998). Soledad Acosta de Samper y la escritura femenina. *Revista Universidad del Valle*, 19, 96-106.
- Cabello de Carbonera, M. (1890). Soledad Acosta de Samper. *El Perú Ilustrado* 3, 142 (25 de enero), 1309-1310.
- Caycedo, B. (1952). Semblanza de doña Soledad Acosta de Samper. *Boletín de Historia y Antigüedades* 452, pp. 356-379.
- Díaz Castro, E. (1859). Andina. *Biblioteca de Señoritas* 67 (30 de julio), 84.
- García Pinto, M. (1998). Enfermedad y ruina en la novela sentimental hispanoamericana: Dolores de Soledad Acosta de Samper. *Revista de Estudios Colombianos* 18, 19-26.
- Gómez Ocampo, G. (1988). *Entre María y La Vorágine: La literatura colombiana finisecular (1866-1903)*. Fondo Cultural Cafetero.
- Gómez Ocampo, G. (1988). El proyecto feminista de Soledad Acosta de Samper: análisis de *El corazón de la mujer*. *Revista de Estudios Colombianos* 5, 13-22.
- Gonzales Ascorra, M. I. (1997). *La evolución de la conciencia femenina a través de las novelas de Gertrudis Dómez de Avellaneda*,

- Soledad Acosta de Samper, y Mercedes Cabello de Carbonera.*
Peter Lang.
- Hallstead, S. (1999-2000). ¿Una nación enfermiza? Enfermedad grotesca y escritura femenina en *Dolores* de Soledad Acosta de Samper. *UPenn Working Papers in Romance Languages* 4, 69-80.
- Hinds, Harold E. J. (1977). Life and Early Literary Career of the Nineteenth-Century Colombian Writer Soledad Acosta de Samper. En: Miller, Ivette E., and Charles M. Tatum (eds), *Latin American Women Writers: Yesterday and Today*, pp. 33-41. [Proceedings from the Conference on Women from Latin American, March 1975, Carnegie Mellon University.]
- Jiménez, A. C. (2001). *Modelos de civilización y del papel de la mujer en el proceso de consolidación nacional en Una Holandesa en América de Soledad Acosta de Samper*. M.A. Thesis, Miami University.
- Laverde Amaya, I. (1882). *Apuntes sobre bibliografía colombiana*. (Con apéndice de escritoras y teatro colombiano). Librería Soldevilla y Curriols y Rafael Chávez.
- Laverde Amaya, I. (1890). José María Samper. En: *Colombia Ilustrada* 9 y 10 (15 de febrero y 2 de abril), pp. 142-148 y 181-186. [Edición facsimilar: Bogotá: Banco de Bogotá, 1978].
- López Cruz, H. (1999). Enmarcando la historia en la obra de Soledad Acosta de Samper. En: Jiménez, Luis (Ed.). *La voz de la mujer en la literatura hispanoamericana fin-de-siglo*. Universidad de Costa Rica, -78.
- Londoño, P. (1990). Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer, 1858-1930. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 23, 2-23.
- Luque Valderrama, L. (1954). Figuras femeninas de la novela en el siglo XIX. Soledad Acosta de Samper. En: *La novela femenina en Colombia*. (Tesis para optar al grado de doctora

- en Filosofía, Letras y Pedagogía). Cooperativa de Artes Gráficas, 33-48.
- Malverde, I. (1993). Soledad Acosta y La mujer en la sociedad moderna: Desde el affidamiento a la autonomía. *Literatura y Lingüística*, 6, 123-32.
- Miralla Zuleta, H. (1891). *Carta de Helena Miralla Zuleta a la señora Soledad Acosta de Samper*. Imprenta de El Progreso.
- Montes, P. (1998). Soledad Acosta de Samper y la escritura femenina. *Revista Universidad del Valle*, 19, 96-106.
- Moreno Durán, R. H. (1992). La obra de Soledad Acosta de Samper. En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Círculo de Lectores, 161.
- Neswick, R. (1998). El cuerpo social como objeto en «Un crimen». En: Flor María Rodríguez-Arenas (Coord.). *Lecturas críticas de textos hispánicos*. Boulder: University of Southern Colorado, 77-85.
- Ordóñez, M. (1989). Un crimen de Soledad Acosta de Samper. *Vanguardia Dominical* (julio).
- Ordóñez, M. (1989). Crímenes de la historia literaria: Soledad Acosta de Samper. *Hispanorama Deutscher Spanischlehrerverband* (Órgano de Asociación Alemana de Profesores de Español) 52 (junio). *Número especial dedicado a Colombia*.
- Ordóñez, M. (1989). Tres momentos de la literatura colombiana: Soledad Acosta, Elisa Mújica y Marvel Moreno. *Correo de Los Andes*, 57, 17-24.
- Ordóñez, M. (1989). Soledad Acosta de Samper: Una nueva lectura. En: *Nuevo texto crítico* (Stanford University) II, 4, Número especial «América Latina: mujer, escritura y praxis», 49-55.
- Ordóñez, M. (1990). One Hundred Years of Unread Writing: Soledad Acosta, Elisa Mújica and Marvel Moreno. En: Susan

- Bassnett (Ed.), *Knives and Angels: Women Writers in Latin America*. Zed Books, 132-144.
- Ordóñez, M. (1995). Cien años de escritura oculta: Soledad Acosta, Elisa Mújica y Marvel Moreno. En: Luz Mery Giraldo (Ed.). *Fin de siglo: narrativa colombiana. Lecturas y críticas*. Coedición Universidad del Valle y Centro Editorial Javeriano, 323-338.
- Ordóñez, M. (1997). Soledad Acosta de Samper: ¿un intento fallido de literatura nacional?. En: Luisa Campuzano (Ed.). *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura. Siglos XVI al XIX*. Tomo II. Casa de Las Américas/Universidad Metropolitana-Iztapalapa, 233-242. [Reimpresión en Myriam Luque, Montserrat Ordóñez y Betty Osorio (Eds.). *Memorias. IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano*. Caro y Cuervo, 1997, pp. 383-395.]
- Ortega, J. (1935). *Historia de la literatura colombiana*. Editorial Cromos, 184.
- Otero Muñoz, G. (1937). Soledad Acosta de Samper. *Boletín de Historia y Antigüedades* 271, 256-283.
- Otero Muñoz, G. (1933). Doña Soledad Acosta de Samper. *Boletín de Historia y Antigüedades* 229, 169-175.
- Otto, S. (1998). Los discursos sociales en «Un crimen». En: Flor María Rodríguez-Arenas (Coord.). *Lecturas críticas de textos hispánicos*. Boulder: University of Southern Colorado, 40-49.
- Pachón Padilla, E. (1988). El cuento: historia y análisis. En: *Manual de literatura colombiana*. Procultura-Planeta, 523-524.
- Palma, M. (1997). El eterno dolor femenino en la novela *Dolores* de Soledad Acosta de Samper. *Livres Ouverts/Libros Abiertos* IV (6 de enero-julio).
- Patiño, J. E. (1995). *Resistencia y búsqueda de la identidad de la mujer latinoamericana en las obras de Soledad Acosta de Samper*. (Dissertation). Tulane University.

- Pineda Botero, A. (1999). Dolores. En: *La fábula y el desastre: Estudios críticos sobre la novela colombiana, 1650-1931*. Fondo Editorial. Universidad EAFIT, 195-198.
- Pineda Botero, A. (1999). El corazón de la mujer. En: *La fábula y el desastre: Estudios críticos sobre la novela colombiana, 1650-1931*. Fondo Editorial. Universidad EAFIT, 237-244.
- Porras Collantes, E. (1976). *Bibliografía de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 6-26.
- Reyes, C. J. (1997). El teatro de Soledad Acosta de Samper. En: Myriam Luque, Monserrat Ordóñez y Betty Osorio (Eds.), *Memorias. IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano*. Instituto Caro y Cuervo, 369-381.
- Rivera Martínez, E. (1997). *Teresa la limeña*, una desconocida novela de Soledad Acosta de Samper. *Scientia Omni* 1 (marzo), 201-230.
- Rodríguez Arenas, F. M. (199). Soledad Acosta de Samper: Pionera de la profesionalización en la escritura femenina colombiana: *Dolores, Teresa la limeña y El corazón de la mujer* (1869). En: María Mercedes Jaramillo, Ángela Inés Robledo y Flor María Rodríguez Arenas (Eds.) *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*. Universidad de Antioquia, 133-175; 389-307.
- Rodríguez Arenas, F. M. (1995). La marginación de la narrativa de escritoras decimonónicas colombianas: «El crimen» de Soledad Acosta de Samper (1869). En: Pamela Bacarisse (Ed.). *Tradición y actualidad de la literatura iberoamericana*. University of Pittsburg, 153-158.
- Rodríguez Arenas, F. M. (Coord.) (1998). *Lecturas críticas de textos hispánicos*. University of Southern Colorado, 66-76.
- Rodríguez Arenas, F. M. (2004). El realismo de medio siglo en la literatura decimonónica colombiana: José María Samper

- y Soledad Acosta de Samper. *Estudios de Literatura Colombiana*, 14, 55-77.
- Samper Trainer, S. (1995). Soledad Acosta de Samper. El eco de un grito. En: Magdala Velásquez (Ed.). *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo I. Presidencia de la República y Norma, 132-155.
- Sánchez Espitia, L. A. (1995). Soledad Acosta de Samper. En: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila.
- Sánchez López, L. A. (1982). *Diccionario de escritores colombianos*. Plaza y Janés, 26.
- Serrano, E. B. W. (1899). Soledad Acosta de Samper. En: *Mujeres ilustres de América*, 128-188. En: García Llansó, Ramón Pomés y Alfredo Opisso, *Historia de la mujer contemporánea*. Librería A. J. Bastinos, 170-173.
- Sevilla, R. (2009). *Las fortificaciones de Cartagena de Indias: estrategia e historia*. El Áncora Editores.

Bibliografía consultada para el estudio

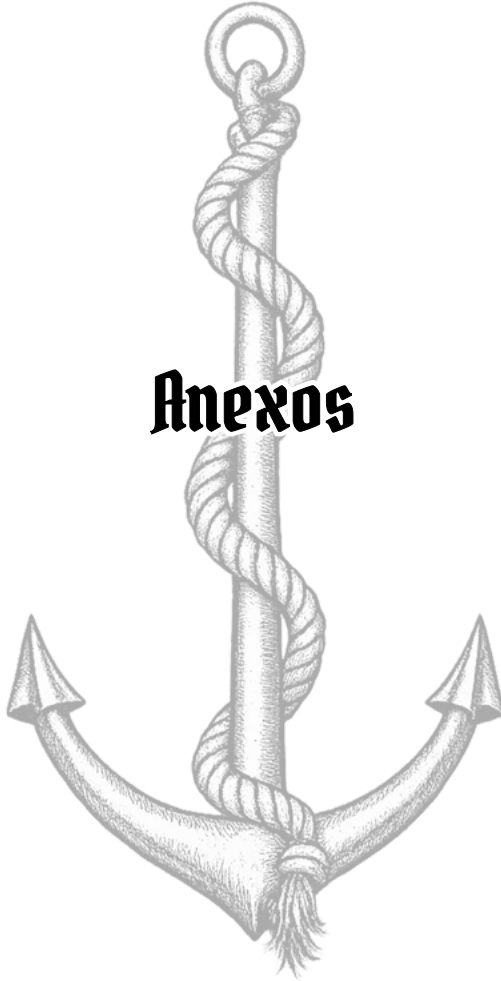
- Alzate, C. (2025). La reedición de las autoras del siglo XIX y la transformación del campo literario. El archivo de Soledad Acosta de Samper. (*an*) *ecdótica*, 9(1), 41-64. <https://revistas-filologicas.unam.mx/anEcdotica/index.php/anec/article/view/190/246>
- Cardona Núñez, N. V. (2022). Soledad Acosta de Samper, dos novelas psicológicas. *Revista Guillermo de Ockham*, 20(2). <https://revistas.usb.edu.co/challenge>
- Espinosa, G. (2006). *La tejedora de coronas*. Alfaguara.
- Di Girolamo, C. (2001). *Teoría crítica de la literatura*. Biblioteca de Bolsillo.

- Lesmes-Guerrero, M. (2023). La literatura y la construcción nacional. La regeneración y el proyecto ultramontano en las novelas de Soledad Acosta de Samper. Colombia siglo XIX. *HispanismeS. Revue de la Société des Hispanistes Français*, (21). <https://journals.openedition.org/hispanismes/18174>
- López Narváez, C. (1964). El historiador Fernández de Piedrahita. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 7(10), 1798-1800. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5458719>
- Lukács, G. (1989). *Novela histórica y drama histórico en Sociología de la Literatura*. Península.
- Ramos, O. G. (1967). El oráculo manual de Lucas Fernández de Piedrahita. *Thesaurus: boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 22(2), 176-220. https://bibliotecadigital.caroycuervo.gov.co/id/eprint/383/1/TH_22_002_024_0.pdf
- Rüsen, J. (1986). Funktionstypologie der historiographischen Narration, Grundriß der romanischen Literaturen des Mittelalters (GRLM). *Heidelberg, Winter t. XI/1*, 40-49.
- Spang, K. (1995). Apuntes para una definición de la novela histórica. *La novela histórica, teoría y comentarios*. Edición de Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata. Ediciones de la Universidad de Navarra S.A., 51-87.
- Von Ranke, L. (1884). *Zur kritik neuerer Geschichtss chreiber*. Leipzig.

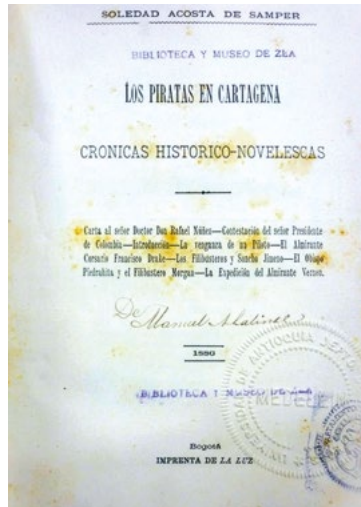
Bibliografía de las notas

- Círculo de Lectores. (2007). *Gran Enciclopedia de Colombia*.
- Dager Nieto, J. (2001). *Diccionario de Personajes Históricos de Cartagena*. Gráficas Koral.
- De Alcedo, A. (1786). *Diccionario geográfico histórico de las Indias occidentales ó América*. Imprenta de Benito Cano.
- Dorta, E. M. (1960). *Cartagena de Indias, puerto y plaza fuerte*. Gráficas Cóndor S.A.
- Editorial Grijalbo. (2001). *Diccionario Ilustrado de los Santos*.
- Editorial Norma. (2005). *Diccionario de Colombia*.
- Editorial Prolibros. (1998). *Diccionario Pedagógico Universal*.
- Editorial Prolibros. (1999). *Personajes colombianos*.
- Espasa-Calpe S.A. (1955). *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*.
- Imprenta de N. Oliva y Sobrino. (1830). *Diccionario histórico ó biografía universal compendiada*.
- Imprenta Nacional. (1849). *Derrotero de las islas Antillas, de las costas de Tierra Firme del Seno Mejicano y de los Estados Unidos del Norte de América*.
- Instituto Colombiano de Cultura. (1999). *Cartagena de Indias Colombia*.
- Lemaitre, E. (1983). *Historia general de Cartagena*. Banco de la República.
- Redondo Gómez, M. (2004). *Cartagena de Indias: cinco siglos de evolución urbanística*. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- SALVAT. (1982). *Enciclopedia SALVAT. Diccionario*.
- SALVAT (1987). *Diccionario Enciclopédico SALVAT*.
- Vila Vilar, E. (1982). Las Ferias de Portobelo: apariencia y realidad del comercio con Indias. Escuela de Estudios Hispano-Americanos
- Zaragoza, J. (2005). *Piratería y agresiones de los ingleses en la América española*. Edición de José María Molledo. Editorial Renacimiento.

Anexos



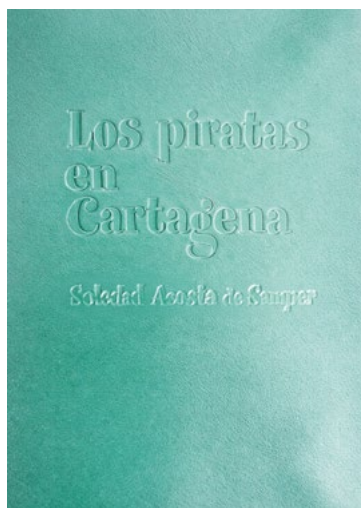
Anexo 1. Portada de la edición príncipe de 1886



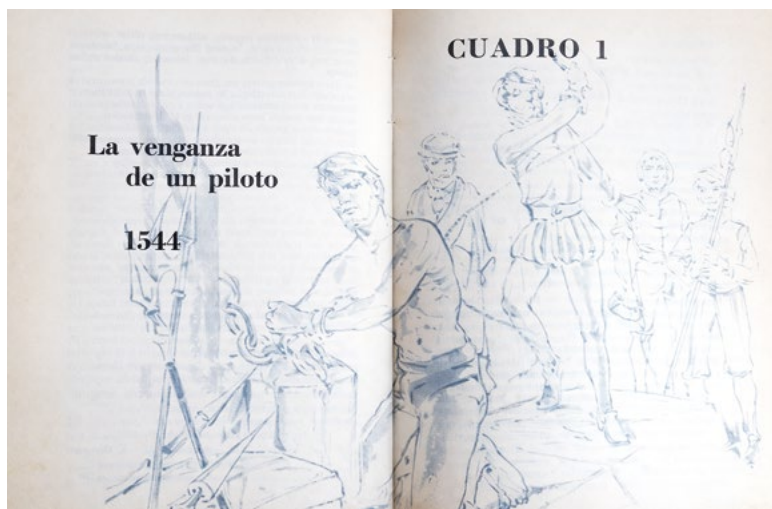
Anexo 2. Edición de la Biblioteca Popular de Cultura de 1946



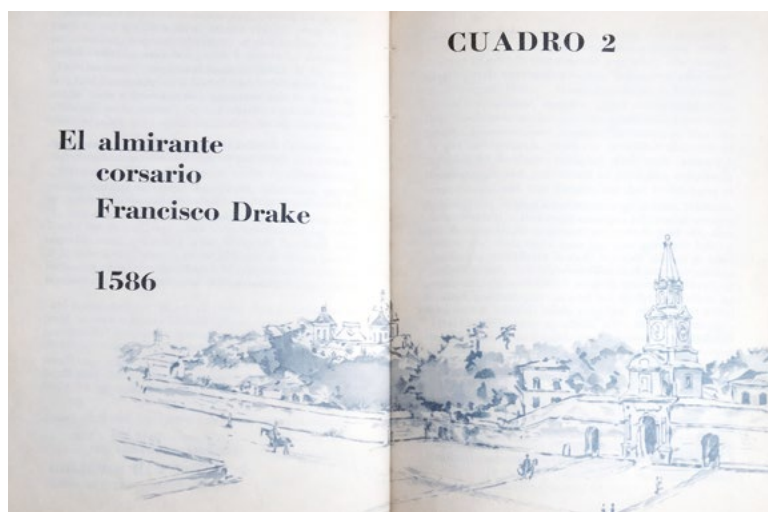
Anexo 3. Edición de Bedout de 1969



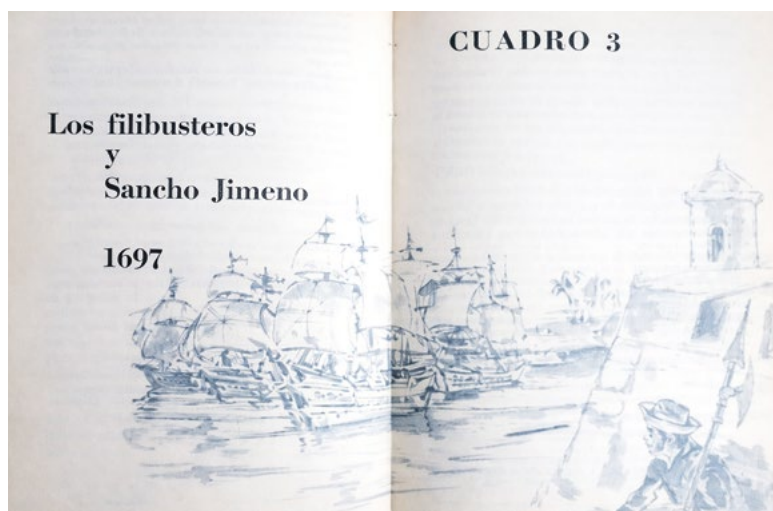
Anexo 4. Ilustración del cuadro 1 de la editorial Bedout



Anexo 5. Ilustración del cuadro 2 de la editorial Bedout



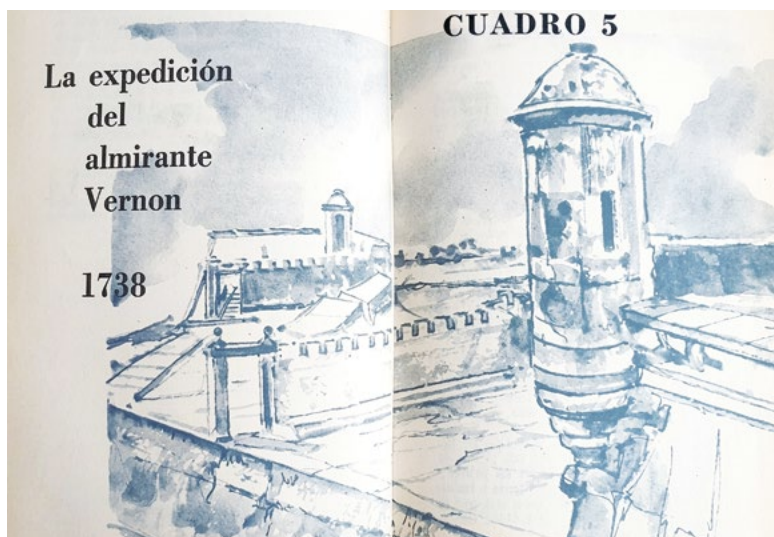
Anexo 6. Ilustración del cuadro 3 de la editorial Bedout



Anexo 7. Ilustración del cuadro 4 de la editorial Bedout



Anexo 8. Ilustración del cuadro 5 de la editorial Bedout



Anexo 9. Cubierta de la editorial Alfaguara



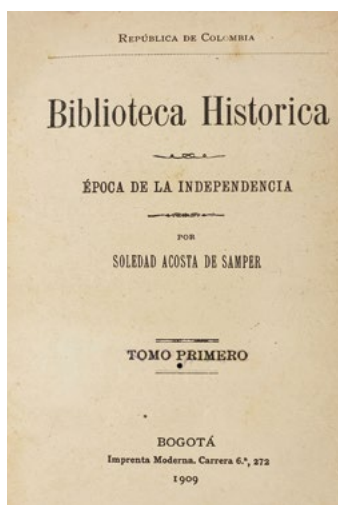
Anexo 10. Ilustración del cuadro segundo de la editorial Alfaguara



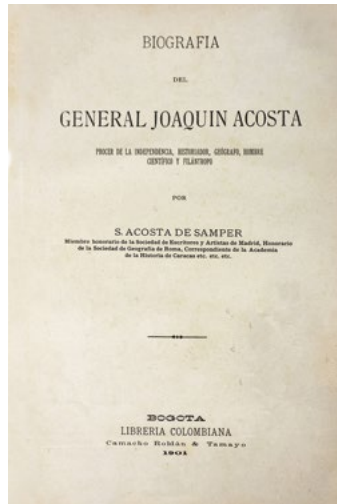
Anexo 11. Cubierta de la compilación sobre Soledad Acosta de Samper realizada por Carolina Alzate y Monserrat Ordóñez



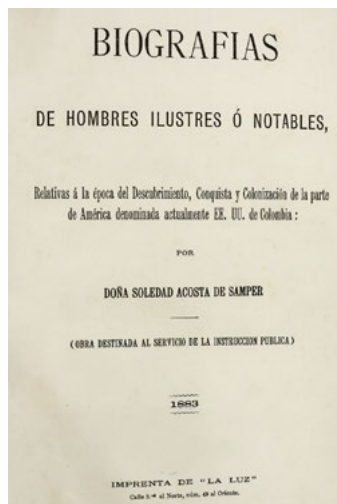
Anexo 12. Portada de la *Biblioteca histórica*



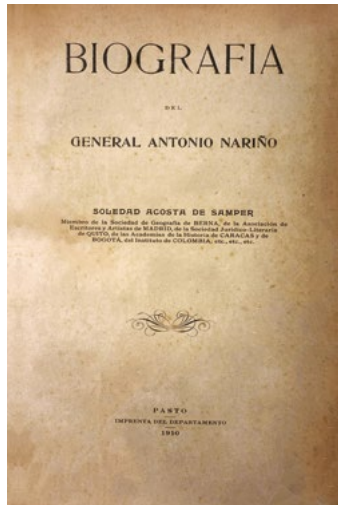
Anexo 13. Portada de la *biografía del general Joaquín Acosta*



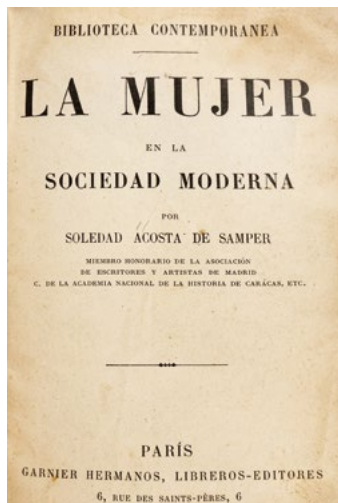
Anexo 14. *Biografías de hombres ilustres o notables relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia* publicado en 1883



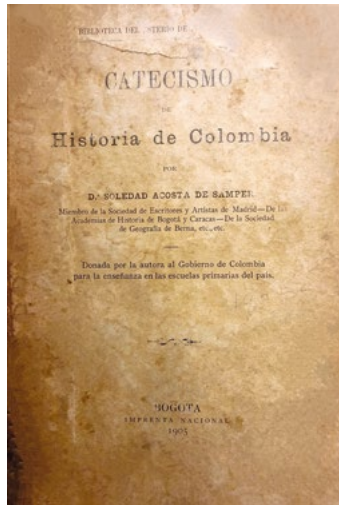
Anexo 15. *Biografía del general Antonio Nariño* publicada en 1910



Anexo 16. *La mujer en la sociedad moderna* publicada en 1895



Anexo 17. *Catecismo de Historia de Colombia* publicado en 1905



Anexo 18. Homenajes póstumos, recogidos por la editorial Arboleda y Valencia en 1945, en la obra *Acosta de Samper. Recuerdos y homenajes a su memoria*

HOMENAJE OFICIAL

República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública—Sección 1.ª—Número 775—Bogotá, 15 de abril de 1913.

Señorita doña Blanca Samper Acosta—E. S. M.

Señorita:

Al transcribir a usted el decreto por el cual honra el Gobierno la memoria de su digna madre, señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, cumpla un deber grato y doloroso a la vez; por una parte se hace justicia en dicho documento a los méritos de una dama ejemplar, como lo fue la señora madre de usted; pero por otra, hallo nueva ocasión de lamentar—como lo hacen la sociedad y el Gobierno—la muerte de esa misma dama, cuyas virtudes hacen irreparable su pérdida. La providencia a que me refiero es del tenor siguiente:

-DECRETO NUMERO 273 DE 1913
-(MARZO 18)

«por el cual se honra la memoria de la señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

«El Presidente de la República,

«en uso de sus facultades legales, y

«CONSIDERANDO:

«Que en esta fecha ha fallecido la virtuosa matrona señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, quien conquistó en el campo de las letras hispanoamericanas lugar prominente por la diversidad de trabajos tanto literarios como históricos, que hacen honor a la literatura nacional,

Recuerdos y homenajes 5

«La Asamblea presenta a sus deudos sentida manifestación de pesar, y ordena que por una comisión nombrada por la Presidencia se ponga en manos de su hija, la señorita Blanca Samper, una copia auténtica de esta proposición».

Seame permitido agregar la manifestación de mi personal condolencia y las expresiones de respeto con que tengo el honor de suscribirme de usted muy atento y obsecuente servidor,

JOSE VICENTE CONCHA

✱

República de Colombia—Departamento Norte de Santander—Asamblea Departamental—Presidencia—N.º 91—San José de Cúcuta, marzo 26 de 1913.

Motivo de especial complacencia y de muy señalada honra para mí, es cumplir la voluntad de la Honorable Asamblea Departamental del Norte de Santander, apresurándome a enviar a usted la inclusa copia auténtica de la Resolución número 2 dictada con fecha de ayer por la corporación que presido, como justísimo tributo a la memoria de la ilustre escritora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, que honró las letras patrias y es timbre de legítimo orgullo para la distinguida familia de quien es usted digna representación; como también para la familia colombiana, a cuya educación y engrandecimiento consagró la egregia extinta las no comunes dotes intelectuales y morales con que plugo a Dios enriquecerla.

Con sentimientos de respetuosa consideración y aprecio, soy de usted atento servidor y compatriota,

JOSÉ JOAQUÍN VILLAMIZAR

A la señorita doña Blanca Samper y Acosta—Bogotá.

4 **Soledad Acosta de Samper**

-DECRETA:

«El Gobierno de Colombia deplora la muerte de la señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, y presenta sus eminentes virtudes, su intensa y eficaz labor intelectual y su acendrado patriotismo, como ejemplo que honra y enaltece a la mujer colombiana.

«Copia del presente Decreto se enviará a la señorita hija de la ilustre finada.

«Comuníquese y publíquese.

«Dado en Bogotá a 18 de marzo de 1913.

-CARLOS E. RESTREPO

«El Ministro de Instrucción Pública,

«C. CUERVO MÁRQUEZ»

Con sentimientos de profunda consideración, me suscribo de usted atento, seguro servidor,

C. CUERVO MÁRQUEZ

✱

República de Colombia—Asamblea de Cundinamarca—Presidencia—Número 26—Bogotá, marzo 25 de 1913.

Señorita doña Blanca Samper—Presente.

Me es honroso hacer llegar a conocimiento de usted, por medio de la comisión designada al efecto por esta Presidencia, la proposición aprobada unánimemente por la Asamblea, en la sesión del día 18 del corriente mes:

«La Asamblea lamenta la muerte de la señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, noble matrona cristiana, descendiente de próceres e ilustre escritora, honra de las letras colombianas.

6 **Soledad Acosta de Samper**

La Asamblea del Departamento Norte de Santander

CONSIDERANDO:

Que el día 18 del presente mes falleció en la capital de la República la eminente escritora colombiana doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER;

Que desde su florida juventud la ilustre compatriota consagró las iniciativas fecundas de su personalidad al perfeccionamiento de nuestros sistemas de educación, al cultivo de las bellas letras y de los estudios históricos, conquistando puesto de honor entre las glorias literarias del país;

Que es deber de las corporaciones representativas perpetuar en la mente y en el corazón de los pueblos el recuerdo de los buenos hijos de nuestra Patria, haciendo pública su admiración ante la obra del talento y su respeto ante los triunfos de la mujer colombiana.

RESUELVE:

La Asamblea del Departamento Norte de Santander rinde un tributo de respetuosa admiración a la memoria de doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER y recomienda a todos los colombianos guarden y veneren tan esclarecido nombre.

Copia de esta Resolución será transcrita, en nota de estilo, a la distinguida familia de la señora ACOSTA DE SAMPER.

Cúcuta, 25 de marzo de 1913.

El Secretario de la Asamblea,

Jorge de Jesús Prada

Recuerdos y homenajes 7

*República de Colombia—Academia Nacional de Historia.
Secretaría—Bogotá, abril 5 de 1913.*

Señorita Blanca Samper Acosta—E. S. M.

Me honro en transmitir a usted el Acuerdo que aprobó la Academia, por unanimidad, en la última sesión ordinaria:

«La Academia Nacional de Historia

«CONSIDERANDO:

«1.º Que el día 17 del mes próximo pasado falleció en esta ciudad la dignísima y distinguida matrona, señora doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER;

«2.º Que la señora ACOSTA DE SAMPER, miembro de esta Corporación, fue asidua y constante escritora de episodios nacionales.

«3.º Que la mencionada señora, viuda del distinguido publicista doctor José María Samper e hija del ilustre historiador General don Joaquín Acosta, honró con sus luces y trabajos las letras colombianas, muy especialmente en lo referente a la historia nacional,

«RESUELVE:

«1.º Lamentar de la manera más sentida el fallecimiento de la señora SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER;

«2.º Presentar sus virtudes y sus obras a la veneración de los colombianos, como ejemplo de amor a la patria y de rara actividad intelectual;

«3.º Comisionar al señor Secretario perpetuo para que en el informe reglamentario de este año tribute singular elogio a la esclarecida matrona, digno de su memoria; y

32 **Soledad Acosta de Samper**

Del trovador oscuro, del viajero
Que cruza por el tránsito bravío
Alumbra tú el medroso ventisquero
Y el hondo desconcierto en que ha quedado
Sin ti mi corazón atribulado.

AGRIPINA MONTES DEL VALLE
Bogotá, marzo 18 de 1913.

✱

Pérdida inmensa

Tal ha sido la que han hecho la sociedad y las letras colombianas con el fallecimiento de la ilustre y venerable matrona doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER, acaecida en esta ciudad el lunes santo, 17 del mes último. La prensa toda de la ciudad y la del país ha tributado a la noble patricia merecido elogio; ha hecho el recuento de las numerosas obras que escribió y señalado no pocos de sus merecimientos. Pero por sobre todo esto, su talento, ilustración y asombrosa laboriosidad descollaban en la hija del historiador y prócer General Acosta, y viuda del insigne tribuno, poeta y escritor don José María Samper, las virtudes de la dama sinceramente católica, que ama su fe y consagra su vida al bien de sus semejantes. *El Hogar Católico*, que se honró muchas veces con su colaboración, lamenta profundamente esta desaparición, presenta a su digna hija, la señorita Blanca, el testimonio de su más sentido pésame y engalana hoy sus columnas con un capítulo de una obra inédita de la ilustre escritora.

(El Hogar Católico)

Recuerdos y homenajes 31

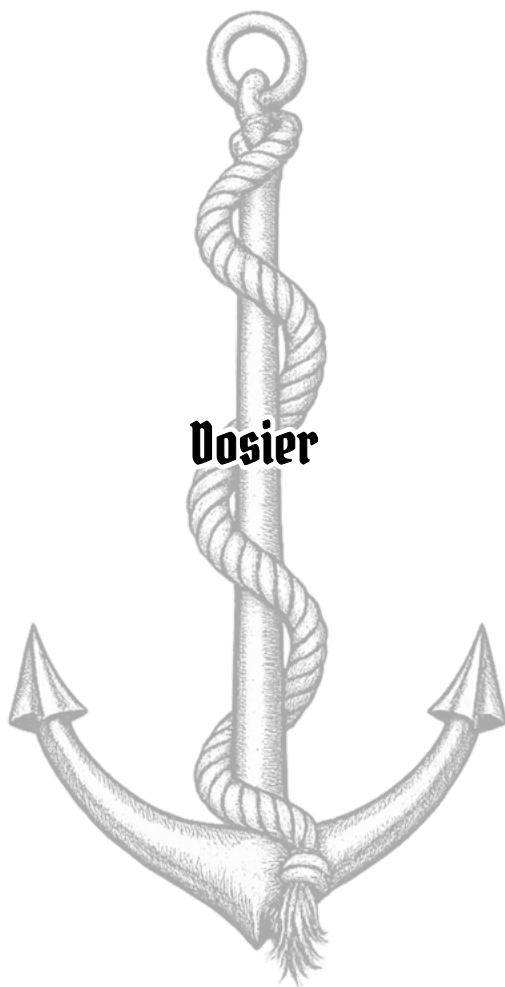
**A la ilustre escritora, prez y gloria de las letras colombianas,
muerta ayer en las primeras horas de la noche:**

¡Oh insigne historiadora,
Sabia y noble cultura
Del humano saber, tu excelsa vida
Fue un galardón, oriada
Con altos dones, del Señor vestida
Con la divina gracia humilde y fuerte;
Como al arcángel vencedor, la muerte
Te encontró al terminar de la jornada!

¡Sublime inteligencia,
Consagrada a la ciencia,
Y al bien y a la virtud; palma procerca
En la morada altísima te espera,
Y en sus almos jardines,
En un coro de alados serafines,
De tus hijos la voz saluda ahora,
Tu sempiterna aurora!...

Cual luminea visión sobre la tierra,
Lo perfecto que el alma humana encierra
Tu sien, y el templo augusto de la gloria
Han consagrado eterna tu memoria.

Yo, que te amaba tanto,
El verde ramo de laurel y acanto
Con mis amargas lágrimas te envío.
¡Ay adiós, hasta luego!
Con mi paso de ciego,
Que entre la nieve de la edad avanza,
Tras de tus huellas voy, tras la esperanza
Como el caduco sauce tras el riego.
Tú ya has llegado al Dios que es tuyo y mío;



Se comparte una serie de fotografías tomadas durante la investigación de campo y que retratan los espacios evocados en la novela, además de otros motivos que permiten ambientar el trabajo.



Mariamulata en las murallas de Cartagena

Esta especie es muy apreciada en el Caribe por su canto armónico, su plumaje azabache brillante y su presencia en el cordón amurallado.



Torre del reloj

Es la entrada principal a la ciudad amurallada, cerca de las plazas De la Aduana y San Pedro Claver.

La Catedral

En este lugar, fray Juan Montalvo desposó al capitán Hernán Mejía Mirabal y la hija del gobernador, Pedro Fernández de Bustos, luego del saqueo de Drake.

Calle de la Media Luna

En este sitio se ubicaba el fuerte del mismo nombre, donde el coronel Vique solicitó ubicar soldados, al mando de Miguel González, para defender a la ciudad ante la embestida de Sir Francis Drake en 1586; asimismo, estuvo al cargo del capitán Francisco Santarem, durante el arribo de los filibusteros en 1697. Luego de ser abandonada en dicha empresa, don Pedro Cañarete lo cubrió con ochenta hombres. Tras la destrucción, fue restaurada por orden del marqués de Villa Hermosa.



Convento de San Agustín

Donde antes se ubicaba este convento, ahora se encuentran las instalaciones de la Universidad de Cartagena. Allí, durante la llegada de Ducassé, en 1697, los piratas recogieron un sepulcro de plata maciza que pesaba ocho mil pesos de plata, según la autora.





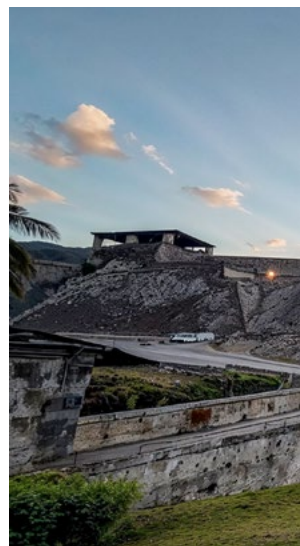


India Catalina

Cerca del castillo de San Felipe de Barajas, se encuentra el monumento a la India Catalina, originaria de Galera-zamba, reconocida por fungir como traductora de lenguas indígenas, luego de ser raptada por el conquistador español Diego de Nicuesa.

Castillo de San Felipe

Fue construido entre 1536 y 1657. Fue tomado por el barón de Pointis en 1697 y, entre sus túneles subterráneos, la obra relata que fue atacada la guarnición inglesa del almirante Vernon en 1738, bajo el comando defensor de Blas de Lezo.





Zapatos de Blas de Lezo

Este monumento representa un tributo histórico al protector de Cartagena en la época de la colonia en el siglo XVIII, específicamente durante el intento del almirante inglés Vernon. Su figura es emblemática porque Blas de Lezo carecía de una de sus extremidades inferiores, un brazo y un ojo. Las embestidas piratas, de acuerdo con el relato, reflejan una aparente sincronía identitaria de la ciudad entre criollos y españoles.



Museo de la Inquisición

El Tribunal de la Inquisición fue constituido en 1610 para juzgar la herejía. En su parque se encuentra la estatua de Simón Bolívar.



Plaza de Bolívar

El monumento del Libertador se encuentra en una locación que circunda al Museo de la Inquisición.



Murallas de Cartagena

Fueron construidas entre los siglos XVI y XVIII, con el fin de proteger la ciudad de las arremetidas piratas. Puede comprenderse como el cordón amurallado más extenso de las ciudades coloniales.



Calles históricas de Cartagena

Las avenidas del Centro Histórico de Cartagena se caracterizan por sus pintorescas imágenes, balcones vistosos y arquitectura colonial.







Edición anotada de *Los piratas en Cartagena* de Soledad Acosta de Samper
Estudio filológico y biobibliográfico

se imprimió en la ciudad de Cuenca, Ecuador, en mayo de
2026, en la Editorial Universitaria Católica (EDUNICA), con
un tiraje de 100 ejemplares.



Lo singular de esta edición anotada reside, ante todo, en la perspectiva desde la cual la edición se aproxima a la obra. No se limita a asumir el papel historicista que busca reconstruir al detalle el relato, ni el de la criticidad que analiza exclusivamente sus recursos formales, sino que complementa este rol adoptando una posición hermenéutica que le permite reconstruir las coordenadas temporales y espaciales, para evidenciar su coherencia interna y su verosimilitud narrativa. Este aspecto revela que una novela histórica o historia novelada no debe considerarse únicamente como un vehículo factual, sino como un proceso arquitectónico cuidadosamente elaborado y presentado.

Esta distinción es fundamental, pues, a través de las anotaciones, la edición muestra cómo la gran pensadora latinoamericana Soledad Acosta de Samper recurre a la licencia literaria, no para distorsionar los acontecimientos, sino para conferirles espíritu humano. Demuestra cómo la ficción, lejos de falsear la historia, la observa complementariamente al dotarla de una dimensión emotiva que no suele estar presente en las bases documentales técnicas. En este punto, el estudio que se presenta ilumina con claridad el modo en que la autora convierte episodios consignados en manuales en experiencias narrativas capaces de interpelar la sensibilidad de cada lector o lectora, al mismo tiempo que presenta la realidad histórica de Colombia.

La fuerza de *Los piratas en Cartagena* no radica únicamente en el acontecimiento histórico que relata, sino en la forma estética que lo configura. La prosa de Soledad logra traducir conflictos de soberanía y tensiones transatlánticas en escenas vivas que articulan heroísmo perdido y afirmación identitaria.

Paola Vallejo Cárdenas



ISBN: 978-9942-27-402-1



9 789942 274021